DOSTOYEVSKY

EL CRIMEN
Y EL
CASTIGO

2

23466

1
23,466

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

F. DOSTOYUSKY

El Crimen y el Castigo

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

FRANCISCO F. VILLEGAS (ZEDA)

TOMO II

MADRID
Librería de Fernando Fé.
Carrera de San Jerónimo, 2.
1901

Biblioteca Nacional de España

EL CRIMEN Y EL CASTIGO

Biblioteca Nacional de España

Imprenta de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.

F. DOSTOYUSKY

El Crimen y el Castigo

VERSIÓN ESPAÑOLA
DE
FRANCISCO F. VILLEGAS (ZEDA)

TOMO II





MADRID
LIBRERÍA INTERNACIONAL
DE
F.dez VILLEGAS Y C.ª
16, Carmen, 16.

Biblioteca Nacional de España

EL

CRIMEN Y EL CASTIGO

CUARTA PARTE

«¿Estoy bien despierto?» pensó de nuevo Raskolnikoff, mirando desconfiadamente al inesperado visitante.

—¿Svidrigailoff? ¡No puede ser!—dijo al cabo en voz alta, no atreviéndose á dar crédito á sus oídos.

Esta exclamación pareció no sorprender al desconocido.

—He venido á casa de usted por dos razones: primera, porque deseaba trabar personalmente conocimiento con usted, de quien hace mucho tiempo he oído hablar frecuentemente y en términos muy halagadores, y después, porque espero que no me negará su concurso en una empresa que tiene relación directa con los intereses de su hermana Advotia Romanovna. Solo, sin recomendación, me costaría mucho trabajo ser recibido por ella, puesto que está prevenida contra mí; pero presentado por usted, presumo que me recibirá.

—Se equivoca usted al contar conmigo—replicó Raskolnikoff.

—¿Fué ayer cuando llegaron esas señoras? Permítame usted que se lo pregunte.

Biblioteca Nacional de España

Raskolnikoff no respondió.

—Sí, fué ayer; lo sé. Yo llegué anteayer. Ahora, he aquí lo que tengo que decirle á usted á este propósito; creo superfluo justificarme; pero permítame que le pregunte: ¿Qué hay en rigor en todo esto de particularmente criminal por mi parte, si se aprecian las cosas sanamente y sin prejuicios.

Raskolnikoff continuaba examinándole sin hablar palabra.

—Usted me dirá, ¿verdad?, que yo he perseguido en mi casa á una joven sin defensa y que la «he insultado con proposiciones deshonrosas». (Quiero adelantarme á la acusación.) Pero considere usted solamente que soy hombre, *et nihil humanum*... en una palabra, que soy susceptible de ceder á un impulso, de enamorarme—cosa sin duda independiente de la voluntad.—De esta manera todo se explicará del modo más natural del mundo. La cuestión estriba en esto: ¿Soy un monstruo, ó no soy más que una víctima? Ciertamente, soy una víctima. Cuando yo proponía al objeto de mi pasión que huyera conmigo á América ó á Suiza, abrigaba respecto á esa persona los más respetuosos sentimientos y pensaba en asegurar nuestra común felicidad... La razón es la esclava de la pasión; yo he sido el principalmente perjudicado.

—No se trata, en modo alguno, de eso—replicó con disgusto Raskolnikoff—; tenga usted razón ó no, me es usted completamente odioso. No quiero conocer á usted, y le echo de mi casa. Salga usted...

Svidrigailoff soltó una carcajada.

—No hay medio de engañar á usted—dijo con franca alegría—; quería echármelas de pícarillo; pero con usted no sirve.

—¿Todavía se viene usted con bromas?

—Bueno, ¿y qué? ¿Y qué?—repitió Svidrigailoff riéndose con toda su alma—; esto es buena guerra, como se dice en francés, y mi malicia no tiene nada de ilícita... Pero usted no me ha dejado acabar. Volviendo á lo que hace un momento decía, nada desagradable ha pasado, sino el incidente del jardín. Marfa Petrovna...

—Se dice también que usted ha matado á Marfa Petrovna—dijo interrumpiéndole brutalmente Raskolnikoff.

—¡Ah! ¿Ya le han hablado á usted de eso? En rigor, nada tiene de asombroso... Pues bien; en lo tocante á la pregunta que usted me hace, no sé, en verdad, qué decirle, aunque tengo la conciencia perfectamente tranquila respecto á ese particular. No vaya usted á creer que temo las consecuencias; todas las formalidades acostumbradas se han cumplido de la manera más minuciosa. El informe médico ha probado que la difunta murió de un ataque de apoplegía, producido por un baño tomado inmediatamente después de una abundante comida, en que bebió cerca de una botella de vino; esto es lo único que ha podido descubrirse... no, no es eso lo que me inquieta. Muchas veces, sobre todo cuando venía en el tren camino de San Petersburgo, me he preguntado si habría contribuído, moralmente, yo á esa... desgracia; sea causando la irritación de mi mujer, sea de alguna otra manera semejante; pero he acabado por convencerme de que no ha podido ser así.

Raskolnikoff se echó á reir.

—¿De modo que se preocupa usted?

—Y usted, ¿de qué se ríe? Solamente le he dado, durante el tiempo que hemos estado casados, dos latigazos sin importancia, que no le dejaron señal alguna... no me considere usted, yo se lo suplico, como un hombre cínico; sé perfectamente que eso de los latigazos es una cosa inno-

Biblioteca Nacional de España

ble, etc.; pero sé también que mis accesos de brutalidad no desagradaban del todo á Marfa Petrovna. Cuando ocurrió lo de su hermana de usted, mi mujer se fué á contar la historia por la ciudad y fastidió á todos sus conocimientos con la famosa carta (habrá usted sabido, sin duda, que se la leía á todo el mundo); de modo que los dos latigazos fueron como llovidos del cielo.

A Raskolnikoff le dieron intenciones de levantarse y salir, á fin de cortar la conversación; pero cierta curiosidad y una especie de cálculo, le decidieron á tener un poco de paciencia.

—¿Le gusta á usted manejar el látigo?—dijo con aire distraído.

—No mucho—respondió tranquilamente Svidrigailoff. —Casi nunca habíamos reñido Marfa Petrovna y yo. Vivíamos en muy buena armonía, y ella estaba muy contenta conmigo. Durante siete años de vida común, no me serví del látigo más que dos veces (prescindiendo de una tercera), que por lo demás, fué un caso bastante ambiguo; la primera ocurrió dos meses después de nuestro matrimonio, en el momento en que acabábamos de instalarnos en el campo; la segunda y última fué en las circunstancias que recordaba hace un momento. Usted me consideraba ya como un monstruo, como un retrógrado, como un partidario de la servidumbre.

Raskolnikoff estaba convencido de que este hombre tenía algún proyecto firmemente decidido y que todo aquello era fina astucia.

—Usted debe haber pasado muchos días sin hablar con nadie—dijo el joven.

—Algo de verdad hay en esa suposición; pero usted se asombra, ¿no es cierto?, de ver el buen carácter que tengo.

—Y hasta lo encuentro demasiado bueno...

—¿Por qué no me he formalizado con la grosería de las preguntas de usted? ¿Y qué? ¿Por qué había de enfadarme? Como usted me ha preguntado, le he respondido—repuso Svidrigailoff con una singular expresión de franqueza.— En verdad, yo no me intereso, digámoslo así, por cosa alalguna. Ahora, sobre todo, nada me ocupa. Por lo demás, libre es usted de pensar que abrigo propósitos interesados para captarme sus simpatías, tanto más, cuanto que tengo interés por su hermana, como ya se lo he declarado. Pero, francamente se lo digo, me fastidio mucho, sobre todo desde hace tres días, que tengo intenciones de venir á ver á usted... No se incomode usted, Sr. Raskolnikoff, me parecía usted muy raro. En efecto, advierto en usted algo de extraordinario, y ahora principalmente, es decir, no en este mismo momento, sino desde hace algún tiempo. Vamos, me callo, no frunza usted el entrecejo. No soy tan oso como usted cree...

—Quizá no tenga usted anda de oso—dijo Raskolnikoff.— Diré más; me parece que es usted un hombre de muy buena sociedad, ó, por lo menos, que sabe usted ser, cuando llega la ocasión, *comme il faut*.

—No me cuido de la opinión de nadie—respondió Svidrigailoff con tono seco y ligeramente desdeñoso—; y, además, ¿por qué no adoptar las maneras de un hombre mal educado, en un país en que son tan cómodas y, sobre todo, cuando se tiene para ello propensión natural—añadió riendo.

Raskolnikoff le miraba sombríamente.

—He oído decir que conocía usted á mucha gente. No es usted lo que se llama «un hombre sin relaciones». Siendo esto así, ¿qué viene usted á hacer á mi casa, si no tiene usted objeto determinado.

—Es verdad, como usted dice, que tengo aquí conoci-

Biblioteca Nacional de España

mientos—repuso el visitante, sin responder á la principal pregunta que se le había dirigido—; en los tres días que llevo de andar por la capital, he encontrado á muchos conocidos y creo que también ellos han reparado en mí. Tengo un aspecto conveniente, y se me clasifica entre los que están en la abundancia: la abolición de la servidumbre no nos ha arruinado... Sin embargo, no trato de reanudar mis antiguas relaciones; ya en otro tiempo me eran insoportables. Estoy aquí desde anteayer y no he querido ver á nadie. No; es menester que la gente de los círculos y los parroquianos del restaurant Dussaud, se priven de mi presencia. Por otra parte, ¿qué placer hay en hacer trampas en el juego?

—¡Ah! ¿Usted hace trampas en el juego?

—Ya lo creo. Hace ocho años formábamos una verdadera sociedad—hombres *comme il faut*, capitalistas, poetas, que pasábamos el tiempo jugando á las cartas y haciéndonos trampas lo mejor que podíamos. ¿Ha notado usted que en Rusia las personas de gran tono son todas tramposas? Pero en aquella época un griego de Niejin, á quien debía yo 70.000 rublos, me hizo encarcelar por deudas. Entonces se presentó María Petrovna y mediante 30.000 rublos que ella le pagó, obtuve mi libertad. Entonces nos unimos en legítimo matrimonio; después de lo cual se apresuró á llevarme al campo para ocultarme allí como un tesoro. Tenía cinco años más que yo y me quería mucho. Durante siete años no me he movido de la aldea. Advierto á usted que toda su vida ha guardado á título de precaución contra mí la letra de cambio que me había hecho firmar el griego y que mi mujer rescató valiéndose de un testaferro; si hubiera tratado de sacudir el yugo, me habría metido en chirona en seguida. Á pesar de todo, su afecto hacia mí no hubiera vacilado un momento; en las mujeres se observan contradicciones como esta.

—Si no le hubiera tenido así agarrado, la habría dejado usted plantada.

—No sé qué responderle. Ese documento me preocupaba poco. No deseaba ir á ninguna parte. Dos veces la misma María Petrovna, viendo que yo me fastidiaba, me animó á hacer un viaje por el extranjero. Pero yo había visitado ya Europa y me había aburrido grandemente. Allí, sin duda, solicitan la admiración los grandes espectáculos de la naturaleza; pero mientras contemplamos un amanecer, el mar, la bahía de Nápoles... sentimos tristeza y hasta fastidio, sin saber por qué. ¿No es mejor entre nosotros? Aquí, por lo menos, se acusa á los demás de todo y se justifica uno á sus propios ojos. Ahora haría de buena gana una expedición al polo Norte, porque el vino, que era mi solo recurso, ha acabado por disgustarme. No puedo beber. He abusado de ello; pero se dice que hay una ascensión aerostática el domingo en el jardín Jussupoff. Berg intenta, según parece, emprender un gran viaje aéreo y consiente en admitir algunos viajeros mediante cierto precio... ¿No es verdad?

—¿Desea usted viajar en globo?

—¿Yo? No... Sí...—murmuró Svidrigailoff, que se había quedado pensativo.

«¿Qué clase de hombre es éste?»—se preguntaba Raskolnikoff.

—No, la letra de cambio no me preocupaba—dijo Svidrigailoff.— Por mi gusto permanecía en la aldea. Hará próximamente un año, María Petrovna, con motivo de mi santo, me devolvió el papel acompañado de una cantidad importante, á título de regalo. Tenía mucho dinero. Vea usted qué confianza me inspira»—me dijo.— Le ase-

Biblioteca Nacional de España

guro á usted que se expresaba así. ¿No lo cree usted? He de decirle que cumplía muy bien mis deberes de propietario rural. Además, para ocuparme, encargaba libros. Marfa Petrovna al principio aprobaba mi gusto por la lectura; pero más tarde llegó á temer que me fatigase mi excesiva aplicación.

—Parece que la muerte de Marfa Petrovna le ha dejado á usted un vacío...

—¿A mí...? Quizás... Sí, es posible... A propósito: ¿Cree usted en las apariciones?

—¿En qué apariciones?

—En las apariciones, según el sentido ordinario de la palabra.

—¿Y usted cree en ellas?

—Sí y no. No creo si usted quiere, y, sin embargo...

—¿Usted las tiene?

Svidrigailoff miró á su interlocutor con aire extraño.

—Marfa Petrovna acaba de visitarme—dijo, y contrajo sus labios una sonrisa indefinible.

—¿Cómo? ¿Viene á visitar á usted?

—Sí; ha venido ya tres veces. La primera vino el día mismo del entierro, una hora después de haber vuelto yo del cementerio. Era la víspera de mi venida á San Petersburgo. La volví á ver después durante mi viaje. Anteayer, al romper el día, en la estación de Malaia Vichera; la tercera vez, hace dos horas, en una habitación de la casa en que vivo. Estaba solo.

—¿Despierto?

—Completamente. Las tres veces estaba despierto. Viene, habla un minuto y se va por la puerta, siempre por la puerta; me parece oirla andar.

—También yo pensaba que debían de ocurrir cosas como esas—dijo bruscamente Raskolnikoff, é inmediatamente se asombró de haber pronunciado tales palabras. Sentíase muy agitado.

—Verdaderamente; ¿usted dice eso?—preguntó Svidrigailoff sorprendido—; ¿es eso posible? ¿Ve usted como tenía yo razón al decir que entre nosotros había algo de común?

—¡Usted no ha dicho semejante cosa!—replicó irritado Raskolnikoff.

—¿Que no lo he dicho? Pues creía haberlo dicho. Hace poco, cuando entré aquí y le vi á usted acostado, con los ojos cerrados y haciendo que dormía, he dicho para mí: «Este es el mismo.»

—¿El mismo? ¿A quién alude usted? ¿Qué quiere usted decir?—preguntó Raskolnikoff.

—¿Qué á quién aludo? No lo sé—balbuceó como cortado Svidrigailoff.

Durante un minuto los dos hombres se miraron silenciosamente.

—Todo esto no significa nada—replicó con cólera Raskolnikoff—; ¿qué es lo que su mujer de usted le dice cuando viene á verle?

—Siempre habla de tonterías, de cosas insignificantes, y vea usted lo que somos los hombres, esto me fastidia. Cuando su primera aparición, yo estaba fatigado; el servicio fúnebre, el *Requiem*, la comida, todo esto no me había dejado respirar: en fin, me encontraba solo en mi gabinete, fumando un cigarro y abandonándome á mis reflexiones, cuando la vi entrar por la puerta: «Arcadio Ivanovitch—me dijo—, hoy, con el barullo que ha tenido usted en casa, se ha olvidado de subir las pesas del reloj del comedor». Era yo, en efecto, quien desde hacía siete años subía las pesas cada semana, y cuando se me olvidaba me lo recordaba mi mujer. Al día siguiente me

Biblioteca Nacional de España

puse en camino para San Petersburgo. Al amanecer llegó el tren á una estación; bajo y entro en la fonda; había dormido mal; tenía los ojos cargados; me hice servir una taza de café. De repente, ¿qué es lo que veo? A Marfa Petrovna, sentada al lado mío con una baraja en la mano. «¿Quiere usted que le prediga lo que ha de sucederle durante el viaje, Arcadio Ivanovitch?»—me pregunta.— Mi mujer echaba muy bien las cartas. No me perdonaré jamás no haberla dejado que me dijera la buena ventura. Huí aterrado cuando la campana llamaba á los viajeros. Hoy, después de una comida detestable, que no conseguía digerir, estaba sentado en mi habitación y había encendido un cigarro, cuando vi entrar de nuevo á Marfa Petrovna en *grande toilette;* llevaba un traje nuevo de seda verde, con larguísima cola. «Buenos días, Arcadio Ivanovitch: ¿qué le parece á usted mi traje? Anitchka no los hace parecidos». (Anitchka es una costurera de nuestra aldea, una antigua sierva que estuvo de aprendiza en Moscou, una buena muchacha.) Echo una ojeada sobre el traje, después miro á mi mujer atentamente á la cara y le digo: «Es inútil que se moleste usted, Marfa Petrovna, para venirme á hablar de semejantes vagatelas». «¡Ah, Dios mío, batuckka! No hay medio de meterte miedo».— «Yo quiero casarme, Marfa Petrovna»— seguí diciendo con intención de molestarla algo». «Libre es usted, Arcadio Ivanovitch; pero no se hará usted mucho honor volviéndose á casar tan poco tiempo después de haber perdido á su mujer. Aunque hiciese usted buena elección recaería sobre usted el desprecio de las gentes honradas». Al decir esto salió, y hasta me pareció oir el crujir de su vestido. ¿No le parece á usted que esto es chusco?

—¿Está usted ensartando mentiras?—dijo Raskolnikoff.

—Es raro que mienta—respondió Svidrigailoff, sin parecer que reparaba en lo más mínimo en la grosería de la pregunta.

—Y antes de esto, ¿no ha visto usted aparecidos?

—Sí; pero una sola vez, hace seis años. Tenía yo un criado llamado Philipo, á quien se acababa de enterrar; por distracción grité como de costumbre: «¡Philipo, la pipa». Entró, se fué derecho al armario en que se guardaban mis utensilios de fumar. «Me odia»—pensé yo—, porque poco antes de su muerte habíamos tenido un vivo altercado. «¿Cómo te atreves á presentarte delante de mí con un vestido agujereado por los codos? ¡Vete, tunante!»; dió media vuelta, salió y no volvió. Yo nada hablé de esto á Marfa Petrovna. Mi intención primera fué mandar decir una misa por él; pero después he reflexionado que esto era una tontería.

—Oiga usted, que le vea el médico.

—La observación de usted es superflua; comprendo, sin que nadie me lo diga, que estoy enfermo, aunque, á decir verdad, no sé de qué. Según lo que á mí se me alcanza, estoy lo menos cinco veces mejor que usted. Yo no le he preguntado: ¿cree usted que se vean apariciones? Mi pregunta ha sido ésta: ¿cree usted que hay apariciones?

—No, no lo creo—murmuró vivamente y hasta con ira el joven.

—¿Qué es lo que se dice ordinariamente?—murmuró á manera de soliloquio Svidrigailoff, que, con la cabeza un poco inclinada, miraba de través. La gente le dice á uno: «Está usted malo»; por consiguiente, lo que á usted le parece realidad, no es más que un sueño. Eso no es razonar con lógica severa. Concedo que las apáriciones sólo se muestran en las enfermedades; pero esto prueba única-

Biblioteca Nacional de España

mente que es preciso estar enfermo para verlas, y no que no existan.

—Ciertamente; no existen—repuso violentamente Raskolnikoff.

Svidrigailoff le contempló detenidamente.

—¿Que no existen? ¿Es esa la opinión de usted? ¿No podría decirse lo siguiente? Las apariciones son, en cierto modo, fragmentos, trozos de otros mundos. El hombre sano, naturalmente, no tiene razón para verlas, puesto que el hombre sano es, ante todo, un ser material; por consiguiente, debe, para estar en el orden, vivir la vida de aquí abajo. Pero cuando está malo, cuando se quebranta el orden normal terrestre de su organismo, comienza en seguida á manifestarse la posibilidad de otro mundo; á medida que su enfermedad se agrava, sus contactos con el otro mundo se multiplican, hasta que la muerte le hace entrar á uno allí. Tiempo hace que me he hecho este razonamiento, y si usted cree en la vida futura, nada impide admitirlo.

—No creo en la vida futura—respondió Raskolnikoff.

Svidrigailoff se quedó pensativo.

—Si no hubiese allí más que arañas ú otras cosas semejantes—dijo de repente.

«Es un loco»—pensó Raskolnikoff.

—Nosotros nos representamos siempre la eternidad, como una idea que no se puede comprender, como una cosa inmensa, inmensa. Mas ¿por qué ha de ser necesariamente así? En lugar de todo eso, figúrese usted una habitación pequeña, como quien dice un gabinete de baño, ennegrecido por el humo, con arañas por todos los rincones, y ahí tiene usted la eternidad. Yo me la imagino así algunas veces.

—¡Cómo! ¿Es posible que usted no tenga una idea más consoladora y más justa?—exclamó Raskolnikoff con cierto malestar.

—¿Más justa? ¡Quién sabe! Este punto de vista es acaso el verdadero, y lo sería ciertamente si dependiese de mí—respondió Svidrigailoff con una vaga sonrisa.

Tan siniestra respuesta hizo correr un estremecimiento por todos los miembros de Raskolnikoff. Svidrigailoff levantó la cabeza, miró al joven y rompió á reir de repente.

—Es esto muy curioso—exclamó—; hace media hora que no nos conocíamos, nos consideramos como enemigos, tenemos un asunto que ventilar, y dejemos á un lado este asunto, enredándonos á hablar de Filosofía. ¡Cuando le digo á usted que somos plantas del mismo campo!...

—Dispense usted—replicó molestado Raskolnikoff—; dígame usted, si quiere, á qué debo el honor de su visita... tengo prisa y voy á salir...

—Bueno; su hermana de usted, Advotia Romanovna, va á casarse con el señor Lujin.

—Suplico á usted que no se ocupe de mi hermana en esta entrevista, y que no pronuncie su nombre. No comprendo que se atreva á pronunciarle en mi presencia, si en efecto es usted Svidrigailoff.

—¿Cómo no nombrarla, si he venido precisamente para hablar á usted de ella.

—Está bien. Hable usted y despache.

—Ese señor Lujin es algo pariente mío. Estoy seguro de que usted ya tiene formada opinión acerca de él, si es que le ha visto usted, aunque no haya sido más que media hora, ó si le ha hablado á usted de él alguna persona digna de crédito. No es un partido conveniente para Advotia Romanovna. Tengo la creencia de que su hermana de usted se sacrifica de una manera tan magnánima como inconsiderada; se inmola por... por su familia. Según las

Biblioteca Nacional de España

noticias que yo tenía de usted, pensaba que vería con gusto la ruptura de ese matrimonio, si esta ruptura pudiera hacerse sin perjuicio para los intereses de su hermana. Ahora que le conozco personalmente, no tengo ninguna duda sobre este particular.

—Por parte de usted eso es muy cándido; perdóneme usted, quería decir muy desvergonzado—replicó Raskolnikoff.

—Según eso, me supone miras interesadas. Esté usted tranquilo; si yo trabajase para mí, ocultaría mejor mi juego; no soy del todo imbécil. Voy á este propósito á descubrirle una particularidad psicológica. Hace poco me acusaba de haber amado á su hermana de usted, diciendo que había sido yo una víctima. Pues bien, sepa usted que al presente no siento ningún amor hacia ella, de tal modo que me asombro de haber estado seriamente interesado...

—Era un capricho de hombre desocupado y vicioso.

—En efecto, soy un hombre vicioso y desocupado. Por otra parte, su hermana de usted posee mérito bastante para impresionar á un libertino como yo; pero todo ello era fuego fatuo, lo veo claramente ahora.

—¿Y desde cuándo lo ha advertido usted?

—Ya lo sospechaba hace algún tiempo y me he convencido definitivamente de ello anteayer, casi en el momento de llegar á San Petersburgo; pero en Moscou todavía estaba decidido á obtener la mano de Advotia Romanovna y á colocarme en la situación de rival del señor Lujin.

—Perdóneme usted que le interrumpa. ¿No podrá usted abreviar y decirme inmediatamente el objeto de su visita? Vuelvo á decirle á usted que tengo prisa, que necesito hacer varias cosas...

—Con mucho gusto. Decidido ahora á emprender cierto... viaje, quisiera antes arreglar varios asuntos. Mis hijos están en casa de su tía; son ricos y no les hago falta. Por otra parte, ¿usted me comprende en el papel de padre? No he tomado más dinero que el que María Petrovna me regaló hace un año; ese dinero me basta. Dispénseme usted, voy al hecho. Antes de ponerme en camino quiero acabar con el señor Lujin. No es que le deteste precisamente; pero él ha sido causa de mi última querella con mi mujer; me incomodé cuando supe que ella había concertado este matrimonio. Ahora me dirijo á usted para obtener acceso cerca de Advotia Romanovna; usted puede, si le parece, asistir á nuestra entrevista. Ante todo desearía poner ante los ojos de su hermana de usted todos los inconvenientes que resultarían para ella de su matrimonio con Lujin. Le suplicaría después que me perdonase por los disgustos que la he causado, y la pediría permiso para ofrecerle 10.000 rublos, lo que la indemnizaría de una ruptura con el señor Lujin, ruptura que, seguro estoy de ello, no repugnaría á su hermana de usted si viera la posibilidad de realizarla.

—¡Usted está loco! ¡Positivamente loco!—exclamó Raskolnikoff con más sorpresa que cólera.— ¿Cómo se atreve usted á emplear ese lenguaje?

—Sabía perfectamente que iba usted á alborotarse; pero comenzaré haciéndole observar que, aun no siendo rico, puedo perfectamente disponer de esos 10.000 rublos; quiero decir que no me son necesarios. Si Advotia Romanovna no los acepta, sabe Dios el estúpido empleo que les daría. En segundo lugar, mi conciencia está del todo tranquila; en mi ofrecimiento no entra para nada el cálculo; créalo usted, ó no lo crea, el porvenir se lo demostrará á usted y á Advotia Romanovna. En resumen: yo me he dado muy malos ratos á causa de su honradísima herma-

Biblioteca Nacional de España

na de usted; he experimentado un sincero disgusto por lo ocurrido y deseo vivamente, no repara por una compensación pecuniaria las contrariedades que la he ocasionado, sino hacerle un servicio insignificante, para que no se diga que no la he hecho más que mal. Si mi proposición ocultase alguna segunda intención, no la haría tan francamente y no me limitaría á ofrecer 10.000 rublos hoy, cuando la he ofrecido mucho más hace cinco semanas. Por otra parte, yo pienso casarme con una joven dentro de poco, y en tales condiciones no puede sospecharse que quiera seducir á Advotia Romanovna. En suma, diré á usted que si se casa con el señor Lujin Advotia Romanovna, recibirá esta misma cantidad, sólo que en otra forma... No se incomode usted, señor Raskolnikoff; juzgue usted las cosas con calma y sangre fría.

Svidrigailoff dijo la anterior perorata con extraordinaria flema.

—Suplico á usted que no siga—dijo Raskolnikoff—; la proposición de usted es tan insolente, que no puede perdonarse.

—No hay tal cosa. Según eso, el hombre en este mundo sólo puede hacer mal á sus semejantes; en cambio no tiene derecho á hacer el menor bien. Las conveniencias sociales se oponen á ello. Eso es absurdo. Si yo, por ejemplo, muriese y dejase en mi testamento esa cantidad á su hermana de usted, ¿la rehusaría?

—Es muy posible.

—No hablemos más. Sea como quiera, yo suplico á usted que transmita mi demanda á Advotia Romanovna.

—No lo haré.

—En ese caso será menester que trate yo de encontrarme frente á frente con ella, lo que no podré hacer sin inquietarla.

—Y si yo le comunico su proposición de usted, ¿no tratará usted de verla?

—No sé, en verdad, qué decirle á usted; deseo mucho encontrarme con ella una vez.

—No lo espere usted.

—Tanto peor. Por lo demás, usted no me conoce. Quizá se establezcan entre nosotros relaciones amistosas.

—¿Usted cree?...

—¿Por qué no?—dijo sonriendo Svidrigailoff, y levantándose cogió su sombrero—, no es que yo quiera imponerme á usted; aunque he venido aquí, no confiaba demasiado... Esta mañana me chocó...

—¿Dónde me ha visto usted esta mañana?—preguntó con inquietud Raskolnikoff.

—Le he visto por casualidad. Me parece que somos ambos dos frutos del mismo árbol.

—Está bien. Permítame usted que le pregunte si piensa usted ponerse en camino pronto.

—¿Para qué viaje?

—Para el viaje de que hablaba usted hace poco.

—¿He hablado de un viaje? ¡Ah! ¡Sí, en efecto!... ¡Si supiese usted qué cuestión acaba de plantearme!—añadió con amarga sonrisa.— Quizá en lugar de hacer ese viaje me casaría. Se está en camino de negociar un matrimonio para mí.

—¿Aquí?

—Sí.

—No ha perdido usted el tiempo desde su llegada á San Petersburgo.

—¡Eal ¡Hasta la vista!... ¡Ah, se me olvidaba! Diga usted á su hermana, que Marfa Petrovna le ha legado 3.000 rublos. Es la verdad exacta. Marfa Petrovna hizo sus disposiciones testamentarias delante de mí, ocho días

Biblioteca Nacional de España

antes de su muerte. De aquí á dos ó tres semanas, Advotia Romanovna podrá entrar en posesión de ese legado.

—¿Dice usted verdad?

—Sí, dígaselo usted. Servidor. Vivo muy cerca de aquí.

Al salir Svidrigailoff se cruzó en el umbral con Razumikhin.

II

Eran las ocho. Los dos jóvenes salieron en seguida en dirección á la casa de Bacalaieff, deseosos de llegar antes que Lujin.

—¿Quién es ese que salía de tu casa cuando yo entré?—preguntó Razumikhin cuando estuvieron en la calle.

—Svidrigailoff, el propietario en cuya casa estuvo mi hermana de institutriz y de donde se marchó porque el dueño le hacía la corte. Marfa Petrovna, la mujer de ese señor, la puso á la puerta. Más tarde, esa misma Marfa Patrovna pidió perdón á Advotia. Esa señora ha muerto de repente hace pocos días; de ella hablaba mi madre hace poco. No sé por qué me da mucho miedo ese hombre. Es muy extraño y tiene tomada una firme resolución. Cualquiera diría que sabe algo... Ha llegado aquí hace poco, después del entierro de su mujer... Es preciso proteger á Advotia contra él. Eso es lo que yo quería decirte, ¿entiendes?

—¡Protegerla! ¿Qué puede hacer él contra Advotia Ramonovna? Te agradezco que me hayas dicho eso... La protegeremos, puedes estar tranquilo... ¿Dónde vive?

—No sé.

—¿Por qué no se lo has preguntado? Es un demontre; pero yo lo encontraré.

—¿Le has visto?—preguntó Raskolnikoff después de una pausa.

Biblioteca Nacional de España

—Sí, me he fijaado en él muy bien.

—¿Estás seguro de ello? ¿Le has visto distintamente?—insistió Raskolnikoff.

—Ya lo creo; me acuerdo de su cara y le conocería entre mil: soy buen fisonomista.

Se callaron de nuevo.

—¡Hum!... pensaba... Me parece siempre que soy víctima de alguna ilusión—balbuceó Raskolnikoff.

—¿Por qué dices eso? No te comprendo bien.

—He aquí—prosiguió Raskolnikoff con gesto que tendía á ser una sonrisa—: decís que estoy loco; pues bien, hace poco me dió la idea de que quizás teníais razón y de que había visto un espectro.

—¡Qué suposición!

—¿Quién sabe? Quizá estoy loco, en efecto, y todos los acontecimientos de estos días se han verificado sólo en mi imaginación.

—¿Qué es eso, Raskolnikoff? Tienes trastornado el seso ¿Qué te ha dicho? ¿Por qué ha venido á tu casa?

Raskolnikoff no respondió. Razumikhin reflexionó un instante.

—Vamos, oye lo que he hecho—dijo.— He entrado en tu cuarto; estabas durmiendo. En seguida comimos; después de lo cual he ido á ver á Porfirio Zametoff; estaba todavía en su casa; he querido hablar en debida forma y no he sido afortunado en mi *debut*. No acertaba á entrar en materia. Parecía que no entendían, pero no demostraban, por otra parte, ninguna cortedad. Llevé á Porfirio cerca de una ventana y me puse á hablarle; pero tampoco estuve muy feliz. El miraba de un lado y yo de otro. Por último, le aproximo el puño á la cara y le digo que le voy á reventar. El, por su parte, se contenta con mirarme en silencio. Yo escupo y me voy. Ahí tienes todo. Esto es muy

tonto. Con Zametoff no he cambiado ni una palabra. Me daba á los diablos por mi estúpida conducta; pero me he consolado con una reflexión; al bajar la escalera me he dicho: ¿Vale la pena de que tú y yo nos preocupemos de este modo? Si algún peligro te amenazase sería otra cosa; pero ¿qué tienes tú que temer? No eres culpable; luego no debes inquietarte de lo que piensen ellos. Ya nos burlaremos de su estupidez; yo, en tu lugar, me divertiría en engañarlos. ¡Qué vergüenza será para ellos haberse equivocado tan groseramente! No te preocupes; ya se les sentará la mano; mas por el momento riámonos de su tontería.

—Es verdad—respondió Raskolnikoff.—«¿Qué dirás tú mañana?»—dijo para sí. ¡Cosa extraña! Hasta entonces no se le había ocurrido ni una vez preguntarse: «¿Qué pensará Razumikhin cuando sepa que soy culpable?» Al ocurrírsele esta idea miró fijamente á su amigo. El relato de su visita á Porfirio le había interesado muy poco; otras cosas le preocupaban en aquel momento.

En el corredor encontraron á Lujin que había llegado á las ocho en punto; pero perdió algún tiempo en buscar el número; de modo que los tres entraron juntos sin mirarse ni saludarse. Los jóvenes se presentaron los primeros. Pedro Petrovitch, siempre fiel observador de las conveniencias, se detuvo un momento en la antesala para quitarse el *paletot*. Pulkeria Alexandrovna se dirigió en seguida á él. Advotia y Raskolnikoff se saludaron.

Al entrar, Pedro Petrovitch saludó á las señoras de una manera bastante amable, aunque con gravedad extremada. Parecía, sin embargo, algo desconcertado. Pulkeria Alexandrovna, que estaba también algo molesta, se apresuró á hacer sentar á todo el mundo alrededor de la mesa, donde estaba colocado el samovar. Advotia y

Biblioteca Nacional de España

Lujin tomaron asiento uno enfrente del otro, en los dos extremos de la mesa. Razumikhin y Raskolnikoff se sentaron enfrente de la mesa: el primero, al lado de Lujin; el segundo cerca de su hermana.

Hubo un instante de silencio. Pedro Petrovitch sacó pausadamente un pañuelo de batista perfumado y se sonó. Sus maneras eran, sin duda, las de un hombre benévolo, pero un poco herido en su dignidad y firmemente resuelto á exigir explicaciones. En la antesala, en el momento de quitarse el gaban, se preguntaba si no sería el mayor castigo para las dos señoras retirarse inmediatamente. Sin embargo, no había ejecutado esta idea, porque le gustaban las situaciones francas; así, pues, existía un punto que permanecía obscuro para él; puesto que se le había desairado tan bravamente su prohibición, debía de haber algún motivo para ello. Mejor era tirar, desde luego, de la manta; siempre habría tiempo de aplicar el castigo, y éste no por ser retrasado sería menos seguro.

—Me alegraré que el viaje de usted haya sido feliz—dijo por cortesía á Pulkeria Alexandrovna.

—Sí, que lo ha sido, gracias á Dios.

—Me alegro mucho. ¿Y Advotia Romanovna, se ha fatigado?

—Yo soy joven y fuerte, no me fatigo; mas para mamá este viaje ha sido muy penoso—respondió Advotia.

—¿Qué quiere usted? Nuestros caminos nacionales son muy largos. Rusia es grande... Por mucho deseo que tuve no pude ir á esperar á ustedes. Espero, sin embargo, que no habrán ustedes tenido ningún contratiempo.

—¡Oh! Perdone usted, Pedro Petrovich. Nos hemos encontrado en una situación muy difícil—dijo con una entonación particular Pulkeria Alexandrovna—; y si Dios no nos hubiese deparado ayer á Demetrio Razumikhin, no

sé qué hubiera sido de nosotras. Permita usted que le presente á nuestro salvador Demetrio Razumikhin.

—¡Ah! Sí; ayer tuve el placer...—balbuceó Lujin echando una oblicua y malévola mirada al joven; después frunció el entrecejo y se calló.

Pedro Petrovitch era una de esas personas que se esfuerzan en ser amables en sociedad, pero que bajo la influencia de cualquier contrariedad pierden súbitamente todos sus artificios, hasta el punto de parecer más bien sacos de harina que despejados caballeros. El silencio volvió á reinar de nuevo; Raskolnikoff se encerraba en un obstinado mutismo, Advotia Romanovna juzgaba que no había llegado para ella el momento de hablar, Razumikhin nada tenía que decir, de modo que Pulkeria Alexandrovna se vió en la necesidad penosa de reanudar otra vez la conversación.

—¿Sabe usted que Marfa Petrovna ha muerto?—dijo recurriendo á su recurso supremo en semejante caso.

—¿Cómo no? Puedo informar á ustedes de que inmediatamente después del entierro de su mujer, Svidrigailoff se ha venido apresuradamente á San Petersburgo. Sé de buena tinta esa noticia.

—¿En San Petersburgo? ¿Aquí?—preguntó alarmada Advotia, y cambió una mirada con su madre.

—Precisamente, y debe suponerse que ha venido con alguna intención; la precipitación de su partida y el conjunto de circunstancias precedentes lo hacen creer así.

—¡Señor! ¿Es posible que hasta aquí venga á acosar á mi hija?—exclamó Pulkeria Alexandrovna.

—Me parece que ni la una ni la otra deben ustedes inquietarse mucho de su presencia en San Petersburgo, en el caso, por supuesto, de que ustedes quieran evitar

Biblioteca Nacional de España

toda especie de relaciones; por mi parte estaré con ojo avizor y sabré pronto dónde se ha metido...

—¡Ah! Pedro Petrovitch, usted no puede imaginarse hasta qué punto me da miedo lo que usted dice—repuso Pulkeria Alexandrovna.— Sólo le he visto dos veces y me pareció terrible. Segura estoy de que ha causado la muerte de Marfa Petrovna.

—Las noticias exactas no autorizan á suponer tal cosa. Por lo demás, no niego que su mal proceder no haya podido en cierto modo y en cierta medida apresurar el curso natural de las cosas. En cuanto á la conducta y en general á la característica moral del personaje, estoy de acuerdo con usted. Ignoro si ahora es rico y lo que Marfa Petrovna ha podido dejarle; lo sabré dentro de poco. Lo que tengo por cierto es que, encontrándose aquí en San Petersburgo, no tardará en volver á su antigua vida, aunque tenga muy pocos medios pecuniarios. Es el hombre más perdido de vicios y el más depravado que existe. Tengo fundamentos para creer que Marfa Petrovna, que tuvo la desgracia de enamorarse de él y que pagó sus deudas hace ocho años, le ha sido útil también en algún otro sentido. A fuerza de idas y venidas y de sacrificios logró ahogar en germen una causa criminal que podía haber dado en Siberia con el señor Svidrigailoff. Se trataba de un asesinato cometido en condiciones particularmente espantosas y, por decirlo así, fantásticas. Tal es ese hombre, si ustedes deseaban saberlo.

—¡Ah, señor!—exclamó Pulkeria Alexandrovna.

Raskolnikoff escuchaba atentamente.

—¿Usted habla, dice, según datos ciertos?—preguntó con tono severo Advotia.

—Me limito á repetir lo que oí de labios mismos de Marfa Petrovna. Hay que advertir que, desde el punto de vista jurídico, este asunto es muy obscuro. En esta época habitaba aquí, y parece que vive todavía, cierta extranjera llamada Reslich que prestaba dinero por semanas y ejercía otros diversos oficios. Entre esta mujer y Svidrigailoff existían, desde hacía largo tiempo, relaciones tan íntimas como misteriosas. Vivía con ella una parienta lejana, una sobrina joven, de quince años ó de catorce, que era muda. La Reslich no podía sufrir á esta muchacha: le echaba en cara cada pedazo de pan que la pobre comía y la maltrataba con increíble inhumanidad. Un día se encontró á la infeliz muchacha ahorcada en el granero. La sumaria acostumbrada dió por resultado una comprobación de suicidio, y todo parecía haber terminado aquí, cuando la policía recibió aviso de que la joven había sido violada por Svidrigailoff. En verdad, todo esto era obscuro. La denuncia emanaba de otra alemana, mujer de notoria inmoralidad y cuyo testimonio no podía ser de gran crédito. En una palabra: no hubo proceso. Marfa Petrovna se puso en campaña, prodigó el dinero y logró echar tierra al asunto; pero no dejaron de correr con aquel motivo los más graves rumores acerca de Svidrigailoff. En lo que usted estuvo en su casa, Advotia Romanovna, habrá oído contar, sin duda, la historia de su doméstico Philipo, muerto á causa de los malos tratamientos de su amo. Esto ocurrió hace seis años, cuando aún existía la servidumbre.

—He oído decir que ese Philipo se había ahorcado.

—Perfectamente; pero se vió reducido, ó por mejor decir, impulsado á darse la muerte por las brutalidades incesantes y los malos tratamientos sistemáticos de su amo.

—Lo ignoraba—respondió secamente Advotia.— Oí, sí, contar acerca de eso una historia muy extraña. Parece

Biblioteca Nacional de España

que el tal Philipo era un hipocondríaco, una especie de criado filósofo. Los otros sirvientes decían que la lectura le había turbado el entendimiento y, á creerlos, se había ahorcado para huir, no de los golpes, sino de las burlas del señor Svidrigailoff. Le vi tratar muy humanamente á sus servidores y era muy amado de ellos, aunque le imputaban, en efecto, la muerte de Philipo.

—Veo, Advotia Romanovna, que tiende usted á justificarle—repuso Lujin con una sonrisa agridulce.— Es lo cierto que le tengo por hombre muy hábil para insinuarse en el corazón de las señoras. La pobre María Petrovna, que acaba de morir en circunstancias tan extrañas, es una lamentable prueba de ello. Yo no trato más que de advertírselo á usted y á su mamá, en previsión de las tentativas que de seguro no dejará de renovar. Tengo, por otra parte, la opinión de que ese hombre acabará en la prisión por deudas. María Petrovna pensaba demasiado en el porvenir de sus hijos para tener el propósito de asegurar á su marido una parte importante de su fortuna. Es de suponer que le habrá dejado lo suficiente para vivir con decorosa modestia; pero con sus costumbres disipadas se lo comerá todo antes de un año.

—Suplico á usted, Pedro Petrovitch, que no hablemos más de Svidrigailoff. Eso me es desagradable.

—Ha estado en mi casa hace rato—dijo bruscamente Raskolnikoff, que hasta entonces no había pronunciado una palabra.

Todos se volvieron hacia él con exclamaciones de sorpresa; hasta el mismo Pedro Petrovitch se quedó algo asustado.

—Hace media hora, mientras yo dormía, entró en mi cuarto, y después de despertarme dió su nombre. Estaba bastante contento y alegre; espera que yo he de hacerme amigo suyo, y, entre otras cosas, solicita una entrevista contigo, Advotia, y me ha suplicado que le sirva yo de mediador. Tiene que hacerte una proposición y me ha dicho en qué consiste. Por otra parte, me ha asegurado que María Petrovna, ocho días antes de su muerte, te había dejado en su testamento tres mil rublos, cantidad que recibirás en breve plazo.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó Pulkeria Alexandrovna, é hizo la señal de la cruz.— ¡Reza por ella, Advotia, reza!

—El hecho es exacto—no pudo menos de afirmar Lujin.

—¿Y después?—preguntó vivamente Advotia.

—Después me dijo que no era rico, que toda su fortuna pasaba á sus hijos, los cuales están ahora en casa de su tía. También me contó que se hospedaba cerca de mi casa; pero no sé en dónde; no se lo he preguntado.

—¿Qué es lo que trata de proponer á Advotia?—preguntó con inquietud Pulkeria Alexandrovna—, ¿te lo ha dicho?

—Sí.

—¿Y qué?

—Lo diré luego.

Después de esta respuesta Raskolnikoff se puso á tomar el te.

Pedro Petrovitch miró el reloj.

—Un negocio urgente me obliga á dejar á ustedes, y de este modo no interrumpiré su conferencia—añadió un poco molesto, y al pronunciar estas palabras se levantó.

—Quédese usted, Pedro Petrovitch—dijo Advotia.— Usted tenía la intención de dedicarnos la noche. Además, nos ha escrito diciéndonos que deseaba tener una explicación con mamá.

—Es verdad, Advotia Romanovna—respondió con

Biblioteca Nacional de España

tono punzante Pedro Petrovitch, que se sentó á medias, conservando el sombrero en la mano—; deseaba, en efecto, tener una explicación con su madre y con usted, sobre algunos puntos de suma gravedad. Pero como su hermano no puede explicarse delante de mí acerca de ciertas proposiciones hechas por Svidrigailoff, yo no quiero ni puedo explicarme ante tercero sobre ciertos puntos de extrema importancia. Por otra parte, yo había expresado en términos formales mi deseo, que no se ha tenido en cuenta.

Las facciones de Lujin tomaron una expresión dura y altanera.

—Usted había pedido, en efecto, que mi hermano no asistiese á nuestra entrevista, y si él no ha accedido á su deseo ha sido únicamente cediendo á mis instancias. Usted nos ha escrito que había sido insultado por mi hermano, y yo creo que debe de haber en esto alguna mala inteligencia y que tienen ustedes que reconciliarse. Si realmente mi hermano le ha ofendidido á usted, debe darle sus excusas, y lo hará.

Al oir tales palabras Pedro Petrovitch, se sintió menos dispuesto que nunca á hacer concesiones.

—Con toda la buena voluntad del mundo, Advotia Romanovna, es imposible olvidar ciertas injurias. En todo hay un límite que es peligroso traspasar, porque una vez que se franquea, la vuelta atrás es imposible.

—¡Ah! Desechad esa vana suceptibilidad, Pedro Petrovitch—interrumpió Advotia con voz emocionada.— Sea usted el hombre inteligente y noble que yo siempre he visto en usted y que quiero ver en adelante. Le he hecho á usted una gran promesa. Soy la esposa futura de usted. Confíese á mí en este negocio y crea que puedo juzgar con imparcialidad. El papel de árbitro que me atribuyo en este momento es una sorpresa tan grande para mi hermano como para usted. Cuando hoy, después de la carta de usted, le he suplicado con insistencia que asistiera á nuestra entrevista, no le he dado parte de mis intenciones. Comprenda usted que si rehusan reconciliarse me veré forzada á optar por uno con preferencia al otro. De tal modo se encuentra planteada la cuestión á causa de ustedes dos. No quiero ni debo engañarme en mi elección: para usted es preciso que rompa con mi hermano; para mi hermano es preciso que rompa con usted. Yo quiero estar cierta de los sentimientos de ustedes. Quiero saber, de una parte, si tengo en Raskolnikoff un hermano; de otra parte, si tengo en usted un marido que me ama y me estima.

—Advotia Romanovna—repuso Lujin herido—: su lenguaje da lugar á interpretaciones diversas; es más, lo encuentro ofensivo, en vista de la situación que tengo el honor de ocupar respecto de usted. Prescindiendo de lo que hay de mortificante para mí al verme colocado al mismo nivel que un... orgulloso joven, parece que usted admite como posible la ruptura del matrimonio convenido entre nosotros. Dice usted que tiene que elegir entre su hermano de usted y yo; por esto mismo se ve lo poco que significo á los ojos de usted... No puedo aceptar tal cosa, dadas nuestras relaciones y dados nuestros compromisos recíprocos.

—¿Cómo?—exclamó Advotia, cuya frente se enrojeció.— ¿Conque pongo el interés de usted en la balanza con todo lo que yo amo más en la vida, y se queja de significar poco á mis ojos?

Raskolnikoff se sonrió sarcásticamente. Razumikhin hizo un gesto; pero la respuesta de la joven no calmó á Lujin, que á cada instante se ponía más rojo y más intratable.

Biblioteca Nacional de España

—El amor por el esposo, por el futuro compañero de la vida, debe estar por encima del amor fraternal—declaró sentenciosamente—; en todo caso yo no puedo admitir que se me coloque en la misma línea... Aunque haya dicho hace un momento que no quería ni podía explicarme en presencia de su hermano acerca del principal objeto de mi visita, hay un punto muy importante para mí, que desearía esclarecer delante de su señora madre. Su hijo de usted—continuó dirigiéndose á Pulkeria Alexandrovna—, ayer, delante del señor Razumikhin, ¿no es ese el nombre de usted?, dispénseme si es que he olvidado su nombre —dijo á Razumikhin haciéndole un amable saludo—, me ha ofendido, alterando una frase pronunciada por mí el día que tomé café en casa de ustedes. Dije yo que, en mi concepto, una joven pobre y ya experimentada en la desgracia ofrecía á un marido más fianzas de moralidad que una persona que hubiese vivido siempre en la abundancia. Su hijo de usted, con deliberado propósito, ha dado un sentido absurdo á mis palabras, atribuyéndome odiosas intenciones, y presumo que se ha fundado para ello en alguna carta de usted. Sería una gran tranquilidad para mí si usted me probase que estaba engañado. Dígame exactamente en qué términos ha reproducido mi pensamiento al escribir al señor Raskolnikoff.

—Yo no me acuerdo—respondió con alguna cortedad Pulkeria Alexandrovna—; le manifesté el pensamiento de usted, tal como lo había comprendido. Ignoro cómo mi hijo ha repetido mi frase. Puede que haya forzado los términos...

—No ha podido hacerlo más que inspirándose en lo que usted haya escrito.

—Pedro Petrovitch—replicó con dignidad Pulkeria Alexandrovna—, la prueba de que Advotia y yo no hemos tomado á mala parte las palabras de usted, es que estamos aquí.

—¡Bien, mamá!—aprobó la joven.

—¿De modo que soy yo el equivocado?—dijo resentido Lujin.

—¿Ve usted, Pedro Petrovitch? Usted acusa á mi hijo, sin tener en cuenta que en su carta de hace poco le atribuye usted un hecho falso—prosiguió Pulkeria Alexandrovna, muy animada por la aprobación que acababa de manifestarle su hija.

—No me acuerdo de haber escrito nada falso.

—Según la carta de usted—declaró con tono áspero Raskolnikoff sin volverse hacia Lujin—, el dinero que di ayer á la viuda de un hombre atropellado por un coche se lo había dado á su hija (á quien veía entonces por primera vez). Usted ha escrito eso con la intención, sin duda, de enemistarme con mi familia, y para conseguirlo mejor, ha calificado de la manera más innoble la conducta de una joven á quien usted no conocía. Eso es una baja difamación.

—Perdone usted, señor—respondió Lujin temblando de cólera.— Si en mi carta me he extendido en lo que á usted se refiere, ha sido porque su madre de usted y su hermana me suplicaron que les dijese cómo había encontrado á usted y qué impresión me había usted producido. Por otra parte, le desafío á que señale una sola línea mentirosa en el pasaje á que usted alude. ¿Negará usted, en efecto, que ha dado su dinero? Y en cuanto á la desgraciada familia de que se trata, ¿se atreverá usted á responder de la honrabilidad de todos sus miembros?

—Con toda la honorabilidad de usted no vale lo que el dedo meñique de la pobre joven á quien arroja usted la primera piedra.

Biblioteca Nacional de España

—¿De modo que no vacilaría usted en ponerla en contacto con su madre y su hermana?

—Si lo desea usted saber, le diré que ya lo he hecho. La he invitado á tomar asiento al lado de mi madre y de Advotia.

—¡Hijo!—exclamó Pulkeria Alexandrovna.

Advotia se ruborizó, Razumikhin frunció el ceño y Lujin se sonrió despreciativamente.

—Juzgue usted misma, Advotia Romanovna, si el acuerdo es posible. Espero que esto sea un asunto terminado y del cual no haya más que hablar. Me retiro para no interrumpir por más tiempo esta reunión de familia; ustedes tienen secretos que comunicarse.

Se levantó y cogió el sombrero.

—Pero permítanme ustedes que les diga antes de irme que deseo no verme expuesto en adelante á semejantes encuentros. Es á usted particularmente, mi distinguida señora Pulkeria Alexandrovna, á quien yo dirijo esta súplica; tanto más, cuanto que mi carta era para usted y no para otra persona.

Pulkeria Alexandrovna se sintió un tanto irritada.

—Usted por lo visto cree que es nuestro amo, Pedro Petrovitch. Advotia le ha dicho á usted por qué no ha sido satisfecho su deseo; mi hija no tenía más que buenas intenciones. Pero, en verdad, usted me escribe en un estilo muy imperioso, y menester es que miremos sus deseos como una orden. Diré á usted, por el contrario, que ahora, sobre todo, debe tratarnos con consideración y miramiento, puesto que la confianza en usted nos ha hecho dejarlo todo para venir aquí, y, por consiguiente, nos tiene ya á su discreción.

—Eso no es del todo exacto, Pulkeria Alexandrovna; sobre todo, desde que conoce usted el legado hecho por

María Petrovna á Advotia. Estos tres mil rublos llegan muy á punto, según parece, á juzgar por el nuevo tono que toma usted conmigo—añadió agriamente Lujin.

—Esa observación haría suponer que usted había especulado sobre nuestra miseria—notó con voz irritada Advotia.

—Pero al presente, por lo menos, no puedo especular con ella. Y, sobre todo, no quiero impedir que oiga usted las proposiciones secretas que Arcadio Ivanovitch Svidrigailoff ha encargado para que se las transmita, á su hermano de usted. Por lo que veo, esas proposiciones tienen para usted una significación capital y quizá también muy agradable.

—¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó Pulkeria Alexandrovna.

Razumikhin se agitaba impaciente en su silla.

—¿Y no estás avergonzada, hermana?—preguntó Raskolnikoff.

—Sí—respondió la joven.— Pedro Petrovitch, ¡salga usted!—exclamó pálida de cólera.

Este último no esperaba semejante desenlace. Era demasiado presumido y contaba con su fuerza y con la impotencia de sus víctimas. En aquel momento no daba crédito á sus oídos.

—Advotia Romanovna—dijo pálido y con los labios temblorosos—, si salgo en este momento tenga usted por cierto que ya no volveré jamás. Reflexione usted. Yo no tengo más que una palabra.

—¡Qué imprudencia!—exclamó Advotia saltando en su asiento.—¡Pero si yo no quiero que vuelva usted á poner aquí los pies!

—¿Cómo? ¿Eso me dice usted?—vociferó Lujin, tanto más desconcertado cuanto que hasta el último minuto había creído imposible semejante ruptura.—¡Ah! ¿Es así?

Biblioteca Nacional de España

¿Sabe usted, Advotia Romanovna, que yo podría protestar?

—¿Con qué derecho la habla usted así?—dijo con vehemencia Pulkeria Alexandrovna.— ¿De qué tiene usted que protestar? ¿Cuáles son los derechos de usted? Sí, sus derechos. ¿Iría yo á dar mi Advotia á un hombre como usted? ¡Váyase usted y déjenos tranquilas! ¿En qué estábamos pensando al consentir en una cosa tan indigna, sobre todo yo?

—Sin embargo, Pulkeria Alexandrovna—replicó Pedro Petrovich exasperado—, ustedes me han comprometido, dándome una palabra que ahora retiran... y, por último, esto... esto... me ha ocasionado gastos.

La última recriminación estaba tan dentro del carácter de Lujin, que Raskolnikoff, á pesar del furor que sentía, no pudo oirla sin soltar la risa; pero no le sucedió lo mismo á Pulkeria Alexandrovna.

—¿Gastos? ¿gastos?—replicó violentamente.— ¿Se trata acaso del cajón que usted nos ha mandado? Pero si usted ha obtenido su transporte gratuito. ¿Y pretende usted que le hemos comprometido, cuando es todo lo contrario? Nosotras somos las que estamos á la merced de usted, y no usted á la nuestra.

—¡Basta, mamá, basta! Yo te lo suplico—dijo Advotia Romanovna.— Pedro Petrovich, tenga usted la bondad de marcharse.

—Sí, me voy. Una palabra solamente—respondió casi fuera de sí.— Su mamá de usted parece haber completamente olvidado que yo pedí su mano cuando corrían acerca de usted muy malos rumores en toda la comarca. Al desafiar por usted la opinión pública, y al restablecer su reputación, tenía derecho á esperar que me lo agradecería usted; pero esto me abre los ojos, y veo que mi conducta ha sido muy inconsiderada, y que quizá he cometido un gran error despreciando la voz pública...

—¡Pero este hombre quiere qué le rompan la cabeza! —exclamó Razumikhin, que se había levantado para castigar al insolente.

—Usted es indigno y malo—dijo Advotia.

—Ni una palabra, ni un gesto—añadió vivamente Raskolnikoff, deteniendo á Razumikhin.

Después, aproximando su cara mucho á la de Lujin, le dijo en voz baja, pero perfectamente distinta:

—¡Váyase usted! ¡Ni una palabra más! De lo contrario...

Pedro Petrovich, con el rostro pálido y contraído por la cólera, le miró durante algunos segundos; después giró sobre sus talones, y desapareció, llevándose en el corazón un odio mortal contra Raskolnikoff, á quien imputaba solamente su desgracia.

Cosa de notar. Mientras descendía la escalera, se imaginaba que no todo estaba perdido sin remedio, y que no tenía nada de imposible una reconciliación con las señoras.

Biblioteca Nacional de España

III

Durante cinco minutos todos estuvieron muy alegres; su satisfacción se tradujo hasta por risas. Solamente Advotia palidecía de tiempo en tiempo, al recuerdo de la escena precedente. Pero de todos, el más gozoso era Razumikhin. Aunque no se atrevía abiertamente á manifestar su contento, éste se delataba, á pesar suyo, en el temblor febril de toda su persona. Al presente tenía el derecho de dar su vida por las dos señoras y de consagrarse á su servicio. Hundía, sin embargo, estos pensamientos en lo más profundo de sí mismo, y temía soltar la rienda á su imaginación. En cuanto á Raskolnikoff, inmóvil y huraño, no tomaba parte en la alegría general; parecía que su espíritu estaba en otra parte. Después de haber insistido tanto porque se rompiese con Lujin, hubiérase dicho qne esta ruptura, ya consumada, le tenia sin cuidado. Advotia no pudo menos de pensar que su hermano se había incomodado con ella, y Pulkeria Alexandrovna le miraba con inquietud.

—¿Qué es lo que te ha dicho Svidrigailoff?—preguntó la joven, acercándose á su hermano.

—¡Ah! Sí, sí—dijo vivamente Pulkeria Alexandrovna.

Raskolnikoff levantó la cabeza.

—Está decidido á regalarte diez mil rublos, y desea verte una vez en mi presencia.

Biblioteca Nacional de España

—¿Verle? ¡Jamás! —gritó Pulkeria Alexandrovna.— ¿Cómo se atreve á ofrecerle dinero?

En seguida Raskolnikoff contó, bastante secamente, su entrevista con Svidrigailoff.

A Advotía le preocuparon mucho las proposiciones de Svidrigailoff, y quedó largo tiempo pensativa.

—Algún terrible designio ha concebido—murmuró para sí, casi temblando.

Raskolnikoff advirtió este terror excesivo.

—Creo que tendré ocasión de verle más de una vez— dijo á su hermana.

—Encontraremos sus huellas,—gritó enérgicamente Razumikhin.— Yo lo descubriré. No le perderé de vista. Raskolnikoff me lo permite. El mismo me lo ha dicho hace poco: «Vela por mi hermana». ¿Consiente usted, Advotia Romanovna?

Advotia sonrió y tendió la mano al joven; pero su rostro seguía preocupado. Pulkeria Alexandrovna le dirigió una tímida mirada. También es cierto que le habían tranquilizado notablemente los tres mil rublos. Un cuarto de hora después se hablaba con animación. El mismo Raskolnikoff, aunque silencioso, prestó durante algún tiempo oído á lo que se decía. La voz cantante la llevaba Razumikhin.

—¿Por qué? pregunto á ustedes. ¿Por qué irse?—gritaba convencido.— ¿Qué van ustedes á hacer en su detestable poblachón? Lo que principalmente hay que procurar aquí es que estén ustedes todos juntos, puesto que se han menester los unos á los otros. Compréndanlo ustedes; no deben separarse. Vamos, quédense ustedes siquiera algún tiempo. Acéptenme ustedes como amigo y como asociado, y les aseguro que emprenderemos un excelente negocio. Escúchenme ustedes. Voy á explicarles mi proyecto

con todos sus pormenores. Se me ocurrió la idea esta mañana, cuando aún no se sabía nada... He aquí la cosa: Yo tengo un tío; se lo presentaré á ustedes; es un viejo muy campechano y muy respetable. Este tío posee un capital de mil rublos, que no sabe qué hacer de ellos, porque cobra una pensión que basta á sus necesidades. Desde hace dos años no cesa de ofrecerme esta suma al seis por ciento de interés. Bien comprendo que es un medio de que se vale para ayudarme. El año último, yo no tenía necesidad de dinero; pero al presente sólo esperaba que llegase el viejo para decirle que aceptaba. A los mil rublos de mi tío juntan ustedes mil de los suyos, y ya está formada la asociación. ¿Qué negocio vamos á emprender?

Entonces Razumikhin se puso á desarrollar su proyecto. Según él, la mayor parte de nuestros libreros y de nuestros editores hacen malos negocios porque conocen mal su oficio; pero con buenas obras se podía ganar dinero. El joven, que llevaba ya dos años trabajando para diversas librerías, estaba al corriente del asunto y conocía bastante bien tres lenguas europeas. Seis días antes le dijo, es cierto, á Raskolnikoff que no sabía bien el alemán; pero habló de ese modo para decidir á su amigo á que colaborase con él en una traducción que podía proporcionarle algunos rublos. A Raskolnikoff no le había engañado esta mentira.

—¿Por qué, pues, hemos de despreciar un buen negocio, cuando poseemos uno de los medios de acción más esenciales, el dinero?—continuó, animándose, Razumikhin. Claro es que habrá que trabajar mucho; pero trabajaremos, pondremos todos manos á la obra. Usted, Advotia Romanovna, yo, Raskolnikoff... ¡Hay publicaciones que procuran al presente excelentes rendimientos! Tendre-

Biblioteca Nacional de España

mos, sobre todo, la ventaja de conocer lo que conviene traducir. Seremos á la vez traductores, editores y profesores. Ahora puedo ser útil, porque tengo experiencia. Hace dos años que no salgo de casa de los libreros, y sé todas las triquiñuelas del oficio. Crean ustedes que lo que propongo no es obra de romanos. Cuando se ofrece la ocasión de ganar algún dinero, ¿por qué no aprovecharla? Yo podría citar dos ó tres libros extranjeros cuya publicación sería una mina de oro. Si se lo indicase á uno de nuestros editores, nada más que por esto debería yo cobrar quinientos rublos; pero no hay peligro de que se lo diga. Por otra parte, capaces serían los imbéciles de vacilar. En cuanto á la parte material de la empresa, impresión, papel, venta, me encargan ustedes á mí; eso lo entiendo. Comenzaremos modestamente. Poco á poco iremos ampliando el negocio, y, en todo caso, seguro estoy de que conseguiremos los dos objetos.

A Advotia le brillaban los ojos.

—Lo que usted propone—dijo—me gusta mucho.

—Yo, es claro, no entiendo nada de eso—añadió Pulkeria Alexandrovna. Sin duda, conviene. Nosotras tenemos que permanecer aquí por lo menos algún tiempo —dijo mirando á Raskolnikoff.

—¿Qué piensas tú de esto, hermano?—preguntó Advotia.

—Encuentro su idea excelente—respondió el joven.— Claro es que no se improvisa de un día para otro una gran librería; pero hay cinco ó seis libros cuyo buen éxito no me ofrecen duda. Conozco uno sobre todo, que de seguro se vendería. Además, podéis tener confianza completa en la capacidad de Razumikhin; sabe lo que se hace... Por lo demás, tiempo tenéis de hablar de esto.

—¡Bravo!—gritó Razumikhin.— Ahora, atiendan ustedes: hay aquí, en esta misma casa, un departamento completamente distinto é independiente del local en que se encuentran estas habitaciones; no cuesta caro, y está amueblado... tres piezas pequeñas; aconsejo á ustedes que lo alquilen. Estarán allí muy bien; tanto más, cuanto que podrán ustedes vivir todos juntos; por supuesto, con éste... Pero, ¿á dónde vas, Raskolnikoff?

—¡Cómo! ¿te vas ya?—preguntó con inquietud Pulkeria Alexandrovna.

—¿En un momento como éste?—gritó Razumikhin.

Advotia miró á su hermano con sorpresa y desconfianza.

El joven tenía la gorra en la mano, y se preparaba á salir.

—Cualquiera diría que se trataba de una separación eterna. No parece sino que vais á enterrarme—dijo con aire extraño.

Sonreía; ¡pero con qué sonrisa!

—Después de todo, ¿quién sabe? Acaso sea esta la última vez que nos vemos—añadió de repente.

Estas palabras brotaron espontáneamente de sus labios.

—Pero, ¿qué te pasa?—dijo ansiosamente la madre.

—¿A dónde vas?—preguntó Advotia, dando á su pregunta un acento particular.

—Tengo que irme—respondió el joven.

Su voz era vacilante; pero su pálido rostro expresaba una firme resolución.

—Quería deciros al venir aquí... Quería deciros á ti, mamá, y á ti, Advotia, que debemos separarnos por algún tiempo. No me siento bien; tengo necesidad de reposo... Volveré más tarde. Volveré cuando sea posible. Guardaré vuestro recuerdo, y os amaré... Dejadme, dejadme solo... Era esa mi intención desde hace tiempo. Mi reso-

Biblioteca Nacional de España

lución ahora es irrevocable... Ocúrrame lo que quiera, perdido ó no, deseo estar solo. Olvidadme completamente. Esto es lo mejor... No procuréis tener noticias mías; cuando sea menester, yo vendré á vuestra casa y os llamaré. Quizá se arregle todo; pero en lo que eso no suceda, si me amáis, renunciad á verme... De otro modo, os odiaré... comprendo que os odiaré... ¡Adiós!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gritó Pulkeria Alexandrovna.

De las dos mujeres, así como de Razumikhin, se apoderó un espanto terrible.

—¡Hijo! ¡hijo! ¡Reconcíliate con nosotras! ¡Sé lo que siempre fuiste!—gritaba la pobre madre.

Raskolnikoff se dirigió lentamente hacia la puerta; pero al llegar á ella se le acercó Advotia.

—¡Hermano mío! ¿Cómo puedes hacer eso con nuestra madre?—murmuró la joven, cuya mirada llameaba de indignación.

Raskolnikoff hizo un esfuerzo para volver los ojos hacia ella.

—No hagáis caso—murmuró á media voz, como hombre que no tiene plena conciencia de lo que dice, y salió de la sala.

—¡Egoísta! ¡Corazón duro y sin piedad!—gritó Advotia.

—¡No es un egoísta; es un de-men-te! ¡Está loco! ¡Le digo á usted que está loco! ¿Es posible que usted no lo haya visto? ¡Usted es la que no tiene piedad en este caso! —murmuró Razumikhin, inclinándose al oído de la joven, cuya mano estrechó con fuerza.

—Vuelvo en seguida—gritó á Pulkeria Alexandrovna, que estaba casi desvanecida, y se lanzó fuera del cuarto.

Raskolnikoff le esperaba al extremo del corredor.

—Ya sabía yo que correrías detrás de mí—dijo.—Vuélvete con ellas, y no las dejes... Acompáñalas tam-

bien mañana... y siempre. Yo... yo volveré quizá... si hay medio... Adiós.

Iba á alejarse sin dar la mano á Razumikhin.

—¿Pero á dónde vas—balbuceó este último asombrado.— ¿Qué tienes? ¿Cómo procedes de ese modo?

Raskolnikoff se detuvo de nuevo.

—Una vez para todas: no me interrogues jamás; nada he de responderte. No vuelvo á mi casa. Quizá venga alguna vez aquí. Déjame... Pero á ellas... *no las dejes*. ¿Me comprendes?

El corredor estaba sombrío; ambos amigos se encontraban cerca de una lámpara. Durante un minuto se miraron en silencio. Razumikhin conservó memoria toda su vida de este minuto. La mirada fija é inflamada de Raskolnikoff parecía que intentaba penetrar hasta el fondo de su alma. De repente Razumikhin se estremeció y se puso pálido como un cadáver. Acababa de comprender la horrible verdad.

—¿Comprendes ahora?—dijo de repente Raskolnikoff, cuyas facciones se alteraron horriblemente.— Vuelve al lado de ellas—añadió, y con paso rápido salió de la casa.

Inútil es describir la escena que se siguió á la entrada de Razumikhin en el cuarto de Pulkeria Alexandrovna. Como se comprende fácilmente, el joven puso todo su cuidado en tranquilizar á las dos señoras. Les aseguró que Raskolnikoff, como estaba enfermo, necesitaba de reposo; les juró que no dejaría de venir á verlas, que le verían todos los días, que su parte moral estaba muy afectada, que era menester no irritarle. Prometió velar por su amigo, confiarle á los cuidados de un buen médico, del mejor; si era necesario, llamaría á consulta á los príncipes de la ciencia... En una palabra, á partir de este día, Razumikhin sería para ellas un hijo y un hermano.

Biblioteca Nacional de España

IV

Raskolnikoff se dirigió derechamente al canal en donde habitaba Sonia. La casa, de tres pisos, era un edificio viejo pintado de verde. El joven encontró, no sin trabajo, al dvórnik, y obtuvo de él vagas indicaciones acerca del cuarto del sastre Kapernumoff. Después de haber descubierto en un rincón del zaguán la entrada de una escalera estrecha y sombría, subió al segundo piso y siguió la galería que daba frente al patio. Mientras andaba por lo obscuro, se preguntaba por dónde se podía entrar en casa de Kapernumoff. Se abrió una puerta á tres pasos de él; el joven cogió una de las hojas con un movimiento maquinal.

—¿Quién está aquí?—preguntó una voz de mujer.

—Soy yo. Vengo á ver á usted—respondió Raskolnikoff, y penetró en una antesalita. Allí, sobre una mala mesa, había una vela, colocada en un candelero de cobre estropeado.

—¿Es usted, señor?—dijo débilmente Sonia, que parecía no tener fuerzas para moverse de su sitio.

—¿Es este su cuarto?—y Raskolnikoff entró vivamente en la sala, haciendo esfuerzos para no mirar á la joven.

Al cabo de un minuto, Sonia se le acercó y permaneció en pie delante de él, presa de una agitación inexplicable. Esta inesperada visita la turbaba y aun la aterra-

Biblioteca Nacional de España

ba. De repente, su pálido rostro se coloreó y se le llenaron los ojos de lágrimas. Experimentaba una gran angustia, con la cual se mezclaba cierta dulzura.

Raskolnikoff se volvió con un rápido movimiento, y se sentó en una silla cerca de la mesa. En un abrir y cerrar de ojos pudo inventariar todo lo que encontraba en la habitación.

Esta sala grande, pero excesivamente baja, era la única alquilada por los Kapernumoff. En el muro de la izquierda había una puerta que comunicaba con la casa del sastre; del lado opuesto, en la pared de la derecha, había otra puerta, siempre cerrada; pertenecía á otro alojamiento.

La habitación de Sonia parecía un tinglado, y tenía la forma de un cuadrilátero muy irregular, cuya forma le daba un aspecto algo monstruoso. El muro, con tres ventanas que daban al canal, la cortaba oblicuamente, formando así un ángulo extremadamente agudo, en el fondo del cual nada se veía, á causa de la débil luz de la vela. Por el contrario, el otro ángulo era desmesuradamente obtuso.

Esta gran sala apenas tenía muebles. En el rincón de la derecha estaba la cama; entre la cama y la puerta, una silla; del mismo lado, y precisamente enfrente del alojamiento vecino, una mesa de madera blanca, cubierta con un tapete azul, y al lado de ella dos sillas de junco.

En la pared opuesta, cerca del ángulo agudo, había adosada una cómoda de madera sin barnizar, que parecía perdida en el vacío.

A esto se reducía todo el mobiliario.

El papel, amarillento y viejo, tenía color obscuro en todos los rincones, efecto probable de la humedad y del humo del carbón.

Todo en este local denotaba pobreza. Ni siquiera había cortinas en la cama.

Sonia miraba en silencio al visitante, que examinaba la habitación tan atentamente y de un modo tan despreocupado; al fin, se puso á temblar, como si se hallase delante del árbitro de su destino.

—Vengo á casa de usted por última vez—dijo tristemente Raskolnikoff, como si olvidase que era aquélla la primera que iba á casa de la joven.— Quizá no nos volveremos á ver.

—¿Va usted á marcharse?

—No sé... mañana, todo...

—¿De modo que no irá usted mañana á casa de Catalina Ivanovna?—dijo Sonia con voz temblorosa.

—No sé. Mañana por la mañana todo... No se trata de eso. He venido para decirle dos palabras.

Levantó su mirada soñadora, y advirtió de repente que él estaba sentado mientras que ella permanecía de pie.

—¿Por qué está usted de pie? Siéntese usted—dijo con voz dulce y acariciadora.

La joven obedeció.

Durante un minuto, Raskolnikoff la contempló con ojos benévolos y casi enternecido.

—¡Qué delgada está usted! ¡Qué mano la suya! ¡Se ve la luz al través de ella! ¡Los dedos parecen los de una muerta!

Le cogió la mano.

Sonia se sonrió débilmente.

—Siempre he sido así—dijo.

—¿También cuando vivía usted en casa de sus padres?

—Sí.

—Es claro—dijo bruscamente.

Biblioteca Nacional de España

Operóse de nuevo un repentino cambio en la expresión de su rostro y en el sonido de su voz.

Después dirigió una nueva mirada en derredor suyo.

—¿Vive usted en casa de Kapernumoff?

—Sí.

—¿Viven ahí, detrás de esa puerta?

—Sí. Su habitación es completamente igual á ésta.

—¿No tienen más que una sala para todos?

—Nada más.

—Yo, en una habitación como ésta, tendría miedo por la noche—observó el joven con aire sombrío.

—Mis patrones son buenas personas, muy amables —respondióSonia, que parecía no haber recobrado aún su presencia de espíritu—, y todo el mobiliario les pertenece. Son muy buenos. Sus hijos vienen muy á menudo á mi casa. Son tartamudos.

—¿Son tartamudos?

—Sí; el padre es tartamudo, y, además, cojo. La madre también. No es que sea precisamente tartamuda; pero tiene un defecto en la lengua. Es una mujer muy buena. Kapernumoff es un antiguo siervo.

—Sí. Tienen siete hijos. El mayor es el que tartamudea; los otros son enfermizos, pero no tartamudean.

—Pero, ¿cómo sabe usted eso?—preguntó con asombro.

—Su padre de usted me lo contó hace tiempo. Supe por él toda la historia de usted... Me contó que usted salió un día á las seis; que volvió usted á entrar á las ocho dadas, y que Catalina Ivanovna se puso de rodillas delante de la cama de usted.

Sonia se turbó.

—Creo haberle visto hoy—dijo titubeando.

—¿A quién?

—A mi padre. Yo estaba en la calle; en la esquina

cerca de casa, entre nueve y diez. Parecía andar delante de mí. Hubiera jurado que era él. Quise ir á decírselo á Catalina Ivanovna.

—¿Paseaba usted?

—Sí...—murmuró Sonia, bajando avergonzada los ojos.

—Catalina Ivanovna, ¿solía pegarla cuando estaba usted en casa de su padre?

—¡Oh, no! ¿Cómo dice usted eso? No—exclamó la joven, mirando á Raskolnikoff con una especie de terror.

—¿De modo que usted la quiere?

—¿Cómo no?—repuso Sonia con voz lenta y plañidera. Después juntó bruscamente las manos con expresión de piedad: ¡Ah, si usted!... ¡Si usted la conociese! Es lo mismo que una niña. Tiene el espíritu extraviado por la desgracia. ¡Pero es tan inteligente!... ¡Es tan buena y generosa! No puede usted figurarse.

Sonia dijo estas palabras con un acento casi desesperado. Su agitación era extraña; se acongojaba, se torcía las manos. Sus pálidas mejillas se habían coloreado de nuevo y sus ojos revelaban un gran sufrimiento. Efectivamente, acababa de herírsele una cuerda sensible, y no podía menos de hablar, de disculpar á Catalina Ivanovna. De repente se manifestó en todos los rasgos de su fisonomía una expresión de piedad, por decirlo así, insaciable.

—¡Pegarme ella! ¿Qué dice usted, señor? ¡Pegarme ella!... Y, aun cuando me pegase, ¿qué?... ¡Si usted supiese!... ¡Es tan desgraciada, y, además, está tan enferma!... Busca la justicia... Es pura... Cree que en todo puede reinar la justicia, y clama por ella... La maltrataría usted, y ella no haría nada injusto. No advierte que es imposible que la justicia exista en el mundo, y se irrita como un niño... como un niño pequeño. Es justa, sí, es justa

Biblioteca Nacional de España

—Y usted, ¿qué va á hacer?

Sonia le interrogó con los ojos.

—Ahora han quedado á cargo de usted. Cierto que antes era lo mismo; el que ha muerto solía pedirle á usted dinero para irse á beber; pero ahora, ¿qué es lo que va á ocurrir?

—No sé—respondió la muchacha tristemente.

—¿Van á quedarse aquí?

—No sé. Deben á la casera, y hoy creo que ésta ha dicho que quería ponerlas en la calle; por su parte, Catalina Ivanovna dice que no permanecerá ni un minuto más en aquella casa.

—¿Y en qué estriba su seguridad? ¿Piensa vivir á costa de usted?

—¡Oh, no! ¡no diga usted eso! Entre nosotras no hay ni mío ni tuyo; nuestros intereses son los mismos—replicó vivamente Sonia, cuya irritación en aquel momento se parecía á la inofensiva cólera de un pajarillo.

—Por otra parte, ¿qué ha de hacer ella?—dijo la joven, animándose cada vez más.—¡Cuánto, cuánto ha llorado hoy! Está trastornada, ¿no lo ha advertido usted? Su inteligencia no rige. Tan pronto se inquieta pueril mente de lo que ha de hacer mañana, á fin de que todo esté bien, la comida y lo demás... tan pronto se retuerce las manos, escupe sangre, llora y se golpea, desesperada, la cabeza contra la pared. En seguida se consuela, pone su esperanza en usted, dice que será usted su sostén, habla de pedir prestado dinero en cualquiera parte y de volverse á su ciudad natal conmigo. Allí dice que fundará una casa de pensión para señoritas nobles, y que me confiará las funciones de inspectora de su casa. «Una vida completamente nueva, una vida feliz comenzará para nosotras» —me dice besándome.— Estos pensamientos la consuelan.

¡Cree tan firmemente en sus quimeras! ¿Piensa usted que se la puede contradecir? Ha pasado todo el día de hoy lavando y arreglando el cuarto. Aunque está muy débil, ha subido una artesa á su casa, y después, no teniendo fuerzas para más, se ha echado en la cama. Por la mañana hemos andado de tiendas juntas; queríamos comprar calzado á Poletchka y á Lena, porque sus zapatos están inservibles. Desgraciadamente, no teníamos bastante dinero; se necesitaba mucho, ¡y había elegido unas botas tan bonitas! Porque tiene muy buen gusto. ¡Usted no sabe...! Se echó á llorar allí en la tienda, delante del zapatero, porque no le alcanzaba el dinero... ¡Ah, qué triste era aquello!

—Vamos, se comprende después de esto que usted... viva así—dijo Raskolnikoff con amarga sonrisa.

—Y usted, ¿no tiene piedad de ella?—gritó Sonia.—Usted mismo, lo sé, se ha despojado por ella de sus últimos recursos, y, sin embargo, no ha visto usted nada. ¡Si usted lo hubiera visto todo, Dios mío! ¡Cuántas veces, cuántas veces la he hecho llorar! La semana última, sin ir más lejos, ocho días antes de la muerte de mi padre, me he portado duramente con ella. ¡Y cuántas veces he procedido del mismo modo! ¡Oh! ¡Cuánto me ha hecho sufrir durante todo el día este recuerdo!

Sonia se retorcía las manos; tan dolorosos le eran estos pensamientos.

—¿Usted ha sido dura?

—Sí; yo, yo. Fuí á verla—continuó llorando—y mi padre me dijo: «Sonia, me duele algo la cabeza... Ahí tienes un libro.» Era un volumen perteneciente á Andrés Semenitch Lebeziatnikoff, el cual solía prestarnos libros muy divertidos. «Voy á marcharme—respondí yo—; no tengo ganas de leer». Había entrado en la casa para en-

Biblioteca Nacional de España

señar á Catalina Ivanovna una compra que acababa de hacer. Isabel, la vendedora, me había traído unas mangas y unos cuellos, unos lindos cuellos con unos ramos, casi nuevos. Me costaron muy baratos. A Catalina Ivanovna le gustaron mucho; se los probó, mirándose al espejo, y los encontró muy bonitos. «Dámelos, Sonia; anda, dámelos»—me dijo.— Le eran inútiles; pero ella es así: se acuerda siempre de los tiempos felices de su juventud. Se contempla al espejo, y eso que no tiene ni vestidos ni nada desde hace no sé cuántos años. Por lo demás, nunca pide nada á nadie, porque es orgullosa, y antes que pedir daría todo cuanto posee. Sin embargo, me pidió los cuellos; tanto le habían gustado. A mí me costaba trabajo dárselos. «¿Qué necesidad tiene usted de ellos?»—le dije.— Sí, de ese modo le hablé. Yo no debí decirla tal cosa. Me miró con aire tan afligido, que daba pena verla... Y no era por los cuellos por lo que se afligía, no; lo que la entristeció fué mi negativa; bien lo comprendo. ¡Ah, si yo pudiese ahora retirar todo lo dicho! ¡Hacer que todas aquellas palabras no hubiesen sido pronunciadas!... ¡Oh, sí! Pero á usted lo que le estoy contando no le interesa.

—¿Usted conocía á esa vendedora Isabel?

—Sí... ¿La conocía usted también?—preguntó Sonia un poco asombrada.

—Catalina Ivanovna está tísica en el último grado; morirá pronto—dijo Raskolnikoff después de una pausa, sin responder á la pregunta.

—¡Oh! ¡No, no, no!—Y Sonia, inconsciente de lo que hacía, cogió las dos manos del joven, como si la suerte de Catalina Ivanovna hubiese dependido de él.

—Sería mejor que se muriese.

—No, no sería mejor. No, no—dijo la joven, asustada.

—¿Y los niños? ¿Qué va á hacer usted de ellos, puesto que no pueden estar al lado de usted?

—¡Oh, no sé!—exclamó con acento angustiado, y se apretó la cabeza con las manos. Era evidente que á menudo la había preocupado este pensamiento.

—Supongamos que Catalina Ivanovna viva todavía algún tiempo; pero usted puede caer mala, y, cuando la conduzcan á usted al hospital, ¿qué ocurrirá entonces?—prosiguió implacablemente Raskolnikoff.

—¡Ah! ¿Qué dice usted? ¿Qué dice usted?

El espanto demudó por completo el rostro de Sonia.

—¿Imposible?—repuso él con sonrisa sarcástica.— Usted no está asegurada contra las enfermedades, supongo yo. ¿Qué será entonces de ellos? Toda la familia se encontrará en medio de la calle. La madre pedirá limosna, tosiendo y dando con la cabeza en las paredes, como hoy; los niños llorarán. Catalina Ivanovna caerá en medio de la calle. Se la llevará al puesto de policía; después al hospital, donde morirá; y los niños...

—¡Oh, no! ¡Dios no permitirá semejante cosa!—exclamó Sonia con voz ahogada.

Hasta entonces había escuchado en silencio, con los ojos fijos en Raskolnikoff, con las manos juntas como en muda plegaria, como si hubiera podido conjurar las desgracias que el joven le predecía.

Raskolnikoff se levantó, y se puso á pasear por la habitación. Pasó un minuto. Sonia seguía en pie, con los brazos caídos, la cabeza baja, presa de atroz sufrimiento.

—¿Y usted no puede hacer economías? ¿Ahorrar algún dinero para cuando vengan los días difíciles?—preguntó, deteniéndose delante de ella.

—No—murmuró Sonia.

Biblioteca Nacional de España

—No, naturalmente. Pero, ¿lo ha procurado usted?—añadió con cierta ironía.

—Lo he procurado.

—¿Y no lo ha conseguido usted? Es claro, sí, se comprende. Inútil es preguntarlo.

Y volvió á pasearse por la habitación.

Después de otro minuto de silencio:

—Y... ¿no gana usted dinero todos los días?—preguntó.

Sonia se turbó más que nunca, y sus mejillas se enrojecieron.

—No—respondió en voz baja, haciendo un doloroso esfuerzo.

—Sin duda será igual á la de usted la suerte de Poletchka—dijo el joven bruscamente.

—No, no; ¡eso no es posible!—exclamó Sonia, herida en el corazón por aquellas palabras como por una puñalada—, Dios, Dios no permitirá tal abominación.

—Otras permite.

—No, no. Dios la protegerá—repitió la muchacha fuera de sí.

—¿Y si no hay Dios?—replicó con acento de odio Raskolnikoff, y se echó á reir mirando á la joven.

La fisonomía de Sonia cambió bruscamente. Se le contrajeron todos los músculos de la cara y fijó en su interlocutor una mirada llena de reproches; quiso hablar, pero ninguna palabra salió de sus labios, y rompió á sollozar, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Usted dice que Catalina Ivanovna tiene el espíritu turbado? Y el de usted también lo está—dijo después de una pausa.— Pasaron cinco minutos. El joven se paseaba siempre de un lado á otro de la habitación, sin hablar y sin mirar á Sofía. Al fin se acercó á ella; tenía los ojos brillantes y los labios temblorosos, y poniendo ambas manos sobre los hombros de Sonia, fijó su ardiente mirada en el rostro de la muchacha mojado por las lágrimas... De repente se inclinó y le besó los pies. Ella se echó atrás aterrada, como si tuviese delante un loco. La fisonomía de Raskolnikoff en aquel momento parecía, en efecto, la de un demente.

—¿Qué hace usted? ¡Delante de mí!—balbuceó Sonia palideciendo.—Tenía dolorosamente oprimido el corazón. El joven se levantó en seguida.

—No es ante ti ante quien yo me prosterno, sino ante todo el sufrimiento humano—dijo con extraño acento, y fué á ponerse de codos á la ventana.— Escucha—prosiguió, volviéndose hacia ella un momento después—, hace poco que le he dicho á un insolente que no valía lo que tu dedo meñique y que yo había hecho á mi hermana el honor de invitarla á que se sentase á tu lado.

—¡Ah! ¿Cómo ha podido usted decir eso? y ¡delante de ella!—gritó Sonia asombrada.— ¡Sentarse cerca de mí un honor! ¡Pero si yo soy una criatura deshonrada!... ¡Ah! ¿Por qué ha dicho usted eso?

—Al hablar así no pensaba ni en tu deshonor, ni en tus faltas, sino en tu gran sufrimiento. Sin duda eres culpable—continuó diciendo Raskolnikoff con emoción creciente—; pero lo eres, sobre todo, por haberte inmolado inútilmente. Bien comprendo que eres muy desgraciada. Vivir en ese fango que tú detestas y saber al mismo tiempo (porque tú no puedes hacerte ilusiones respecto de este punto) que tu sacrificio no sirve de nada y que no aprovechará á nadie. Pero, dime—exclamó exaltándose cada vez más—, ¿cómo con las delicadezas de tu alma te resignas á semejante oprobio? ¡Sería mejor arrojarse al agua y acabar así de una vez!

—¿Y ellos? ¿Qué sería de ellos?—preguntó débilmente

Biblioteca Nacional de España

Sonia, levantando hasta él la mirada de una mártir; pero al propio tiempo no parecía en modo alguno asombrada del consejo que se le daba.

Raskolnikoff la contempló con singular curiosidad. Esta sola mirada se lo explicó todo. Sin duda la joven había tenido ya la misma idea muchas veces quizá. Muchas también, acaso en el exceso de su desesperación, había pensado en acabar de una vez, y de tal manera y tan seriamente se preocupó sin duda con la misma idea, que al presente no experimentaba ninguna sorpresa de oir tal solución. No advirtió, sin embargo, lo que había de cruel en estas palabras; el sentido de los reproches del joven se le escapó también. Como ya se habrá comprendido, el punto de vista desde el cual consideraba él su deshonor, era para ella letra muerta, y esto lo advirtió Raskolnikoff. Comprendía perfectamente cuánto la torturaba la idea de su situación infamante, y se preguntaba qué había podido impedir que acabase con su vida. La única respuesta á tal pregunta, era el sacrificio de la joven en aras de los niños y de Catalina Ivanovna, desgraciada tísica y casi loca, que se golpeaba la cabeza contra las paredes.

Sin embargo, era evidente para él que Sonia, con su carácter y su educación, no podía permanecer así indefinidamente. Hasta se explicaba difícilmente cómo, á falta del suicidio, no la había librado la locura de semejante existencia. Veía bien claramente que la posición de Sonia era un fenómeno social excepcional; ¿pero esto en vigor era una razón de más para que la vergüenza la hubiese matado desde su entrada en un camino del cual debía alejarla todo su pasado de honradez, tanto como su cultura intelectual, relativamente elevada? ¿Qué era, pues, lo que la sostenía? ¿Era el gusto por la disipación? No. Su cuerpo únicamente se había entregado á aquella vida el

vicio no había penetrado en su alma; así lo comprendía Raskolnikoff, que leía, como en un libro abierto, en el corazón de la joven.

«Su suerte está señalada»—pensaba.—«Tiene delante de sí el canal, la casa de locos ó el embrutecimiento.» Más que nada le repugnaba admitir esta última probabilidad; pero su escepticismo le llevaba á considerarlo lo más probable.

«¿Habrá de suceder tal cosa?»—se preguntaba.— «¿Es posible que esta criatura, que conserva todavía la pureza del alma, acabe por hundirse deliberadamente en el lodo? ¿No tiene ya metidos los pies en el fango? Y si hasta el presente ha podido soportar semejante vida, ¿es porque para ella el vicio ha perdido ya su aspecto repugnante? No, no; es imposible—exclamó para sí, como poco antes había exclamado Sonia. No, lo que hasta este momento la ha impedido arrojarse al canal, es el temor de cometer un pecado y el interés que tiene por *ellos*. Si aún no se ha vuelto loca... ¿pero quién dice que no lo esté? ¿Posee acaso todas sus facultades? ¿Habla alguien como ella? ¿Razonaría una persona de juicio sano como ella razona? ¿Se puede ir á la perdición con esa tranquilidad y sin prestar oídos á las advertencias? ¿Es un milagro lo que espera? Sí, sin duda. ¿No son todos estos signos de enajenación mental?»

Se detenía obstinadamente en esta idea: «¡Sonia loca!» Esta perspectiva le desagradaba menos que cualquier otra, y pensando en tales cosas se puso á examinar atentamente á la joven.

—¿De modo que ruegas mucho á Dios?—le preguntó.

Ella callaba; de pie á su lado, el joven esperaba una respuesta.

—¿Qué sería de mí sin Dios?—dijo en voz baja, pero

Biblioteca Nacional de España

enérgica, y dirigiendo á Raskolnikoff una rápida mirada de sus ojos brillantes, le estrechó la mano con fuerza.

«¡Vamos—pensó él—, no me engañaba!»

—Pero, ¿qué es lo que Dios hace por ti?—preguntó, deseoso de esclarecer por completo sus dudas.

Sofía permaneció largo tiempo silenciosa, como si no hubiera podido responder; se le dilataba el pecho con la emoción.

—¡Calle usted, no me pregunte! ¡No tiene usted derecho!—vociferó de repente mirándole con colera.

«Eso es; eso es, sí»—pensó el joven.

—Él lo hace todo—murmuró Sonia rápidamente, bajando los ojos al suelo.

«Ya está la explicación encontrada»—afirmó mentalmente el joven, y miró á Sofía con ávida curiosidad.

Experimentaba una sensación nueva, extraña, casi dolorosa, contemplando aquella carita pálida, angulosa, delgada, con aquellos ojos tan azules y tan dulces, que podían lanzar tales llamas y expresar una pasión tan insensata, y aquel cuerpecito, trémulo de indignación y de cólera; todo aquello le parecía cada vez más extraño, casi fantástico.

«¡Está loca! ¡Está loca!»—repetía para sí.

Había un libro sobre la cómoda. Raskolnikolf se fijó en él muchas veces durante sus idas y venidas por la habitación. Al fin lo cogió y lo examinó. Era una traducción rusa del Nuevo Testamento; un libro viejo encuadernado en piel.

—¿De qué tienes esto?—preguntó á Sonia desde el otro extremo de la habitación.

La joven continuaba en el mismo sitio, á tres pasos de la mesa.

—Me lo han prestado—respondió como contrariada, sin dirigir la mirada á Raskolnikoff.

—¿Quién te lo ha prestado?

—Isabel; se lo pedí yo.

«¿Isabel? ¡Es extraño!»—pensó.

Todo en casa de Sonia tomaba á sus ojos, de momento en momento, un aspecto más extraordinario. Se aproximó á la luz con el libro y se puso á hojearlo.

—¿Dónde está la resurrección de Lázaro?—preguntó bruscamente.

Sonia, con los ojos obstinadamente fijos en tierra, guardó silencio; se había separado un poco de la mesa.

—¿Dónde está la resurrección de Lázaro? Búscame ese pasaje, Sonia.

La joven miró con el rabillo del ojo á su interlocutor.

—No está ahí... Está en el cuarto Evangelio—dijo secamente sin moverse de su sitio.

—Búscalo y léemelo—dijo, y después se sentó, apoyó los codos en la mesa, y la cabeza en la mano, y mirando de través con aire sombrío, se dispuso á escuchar.

Sonia vaciló al pronto dudando aproximarse á la mesa. El extraño deseo manifestado por Raskolnikoff le parecía poco sincero. Sin embargo, cogió el libro.

—¿Acaso no lo ha leído usted?—preguntó mirando al joven de soslayo. Su voz era cada vez más dura.

—Hace tiempo... Cuando era niño. Lee.

—¿No lo ha oído usted en la iglesia?

—Yo no voy á la iglesia. Y tú, ¿vas á menudo?

—No—balbuceó Sonia.

Raskolnikoff sonrió.

—Comprendo... ¿Entonces no asistirás mañana á las exequias de tu padre?

Biblioteca Nacional de España

—Sí; estuve en otro funeral la semana pasada. Asistí á una misa de *Requiem*.

—¿Por quién?

—Por Isabel, la que mataron á hachazos.

Los nervios de Raskolnikoff estaban cada vez más irritados y la cabeza se le iba.

—¿Tratabas á Isabel?

—Sí... Era buena, venía á mi casa... pero pocas veces, porque no era libre. Leíamos juntas y hablábamos. Veía á Dios.

—Raskolnikoff se quedó pensativo. ¿Qué significaban las misteriosas confidencias de dos idiotas como Sonia é Isabel?

«Aquí voy á volverme yo también loco. En esta habitación se respira la locura»—pensó.— ¡Lee!—gritó de repente con acento irritado.

Sonia seguía vacilando. Le latía con fuerza el corazón y parecía que le daba miedo leer. Raskolnikoff miró con expresión casi dolorosa á la «pobre loca».

—¿Qué le importa á usted esto, si usted no cree?—murmuró con voz ahogada.

—Quiero que leas—insistió él—; bien le leías á Isabel...

Sonia abrió el libro y buscó el pasaje. Le temblaban las manos y las palabras se le atravesaban en la garganta. Dos veces trató de leer y no pudo articular la primera sílaba.

«Un hombre llamado Lázaro, de Bethania, estaba enfermo»—empezó á leer la joven haciendo un esfuerzo; pero de repente, á la tercera palabra, su voz se hizo sibilante y se rompió como una cuerda demasiado tirante. Faltaba el aliento á su pecho oprimido.

Raskolnikoff se explicaba, en parte, la vacilación de Sonia para obedecerle, y á medida que comprendía mejor, reclamaba más imperiosamente la lectura; comprendía cuánto costaba á la joven descubrirle, en cierto modo, su mundo interior. Evidentemente no podía, sin trabajo, resolverse á hacer á un extraño la confidencia de los sentimientos que desde su adolescencia quizá la habían sostenido, que fueron sin duda su viático moral, cuando entre un padre borracho y una madrastra medio loca por la desgracia, en medio de niños hambrientos, no oía más que reproches y clamores injuriosos. Veía todo esto; pero veía también que, á pesar de su repugnancia, tenía gran deseo de leer, sobre todo para él, «aunque ocurriese lo que quisiera...» Los ojos de la joven y la agitación que sentía, se lo dieron á conocer á Raskolnikoff... Por un violento esfuerzo sobre sí misma, Sonia dominó el espasmo que le apretaba la garganta, y continuó leyendo el XI capítulo del evangelio de San Juan, y llegó al versículo 19.

«Muchos judíos habían acudido á casa de Marta y María para consolarlas de la muerte de su hermano. Como Marta supiese que venía Jesús, salió á su encuentro; pero María permaneció en la casa. Entonces Marta dijo á Jesús: —Señor, si hubieses estado aquí no habría muerto mi hermano; pero yo sé que ahora Dios te concederá cuanto Tú le pidas.»

La joven hizo aquí una pausa para triunfar de la emoción que hacía temblar de nuevo su voz...

«Jesús le dijo: —Tu hermano resucitará. Marta dijo: —Yo sé que resucitará en la resurrección del último día. Jesús le respondió: —*Yo soy la resurrección y la vida;* el que crea en Mí, cuando haya muerto vivirá, y aquél que vive y cree en Mí no morirá en la eternidad. ¿Crees tú en esto?»

Ella le dijo:

(Aunque apenas podía respirar Sonia, levantó la voz,

Biblioteca Nacional de España

como si al leer las palabras de Marta hiciese ella misma su profesión de fe.)

«Sí, Señor; yo creo que Tú eres el Cristo, Hijo de Dios, venido á este mundo.»

Sonia se interrumpió, levantó los ojos hasta *él;* pero los bajó en seguida y siguió leyendo. Raskolnikoff escuchaba sin pestañear, apoyado de codos sobre la mesa y mirando de lado. La lectura se prosiguió de este modo hasta el versículo 32.

«Cuando María vino adonde estaba Jesús, al verle cayó de rodillas á sus pies y le dijo: —Señor, si Tú hubieras estado aquí no se habría muerto mi hermano. Jesús, cuando la vió llorando y que los judíos que habían venido con ella lloraban también, se conmovió en su espíritu, turbóse y dijo: —¿Dónde lo habéis puesto? Ellos le respondieron: —Señor, ven y verás. Y lloró Jesús. Y los judíos dijeron entonces: —Mirad cómo le amaba; y algunos dijeron: —¿No podía impedir Él, que dió vista á un ciego, que éste muriese?»

Raskolnikoff se volvió hacia ella y todo agitado la miró. Sí, era efectivamente, lo que él había pensado. La joven estaba temblorosa y acometida de verdadera fiebre. Raskolnikoff lo había previsto. Sonia se aproximaba al milagroso relato y se apoderaba de ella un sentimiento de triunfo. Su voz, fortalecida por la alegría, tenía sonoridades metálicas. Las líneas se confundían ante sus ojos ofuscados; pero sabía de memoria este pasaje. En el último versículo, «¿no podía impedir Él, que dió vista á un ciego...» bajó la voz dando un acento apasionado á la duda, al reproche, á la blasfemia de aquellos judíos incrédulos y ciegos, que un minuto después iban, como heridos del rayo, á caer de rodillas sollozando y creyendo.. «Y *él, él* que es también un ciego, un incrédulo; él también, dentro

de un instante, oirá, creerá; sí... sí... en seguida... ahora mismo...»—pensaba Sonia agitada por esta alegre confianza.

«Jesús, como temblando otra vez en sí mismo, vino al sepulcro; era una cueva en cuya boca se había puesto una piedra; Jesús les dice: —Quitad la piedra. Marta, hermana del muerto, le dice: —Señor, huele mal, porque hace cuatro días que está en la tumba.»

Sonia subrayó la palabra cuatro.

«Jesús la respondió: —¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra, y Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo en alta voz: «¡Padre »mío, gracias te doy porque me has oído; Yo sabía que »Tú me oyes siempre; pero Yo digo esto para la gente »que está en derredor mío, á fin de que crea que eres Tú »el que me ha enviado!» Y habiendo dicho estas palabras, llamó con fuerte voz: —¡Lázaro, ven fuera! *Y el muerto salió* (al leer estas líneas Sonia, temblaba como si hubiese sido testigo del milagro), con las manos atadas con bandas y el rostro envuelto en un sudario. Y dijo Jesús: —Desatadle y dejadle ir.»

«*Entonces, muchos de los judíos que habían venido á casa de Marta y habían visto lo que Jesús acaba de hacer, creyeron en Él.*»

La joven no leyó más; le hubiera sido imposible; cerró el libro y se levantó vivamente.

—Esto es todo lo que se refiere á la resurrección de Lázaro—dijo en voz baja y nerviosa, sin volverse á Raskolnikoff.— Su temblor febril duraba todavía. El cabo de vela, que estaba para consumirse, alumbraba vagamente aquel cuartucho en que un asesino y una mujer pública acababan de leer juntos el santo libro.

De repente Raskolnikoff se levantó y se acercó á Sonia.

Biblioteca Nacional de España

—He venido para hablarte de una cosa—dijo en alta voz, y al hablar de este modo frunció el entrecejo.—La joven levantó los ojos hasta él y vió que su mirada, de una dureza particular, expresaba una resolución feroz.

Hoy—prosiguió—he renunciado á todo género de relaciones con mi madre y con mi hermana. Ya no volveré más á su casa. La ruptura entre los míos y yo está ya consumada.

—¿Por qué?—preguntó asombrada Sonia.

Su encuentro poco antes con Pulkeria Alexandrovna y Advotia, le había dejado una impresión extraordinaria, aunque obscura para ella. Al oir la noticia de que el joven había roto con su familia, sintió una especie de terror.

—Ahora no tengo en el mundo más que á tí—respondió él. Partamos juntos. He venido á proponértelo. Tú y yo somos malditos; partamos juntos.

Le relampagueaban los ojos.

«Parece que está loco»—pensó á su vez Sonia.

—¡Ir! ¿A dónde?—preguntó espantada, é involuntariamente se echó atrás.

—¿Cómo he de saberlo? Únicamente sé que el camino y el fin de él, son los mismos para tí y para mí, de eso estoy seguro.

La joven le miró sin comprender. Una sola idea se desprendía claramente para ella de las palabras de Raskolnikoff: que era excesivamente desgraciado.

—Nadie te comprenderá si tú le hablas; pero yo te he comprendido. Tú me eres necesaria. Ahí tienes por qué he venido.

—No comprendo...—balbuceó Sonia.

—Ya comprenderás más tarde.

¿Acaso tú no has procedido como yo? Tú también estás por encima de la regla... Has tenido ese valor. Has alzado la mano sobre tí. Has destruído una vida, la tuya; propia ó ajena, ¿qué más da? Hubieras podido vivir para el espíritu, para la razón, y acabarás en el mercado del Heno; pero tú no podrás soportarlo, y si te quedas sola perderás la razón y yo también la perderé. Ahora ya estás como loca. Es preciso, pues, que marchemos juntos; que sigamos el mismo camino. Partamos.

—¿Por qué? ¿Por qué dice usted eso?—repuso Sonia extrañamente turbada por tal lenguaje.

—¿Por qué? ¡Por que tú no puedes quedarte aquí! Ahí tienes por qué. Es menester razonar seriamente y ver las cosas desde su verdadero punto de vista, en vez de llorar como un niño y de confiarlo todo á Dios. ¿Qué ocurrirá, te pregunto yo ahora, si mañana se te conduce al hospital? Catalina Ivanovna, casi loca y tísica, morirá pronto. ¿Que será de sus hijos? La perdición de Poletchka, ¿no es cosa segura?

—¿Qué hacer, pues? ¿Qué hacer?—repitió llorando Sonia y retorciéndose las manos.

—¿Qué hacer? Hay que cortar el cable de una vez para ir adelante, ocurra lo que quiera. ¿No comprendes? Más tarde comprenderás... La libertad y el poder; pero sobre todo el poder, reinan sobre todas las criaturas temblorosas, sobre todo el hormiguero. He ahí el objeto. Acuérdate de esto. Ese es el testamento que te dejo. Quizá te hablo por última vez. Si no vengo mañana lo sabrás todo, y entonces acuérdate de lo que te digo. Más tarde, dentro de algunos años, con la experiencia de la vida, comprenderás acaso lo que significan mis palabras. Si vengo mañana te diré quién es el que ha matado á Isabel. Adiós.

Sonia tembló y le miró como desvanecida.

—Pero, ¿es que usted sabe quién la ha matado?—preguntó la joven helada de espanto.

Biblioteca Nacional de España

—Lo sé y lo diré... pero á ti, á ti sola. Te he elegido. No vendré á pedirte perdón, sino simplemente á decírtelo. Hace ya mucho tiempo que te he elegido; desde el momento en que tu padre me habló de ti; viviendo aún Isabel se me había ocurrido esa idea. No me des la mano. Hasta mañana.

Salió dejando á Sonia la impresión de que estaba loco; pero ella estaba también como loca y se daba cuenta de su estado. Se le iba la cabeza.

—Señor, ¿cómo sabe quién ha matado á Isabel? ¿Qué significaban sus palabras? ¡Qué extraño es!

Sin embargo, no tuvo la menor sospecha de la verdad. ¡Oh! ¡Debe ser terriblemente desgraciado! Se ha separado de su madre y de su hermana; ¿por qué? ¿Qué ha podido pasarle? ¿Cuáles son sus intenciones? ¿Qué es lo que me ha dicho? Me ha besado el pie diciéndome (sí, de ese modo se ha expresado), que no podía vivir sin mí... ¡Oh, Señor!

Detrás de la puerta condenada había una habitación sin ocupar, desde hacía largo tiempo, que pertenecía á la casa de Gertrudis Karlovna Reslich. Esta habitación se alquilaba, como lo indicaban un rótulo colocado en el exterior de la puerta grande y papeles pegados á las ventanas que dan al canal. Sonia sabía que no vivía nadie allí. Pero durante toda la escena precedente, el señor Svidrigailoff, oculto detrás de la puerta, no había cesado de oir la conversación. Cuando Raskolnikoff hubo salido, el inquilino de la señora Reslich reflexionó un momento; después volvió á entrar sin ruido en su habitación, que estaba contigua á la pieza desalquilada, cogió una silla y fué á colocarla junto á la puerta. Lo que acababa de oir le interesaba en el más alto grado; así es que llevaba aquella silla para poder escuchar la anunciada conversación sin hacer ruido.

V

Cuando al día siguiente, á las once en punto, Raskolnikoff se presentó en casa del juez de instrucción, se asombró de haber tenido que esperar bastante tiempo en la antesala. Según sus presunciones, debiera habérsele recibido en seguida; sin embargo, pasaron diez minutos antes de ver á Porfirio Petrovitch. En la sala de entrada, en que esperó primero, varias personas iban y venían, sin parecer que se ocupaban de él en lo más mínimo. En la habitación siguiente, que se asemejaba á una cancillería, trabajaban algunos escribientes y saltaba á la vista que ninguno de ellos sospechaba en lo más mínimo lo que pudiera ser Raskolnikoff.

El joven dirigió en derredor suyo una mirada cuidadosa: ¿habría allí algún esbirro, algún *Argos* misterioso encargado de vigilarle, y en el caso oportuno impedir su fuga? Nada de esto descubría; los escribientes estaban todos ocupados en sus tareas y los otros no hacían el menor caso de él. El visitante pensaba. «Si, en efecto, aquel misterioso personaje de ayer, aquel espectro salido de debajo de la tierra, lo supiese todo y lo hubiese visto todo, ¿me darían un plantón como éste? ¿No me hubieran detenido ya, en vez de esperar que viniese aquí por mi propia voluntad? Siendo esto así, ó ese hombre no ha hecho ninguna revelación contra mí ó... sencillamente no sabe

Biblioteca Nacional de España

nada y no ha visto nada (y en rigor, ¿cómo hubiera podido ver?). Por consiguiente he debido estar alucinado, y lo que ayer me ocurrió no fué más que una ilusión de mi imaginación enferma.»

Cada vez encontraba más verosímil esta explicación, que ya el día antes se le había ocurrido cuando más inquieto estaba. Reflexionando en todo esto y preparándose para una nueva lucha, Raskolnikoff advirtió de repente que estaba temblando y hasta se indignó ante el pensamiento de que lo que le hacía temblar era el miedo de una entrevista con el odioso Porfirio Petrovitch. Lo más terrible para él era encontrarse de nuevo en presencia de aquel hombre; le odiaba terriblemente y hasta temía venderse á causa de aquel odio. Su indignación era tan fuerte, que fué causa de que su temblor cesase instantáneamente. Se apresto á entrar con aire frío y tranquilo, y se prometió hablar lo menos posible, estar siempre alerta y dominar, en fin, á toda costa, su carácter irascible. Pensando en tales cosas, fué introducido en el despacho de Porfirio Petrovitch.

Encontrábase éste solo en su gabinete. Esta habitación, de no muchas dimensiones, contenía una gran mesa colocada frente á un diván forrado de gutapercha, un *bureau*, un armario colocado en un rincón y varias sillas; todo este mobiliario, suministrado por el Estado, era de madera amarilla. En la pared del fondo había una puerta cerrada, lo que hacía suponer que había otras habitaciones detrás del tabique.

En cuanto Porfirio Petrovitch vió que Raskolnikoff entraba en su gabinete, fué á cerrar la puerta por la cual acababa de entrar el joven, y ambos quedaron frente á frente. El juez de instrucción dispensó á su visitante una acogida, en la apariencia por extremo risueña y afable; al

cabo de algunos minutos advirtió Raskolnikoff ciertos movimientos que revelaban ligera contrariedad en el magistrado; parecía que acababa de interrumpírsele en alguna ocupación clandestina.

—¡Ah, respetabilísimo! Hele á usted aquí... en nuestros dominios—comenzó á decir Porfirio tendiéndole ambas manos.— Vamos, siéntese usted, batuchka. Pero quizá no le guste á usted que se le llame respetabilísimo y al mismo tiempo batuchka *tout court*. No repare usted en eso; es una familiaridad... aquí, en el diván.

Raskolnikoff se sentó, sin apartar los ojos del juez de instrucción.

«Estas palabras «en nuestros dominios», estas excusas por su familiaridad, la expresión francesa «*tout court*», ¿qué quiere decir todo esto? Me ha alargado las manos sin darme ninguna; las ha retirado á tiempo»—pensó Raskolnikoff con desconfianza.— Ambos se observaban; pero cuando se encontraban sus miradas, apartaban el uno del otro los ojos con la rapidez del relámpago.

—He venido á traer este papel... con motivo del reloj... Tome usted. ¿Está bien así, ó hay que escribir otro?

—¿Qué? ¿Qué papel? ¡Ah, sí!... ¡No se preocupe usted; está bien!—respondió con precipitación Porfirio, que pronunció estas palabras aun antes de haber examinado el papel, y después, cuando hubo echado una rápida ojeada sobre el documento, añadió—: Sí, está muy bien; basta con esto—continuó, hablando siempre de prisa, y depositó el papel sobre la mesa. Un minuto después lo guardó en el *bureau*, hablando de otra cosa.

—Me parece que ayer me manifestó usted deseos de interrogarme... en debida forma, á propósito de mis relaciones con la... víctima.

«Vamos, ¿para qué habré dicho yo *me parece*?»—pen-

Biblioteca Nacional de España

só de repente Raskolnikoff.— «¿Qué importa esta frase? ¿Por qué me he de inquietar yo por ella?»—añadió mentalmente y casi al mismo tiempo.

Por el solo hecho de encontrarse en presencia de Porfirio, con quien apenas había cambiado dos palabras, su desconfianza tomaba insensatas proporciones, y advirtió súbitamente que esta disposición de ánimo era por extremo peligrosa; su agitación y la exaltación de sus nervios iban en aumento.

«Malo, malo; se me va á escapar alguna tontería.»

—Sí, sí; no se inquiete usted, tenemos tiempo—murmuró Porfirio Petrovitch, que sin intención alguna aparente iba y venía por la habitación, aproximándose ya á la ventana ya al *bureau*, para acercarse en seguida á la mesa; algunas veces evitaba las recelosas miradas de Raskolnikoff; otras se detenía bruscamente y miraba á su interlocutor cara á cara.— Era un espectáculo verdaderamente extraño el que ofrecía en tal momento aquel hombrecillo grueso y redondo, cuyas evoluciones recordaban las de una pelota rodando de una pared á la otra.

—Nada nos corre, nada nos corre. ¿Fuma usted? tome usted un cigarrillo—continuó, ofreciendo un paquete al visitante...— Le recibo aquí, ¿sabe usted?; pero mi habitación está ahí, detrás de ese tabique... es el Estado quien me la suministra... yo estoy aquí provisionalmente, porque hay muchos arreglos que hacer en mi vivienda. Ahora todo está arreglado ó poco menos... ¿Sabe usted que es una gran cosa que el Estado le dé á uno casa? ¿No le parece á usted?

—Sí, es una gran cosa—respondió Raskolnikoff mirándole con aire burlón.

—Una gran cosa... una gran cosa...—repitió Porfirio Petrovitch, que parecía tener el pensamiento ocupado en otra parte.

¡Sí, una gran cosa!—dijo bruscamente con voz casi tonante, deteniéndose á dos pasos de Raskolnikoff, á quien miró de repente.— La incesante y necia repetición de esta frase: «Una habitación suministrada por el Estado es una gran cosa», contrastaba por su vaciedad con la mirada seria, profunda, enigmática, que el juez fijaba ahora en su visitante.

La cólera de Raskolnikoff no le impidió dirigir al juez de instrucción un desafío burlón y bastante imprudente.

—¿Sabe usted?—comenzó á decir, mirándole casi con insolencia y complaciéndose en ella—que es, según creo, una regla jurídica, un principio para todos los jueces de instrucción, ponerse á hablar de cosas insignificantes ó de una cosa seria, pero extraña á la cuestión, á fin de animar á aquellos á quienes interrogan, ó más bien á fin de distraerlos aletargando su prudencia, y después, bruscamente, de improviso, descargarles en medio de la coronilla la más peligrosa pregunta; ¿no es así? ¿No es esa una costumbre piadosamente observada en la profesión de usted?

—¿De modo que usted supone que si le he hablado tantas veces de la casa que me da el Estado, ha sido para...

Al decir esto Porfirio Petrovitch, guiñó los ojos y dió á su cara, por un instante, cierta expresión de alegría maliciosa, se borraron las leves arrugas de su frente, se pusieron sus ojos más pequeños todavía de lo que eran, se dilataron sus facciones, y mirando fijamente á Raskolnikoff, se echó á reir de un modo nervioso y prolongado, que agitó toda su persona. El joven se echó á reir también, aunque haciéndose un poco de violencia; la hilaridad de

Biblioteca Nacional de España

Porfirio Petrovitch redobló de tal modo, que el rostro del juez de instrucción se puso de color carmesí. Raskolnikoff experimentó entonces un disgusto que le hizo olvidar toda prudencia; cesó de reir, frunció el entrecejo, y durante todo el tiempo en que siguió riendo Porfirio con aquella alegría que parecía un poco fingida, fijó en él una mirada odiosa. No habían dejado de observarse el uno y el otro. Porfirió se echó á reir en las barbas mismas de su visitante, quien parecía haber tomado muy á mal la cosa. El juez, por su parte, se cuidaba muy poco del descontento de Raskolnikoff. Esta última circunstancia dió mucho que pensar al joven; creyó comprender que su llegada no había interrumpido lo más mínimo al juez de instrucción; era, por el contrario, él, Raskolnikoff, el que había caído en una trampa. Evidentemente había allí algún lazo, alguna emboscada que él no conocía; la mina estaba ya cargada quizá, é iba á reventar de un momento á otro.

Yéndose derecho al asunto, se levantó y cogió su gorra.

—¡Porfirio Petrovitch!—dijo con tono resuelto, pero en el que se descubría bastante irritación.— Ayer manifestó usted el deseo de hacerme sufrir un interrogatorio. He venido á ponerme á disposición de usted; si tiene preguntas que dirigirme pregúnteme usted, si no permítame que me retire. No puedo perder el tiempo aquí; tengo otra cosa que hacer. Me es de necesidad ir al entierro de ese funcionario que fué atropellado por un coche y de quien ha oído usted hablar...—añadió, y en seguida se arrepintió de haber dicho esta frase. Después—prosiguió con cólera creciente—, todo esto me fastidia, ¿entiende usted? Hace mucho tiempo que dura esto, y en parte ha sido causa de mi enfermedad... en una palabra—continuó con voz cada vez más irritada, porque comprendía que la frase

acerca de su enfermedad era aún más inoportuna que la otra—en una palabra, ó me interroga usted, ó tolere que me marche ahora mismo... Pero si usted me interroga, que sea en la forma establecida por el procedimiento legal; de otro modo no se lo permitiré á usted, y hasta entonces, adiós, puesto que por el momento nada tenemos que hacer juntos.

—¡Señor! ¿Pero qué está usted diciendo? ¿Acerca de qué he de interrogar á usted?—replicó el juez de instrucción, que cesó instantáneamente de reir—; no se inquiete usted, se lo suplico.

Incitó á Raskolnikoff á que se sentara, en tanto que él iba y venía de un lado á otro de la habitación.

—Tenemos tiempo, tenemos tiempo, y todo esto carece de importancia. Por el contrario, estoy tan contento de que haya usted venido á nuestra casa... Recibo á usted como á un visitante... En cuanto á este maldito reir, batuchka, digo, señor Raskolnikoff, perdóneme usted... soy muy nervioso y me ha hecho mucha gracia la agudeza de la observación de usted; á veces, le aseguro que me pongo á saltar como una pelota de goma y estoy así durante media hora... Soy propenso á la risa. Mi temperamento me hace temer una apoplegía. Pero, siéntese usted, ¿por qué sigue en pie?... Se lo ruego, batuchka, de lo contrario creeré que está usted enfadado.

Raskolnikoff, con el entrecejo fruncido, se callaba, escuchaba y observaba; sin embargo, se sentó.

—Por lo que á mí toca, batuchka, digo, señor Raskolnikoff, diré á usted una cosa, que servirá para explicarle mi carácter—repuso Porfirio Petrovitch, que continuaba yendo y viniendo por la habitación, y que seguía evitando el cruzar su mirada con la del joven.— Yo vivo solo, ¿sabe usted? Yo no voy á ninguna parte; soy desconocido. Aña-

Biblioteca Nacional de España

da usted que yo estoy ya en la decadencia, ya acabado... y... ¿ha advertido usted, señor Raskolnikoff, que entre nosotros, es decir, en Rusia, y sobre todo en nuestros círculos de San Petersburgo, cuando se encuentran dos hombres inteligentes que no se conocen aún bien, pero que recíprocamente se estiman, como usted y yo, por ejemplo, en este momento, no pueden decirse una palabra durante media hora y permanecen como petrificados, el uno frente al otro? Todo el mundo tiene materia de conversación: las señoras, la gente de mundo, las personas de alta sociedad... en todos estos medios hay de qué hablar, es de rigor; pero las personas de la clase media, como nosotros, son hurañas y taciturnas. ¿De qué procede esto, batuchka? ¿No tenemos nosotros intereses sociales, ó es que somos demasiado honrados para engañarnos unos á otros? No lo sé. Vamos á ver, ¿cuál es su opinión de usted? Pero deje usted su gorra; cualquiera diría que desea usted irse, y eso me causa pena...; yo, por el contrario, tengo tanto gusto...

Raskolnikoff dejó su gorra. No prescindía de su mutismo, y con las cejas fruncidas seguía oyendo la vana charla de Porfirio.

«Sin duda dice todas estas tonterías para distraer mi atención.»

—No le ofrezco á usted café, porque éste no es lugar para ello; ¿pero no será posible pasar cinco minutos con un amigo para procurarle una distracción?—prosiguió el inagotable Porfirio.— No puede usted figurarse, cuántas son las obligaciones del servicio. No se formalice usted, batuchka, porque siga paseándome; perdóneme usted, sentiría mucho molestarle; ¡pero me es tan necesario el movimiento!... Estoy siempre sentado y es para mí un verdadero placer poderme pasear durante cinco minutos... padezco de hemorroides... He tenido siempre intención de tratarme por la gimnasia; el trapecio es, se dice, muy provechoso para los consejeros del Estado, y aun para los consejeros íntimos. En nuestros días, la gimnástica ha venido á ser una verdadera ciencia... En cuanto á estos deberes de nuestro cargo, á estos interrogatorios y todo este formalismo, usted mismo, batuchka, hablaba hace poco... ¿Sabe usted, en efecto, batuchka, señor Raskolnikoff, que esos interrogatorios despistan más al magistrado que al presunto detenido?... Usted lo ha hecho notar hace un momento, con tanto ingenio como exactitud. (Raskolnikoff no había hecho semejante observación.) Se embrolla uno, pierde el hilo. En lo que se refiere á nuestras costumbres jurídicas, estoy plenamente de acuerdo con usted. ¿Cuál es, dice usted, el acusado, aunque sea el más obtuso mujik, que ignore que ha de comenzarse por hacérsele preguntas extrañas para aletargarle, según la feliz expresión de usted, á fin de asestarle después, bruscamente, un hachazo en medio de la coronilla (sirviéndome de la feliz metáfora de usted); ¡je, je! De modo que ha pensado que hablándole de la habitación, yo trataba de... ¡je, je! Es usted muy casuístico... vamos, ya no insisto. ¡Ah! Sí. Una palabra llama á otra; los pensamientos se atraen mutuamente. Hace poco hablaba usted de la forma en lo que concierne al magistrado instructor. ¿Pero qué es la forma? Ya sabe usted que en muchos casos, una simple conversación amistosa conduce más seguramente á ciertos resultados. La forma no desaparecerá jamás, permítame usted que se lo asegure; ¿pero qué es esto en rigor más que la forma? No se puede obligar al juez de instrucción á que la traiga siempre á cuestas. La necesidad del investigador es, en su género, un arte liberal ó alguna cosa por el estilo. ¡Je, je!

Biblioteca Nacional de España

Porfirio Petrovitch se detuvo un instante para tomar aliento. Hablaba sin interrupción, tan pronto diciendo tonterías, tan pronto deslizando, en medio de estas necedades, frasecillas enigmáticas, después de las cuales comenzaba de nuevo con sus naderías. Su paseo ahora por la habitación se parecía á una carrera; movía sus gruesas piernas cada vez con más viveza, y seguía siempre, con los ojos bajos, la mano derecha metida en el bolsillo, en tanto que con la izquierda hacía continuamente ademanes que no tenían ninguna relación con sus palabras. Raskolnikoff advirtió que al ir y venir por la habitación, el juez se había detenido dos veces cerca de la puerta, como para escuchar un instante... «Sin duda espera algo.» Tiene usted completa razón—siguió diciendo alegremente Porfirio, mirando al joven con una candidez que puso á éste en nueva desconfianza—; nuestras costumbres jurídicas merecen, en efecto, las burlas ingeniosas de usted. ¡Je, je! Estos procedimientos pretendidamente inspirados por una profunda psicología, son muy ridículos y aun á menudo estériles. Volviendo de nuevo á la forma: Supongamos que yo me encargo de la instrucción de un proceso; yo sé, ó más bien, creo saber, que el culpable es cierto señor... ¿no estaba usted siguiendo la carrera de Derecho, señor Raskolnikoff.

—Sí; estaba estudiando.

—Pues bien, he aquí un ejemplo que podrá servirle á usted más adelante; no vaya usted á creer que me permito echármelas de profesor con usted; no permita Dios que pretenda yo enseñar ninguna cosa á un hombre que trata en los periódicos las cuestiones de criminalidad; no, yo me tomo solamente la libertad de citarle un hecho á título de ejemplo. Yo supongo, pues, que he creído descubrir al culpable; dígame usted ahora; ¿había de inquietarle prematuramente, aunque poseyera pruebas contra él? Acaso á otro que no tuviese el mismo carácter, le haría detener en seguida; pero á éste, ¿por qué no dejarle que se pasee un poco por la ciudad? ¡Je, je! No, veo que usted no me comprende bien; voy á explicarme más claramente.

Si, por ejemplo, me apresuro á dictar un mandato de detención contra él, merced á este solo hecho le suministro, por decirlo así, un punto de apoyo moral. ¡Je, je! ¿Se ríe usted? (Raskolnikoff no pensaba en reírse; tenía los labios apretados y no apartaba su ardiente mirada de los ojos de Porfirio Petrovitch.) Sin embargo, en la práctica esto es lo que sucede, porque las personas son muy diversas, aunque el procedimiento sea el mismo para todas; pero desde el momento en que tiene usted pruebas, podrá decirme usted, ¿para qué todas esas precauciones? ¡Ah, Dios mío! batuchka, ¿usted sabe lo que son las pruebas? Las tres cuartas partes de las veces, las pruebas tienen dos diversos sentidos, y yo, juez de instrucción, soy hombre, y, por consiguiente, sujeto á error.

Así, pues, quisiera dar á mis investigaciones el rigor absoluto de una demostración matemática y desearía que mis conclusiones fuesen tan claras, como dos y dos son cuatro. De modo que si yo hago detener á ese señor antes del tiempo oportuno, estando bien convencido de que es *él*, me privo de los medios ulteriores de establecer su culpabilidad. ¿Y por qué? Pues porque le doy, en cierto modo, una situación definida; al ponerle en la cárcel le tranquilizo, le coloco en su situación verdadera psicológica. En adelante se me escapa, se repliega sobre sí mismo y comprende que es un detenido.

Si, por el contrario, dejo perfectamente tranquilo al presunto culpable, si no le detengo y si no le inquieto,

Biblioteca Nacional de España

pero en toda hora y en todo minuto está él preocupado de que lo sé todo, de que no le pierdo de vista ni de día ni de noche, de que es objeto por mi parte de una infatigable vigilancia, ¿qué es lo que sucederá en semejantes condiciones? Que infaliblemente este señor de mi ejemplo se sentirá acometido del vértigo, vendrá él mismo á mi casa, me suministrará buen número de armas contra él, y me pondrá en el caso de dar á las conclusiones de mi investigación un carácter de evidencia matemática que no carece de encantos.

Si este procedimiento puede dar resultados eficaces con un mujik inculto, tampoco carece de eficacia cuando se trata de un hombre ilustrado, inteligente, y en cierto modo distinguido. Porque lo importante, mi querido amigo, es adivinar en qué sentido está desarrollado un hombre. Supongamos que se trata de uno inteligente, pero que tiene nervios, nervios que están excitados, que son enfermizos... ¡Y la bilis! La bilis, que no se tiene en cuenta, ¡qué papel, sin embargo, desempeña tan importante en todas esas personas! Se lo repito á usted: hay en esto una verdadera mina de enseñanzas. ¿Qué me importa que se pasee en libertad por la ciudad? Puedo dejarle perfectamente cuerda larga, que no se me escapará. Y, en efecto, ¿á dónde podría ir? ¿Al extranjero, me dice usted? Un polaco se huiría al extranjero, pero él no; tanto más, que yo le vigilo, y que tengo, por consiguiente, tomadas mis medidas. ¿Se retirará al interior del país? Allí habitan mujiks groseros, rusos primitivos, desprovistos de civilización; este hombre ilustrado querrá mejor estar preso que vivir en semejante medio. ¡Je, je!

Por otra parte, esto no significa nada todavía; es lo accesorio de la cuestión. No huirá. No solamente porque no sabría á dónde ir, sino porque, y sobre todo, me pertenece psicológicamente. ¡Je, je! ¿Qué le parece á usted de esta expresión? En virtud de una ley natural, no huirá, aunque pueda hacerlo. ¿Ha visto usted la mariposa delante de la luz? Pues bien: él dará sin cesar vueltas en derredor mío, como ese insecto en torno de la llama. Para él no tendrá goces la libertad. Cada vez estará más inquieto, cada vez más trastornado; dejándole tiempo, se entregará á actos tales, que su culpabilidad aparecerá clara como dos y dos son cuatro... Y siempre, siempre, dará vueltas en derredor mío, describiendo círculos cada vez más pequeños, hasta que, por último, ¡paf! se me meterá él mismo en la boca, y me lo tragaré. Es esto muy divertido. ¡Je, je! ¿No le parece á usted?

Raskolnikoff guardaba silencio. Pálido é inmóvil, continuaba observando el rostro de Porfirio con un penoso esfuerzo de atención.

«La lección es buena — pensaba aterrado. — No es, como ayer, el gato jugando con el ratón. Sin duda, al hablarme así, no es solamente por el placer de mostrarme su fuerza; es demasiado inteligente para eso. Debe de tener otro objeto. ¿Cuál es? ¡Bah! amigo mío, cuanto dices es para asustarme. No tienes pruebas, y el hombre de ayer no existe. Tratas buenamente de desconcertarme. Quieres ponerme colérico, y dar el gran golpe cuando me veas en ese estado; pero te engañas: no te saldrás con la tuya. Mas, ¿por qué habla con palabras encubiertas? Cuenta con la excitación de mi sistema nervioso... No, amigo mío; no sucederá lo que tú piensas, sea lo que quiera lo que hayas preparado... Ahora veremos en qué consiste tu maniobra.»

Y se dispuso á afrontar bravamente la terrible catástrofe que preveía. De tiempo en tiempo sentía deseos de lanzarse sobre Porfirio y de estrangularle sobre la mar-

Biblioteca Nacional de España

cha. Desde su entrada en el gabinete del juez de instrucción, su principal temor era el de no poder dominar su cólera. Sentía los latidos violentos del corazón, se le secaban los labios, y le brotaba espuma por ellos. Resolvió, sin embargo, callarse, comprendiendo que, en su posición, el silencio era la mejor táctica. De esta suerte, en efecto, no solamente no se comprometería, sino que lograría quizá irritar á su enemigo y arrancarle alguna palabra imprudente. Por lo menos, tal era la esperanza de Raskolnikoff.

—No, bien veo que usted no lo cree. Usted supone que yo me burlo—siguió diciendo Porfirio, que cada vez estaba más alegre, sin dejar su risita, y que habíase puesto de nuevo á pasear por la sala.—Quizá tenga usted razón; me ha dado Dios una cara, que despierta en los que me ven ideas cómicas; soy un bufón; pero perdone usted el lenguaje de un viejo. Usted, señor Raskolnikoff, está en la flor de la edad, y, como todos los jóvenes, aprecia sobre todo la inteligencia humana. La agudeza del ingenio y las deducciones abstractas de la razón le seducen a usted.

Volviendo al caso particular del cual hablábamos hace un momento, diré á usted que es preciso contar con la realidad, con la naturaleza. Es una cosa importante. ¡Oh! ¡Cómo triunfa muchas veces de la más consumada habilidad! Escuche usted á un viejo. Hablo seriamente (al pronunciar estas palabras, Porfirio Petrovitch, que apenas contaba treinta y cinco años, parecía, en efecto, haber envejecido de repente; en su persona y hasta en su voz se había producido una súbita metamorfosis). Además, yo soy un hombre franco... ¿Qué le parece á usted? ¿soy, ó no soy franco? Yo creo que no se puede ser más; le confío á usted todas estas cosas sin pedirle ninguna

recompensa. ¡Je,je! Pues bien—continúo—, la agudeza de ingenio es, en mi opinión, una cosa excelente; es, por decirlo así, el ornamento de la naturaleza, el consuelo de la vida, y con ella solamente parece que se puede echar la zancadilla fácilmente á un pobre juez de instrucción, que, por otra parte, suele ser engañado por su propia imaginación, porque, al fin y al cabo, es un hombre. Pero la naturaleza viene en ayuda del pobre juez, y he ahí la desgracia. En esto es en lo que no piensa la juventud, confiada en su inteligencia, la juventud que «salta por encima de todos los obstáculos», como usted ha dicho de una manera tan fina y tan ingeniosa.

En el *caso particular* de que tratamos, el culpable, yo lo admito, mentirá superiormente; pero cuando crea que no tiene más que recoger el fruto de su habilidad, ¡zas! se desmayará en el sitio mismo en que tal accidente ha de ser objeto de mayores comentarios. Supongamos que pueda explicar su síncope por hallarse enfermo, por la atmósfera sofocante de la sala; no importa. No por eso deja de infundir sospechas. Ha mentido de una manera incomparable; pero no ha sabido tomar precauciones contra la naturaleza. Ahí tiene usted dónde está el verdadero lazo.

Otra vez, impulsado por su carácter burlón, se divertirá en embromar á alguno que sospeche, y, como por juego, fingirá ser el criminal buscado por la policía; pero entrará demasiado bien en el ánimo del buen hombre, representará su fingida comedia con *demasiada naturalidad*, y éste será otro indicio. Por de pronto, su interlocutor podrá quedar engañado; pero, si éste último no es un imbécil, rectificará al día siguiente. Nuestro hombre se comprometerá á cada instante. ¡Qué digo! Vendrá por sí mismo allí donde no se le ha llamado, dirá palabras im-

Biblioteca Nacional de España

prudentes, se extenderá en alegorías cuyo sentido no se escapará á nadie. ¡Je, je! Hasta preguntará por qué no se le ha detenido aún. ¡Je, je! Y esto puede ocurrir á un espíritu muy fino, á un psicólogo, á un literato. No hay espejo tan transparente como la naturaleza. Basta con contemplarla... pero, ¿por qué se pone usted tan pálido, señor Raskolnikoff? Acaso tenga usted mucho calor. ¿Quiere usted que abra la ventana?

—No se preocupe usted, se lo ruego—gritó Raskolnikoff; y de pronto se echó á reir.— No haga usted caso, se lo suplico.

Porfirio se detuvo enfrente de él; esperó un momento, y, de repente, soltó también una carcajada.

Raskolnikoff, cuya hilaridad se había calmado de pronto, se levantó.

—Porfirio Petrovitch—dijo con voz ruda y fuerte, y sosteniéndose con dificultad de pie, á causa del temblor de sus piernas.— No tengo duda; usted sospecha positivamente que yo he asesinado a esa vieja y á su hermana Isabel. Por mi parte, le declaro que estoy muy harto de todo esto. Si usted cree tener el derecho de perseguirme ó de hacerme detener, persígame usted y métame en la cárcel; pero no permito que se burle nadie de mí, ni que se me martirice.

De repente comenzaron á temblarle los labios, lanzaron llamas sus ojos, y su voz, hasta entonces contenida, alcanzó el diapasón más elevado.

—¡No lo permito! — gritó bruscamente, y dió un vigoroso puñetazo sobre la mesa.— ¿Lo ha oído usted, Porfirio Petrovitch? ¡No lo permito!

—¡Ah! Señor, ¿pero qué le pasa á usted—dijo el juez de instrucción, en apariencia muy inquieto.—¡Batuchka, señor Raskolnikoff! Amigo mío, ¿qué tiene usted?

—¡No lo permito!—repitió Raskolnikoff.

—¡Batuchka, un poco más bajo! Van á oirle. Vendrán, y, entonces, ¿qué diremos? Piense usted un poco en ello —murmuró como asustado Porfirio Petrovitch, que había acercado la cara á la de su visitante.

—¡No lo permito! ¡No lo permito!—prosiguió maquinalmente Raskolnikoff; pero hablaba bajando el tono, de modo que sólo podía ser oído por Porfirio.

Este corrió á abrir la ventana.

—Es menester airear la sala. ¿Por qué no bebe usted un poco de agua, querido amigo? Eso no es más que un acceso sin importancia.

Se dirigía ya á la puerta para dar órdenes á un criado, cuando vió en un rincón una jarra con agua.

—¡Beba usted, batuchka!—murmuró, aproximándose vivamente al joven con la jarra.— Esto le sentará á usted muy bien.

El susto, y aun la misma solicitud de Porfirio Petrovitch, parecían tan poco fingidas, que Raskolnikoff se calló y se puso á examinarle con triste curiosidad; pero rehusó el agua que se le ofrecía.

—¡Raskolnikoff! ¡querido amigo! ¡Si usted continúa así, va usted á volverse loco, se lo aseguro! Beba usted, beba usted.

Y le puso casi á la fuerza el vaso en la mano. Maquinalmente, Raskolnikoff se lo llevó á los labios; pero de repente mudó de parecer, y lo dejó con disgusto sobre la mesa.

—Eso no ha sido más que un acceso insignificante. Tanto hará usted, mi querido amigo, que acabará por recaer de nuevo—observó con tono afectuoso el juez de instrucción, que parecía muy afectado.— Señor, ¿pero es posible que se cuide usted tan poco? Lo mismo pasó

Biblioteca Nacional de España

con Demetrio Razumikhin, que estuvo ayer en mi casa. Reconozco que tengo el genio cáustico, que mi carácter es antipático... pero, ¡señor! ¿qué significación se da á mis inofensivas salidas? Razumikhin vino ayer, después de la visita de usted; íbamos á ponernos á comer, y empezó á hablar, á hablar... Me contenté con apartar los brazos: «¡Ah, Dios mío!...» Fué usted quien le envió, ¿verdad? ¡Siéntese usted, batuchka; siéntese usted, por el amor de Cristo!

—No, no le mandé yo; pero sabía que había estado en casa de usted y por qué hacía esa visita—respondió secamente Raskolnikoff.

—¿Usted lo sabía?

—Sí. ¿Qué deduce usted de eso?

—Deduzco, batuchka, que conozco, además, otros muchos hechos y excursiones de usted; estoy informado de todo. Sé que á la caída de la tarde fué usted *á alquilar el cuarto*; que se puso usted á tirar del cordón de la campanilla; que hizo usted una pregunta acerca de la sangre, y que el aspecto de usted asombró á los obreros y dvorniks. ¡Oh! comprendo la situación moral en que usted se encontraba entonces; pero no es menos cierto que todos esos trastornos acabarán por volverle á usted loco. En el alma de usted hierve una noble indignación; tiene usted motivos para quejarse, de su destino, en primer término, y en segundo, de la policía. Va usted también de aquí para allá forzando en cierto modo á la gente para que formule en voz alta sus acusaciones. Estas chismografías estúpidas le son á usted insoportables, y quiere usted acabar con todo ello. ¿No es así? ¿No he adivinado alguno de los sentimientos á que usted obedece? Pero el caso es que no se contenta usted con devanarse los sesos, sino que hace usted perder también la cabeza al pobre Razumikhin, y es verdaderamente una lástima volver loco también á tan buen muchacho. Su misma bondad le expone más que á cualquier otro á sufrir el contagio de la enfermedad de usted... Cuando usted se calme, batuchka, yo le contaré... Pero siéntese usted, batuchka, ¡por el amor de Cristo! Se lo suplico. Recobre usted sus ánimos; está usted trastornado; siéntese usted.

Raskolnikoff se sentó. Un temblor febril agitaba todo su cuerpo. Escuchaba con sorpresa profunda á Porfirio, que le prodigaba demostraciones de interés; pero no daba ningún crédito á las palabras del juez de instrucción, aunque sentía una inclinación extraña á creerlas. Le había impresionado mucho el oir á Porfirio hablarle de su visita al cuarto de la vieja. «¿Cómo sabe esto, y por qué me lo cuenta él mismo?»—pensaba el joven.

—Sí. Se ha producido en nuestra práctica judiciaria un caso psicológico casi análogo, un caso morboso—continuó Porfirio.— Un hombre se acusó de cierto crimen que no había cometido. No hay que decir que fué declarado culpable. Contó una historia completa, una alucinación de que él había sido el juguete; y su relato era tan verosímil, parecía tan de acuerdo con los hechos, que desafiaba toda contradicción. ¿Cómo explicarse esto? Sin que hubiera tomado parte en el, este individuo había sido, en parte, causa de un asesinato. Cuando supo que él había, sin saberlo, facilitado el crimen, se sobrecogió de tal manera, que su razón se alteró, é imaginó que él era el verdadero criminal. Al fin y á la postre, el Senado examinó la causa, y descubrió que el desgraciado era inocente. Sin el Senado, ¿qué hubiera sido de este pobre diablo? He aquí lo que usted tiene montado en la nariz, batuchka. Puede uno llegar á convertirse en monomaniaco cuando va por la noche á tirar de los cordones de las campanillas

Biblioteca Nacional de España

y á hacer preguntas acerca de la sangre. Vea usted, en el ejercicio de mi profesión he tenido ocasión de estudiar toda esta psicología. Es ese de que hablo un atractivo semejante al que impulsa á un hombre á tirarse de una ventana ó de lo alto de una torre. Usted está enfermo, señor Raskolnikoff, y hace usted mal en descuidar tanto su enfermedad. Usted debiera consultar un médico experimentado, en vez de hacerse asistir por ese gordinflón de Zosimoff. Todo esto es en usted el efecto del delirio...

Durante un instante Raskolnikoff creyó ver que todos los objetos daban vueltas en derredor suyo. «¿Es posible que siga mintiendo en este momento?»—se preguntaba—; y se esforzaba por desechar esta idea, presintiendo el exceso de rabia loca á que podía impulsarle.

—Yo no deliraba. Me encontraba en el pleno uso de mi razón—gritó, en tanto que ponía su espíritu en tortura para comprender el juego de Porfirio.— Era dueño de todas mis facultades, ¿entiende usted?

—Sí; comprendo, comprendo. Ya me dijo usted ayer que no deliraba, é insistió particularmente sobre este punto. Comprendo todo lo que puede usted decir. ¡Je, je!... Pero permítame usted que someta á su juicio una observación, mi querido Raskolnikoff: Si, en efecto, fuese usted culpable, ó si hubiese usted tomado parte en ese maldito asunto, yo le pregunto: ¿hubiera sostenido que había hecho usted todas esas cosas, no delirando, sino con plena conciencia de sus actos? Mi creencia es que habría usted hecho todo lo contrario; si creyese que estaba manchado, debería precisamente sostener con tenacidad que obró usted bajo la influencia del delirio; ¿no es así?

El tono de la pregunta hacía sospechar que se le tendía un lazo. Al pronunciar estas últimas palabras, el juez se inclinó hacia Raskolnikoff. Este se recostó en

el diván y miró silenciosamente á la cara de su interlocutor.

—Y lo mismo digo respecto de la visita del señor Razumikhin. Si usted fuese culpable, debería decir que nuestro amigo vino á mi casa por su propia intención, y ocultar que había dado este paso por indicación de usted. Por el contrario, lejos de ocultarlo, asegura que fué usted quien le mandó.

Raskolnikoff no había afirmado nada de esto, y sintió al oirlo un escalofrío á lo largo de la columna vertebral.

—Usted sigue mintiendo—dijo con voz lenta y débil, haciendo un esfuerzo para sonreir.— Quiere usted suponer que me ve las cartas, y que sabe usted de antemano todas mis respuestas—continuó, comprendiendo que ya no pesaba sus palabras como debía—; usted quiere meterme miedo... ó simplemente burlarse de mí.

Hablando de este modo, Raskolnikoff no cesaba de mirar fijamente al juez de instrucción. De repente brillaron de nuevo en sus ojos relámpagos de cólera violenta.

—No hace usted mas que mentir—gritó.— Usted sabe perfectamente que la mejor táctica para un culpable es confesar lo que no le es posible tener oculto. Yo no le creo á usted.

—¡Cómo sabe usted retorcer las cosas!—dijo sonriéndose Porfirio.— Pero en este asunto, batuchka, está usted obstinado; es el efecto de la monomanía. ¡Ah! ¿Conque usted no me cree? Pues yo le digo que me cree un poco, y yo me arreglaré de manera que acabe usted por creerme del todo; porque yo le quiero á usted sinceramente, y le miro con singular interés.

Los labios de Raskolnikoff comenzaron á temblar.

—Sí; yo le quiero á usted—prosiguió Porfirio, cogiendo amistosamente el brazo del joven por algo más arriba

Biblioteca Nacional de España

del codo—; vuelvo á repetírselo á usted: cuídese su enfermedad. Además, la familia de usted se encuentra ahora en San Petersburgo; piense usted algo en ella. Usted debería hacer la felicidad de sus parientes, y, por el contrario, sólo les acarrea usted inquietudes.

—Y á usted, ¿qué le importa? ¿Cómo sabe usted eso? ¿Por qué se mezcla usted en mis asuntos? ¿De modo que usted me vigila, y, además, me lo dice?

—Pero, batuchka, ¡por Dios! ¡Si es usted, usted mismo quien me lo ha contado! No advierte que, en su agitación, habla usted espontáneamente de sus negocios á mí y á los demás. Ayer, Razumikhin me comunicó también muchas particularidades interesantes acerca de usted. Me ha interrumpido usted. Iba á decirle que, á pesar de todo su genio, ha perdido la vista exacta de las cosas, á consecuencia de su carácter suspicaz. Vea usted, por ejemplo, el incidente del cordón de la campanilla. Ese es un hecho precioso, un hecho inapreciable para un juez encargado de un sumario; yo se lo entrego á usted cándidamente; yo, juez de instrucción. Y esto, ¿no le abre á usted los ojos? Pero si yo le creyera á usted culpable, ¿hubiera procedido de esa suerte? En tal caso, mi línea de conducta estaba perfectamente trazada: hubiera, por el contrario, debido comenzar por inspirar á usted confianza, por fingir que ignoraba ese hecho, por divertir la atención de usted hacia otro punto. Después, bruscamente, le hubiera asestado, según la expresión de usted, sobre la coronilla, la siguiente pregunta: ¿Qué fué usted á hacer á las diez de la tarde al domicilio de la víctima? ¿Por qué tiró usted del cordón de la campanilla? ¿Por qué hizo usted preguntas acerca de la sangre? ¿por qué mareó usted á los dvorniks pidiendo que le condujesen á la oficina de policía? De esta manera hubiera procedido si hubiese tenido alguna sospecha acerca de usted. Hubiera debido someter á usted á un interrogatorio en regla, ordenar una investigación y detenerle. Puesto que he obrado de otro modo, es señal evidente de que no sospecho de usted. Ha perdido usted el sentido exacto de las cosas, y está ciego, se lo repito.

Raskolnikoff temblaba, de lo cual pudo fácilmente enterarse Porfirio Petrovitch.

—Sigue usted mintiendo—vociferó el joven.— No sé cuáles son las intenciones de usted; pero estoy cierto de que miente... Hace poco no hablaba usted en ese sentido, y sobre ello no me hago ilusiones... Miente usted.

—¿Que miento?—replicó Porfirio con apariencias de vivacidad.— Por lo demás, el juez de instrucción conservaba su aspecto jovial, y parecía no dar importancia alguna á la opinión que Raskolnikoff pudiera tener de él.— ¿Que miento? ¿Pero usted no recuerda cómo me he portado con usted? Yo, juez de instrucción, le he sugerido los argumentos psicológicos que usted podía emplear: «La enfermedad, el delirio, los sufrimientos del amor propio, la hipocondría, la afrenta recibida en el despacho de policía», etc. ¿No es así? ¡Je, je! Verdad es, dicho sea de paso, que estos medios de defensa no son infalibles; tienen su anverso y su reverso, pueden volverse contra usted. Si usted dice: «Yo estaba enfermo, yo deliraba, no sabía lo que hacía, no me acuerdo de nada», podrá respondérsele á usted: Todo eso está muy bien, batuchka; pero, ¿cómo es que el delirio afecta siempre en usted el mismo carácter? Debería manifestarse en otras formas, ¿no es verdad? ¡Je, je!

Raskolnikoff se levantó, y, mirándole despreciativamente, dijo:

—En resumen: quiero saber de una manera concreta si sospecha usted ó no de mí. Hable usted, Porfirio Petró-

Biblioteca Nacional de España

vitch. Explíquese usted sin ambages ni rodeos, y en seguida, al instante.

—¡Ah, Dios mío! Se parece usted á los niños, que piden la luna—replicó Porfirio, siempre con su tono zumbón.—¿Qué necesidad tiene usted de saber nada, si se le deja á usted perfectamente tranquilo? ¿Por qué se altera usted de ese modo? ¿Por qué viene usted á mi casa cuando nadie le llama? ¿Cuáles son las razones de usted? ¡Je, je!

—Le repito—gritó Raskolnikoff furioso—que ya no me es posible soportar...

—¿Qué? ¿La incertidumbre?—interrumpió el juez de instrucción.

—No me exalte usted más... No quiero, digo á usted que no quiero... no puedo ni quiero... ¿Oye usted?—gritó con voz de trueno Raskolnikoff, descargando un nuevo puñetazo sobre la mesa.

—Más bajo, más bajo; van á oirle á usted, le hablo seriamente. Tenga usted cuidado—murmuró Porfirio.

El juez de instrucción no tenía ya aquel aire de campesino que comunicaba á su rostro cierta candidez; fruncía las cejas, hablaba como amo y parecía estar á punto de quitarse la careta; pero esta nueva actitud no duró más que un instante. Aunque al punto Raskolnikoff se entregó á un arrebato de cólera, sin embargo, cosa extraña, esta vez, como antes, aunque estaba en el colmo de la exasperación, obedeció la orden de bajar la voz; comprendía, además, que no podía menos de hacerlo, y este pensamiento contribuyó á aumentar su cólera.

—No me dejaré martirizar—murmuró—; deténgame usted, regístreme, haga cuantas investigaciones quiera; pero proceda usted en debida forma, y no juegue usted conmigo. No tenga usted la audacia...

—No se inquiete usted por la forma—interrumpió Porfirio con su acento sardónico, mientras contemplaba á Raskolnikoff con cierta especie de gozo—; es familiarmente, batuchka, como amigo, como he invitado á usted á que viniera á verme.

—Yo no quiero la amistad de usted; yo la desprecio. ¿Entiende usted? Y ahora cojo la gorra y me voy. Usted dirá si tiene intención de detenerme.

En el momento en que se acercaba á la puerta, Porfirio le asió de nuevo el brazo por un poco más arriba del codo.

—¿No quiere usted que le dé una pequeña sorpresa?—dijo riendo el juez de instrucción, que cada vez parecía más burlón, lo que acabó de poner á Raskolnikoff fuera de sí.

—¿Qué pequeña sorpresa? ¿Qué quiere usted decir?—preguntó el joven, deteniéndose de repente y mirando con inquietud á Porfirio.

—Una pequeña sorpresa que hay detrás de la puerta. ¡Je, je!—Y mostraba con un dedo la puerta cerrada que daba acceso á su habitación, situada detrás del tabique.—Yo mismo la he cerrado con llave para que no se vaya.

—¿Qué es? ¿qué es?

Raskolnikoff se acercó á la puerta; quiso abrirla, pero no pudo.

—Está cerrada. He aquí la llave—; y diciendo esto, el juez de instrucción sacó la llave del bolsillo y se la enseñó al joven.

—¡Mientes! ¡Sigues mintiendo!—aulló éste, que ya no era dueño de sí.— ¡Mientes, maldito polichinela!

Al mismo tiempo hizo ademán de arrojarse sobre Porfirio, el cual se retiró hacia la puerta, pero sin demostrar ningún temor

Biblioteca Nacional de España

—¡Lo comprendo todo! — vociferó Raskolnikoff. — ¡Mientes, mientes para que yo me venda!...

—Pero, ¿por qué ha de venderse usted? batuchka, ¿en qué estado se encuentra usted? No grite, ó llamo.

—¡Mientes, no hay nada! ¡Llama á tu gente! Sabías que estaba enfermo y has querido exasperarme, ponerme en el disparador para arrancarme una confesión; ese era tu objeto. Exhibe tus pruebas. Te he comprendido. No tienes pruebas; no tienes más que miserables suposiciones, las conjeturas de Zametoff... Conocías mi carácter, y has querido exasperarme, á fin de hacer en seguida que se presentaran bruscamente los *popes* y delegados. ¿Los esperas, eh? ¿A quién esperas? ¿A ellos? Hazlos entrar.

—¡Qué habla usted de delegados, batuchka? ¡Vaya unas ideas! La misma forma, para emplear el lenguaje de usted, no permite proceder de este modo; usted no conoce el procedimiento, mi querido amigo... pero será observada la forma, usted lo verá—murmuró Porfirio, que se había puesto á escuchar á la puerta.

Sonaba, en efecto, cierto ruido en la pieza contigua.

—¡Ah! ¿Vienen?—gritó Raskolnikoff.— ¿Los has enviado á buscar? Habías contado... Pues bien, idtrodúcelos á todos, delegados y testigos; haz entrar á quien quieras. Estoy pronto.

Pero entonces ocurrió un incidente extraño, tan fuera del curso ordinario de las cosas, que sin duda ni Raskolnikoff ni Porfirio Petrovitch hubieran podido preverlo.

VI

He aquí el recuerdo que esta escena dejó en el espíritu de Raskolnikoff:

El ruido que sonaba en la habitación inmediata aumentó de repente, y la puerta se entreabrió.

—¿Qué es eso?—gritó coléricamente Porfirio Petrovitch...— No hubo respuesta; pero la causa del ruido se dejaba adivinar en parte: alguna persona trataba de penetrar en el gabinete del juez, y se procuraba impedirlo.— ¿Qué es lo que sucede?—repitió Porfirio.

—Es el procesado Nicolás, á quien se ha conducido aquí.

—No tengo necesidad de él. No quiero verle; llevadle. Esperad un poco. ¿Cómo es que se le ha traído? ¡Qué desorden!—murmuró Porfirio, lanzándose hacia la puerta.

—Es él quien...— replicó la misma voz; y se detuvo de repente.

Durante dos segundos se oyó el ruido de una lucha entre dos hombres; después, uno de ellos rechazó al otro con fuerza, y penetró bruscamente en el despacho. El recién venido tenía un aspecto muy extraño. Parecía no ver á nadie. Sus ojos, relampagueantes, expresaban firme resolución, y al propio tiempo su rostro estaba lívido como el de un condenado á quien se conduce al cadalso. Temblábanle ligeramente los labios, completamente blancos.

Biblioteca Nacional de España

Era un hombre muy joven todavía, delgado, de mediana estatura y vestido como un obrero. Tenía el cabello cortado al rape y sus facciones eran finas y angulosas. El que acababa de ser rechazado por él, se lanzó en persecución suya dentro del gabinete y le cogió por un brazo: era un gendarme; pero Nicolás logró de nuevo soltarse.

En el umbral se agruparon muchos curiosos. Algunos tenían vivos deseos de entrar. Todo ello había pasado en menos tiempo del que se tarda en referirlo.

—¡Vete! Es todavía pronto. Espera á que se te llame... ¿Por qué te han traído tan pronto?—preguntó Porfirio Petrovitch, tan irritado como sorprendido; pero de repente Nicolás se puso de rodillas.

—¿Qué haces?—gritó el juez de instrucción cada vez más asombrado.

—¡Perdón! ¡Soy culpable! ¡Yo soy el asesino!—dijo bruscamente Nicolás, con voz bastante fuerte, á pesar de la emoción que le ahogaba.

Pasaron diez segundos en un silencio tan profundo como si todos los asistentes hubiesen sido acometidos de un ataque de catalepsia. El gendarme no trató de sujetar de nuevo al preso, y dirigiéndose maquinalmente hacia a puerta se quedó inmóvil en el umbral.

—¿Qué estas diciendo?—gritó Porfirio Petrovitch cuando el asombro le permitió hablar.

—Yo soy el asesino...—repitió de nuevo Nicolás.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Tú?... ¿Que tú has asesinado?...

El juez de instrucción estaba visiblemente desconcertado.

Nicolás tardó un instante en responder.

—Yo he asesinado... á hachazos á Álena Ivanovna y á su hermana Isabel Ivanovna. Estaba trastornado—añadió bruscamente.

Se calló, pero continuaba de rodillas.

Después de haber oído esta respuesta Porfirio Petrovitch, pareció reflexionar profundamente, y luego, con un ademán violento, mandó á los testigos que se retirasen. Estos obedecieron al punto y la puerta volvió á cerrarse.

Raskolnikoff, de pie, contemplaba á Nicolás con aire extraño. Durante algunos instantes las miradas del juez de instrucción fueron del detenido al visitante y viceversa. Después se dirigió á Nicolás con algo de cólera.

—Espera á que se te interrogue antes de decirme que estabas trastornado. Yo no te preguntaba eso. Habla ahora: ¿Has matado?

—Yo soy el asesino... Confieso—respondió Nicolás.

—¿Eh? ¿Con qué arma has matado?

—Con un hacha. La llevaba prevenida.

—¡Oh, cómo se atropella! ¿Solo?

Nicolás no comprendió la pregunta.

—¿No tienes cómplices?

—No. Mitka es inocente. No ha tomado la más mínima parte en el crimen.

—No te apresures tanto para disculpar á Mitka. ¿Acaso te he preguntado yo acerca de él?... Sin embargo, ¿cómo se explica que los dvorniks os hayan visto bajar corriendo la escalera.

—Corrí detrás de Mitka porque de ese modo pensé evitar sospechas—respondió Nicolás.

—Está bien. Basta—gritó Porfirio con cólera—; no dice la verdad—murmuró en seguida como aparte, y de pronto sus ojos se encontraron con los de Raskolnikoff, cuya presencia había evidentemente olvidado durante este diálogo con Nicolás.

Al fijarse en su visitante pareció que se turbaba el juez de instrucción, y dirigiéndose á él, le dijo:

Biblioteca Nacional de España

—Señor Raskolnikoff, batuchka, perdóneme usted, se lo suplico... Nada tiene usted que hacer aquí... yo mismo... ya ve usted qué sorpresa...—Cogió al joven por el brazo y le señalaba la puerta.

—Según se vé, no esperaba usted tal cosa—observó Raskolnikoff.

Lo que acababa de suceder era para él un enigma. Sin embargo, había recobrado en gran parte su serenidad.

—Tampoco usted lo esperaba, batuchka. Vea usted cómo le tiembla la mano, ¡je, je!

—También está usted temblando—observó Raskolnikoff.

—Es verdad... no esperaba esto.

Se encontraban ya en el umbral de la puerta. El juez de instrucción tenía prisa porque se marchase el joven.

—¿De modo que no me enseña usted la «pequeña sorpresa» que me tenía preparada?—preguntó bruscamente.

—Apenas tiene fuerzas para hablar y ya se muestra irónico, ¡je, je! Es usted muy cáustico. ¡Ea, hasta la vista!

—Creo que sería más propio decir *¡adiós!*

—Será lo que Dios quiera—balbuceó Porfirio con risa forzada.

Al atravesar la cancillería, Raskolnikoff advirtió que muchos de los empleados le miraban fijamente. En la antesala reconoció en medio de la gente á los dos dvorniks de *aquella casa*, á los que había propuesto la tarde de la extraña visita que le condujesen á la comisaría de policía. Parecía que estaban esperando allí algo, pero apenas hubo llegado al rellano de la escalera cuando oyó de nuevo la voz de Porfirio Petrovitch. El joven se volvió y vió al juez de instrucción que todo sofocado acudía á llamarle.

—Una palabra todavía, señor Raskolnikoff. Dios sabe lo que pasará en este asunto; pero para la cuestión de forma tengo que pedirle á usted algunos datos, de modo que nos volveremos á ver de seguro.

Porfirio se detuvo sonriendo delante del joven.

—De seguro—repitió.

Parecía que iba á decir alguna otra cosa; pero nada añadió.

—Perdone usted mi proceder de antes, Porfirio Petrovitch... Me he alterado un poco—comenzó á decir Raskolnikoff que había recobrado ya todo su aplomo y que sentía grandes deseos de burlarse del magistrado.

—No se cuide usted de eso—replicó Porfirio con tono casi jovial.— También yo tengo un carácter muy desagradable, lo confieso. Ya nos veremos. Si Dios quiere hemos de vernos muy á menudo.

—¿Y haremos definitivo conocimiento?—preguntó Raskolnikoff.

—Y haremos definitivo conocimiento—repitió como un eco Porfirio Petrovitch, y guiñando un ojo, miró muy seriamente á su interlocutor.— ¿Y ahora va usted á comer á una fiesta?

—A un entierro.

—¡Ah! Está bien. Tenga usted cuidado de su salud.

—Por mi parte no sé qué votos hacer por usted—respondió Raskolnikoff, y comenzó á bajar la escalera; pero de repente se volvió hacia Porfirio.— ¡Ah! Le deseo á usted de todo corazón mejor éxito del que ha conseguido hasta ahora; vea usted, sin embargo, qué cómicas son sus funciones.

Al oir estas palabras el juez de instrucción, que se disponía á volver á su despacho, aguzó el oído.

—¿Qué es lo que tienen de cómicas?—preguntó.

—¿Cómo no? Ahí tiene usted á ese pobre Mikolka

Biblioteca Nacional de España

¡cuánto ha debido usted de atormentarle! ¡cuánto lo habrá usted fatigado para arrancarle su confesión! Día y noche, sin duda, le habrá usted repetido en todos los tonos: «¡Tú eres el asesino, tú eres el asesino!» Le habrá usted perseguido sin tregua, según su método psicológico, y ahora, cuando él se reconoce culpable, usted empieza con la cantata en otro tono de «¡Mientes! ¡Tú no eres el asesino! ¡No puedes serlo, no dices la verdad!» Pues bien, después de esto, ¿no tengo derecho para encontrar cómicas las funciones de usted?

—¡Je, je! ¿De modo que ha reparado usted que hace poco he hecho observar á Nicolás que no decía la verdad?

—¿Cómo no había de observarlo?

—¡Je, je! Tiene usted mucho ingenio; nada se le escapa. Además, le da á usted por lo chistoso. Posee usted la cuerda humorística. ¡Je, je! Ese era, en efecto, el rasgo distintivo de Gogol.

—Sí, de Gogol.

—En efecto, de Gogol.

—¡Hasta la vista!

—Hasta la vista...

El joven se fué directamente á su casa. Cuando llegó á su domicilio, se echó en el diván y durante un cuarto de hora intentó ordenar algún tanto sus ideas, que eran muy confusas. No trató de explicarse la conducta de Nicolás, comprendiendo que había allí un misterio cuya clave buscaría en vano por el momento. Por lo demás, no se hacía ilusiones sobre las consecuencias probables del accidente. No tardaría en comprenderse que eran mentirosas las confesiones del obrero, y entonces las sospechas recaerían de nuevo sobre él. Pero en tanto era libre y podía tomar sus medidas en previsión del peligro que juzgaba inminente.

Hasta qué punto, sin embargo, la situación comenzaba á esclarecerse. El joven temblaba aún al acordarse de su entrevista de hacía poco con el juez de instrucción. No podía penetrar todas las intenciones de Porfirio. Era más que suficiente para hacerle comprender de qué terrible peligro acababa de escapar. Un poco más y se hubiese perdido sin remedio. Conociendo la irritabilidad nerviosa de su visitante, el juez se había apoyado sólidamente sobre este dato y había descubierto con exceso de atrevimiento su juego; pero jugaba sobre seguro. Ciertamente, Raskolnikoff se había comprometido demasiado. Sin embargo, las imprudencias de que él se acusaba no constituían todavía una prueba en contra suya. Esto no tenía más que un carácter relativo. ¿No se engañaba, sin embargo, al pensar así? ¿Cuál era el proyecto de Porfirio? Habría éste realmente maquinado algo aquel día y, si tenía preparado un golpe, en qué consistía éste? Sin la aparición inesperada de Nicolás, ¿cómo hubiera acabado esta entrevista?

Raskolnikoff estaba sentado en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en las manos. Un temblor nervioso recorría todo su cuerpo. Al fin se levantó, cogió la gorra y después de haber reflexionado un momento se dirigió hacia la puerta.

—«Por hoy, al menos—se dijo—, no tengo nada que temer.»

De repente experimentó una especie de alegría y se le ocurrió la idea de dirigirse lo más pronto posible á casa de Catalina Ivanovna. Ya era tarde para llegar al entierro, pero llegaría á tiempo para comer y allí vería á Sonia. Se detuvo, reflexionó y en sus labios se dibujó una triste sonrisa.

—«¡Hoy! ¡Hoy!—repitió.— Sí, hoy mismo. Es preciso.»

Biblioteca Nacional de España

En el momento en que iba á abrir la puerta, ésta se abrió por sí misma. El joven retrocedió espantado viendo aparecer al enigmático personaje de la víspera, *al hombre salido de debajo de tierra*.

El recién venido se detuvo en el umbral, y después de haber mirado silenciosamente á Raskolnikoff, dió un paso en la habitación. Vestía exactamente como el día anterior, pero su rostro no era el mismo. Parecía muy agitado y lanzaba profundos suspiros.

—¿Qué quiere usted?—preguntó Raskolnikoff pálido como un muerto.

El hombre no respondió, y de repente se inclinó casi hasta el suelo. Por lo menos lo tocó con el anillo que llevaba en la mano derecha.

—¿Quién es usted?—preguntó Raskolnikoff.

—Pido á usted perdón—dijo el hombre en voz baja.

—¿De qué?

—De mis malos pensamientos.

Los dos hombres se miraron.

—Estaba engañado. Cuando usted fué el otro día, teniendo sin duda la razón turbada por la bebida, hizo preguntas acerca de la sangre y pidió á los dvorniks que le condujesen á la oficina de policía, vi con disgusto que no hacían caso de las palabras de usted, tomándole por un borracho; esto me contrarió de tal modo, que no pude dormir; pero me acordaba de las señas de usted y vine ayer aquí..!

—¿Fué usted quién vino?—interrumpió Raskolnikoff. Comenzaba á comprender.

—Sí; yo le he insultado á usted.

—¿Estaba usted en aquella casa?

—Sí. Me encontraba junto á la puerta cochera cuando la visita de usted. ¿Lo ha olvidado usted? Vivo allí desde hace mucho tiempo. Soy peletero...

Raskolnikoff se acordó súbitamente de toda la escena de la antevíspera. En efecto: independientemente de los dvorniks había en la puerta cochera muchas personas, hombres y mujeres. Uno de ellos había propuesto que se le condujese á la comisaría de policía. No podía acordarse del rostro del que emitió esta idea; tampoco le reconocía en este momento; pero sí se acordaba de haberle respondido algo y de haberse vuelto para mirarle.

Así se explicaba de la manera más sencilla del mundo el terrible misterio de la víspera. ¡Y bajo la impresión de inquietud que le causaba una circunstancia tan insignificante, había estado á punto de perderse! Aquel hombre no podía contar nada sino que Raskolnikoff se presentó á alquilar el cuarto de la vieja y que preguntó acerca de la sangre. Aparte, pues, de esta excursión de un *enfermo en delirio*, salvo esa psicología de dos fines, Porfirio no sabía nada. No tenía ningún hecho, nada positivo.— Por consiguiente—pensaba el joven—, si no surgen nuevos cargos (y no surgirán, estoy seguro de ello), ¿qué pueden hacerme? Aunque me detuvieran, ¿cómo demostrarían definitivamente mi culpabilidad?

Otra conclusión se desprendía para Raskolnikoff de las palabras de su visitante: era en aquel mismo momento cuando Porfirio tuvo noticia de su visita al cuarto de la víctima.

—¿Usted le ha dicho hoy á Porfirio que estuve yo allí?—preguntó el joven asaltado por súbita idea.

—¿A qué Porfirio?

—Al juez de instrucción.

—Yo se lo he dicho. Como los dvorniks no habían ido, fuí yo.

—¿Hoy?

—Llegué un minuto antes que usted; lo he oído todo y sé que le ha hecho pasar á usted un mal rato.

Biblioteca Nacional de España

—¿Dónde? ¿Qué? ¿Cuándo?

—Yo estaba allí, en la pieza contigua á su gabinete, en donde he permanecido todo el tiempo que ha durado la entrevista.

—¿Cómo? ¿De modo que era usted la sorpresa? ¿De qué modo ha sido eso? Cuéntemelo usted todo, se lo ruego.

—Viendo—dijo el burgués—que los dvoniks rehusaban avisar á la policía, á pretexto de que era demasiado tarde y de que encontrarían la oficina cerrada, experimenté una viva contrariedad y resolví enterarme por mí mismo; al día siguiente, es decir, ayer, tomé mis datos y me he presentado al juez de instrucción. La primera vez que estuve en la oficina no se encontraba allí. Volví una hora después y no fuí recibido. En fin, la última vez se me hizo entrar. Conté punto por punto cuanto había pasado; al oirme el juez saltaba en la habitación y se daba golpes en el pecho: —¿De ese modo cumplís, bribones, con vuestra obligación? Si yo hubiese sabido esto antes le hubiera hecho buscar por la gendarmería.— En seguida salió precipitadamente, llamó á no sé quién y estuvo hablando con él en un rincón; después se dirigió otra vez á mí y se puso de nuevo á interrogarme, profiriendo fuertes imprecaciones. No le he ocultado nada; le he dicho que usted no se atrevió á contestar á mis palabras de ayer y que no me había reconocido usted. Continuaba dándose golpes en el pecho, vociferando y saltando por la habitación. Entonces le anunciaron á usted.—«Retirate detrás del tabique—me dijo dándome una silla—, y estate ahí sin chistar, oigas lo que oigas; puede que te interrogue otra vez.» Después cerró la puerta. Cuando condujeron á Nicolás despidió á usted y me hizo salir á mí.—«Tendré aún que interrogarte»—dijo.

—¿Preguntó á Nicolás delante de ti?

—Yo salí inmediatamente después de usted, y entonces fué cuando comenzó el interrogatorio de Nicolás.

Terminado su relato, el burgués se inclinó de nuevo hasta el suelo.

—Perdóneme usted por mi denuncia y por el error en que he incurrido.

—¡Que Dios te perdone!—respondió Raskolnikoff.

El burgués se inclinó de nuevo, pero sólo hasta la cintura. Después se retiró con paso lento.

«Nada de inculpaciones precisas, nada más que pruebas de dos fines»—pensó Raskolnikoff renaciendo á la esperanza, y salió de la habitación.

«Todavía podemos luchar»—se dijo con sonrisa colérica, mientras bajaba la escalera.— Estaba irritado contra sí mismo y pensaba con humillación en su pusilanimidad.

Biblioteca Nacional de España

QUINTA PARTE

I

Al día siguiente de aquel otro fatal en que Pedro Petrovitch tuvo su explicación con las señoras de Raskolnikoff, las ideas de aquél se esclarecieron, y con extremo disgusto suyo le fué forzoso reconocer que la ruptura, en la cual no había querido creer el día antes, era asunto completamente terminado. La negra serpiente del amor propio herido le estuvo mordiendo el corazón durante toda la noche. Al saltar de la cama, el primer movimiento de Pedro Petrovich fué ir á mirarse al espejo, temiendo que durante la noche un ataque de bilis le hubiese alterado el semblante. Por fortuna esta aprensión no era fundada. Al contemplar su rostro pálido y distinguido, llegó hasta á consolarse por breves instantes ante la idea de que no le costaría trabajo reemplazar á Advotia, y ¿quién sabe si ventajosamente? Pero no tardó en desechar esta esperanza quimérica y lanzó de lado un vigoroso salivazo, lo que hizo sonreir burlonamente á su joven amigo y compañero de habitación Andrés Semenovitch Lebeziatnikoff.

Pedro Petrovitch advirtió esta burla y la puso en la cuenta de su amigo, cuenta que estaba bastante cargada,

Biblioteca Nacional de España

y redobló su cólera después que hubo reflexionado que no debía hablar de esta historia á Andrés Semenovitch; fué la segunda tontería que el arrebato le hizo cometer el día anterior. Había cedido á la necesidad de desahogar el exceso de su irritación.

Durante toda la mañana la suerte se ensañó en perseguir á Lujin. En el mismo Senado, el negocio en que se ocupaba le reservaba un disgusto. Lo que le molestaba más que nada era la imposibilidad de meter en razón al propietario del cuarto que había alquilado en vista de su próximo matrimonio. Este individuo, alemán de origen, era un antiguo obrero á quien la fortuna había sonreído; no aceptaba ninguna transacción y reclamaba el cumplimiento de lo estipulado en el contrato, aun cuando Pedro Petrovitch le devolvía el cuarto casi restaurado. El tapicero no se mostraba más complaciente que el propietario, y pretendía quedarse hasta con el último rublo de la señal recibida por la venta de un mobiliario de que Pedro Petrovitch aún no se había hecho cargo. «Va á ser menester que me case sólo por los muebles», decía rechinando los dientes el desgraciado Lujin. Una última esperanza atravesaba su alma. «¿No se podrá intentar algún remedio?» Tenía hincado en el corazón como una espina el recuerdo de los encantos de Advotia. Fué para él aquello un trago muy amargo, y si hubiera podido con un simple deseo hacer morir á Raskolnikoff, de seguro que Pedro Petrovitch habría matado al joven inmediatamente.

«Otra tontería de mi parte ha sido no darles dinero» —pensaba mientras que volvía de casa de Lebeziatnikoff. «¿Por qué he sido yo tan judío? ¡Fué un mal cálculo!... ¡Dejándolas momentáneamente en la estrechez, yo creía prepararlas á que vieran en mí una providencia y he aquí que se me deslizan entre los dedos!... No, no. Si yo les

hubiera dado mil quinientos rublos, por ejemplo, para que comprasen un *trouseau*, si les hubiera comprado algunos regalos en el almacen inglés... mi conducta hubiera sido á la vez más noble y más hábil y no me habrían dejado tan fácilmente. Dados sus principios, se hubieran creído, sin duda, obligadas á devolverme regalos y dinero; pero esta resolución les hubiera sido penosa y difícil, y además, esto habría sido para ellas cuestión de conciencia. ¿Cómo atreverse entonces á poner así á la puerta á un hombre que se había mostrado tan generoso y tan delicado...? He hecho una tontería.»

Pedro Petrovitch volvió de nuevo á rechinar los dientes y se trató de imbécil, en su fuero interno, por supuesto. Al llegar á esta conclusión llevó á su alojamiento mucho peor humor y disgusto que sacara de él. Sin embargo, tarajo su curiosidad hasta cierto punto el barullo producido en casa de Catalina Ivanovna, á causa de los preparativos de la comida. Ya había oído hablar la víspera de este banquete. Recordaba también que le habían invitado; pero sus ocupaciones personales le impidieron fijar en ello la atención.

En ausencia de Catalina Ivanovna (á la sazón en el cementerio), la señora Lippevechzel andaba atarenda alrededor de la mesa, que ya estaba puesta.

Hablando con la patrona, Pedro Petrovitch supo que se trataba de una verdadera comida de ceremonia, á la cual estaban invitados casi todos los inquilinos de la casa, y entre ellos muchos que no habían conocido al difunto. El mismo Andrés Semenovitch Lebeziatnikoff hubo de recibir una invitación, no obstante estar reñido con Catalina Ivanovna. En fin, se tendría mucho gusto en que Pedro Petrovitch consintiese en honrar esta comida con su presencia, en atención á que el era entre todos los inqui-

Biblioteca Nacional de España

linos el personaje más caracterizado. Catalina Ivanovna, olvidando todos sus rozamientos con la patrona, creyó de su deber dirigirle también una invitación en regla. Por esta razón Amalia Ivanovna se ocupaba en aquel momento, con cierta alegría, en los preparativos de la comida. Además, la señora Lippevechzel se había vestido de ceremonia, y aunque su traje era de duelo, se comprendía que su dueña sentía vivo placer en exhibir su vestido de seda nuevo. Enterado de todos estos detalles, Pedro Petrovitch tuvo una idea y entró pensativo en su habitación, ó más bien, en la de Andrés Semenovitch Lebeziatnikoff: acababa de saber que Raskolnikoff figuraba en el número de los invitados. Aquel día, por una razón ó por otra, Andrés Semenovitch pasó toda la mañana en su cuarto. Entre este señor y Pedro Petrovitch existían extrañas relaciones perfectamente explicables. Pedro Petrovitch le odiaba y le despreciaba en grado superlativo casi desde el mismo día en que fué á su casa á pedirle hospitalidad; además, parecía tenerle en poco.

Al llegar á San Petersburgo, Lujin fué á casa de Lebeziatnikoff, en primer lugar y sobre todo, por economía, pero también por otro motivo. En su provincia había oído hablar de Andrés Semenovitch, su antiguo pupilo, como de uno de los progresistas jóvenes más avanzados de la capital y como hombre que ocupaba puesto visible en ciertos círculos ya legendarios. Desde largo tiempo experimentaba vago temor respecto á estos círculos poderosos que lo sabían todo, que no respetaban á nadie y hacían la guerra á todo el mundo.

Inútil es añadir que la distancia no le permitía tener noción exacta de estas cosas. Como tantos otros, había oído decir que existían en San Petersburgo progresistas, nihilistas, enderezadores de tuertos, etc., etc.; pero en su

espíritu, como en el de otras muchas personas, estas palabras tenían una significación exagerada hasta el absurdo; lo que temía principalmente eran las *informaciones* dirigidas contra tal ó cuál individualidad por el partido revolucionario. Ciertos recuerdos que se remontaban á los primeros tiempos de su carrera, no contribuían poco á fortificar en su ánimo aquel temor, muy vivo ya desde que acariciaba el sueño de establecerse en San Petersburgo.

Dos personajes de un rango bastante elevado y que protegieron los comienzos de su carrera, fueron objeto de los ataques de los radicales, y estos ataques habían acabado muy mal para los interesados. He aquí por qué, desde su llegada á la capital, Pedro Petrovich trataba de enterarse de dónde soplaba el viento para en caso de necesidad granjearse las simpatías de nuestras *jóvenes generaciones*. Contaba con Andrés Semenovitch para que le ayudase. La conversación de Lujin cuando su visita á Raskolnikoff nos ha mostrado ya que había conseguido apropiarse en parte el lenguaje de los reformadores.

Andrés Semenovitch era empleado en un Ministerio. Pequeño, enfermizo, escrofuloso, tenía el cabello de un rubio casi blanco y llevaba patillas en forma de chuletas con las cuales estaba muy orgulloso; casi siempre tenía malos los ojos. Aunque en el fondo era una buena persona, mostraba en su lenguaje una presunción á menudo rayana con la temeridad, lo que contrastaba con su ruin exterior. Se le consideraba, por lo demás, como uno de los inquilinos más distinguidos de la casa, porque no se emborrachaba y pagaba puntualmente su pupilaje. Aparte de estos méritos, Andrés Semenovitch era en realidad bastante tonto. Un arrebato irreflexivo le llevó á afiliarse bajo la bandera del progreso: era uno de esos innumera-

Biblioteca Nacional de España

bles majaderos que se dejan arrastrar por las ideas de moda y desacreditan con sus tonterías una causa á la cual se han unido muchas veces sinceramente.

No obstante su buen carácter, Lebeziatnikoff acabó por encontrar insoportable á su huésped y antiguo tutor Pedro Petrovitch. La antipatía era recíproca. A despecho de su simplicidad, Andrés Semenovitch comenzaba á advertir que en el fondo Pedro Petrovitch le despreciaba y que con este hombre no se podía ir á ninguna parte. Trató de exponerle el sistema de Fourier y de Darwin; pero Pedro Petrovitch, que en un principio se contentó con escucharle con aire burlón, no se privaba ahora de decir palabras mortificantes á su joven catequista. Lo cierto es que Lujin acabó por creer que Lebeziatnikoff era, no solamente un imbécil, sino un charlatán desprovisto de toda importancia en su propio partido. Su función especial era la propaganda y todavía no debía de estar muy baqueteado en ella porque vacilaba á menudo en sus explicaciones. Decididamente, ¿qué tenía que temer Lujin de semejante individuo?

Notemos de pasada que desde su instalación en casa de Andrés Semenovitch, sobre todo en los primeros días, Pedro Petrovitch aceptaba con placer, ó por lo menos sin protesta, los cumplimientos muy extraños de su huésped cuando éste, por ejemplo, le manifestaba un gran celo por el establecimiento de una nueva *commune* en la calle de los Burgueses y cuando le decía: «Usted es demasiado inteligente para enfadarse si su mujer de usted toma un amante un mes después de su matrimonio; un hombre esclarecido como usted no bautizará á sus hijos», etc., etcétera; Pedro Petrovitch no pestañeaba al oir que le hablaban de tal modo: tan agradables le eran los elogios, fuesen como fuesen. Había negociado algunos títulos por la

mañana, y ahora, sentado delante de la mesa, recontaba la suma que acababa de recibir. Andrés Semenovitch, que casi nunca tenía dinero, se paseaba por la habitación afectando mirar aquellos fajos de billetes de Banco con despreciativa indiferencia; claro es que Pedro Petrovitch no creía que aquel desdén fuese sincero. Por su parte, Lebeziatnikoff adivinaba, no sin disgusto, el pensamiento escéptico de Lujin y pensaba que éste se había puesto á contar el dinero para humillarle y recordarle la distancia que la fortuna había puesto entre los dos.

Ahora Pedro Petrovitch estaba mucho peor dispuesto y más burlón que nunca. Aunque Lebeziatnikoff desarrollase su tema favorito, el establecimiento de una nueva *commune* de cierto género particular, el hombre de negocios solo interrumpía sus cuentas para soltar de tiempo en tiempo alguna observación burlona y descortés. Pero Andrés Semenovitch no hacía caso de ella. El mal humor de Lujin se explicaba á sus ojos por el despecho natural en un enamorado que acababa de recibir calabazas. También intentó buscar éste motivo de conversación por este lado, teniendo que emitir sobre tal punto algunas ideas progresistas que pudiesen consolar á su respetable amigo, y en todo caso contribuir á su desarrollo ulterior.

—Parece que se prepara una comida de duelo en casa de esa... en casa de la viuda—dijo á quemarropa Lujin interrumpiendo á Andrés Semenovitch en el punto más interesante de la peroración de su pupilo.

—No parece sino que usted no lo sabe; ya le hablé á usted ayer de eso y le expuse mi opinión sobre tales ceremonias... Según he oído decir, le han invitado á usted. Usted mismo habló ayer con ella.

—Jamás hubiera creído que en la miseria en que se encuentra esa imbécil fuese á gastar en una comida todo el

Biblioteca Nacional de España

dinero que ha recibido de ese otro imbécil de Raskolnikoff. Ahora, al entrar, me he quedado estupefacto viendo todos esos preparativos, todos esos vinos... Ha invitado á muchas personas; el diablo sabrá por qué—continuó Pedro Petrovitch, que parecía haber suscitado con intención deliberada esta conversación.—¿Qué? ¿Dice usted que me ha invitado?—añadió de repente, levantando la cabeza.—¿Cuándo ha sido eso? No lo recuerdo. De todas maneras, no habría de ir. ¿Qué tengo yo que hacer allí? No la conozco más que por haber hablado un minuto con ella ayer; le dije que como viuda de empleado podría obtener algún recurso momentáneo. ¿Me habrá invitado por eso?

—Tampoco yo tengo intención de ir—dijo Lebeziatnikoff.

—Pues no faltaba más. Después de haberla usted pegado, natural es que tenga usted escrúpulo de ir á comer á su casa...

—¿A quién he pegado yo? ¿De quién habla usted?—preguntó Lebeziatnikoff turbado y con la cara encendida.

—Le hablo de Catalina Ivanovna, á quien usted pegó hará cosa de un mes. Lo supe ayer; ¡esas son sus convicciones!... ¡Vaya un modo de resolver la cuestión feminista!

Después de esta salida, que pareció haberle aliviado un poco el corazón, Pedro Petrovitch se puso á contar de nuevo su dinero.

—Eso es una tontería y una calumnia—replicó vivamente Lebeziatnikoff, á quien no le gustaba que se le recordase aquella historia.— Las cosas no han pasado de ese modo; lo que le han contado á usted es falso. En las circunstancias á que usted alude yo no hice más que defenderme. Fué Catalina Ivanovna la primera que se lanzó sobre mí para arañarme... Me arrancó una de las patillas. Todo hombre, creo yo, tiene derecho á defender su personalidad. Por otra parte, soy enemigo de la violencia, de dondequiera que proceda, y eso por principio, porque la violencia arranca del despotismo. ¿Qué iba á hacer yo? ¿Había de dejar que esa señora me maltratase á su gusto? Me contenté con rechazarla.

—¡Je, je, je!—continuó en son de burla Lujin.

—Usted me busca las cosquillas porque está usted de mal humor; pero eso no significa nada ni tiene relación alguna con la cuestión feminista. Yo me he hecho á mí mismo este razonamiento: admitiendo que la mujer es igual al hombre en todo, aun en la fuerza (cosa que se comienza ya á sostener), debe existir también la igualdad entre ellos. Claro es que he reflexionado inmediatamente que en rigor no hay motivo para que se plantee esta cuestión. En la sociedad futura no habrá ocasiones de querellas, y, por consiguiente, nadie pasará á vías de hecho... Es, por lo tanto, absurdo hablar de la igualdad en la lucha. No soy tan tonto... Aunque por lo demás haya riñas... Es decir, que más tarde no las habrá, aunque por el momento las haya todavía. ¡Ah, diablo con usted, se hace uno un lío! No, no es eso lo que me impide aceptar la invitación de Catalina Ivanovna. Si no voy á comer á su casa, es sencillamente por cuestión de principios, por no sancionar con mi presencia la estúpida costumbre de las comidas de duelo. Ahí tiene usted por qué. Por lo demás, yo podría ir á burlarme de esa costumbre. Desgraciadamente no habrá allí *popes;* si los hubiese, le aseguro á usted que iría.

—¿De modo que se sentaría usted á su mesa para insultar la hospitalidad de esa mujer?

—No para insultarla, sino para protestar; y esto con un objeto útil. Yo puedo indirectamente ayudar á la propaganda civilizadora, que es el deber de todo hombre. Qui-

Biblioteca Nacional de España

zá se realiza esta tarea tanto mejor cuanto menos aparato se emplea en ella. Puedo sembrar la idea, el grano... De ese grano nacerá un hecho. ¿Es herir á las personas proceder de ese modo? Al pronto se molestan, pero comprenden al punto que se les presta un gran servicio...

—¡Vamos, bueno!—interrumpió Pedro Petrovitch.—Pero, dígame usted ahora, ¿conoce usted á la hija del difunto, á esa muchacha flacucha? ¿Es verdad lo que de ella se dice?

—Sí, señor; ¿y qué? Según mi opinión, es decir, según mi convicción personal, su situación es la situación normal de la mujer. ¿Por qué no? Es decir, distingamos. En la sociedad actual, sin duda, ese género de vida no es normal, porque es forzado; pero en la sociedad futura será libre. Aun ahora mismo tiene el derecho de hacer lo que hace. Era desgraciada, ¿por qué no ha de disponer de lo que es su capital? En la sociedad futura el capital no tendrá razón de ser; pero el papel de la mujer galante tendrá otro sentido y será regulado de una manera racional. En cuanto á Sofía Marmeladoff, yo, en el tiempo presente, considero sus actos como una enérgica protesta contra la organización de la sociedad, y á causa precisamente de eso, la estimo profundamente; diré más, la contemplo con regocijo.

—Sin embargo, me han contado que usted la puso de patitas en la calle.

Lebeziatnikoff se incomodó.

—¡Eso es también una mentira!—replicó enérgicamente.— No ha habido tal cosa. Catalina Ivanovna ha contado esa historia de un modo inexacto porque no la ha comprendido. Yo no he buscado jamás los favores de Sofía Marmeladoff; me limitaba pura y simplemente á desenvolver su espíritu, sin ninguna segunda intención personal, esforzándome por despertar en ella el sentimiento de protesta... No he procurado otra cosa; ella es la que ha comprendido que no podía permanecer aquí.

—¿La ha invitado usted á formar parte de la *commune*?

—Sí. Actualmente me esfuerzo por atraerla á la *commune*. Sólo que ella estará en otras condiciones que aquí. ¿De qué se ríe usted? Queremos fundar nuestra *commune* sobre bases mucho más amplias que las precedentes. Vamos más lejos que nuestros precursores; negamos muchas cosas. Si Dobrolinboff y Bielinski saliesen de sus tumbas, me tendrían por adversario. En tanto, continúo desarrollando á Sofía Marmeladoff. Es una bella, una bellísima naturaleza.

—¿Y usted se aprovecha de esa bella naturaleza? ¡Je, je!

—No, de ninguna manera; todo al contrario.

—¿Al contrario?—dijo Lujin—¡Je, je, je!

—Puede usted creerme. ¿Por qué había de ocultárselo á usted? Al contrario, hay una cosa que me asombra: conmigo parece cortada. Tiene como cierto pudor temeroso.

—Y, es claro, usted la desarrolla. ¡Je, je!... Usted le demuestra que todos esos pudores son estúpidos.

—No hay tal cosa, no hay tal cosa. ¡Oh, qué sentido tan grosero y tan tonto, permita usted que se lo diga, da usted á la palabra desarrollo! ¡Oh, Dios mío; qué poco avanzado está usted todavía! ¡Usted no comprende nada! Nosotros buscamos la libertad de la mujer, y usted no piensa más que en bagatelas. Dejando á un lado el pudor y la castidad femeninas, que para nada hacen falta, yo admito perfectamente su reserva respecto de mí, puesto que en ello no hace otra cosa que ejercer su libertad y usar de su derecho. Seguramente si me dijese ella misma «yo te quiero», me alegraría mucho, porque esa mujer me gusta en extremo; pero en la situación presente nadie, de

Biblioteca Nacional de España

seguro se ha mostrado jamás más cortés y más conveniente con ella que yo. Nadie ha hecho más justicia á su mérito... Yo aguardo; yo espero: eso es todo.

—¿Por qué no le hace usted un regalito? Apuesto á que no ha pensado usted en eso.

—Usted no comprende nada, ya se lo he dicho. Sin duda su situación autoriza en cierto modo sus sarcasmos; pero la cuestión es otra. Usted no tiene más que desprecios para ella. Fundándose usted en un hecho que le parece deshonroso, rehusa considerar caritativamente á una criatura humana. Usted no sabe qué naturaleza es la suya.

—Dígame usted—replicó Lujin—, ¿podría usted... ó por mejor decir, está usted bastante relacionado con esa joven para suplicarle que venga aquí un instante? Deben de haber venido ya del cementerio. Me parece que las he oído subir la escalera. Quisiera hablar un instante con ella.

—¿Para qué?—preguntó asombrado Andrés Semenovitch.

—Es menester que yo la hable. Tengo que irme de aquí hoy ó mañana, y necesito decirle una cosa. Puede usted asistir á nuestra conferencia, y aun creo que será mejor que usted asista. De lo contrario, ¡sabe Dios lo que usted pensaría!

—No pensaría nada... Mi pregunta no tenía importancia. Si usted tiene algún asunto que tratar con ella, nada es más fácil que hacerla venir. Voy á buscarla en seguida, y esté usted seguro de que no le molestaré.

Efectivamente; cinco minutos después Lebeziatnikoff condujo á Sonia. La joven llegó extremadamente sorprendida y avergonzada. En semejantes circunstancias sentíase siempre intimidada. Las nuevas caras le causaban temor. Era esto como una impresión de su infancia, y la

edad había aumentado su salvajez... Pedro Petrovitch se mostró cortés y benévolo. Al recibir él, hombre serio y respetable, á una muchacha tan joven y en cierto sentido tan interesante, creyó un deber acogerla con un ligero tinte de jovial familiaridad. Se apresuró á tranquilizarla y la invitó á que tomase asiento frente á él. Sonia se sentó y miró sucesivamente á Lebeziatnikoff y el dinero colocado sobre la mesa. Después, de repente, sus ojos se fijaron en Pedro Petrovitch y no pudieron apartarse de él; hubiérase dicho que sufría una especie de fascinación. Lebeziatnikoff se dirigió á la puerta. Lujin se levantó; hizo seña á Sonia para que se sentase, y detuvo á Andrés Semenovitch en el momento en que éste iba á salir.

—Raskolnikoff, ¿está ahí? ¿Ha venido?—le preguntó en voz baja.

—¿Raskolnikoff? Sí. ¿Y qué? Sí, está ahí. Acaba de llegar. Lo he visto... ¿Y qué?

—En ese caso suplico á usted encarecidamente que se quede aquí y que no me deje vis á vis con esta... señorita. El negocio de que se trata es insignificante, pero sabe Dios qué conjeturas podrían hacerse. Yo no quiero que Raskolnikoff vaya á contar *allí*... ¿Comprende usted por qué digo esto?

—Sí, comprendo, comprendo—respondió Lebeziatnikoff.— Usted está en su derecho. Sin duda, en mi convicción personal, los temores de usted son muy exagerados, pero... no importa. Está usted en su derecho. Bueno, me quedaré. Voy á ponerme cerca de la ventana. No le molestaré á usted. En mi opinión, está usted en su derecho.

Pedro Petrovitch volvió á sentarse enfrente de Sonia, y la contempló atentamente. Después su rostro tomó una expresión muy grave, casi severa, como si indicase: «no

Biblioteca Nacional de España

vaya usted á figurarse, señorita, cosas que no son». Sonia perdió definitivamente su serenidad.

—Ante todo, suplico á usted que presente mis excusas á su respetable mamá. Supongo que no me engaño al expresarme así. Catalina Ivanovna hace con usted veces de madre, ¿no es verdad?—dijo Pedro Petrovitch con tono muy serio, pero á la vez bastante amable. Evidentemente sus intenciones eran muy amistosas.

—Sí, en efecto; Catalina Ivanovna hace conmigo veces de madre—se apresuró á responder la pobre Sonia.

—Pues bien, dígale usted cuánto siento que circunstancias independientes de mi voluntad me impidan aceptar su amable invitación.

—Voy á decírselo—y Sonia se levantó en seguida.

—No es esto todo—continuó Pedro Petrovitch sonriendo al ver la candidez de la joven y su ignorancia de las costumbres sociales—; usted apenas me conoce, mi muy estimada señorita; usted comprenderá que por un motivo tan fútil y que sólo me interesa á mí, no me hubiera permitido molestar á una persona como usted. Tengo otro objeto. (A una señal de su interlocutor Sonia se apresuró á sentarse.) Los billetes de Banco multicolores, colocados sobre la mesa, se ofrecieron de nuevo ante su vista, pero volvió vivamente los ojos y los fijó en Pedro Petrovitch; mirar el dinero ajeno le parecía cosa por extremo inconveniente, sobre todo en su posición. La joven reparó cosa tras cosa, primero, en el lente de montura de oro que Pedro Petronitch tenía en la mano izquierda; después, en el grueso anillo adornado con una piedra amarilla que el funcionario llevaba en el dedo de corazón. Por último, no sabiendo qué hacer de sus ojos, los fijó en el rostro mismo de Lujin. Este, después de haber guardado silencio durante algunos instantes, prosiguió:

—Ayer me bastó cambiar dos palabras de pasada con la desgraciada Catalina para comprender que esa señora se encuentra en un estado antinatural, por decirlo así.

—Sí, antinatural—repitió dócilmente Sonia.

—O, para hablar más sencilla é inteligiblemente, que se halla enferma.

—Sí. Más sencillamente, más intel... Sí, está enferma.

—Cierto. Por un sentimiento de humanidad y, digámoslo así, de compasión, quisiera, por mi parte, serle útil, previendo que inevitablemente va á encontrarse en una situación muy triste. Ahora, según parece, esa familia no tiene en el mundo otro apoyo que usted.

Sonia se levantó bruscamente.

—Permítame usted que le pregunte; ¿usted no le ha dicho que podía cobrar una pensión? Ayer me contó que usted se había encargado de hacer que se la concediesen. ¿Es eso cierto?

—No, no hay tal cosa. Me limité á decirle que, como viuda de un funcionario muerto en el servicio, podría obtener un recurso temporal si contaba con recomendaciones. Mas parece que, lejos de haber servido bastante tiempo para obtener derechos pasivos, su padre de usted no estaba siquiera en el servicio cuando murió. En una palabra: siempre se puede esperar; pero la esperanza es muy poco fundada, porque, en rigor, no existe derecho alguno á pensión; al contrario... ¡Ah, soñaba con una pensión! ¡Oh, esa señora no se para en barras!

—Sí, soñaba con una pensión. Es crédula y buena, y su bondad hace que dé crédito á todo. Y... y... su espíritu es... sí... Dispénsela usted—dijo Sonia, que se levantó de nuevo para marcharse.

—Permítame usted; todavía no lo ha oído usted todo.

Biblioteca Nacional de España

—¡Todavía no lo he oído todo!...— balbuceó la joven.

—Siéntese, siéntese usted.

Sonia, toda confusa, se sentó por tercera vez.

—Viéndola en tal situación, con hijos pequeños, quisiera, como ya le he dicho, serle útil en la medida de mis medios; compréndame usted bien: en la medida de mis medios nada más. Se podría, por ejemplo, organizar en provecho suyo una suscripción, una tómbola... ó una cosa análoga, como suelen hacer en caso semejante las personas que desean ayudar, bien sea á los parientes, bien á los extraños. Esto es una cosa posible.

—Sí, eso está bien...; por ella, Dios...— murmuró Sonia, con los ojos fijos en Pedro Petrovitch.

—Se podría; pero ya hablaremos de esto más tarde, es decir, se podría comenzar hoy mismo. Nos veremos esta noche, hablaremos y propondremos, por decirlo así, los fundamentos. Venga usted aquí á las siete. Supongo que Andrés Semenovitch no tendrá inconveniente en asistir á nuestra confidencia; pero... hay un punto que debe ser cuidadosa y previamente examinado. Por esta razón he tomado sobre mí la responsabilidad de molestarla, suplicándole que viniese. Según mi opinión, no conviene entregar en sus propias manos el dinero á Catalina Ivanovna; es más, sería peligroso entregárselo; basta como prueba la comida de hoy. No tiene zapatos; su subsistencia no está asegurada ni por dos días, y compra rom Jamaica, vino de Madera y café. Lo he visto al pasar. Mañana toda la familia volverá á estar á cargo de usted, y tendrá usted que buscarle hasta el último pedazo de pan. También opino que debe organizarse la suscripción sin que se entere la desgraciada viuda, y que usted sea sola la que maneje el dinero. ¿Qué le parece á usted?

—Yo no sé. Es solamente hoy cuando ella... Esto no

ocurre más que una vez en la vida... Quería honrar la memoria del difunto...; pero es muy inteligente. Por lo demás, será lo que usted quiera; yo le quedaré á usted muy... muy... todos ellos serán... y Dios le... y los huérfanos...

Sonia no acabó, y se echó á llorar.

—De modo que es cosa convenida. Ahora dígnese usted aceptar, para la pariente de usted, esta suma, que representa mi suscripción personal. Deseo vivamente que mi nombre no sea pronunciado en esta ocasión. Siento mucho que, teniendo yo también, en cierto modo, apuros pecuniarios, no pueda hacer más.

Y Pedro Petrovitch alargó á Sonia un billete de diez rublos, después de haberle desplegado cuidadosamente.

La joven recibió el billete ruborizándose, balbuceó algunas palabras ininteligibles y se apresuró á despedirse. Pedro Petrovitch la acompañó hasta la puerta. Al cabo la joven salió de la habitación y entró en la de Catalina Ivanovna extraordinariamente agitada.

Durante toda esta escena, Andrés Semenovitch, no queriendo interrumpir la conversación, permaneció cerca de la ventana, ó paseándose por la sala.

En cuanto salió Sonia, se acercó á Pedro Petrovitch y le tendió solemnemente la mano.

—Lo he oído y lo he visto todo—dijo subrayando intencionadamente la última palabra.— Eso es noble, eso es humano, quiero decir, porque no admito la palabra noble. Usted ha querido evitar las gracias, lo he visto; y aunque, á decir verdad, soy por principio enemigo de la beneficencia privada, que, lejos de extirpar radicalmente la miseria favorece sus progresos, no puedo menos de reconocer que he visto con gusto el acto de usted. Sí, sí, eso me complace.

—Lo que he hecho no vale nada—murmuró Lujin un

Biblioteca Nacional de España

poco cortado, y miró á Lebeziatnikoff con particular atención.

—Sí vale, sí vale. Un hombre que, ulcerado, como usted lo está, por una afrenta reciente, es capaz todavía de interesarse por la desgracia ajena. Tal hombre, aunque proceda en contra de la sana economía social, no es por eso menos digno de estima. No esperaba yo semejante cosa de usted, Pedro Petrovitch; tanto más, que, dada la manera de ser de usted... ¡Oh, qué influído está usted por sus antiguas ideas! ¿Por qué turbarse tanto por el asunto de ayer?—gritó Andrés Semenovitch, que experimentaba un retroceso de viva simpatía hacia Pedro Petrovitch.—¿Qué necesidad tiene usted de casarse, de casarse *legalmente*, mi noble y muy querido Pedro Petrovitch? ¿Qué le importa á usted la unión *legal*? Pégueme usted, si quiere; pero yo me regocijo del fracaso de las relaciones de usted, contento de pensar que es usted libre, que no está usted perdido para la humanidad... Ya ve usted si soy franco.

—Yo me inclino al matrimonio legal, porque no quiero llevar cuernos ni educar hijos de los cuales yo no sea el padre, como ocurre con vuestros matrimonios libres —respondió, por decir alguna cosa, Pedro Petrovitch.

Estaba pensativo, y apenas prestaba atención á las palabras que decía.

—¿Los hijos? ¿Usted hace alusión á los hijos?—dijo Andrés Semenovitch, animándose de repente como un caballo de batalla cuando oye el sonido del clarín—; los hijos son una cuestión social que será resuelta ulteriormente. Muchos hasta los niegan sin restricción, como todo lo que concierne á la familia. Hablaremos de los hijos más tarde. Ahora ocupémonos de los cuernos. Le confieso á usted que es eso mi debilidad. Esa palabra baja y grosera, puesta en circulación por Putchkin, no figurará en los diccionarios del porvenir. En resumen: ¿qué vienen á ser los cuernos? ¡Oh, ridículo espanto! ¡Qué cosa tan insignificante! Por el contrario, en el matrimonio libre, el peligro que usted teme no existirá. Los cuernos no son más que la consecuencia natural, y, por decirlo así, el correctivo del matrimonio legal, la protesta contra un lazo indisoluble; desde este punto de vista no tienen nada de humillante... Y si, por acaso, lo que es absurdo, contrajese yo un matrimonio legal, sería para mí un encanto llevar esos cuernos á que usted tiene tanto miedo. Yo le diría entonces á mi mujer: «Hasta el presente, querida mía, sólo había sentido amor por ti; pero ahora te estimo, porque has sabido protestar.» ¿Se ríe usted? ¡Ah! Es porque usted no tiene fuerzas para romper con los prejuicios. Comprendo que en la unión legítima sea desagradable ser engañado; pero ese es el efecto miserable de una situación que degrada á los dos esposos. Cuando los cuernos se yerguen sobre nuestra frente, como en el matrimonio libre, entonces no existen. Cesan de tener significación y dejan de llevar el nombre de cuernos. Antes bien, la mujer de usted le prueba por ello que le estima, puesto que le cree incapaz de poner obstáculo á su felicidad, y bastante ilustrado para querer vengarse de un rival. En verdad, pienso muchas veces que, si llegase á estar casado (libre ó legítimamente, importa poco), y mi mujer tardase en tomar un amante, yo, por mí mismo, se lo proporcionaría. «Querida mía—le diría yo entonces—, te amo; pero deseo, sobre todo, que me estimes.» ¿Tengo, ó no tengo razón?

Estas palabras apenas hicieron sonreir á Pedro Petrovitch. Su pensamiento estaba en otra parte. Andrés Semenovitch se acordó más tarde de la preocupación de su amigo.

Biblioteca Nacional de España

II

Difícil sería decir de una manera exacta cómo había nacido en el cerebro desequilibrado de Catalina Ivanovna la idea de aquella insensata comida. Gastó, en efecto, en el banquete en cuestión más de la mitad del dinero que recibió de Raskolnikoff, para costear las exequias de Marmeladoff. Quizá Catalina Ivanovna se creía obligada á honrar «convenientemente» la memoria de su marido, á fin de probar á todos los inquilinos, y en particular á Amalia Ivanovna, que el difunto «valía tanto como ellos, si no valía más». Quizá obedecía á ese *orgullo* de los pobres que, en ciertas circunstancias de la vida, bautizo, matrimonio, entierro, etc., los impulsa á sacrificar sus últimos recursos, con el sólo objeto de «hacer las cosas tan bien como los otros». Permitido es suponer que, en el momento mismo en que se veía reducida á la más extrema miseria, Catalina Ivanovna quería mostrar á toda aquella «gentuza», no solamente que ella «sabía vivir y recibir», sino que, hija de un coronel, educada «en una casa noble y aristocrática, podía decirse», no había nacido para fregar el suelo con sus propias manos y lavar nocturnamente la ropa de sus pequeños.

Las botellas de vino no eran, ni muy numerosas, ni de marcas muy variadas, y faltaba el Madera. Pedro Petrovitch exageraba las cosas. Sin embargo, abundaba el vino.

Biblioteca Nacional de España

Se había traído también aguardiente, rom y Oporto, todo de calidad muy inferior; pero en bastante cantidad. El menú, preparado en la cocina de Amalia Ivanovna, comprendía, además del *cutia*, tres ó cuatro platos, principalmente *belines;* además, estaban preparados dos samovars para los convidados que quisieran tomar te ó ponche después de la comida.

Catalina Ivanovna se ocupó por sí misma de las compras, con la ayuda de un inquilino de la casa, un polaco famélico, que habitaba, sabe Dios en qué condiciones, en casa de la señora Lippebechzel. Desde el primer momento este pobre hombre se puso á disposición de la viuda, y durante treinta y seis horas no dejó de hacer recados, con celo que, por otra parte, el bueno del polaco no perdía ripio para hacerlo notar. A cada instante, por la menor fruslería, todo presuroso, todo atareado, acudía á pedir instrucciones á la señora Marmeladoff. Después de haber declarado que, sin la solicitud de este «hombre servicial y magnánimo», no hubiera sabido qué hacer, Catalina Ivanovna acabó por encontrar á su *factotum* absolutamente insoportable. Era propio de su carácter entusiasmarse á primera vista por cualquiera; le veía con los colores más brillantes, y le prestaba mil méritos que existían solamente en su imaginación, pero en los cuales creía con toda buena fe. Después, al entusiasmo sucedía bruscamente la desilusión, y entonces lanzaba palabras injuriosas á aquel á quien pocas horas antes había colmado de excesivas alabanzas.

Amalia Ivanovna tomó también súbita importancia á los ojos de Catalina Ivanovna, y creció considerablemente en su estimación, quizá por el solo motivo de que la patrona había puesto todo su cuidado en la organización de la comida. Ella fué, en efecto, quien se encargó de

preparar la mesa y de suministrar la vajilla, el mantel, etc., y de guisar la comida. Al partir para el cementerio, Catalina Ivanovna le delegó sus poderes, y la señora Lippebechzel se mostró digna de esta confianza. La mesa estuvo puesta convenientemente. Claro es que la vajilla, los vasos, las tazas, los tenedores, los cuchillos, prestados por los diversos inquilinos, mostraban en su rica variedad sus diversos orígenes; pero en aquel momento cada cosa estaba en su puesto. Cuando volvió á la casa mortuoria, pudo advertirse una expresión de triunfo en el rostro de Amalia Ivanovna. Orgullosa de haber cumplido tan bien su misión, la patrona se pavoneaba con su traje de duelo, completamente nuevo, y con su tocado, adornado con *rejuvenecidos* lazos. Este orgullo, por legítimo que fuese, no agradó á Catalina Ivanovna: «¡Como si verdaderamente no se hubiera podido poner la mesa sin Amalia Ivanovna!» La gorra con cintas nuevas, también le disgustó: «¡Vaya con la tonta alemana ésta, que no hace más que estorbar!... Se ha dignado, por bondad de alma, venir en ayuda de los pobres inquilinos. ¡Por bondad de alma! ¡Habráse visto! En casa del padre de Catalina Ivanovna, que era coronel, había algunas veces cuarenta personas á comer, y no se hubiera recibido, ni aun para el servicio, á una Amalia Ivanovna, ó, por mejor decir, Luwigovna.» Catalina Ivanovna no quiso manifestar entonces sus sentimientos; pero se prometió para aquel mismo día *colocar* esta impertinencia.

Otra circunstancia contribuyó asimismo á irritar á la viuda: á excepción del polaco, que fué hasta el cementerio, casi ninguno de los inquilinos invitados á asistir al entierro acompañó al muerto al camposanto; por el contrario, cuando se trató de sentarse á la mesa, se vió llegar todo lo que había de más pobre y de menos recomenda-

Biblioteca Nacional de España

ble entre los habitantes de la casa; algunos se presentaron en traje más que descuidado. Los inquilinos un poco limpios se habían dado palabra para no venir, comenzando por Lujin, el más distinguido de todos ellos. Sin embargo, el día anterior, por la noche, Catalina Ivanovna había contado las excelencias de él á todo el mundo, es decir, á la señora Lippebechzel, á Poletcka, á Sonia y al polaco. Era, según aseguraba, un hombre muy noble y muy magnánimo; además de esto, era sumamente rico y poseía soberbias relaciones. Afirmaba que había sido amigo de su primer marido, y frecuentado, también en otro tiempo, la casa de su padre. Aseguraba también que había prometido emplear toda su influencia para conseguirle una pensión importante. Hagamos notar á este propósito que, cuando Catalina Ivanovna ensalzaba la fortuna y las relaciones de alguno de sus conocimientos, lo hacía siempre sin cálculo de interés personal, y solamente para realzar el prestigio de aquel á quien ella alababa.

Como Lujin, y, probablemente «á ejemplo suyo», se abstuvo de presentarse «aquel granuja de Lebeziatnikoff». ¿Qué idea tenía formada de sí mismo? Catalina Ivanovna se dignó invitarle, y aun se había decidido únicamente á ello porque él y Pedro Petrovitch vivían juntos. Desde el momento en que se tenía una atención con el noble señor, había que tenerla con el otro. Se advirtió igualmente la ausencia de una mujer de mundo, *qui montait en graine*. Estas dos personas hacía solamente quince días que vivían en casa de la señora Lippebechzel; sin embargo, habían hecho ya muchas observaciones acerca del ruido que sonaba en la habitación de los Marmeladoff, sobre todo cuando el difunto volvía borracho á su casa. Como se habrá supuesto, sin duda, la patrona se había apresurado á presentar sus quejas á Catalina Ivanovna, y, en el transcurso de estos incesantes altercados, Amalia Ivonovna amenazaba con poner en la calle á todos los Marmeladoff, «en vista—decía—de que turbaban el reposo de personas distinguidas, á las cuales los Marmeladoff no llegaban ni á la suela del zapato». En las actuales circunstancias, Catalina Ivanovna había tenido particular empeño en invitar á estas dos señoras, á las *que no llegaba ni á la suela del zapato*, tanto más, cuanto que, cuando se encontraba en la escalera con la mujer de mundo, ésta se volvía con aire desdeñoso. Era el invitarlas una manera de mostrar á la presumida señora cuán superior les era ella, Catalina, por sus sentimientos, puesto que olvidaba la desatención con que la habían mirado. Por otra parte, la madre y la hija podrían convencerse, durante la comida, de que Catalina Ivanovna pertenecía á esfera muy distinta de aquella en que ahora se encontraba. Estaba decidida á explicar todo esto en la mesa, haciéndoles saber que su padre había desempeñado las funciones de gobernador, y que, por lo tanto, no estaba bien eso de volver la cabeza cuando se la encontraba. Un grueso teniente coronel (en realidad, capitán de Estado Mayor), retirado del servicio, fué otro de los que faltaron al convite de Catalina Ivanovna. El oficial, es verdad, tenía una excusa: desde la víspera, la gota le sujetaba como clavado en su butaca.

En compensación, además del polaco, llegó primeramente, vestido con un frac grasiento, un clérigo de cancillería, feo, granujiento, mal oliente y silencioso como un pez. Después, un antiguo empleado de Correos, viejecillo, sordo y casi ciego, cuyo alquiler en casa de Amalia Ivanovna pagaba no sabemos quién desde tiempo inmemorial. Siguió á estos dos individuos un subteniente retirado, ó, por mejor decir, un oficial de Administración

Biblioteca Nacional de España

militar. Este último, algo chispo, entró, riendo á carcajadas, de manera muy indecente, y, «figúrense ustedes», sin chaleco. Otro invitado entró de rondón, y se sentó en la mesa, sin saludar siquiera á Catalina Ivanovna, y uno, á falta de vestidos, se presentó con la ropa de casa. Esto ya era demasiado, y aquel señor sinvergüenza fué expulsado por Amalia Ivanovna, ayudada del polaco. Este, por su parte, había llevado á dos compatriotas suyos que jamás fueron inquilinos de la señora Lippebechzel, y que nadie conocía en la casa.

Todo esto causó vivo descontento á Catalina. «¿Merecía la pena haber hecho tantos preparativos para recibir á semejantes personas?» En prevención de que la mesa, que ocupaba todo lo ancho de la sala, no fuese demasiado pequeña, se había dispuesto otra para los niños, ó, mejor dicho, se había utilizado una maleta en un rincón; Poletchka, como la mayorcita, estaba encargada de cuidar de los dos más pequeños, dándolos de comer y sonándolos cuando era preciso. En estas condiciones, Catalina Ivanovna no pudo menos de acoger á sus invitados con altanería casi insolente, haciendo, no sabemos por qué, á Amalia Ivanovna responsable de la ausencia de los principales invitados; así es que tomó de repente un tono tan poco amable con la patrona, que ésta lo advirtió en seguida y se ofendió mucho. La comida, como se ve, se anunciaba bajo muy malos auspicios. Al fin, llegó el momento de sentarse á la mesa.

Raskolnikoff se presentó cuando se acababa de llegar del cementerio. Catalina Ivanovna quedó encantada al verle, en primer lugar, porque, de todas las personas presentes, era el único hombre cultivado (lo presentó á todos los invitados, diciendo que dentro de dos años sería catedrático de la Universidad de San Petersburgo), y, además, porque se excusó respetuosamente de no haber podido, á pesar de sus deseos, asistir á las exequias. Se apresuró á hacerle sentar á su izquierda, teniendo ya á Amalia Ivanovna sentada á su derecha, y entabló á media voz con el joven una conversación tan seguida como se lo permitían sus deberes de dueña de la casa.

Su enfermedad había tomado desde hacía dos días un carácter más alarmante que nunca, y la tos, que le desgarraba el pecho, le impedía á menudo terminar sus frases. Sin embargo, se consideraba feliz por tener á quién confiar la indignación que experimentaba ante aquel concurso de figuras grotescas. Al principio, su cólera se manifestaba en las burlas que dirigía á los invitados, y, sobre todo, á la propietaria.

—Todo ello es por culpa de esa imbécil. Ya sabe usted de quién hablo—y Catalina Ivanovna mostró con un movimiento de cabeza á la patrona.— Mírela usted cómo abre los ojos; adivina que hablamos de ella; pero no puede comprender lo que decimos; ahí tiene usted por qué pone esos ojos de besugo. ¡Ah, la lechuza... ¡Ah, ah, ah! ¡ih, ih, ih! ¿Qué idea le ha dado de ponerse ese bonete? ¡Ih, ih, ih! Quiere haeer creer á todo el mundo que me honra mucho sentándose á mi mesa. Le había suplicado que invitase á las personas más distinguidas, y con preferencia á aquellas que habían conocido al difunto, y mire usted qué colección de desarrapados y de perdidos ha reclutado. Fíjese usted: aquél no se ha lavado. Da asco; ¿y esos desgraciados polacos...? ¿Ah, ah! ¡ih, ih, ih, ih! Aquí nadie los conoce, y yo los veo por primera vez. Dígame usted: ¿por qué han venido? Ahí están como una ristra de cebollas. ¡Eh!—gritó a uno de ellos.— ¿Ha tomado usted *blines*? Tome usted más; beba usted cerveza. ¿Quiere usted aguardiente? Ahí tiene usted (se levanta, y

Biblioteca Nacional de España

saluda). Son, sin duda, pobres diablos muertos de hambre. Todo les es igual, con tal de comer. Por lo menos, no hacen ruido; pero estoy temblando por los cubiertos de plata de la patrona Amalia Ivanovna—dijo casi en alta voz, dirigiéndose á la señora Lippebechzel.— Si, por acaso, roban sus cucharas, le prevengo que yo de nada respondo.

Después de esta satisfacción dada á sus sentimientos, volviéndose hacia Raskolnikoff, dijo, burlándose y mostrando á la patrona:

—¡Ah, ah, ah! ¡Ja, ja, ja! No entiende una palabra. Ahí se está con la boca abierta. Fíjese usted; es una verdadera luchuza; una lechuza con lazos de colores. ¡Ja, ja, ja!

La risa acabó con un acceso de tos que duró cinco minutos, se llevó el pañuelo á los labios, y después se lo enseñó silenciosamente á Raskolnikoff: estaba manchado de sangre. Gotas de sudor cubrían la frente de Catalina Ivanovna; sus pómulos se coloreaban de rojo, y cada vez respiraba con mayor dificultad; sin embargo, continuó hablando en voz baja con animación extraordinaria.

—Le había confiado el encargo, muy delicado, es verdad, de invitar á esa señora y á su hija. Ya sabe usted á quiénes me refiero. Era preciso proceder en esto con bastante tacto... Pues bien: se ha arreglado de tal modo, que esa imbécil extranjera, esa provinciana, que ha venido aquí para solicitar una pensión como viuda de un mayor, y que, de la mañana á la noche, anda recorriendo las cancillerías con dos dedos de colorete en la cara, y eso que tiene ya cincuenta años muy corridos... esa remilgada... ha rehusado mi invitación, sin excusarse siquiera, como la más vulgar cortesía exige en un caso como este. No acierto á comprender por qué Pedro Petrovitch no ha venido tampoco; pero, ¿dónde está Sonia? ¿qué es de ella?

¡Ah! ahí está. ¿Dónde estabas, Sonia? Es extraño que en un día como éste hayas sido tan poco exacta. Señor Raskolnikoff, déjela usted colocarse á su lado. Ese es tu sitio, Sonia; toma lo que quieras. Te recomiendo el cavial; está bueno. Ahora te traerán los *belines*. ¿No se ha dado de ellos á los niños? Que no se os olvide Poletchka. Vamos, está bien. Se formal, Lena; y tú, Kolia, no menees de ese modo las piernas. Eso es: así debe estar un niño bien educado. ¿Y qué me cuentas tú, Sofía?

Sonia se apresuró á decir á su madrastra las excusas de Pedro Petrovitch, esforzándose en hablar alto para que todos pudieran oirla. No contenta con reproducir las fórmulas corteses de que Lujin se había servido, procuró por su parte amplificarlas. Pedro Petrovitch—añadió—le había encargado de decir á Catalina Ivanovna que vendría tan pronto como le fuese posible, para hablar de negocios y entenderse con ella acerca de la marcha que debía seguir ulteriormente, etc., etc.

Sonia sabía que esto tranquilizaría á Catalina Ivanovna, y, sobre todo, que halagaría su amor propio. La joven se sentó al lado de Raskolnikoff, á quien saludó apresuradamente, echándole una rápida y curiosa mirada; pero durante el resto de la comida pareció evitar mirarle y aun dirigirle la palabra. Parecía distraída, aunque tenía los ojos fijos en el rostro de Catalina Ivanovna para adivinar los deseos de la madrastra. Por falta de vestidos, ninguna de las dos mujeres iba de luto. Sonia llevaba un traje de color de canela obscuro; la viuda, un traje de indiana de color también muy obscuro, el único que tenía: las excusas de Pedro Petrovitch fueron muy bien acogidas. Después de haber escuchado con complacencia el relato de Sonia, Catalina Ivanovna preguntó con aire de importancia por la salud de Pedro Petrovitch; en seguida, sin

Biblioteca Nacional de España

inquietarse demasiado de que pudieran oirla los invitados, hizo observar á Raskolnikoff que un hombre tan respetable y tan distinguido como Pedro Petrovitch hubiese estado fuera de su centro en una sociedad tan «extraordinaria». Se explicaba que no hubiese venido, á pesar de las antiguas relaciones que le unían á su familia.

—He aquí por qué, señor Raskolnikoff, agradezco tanto que no haya usted desdeñado mi hospitalidad aun en semejantes condiciones—añadió en alta voz—; por lo demás, convencida estoy de que solamente la amistad de usted por mi pobre difunto es lo que le ha decidido á cumplirme su palabra.

Después Catalina Ivanovna se puso á burlarse de sus huéspedes. De repente, dirigiéndose con particular solicitud al viejo sordo, gritóle de un extremo á otro de la mesa:

—¿Quiere usted todavía más asado? ¿Le han dado á usted vino de Oporto?

El sordo así interpelado no respondió, por no entender lo que se le decía, aunque sus vecinos trataban, riendo, de explicárselo.

El pobre hombre miraba en derredor suyo, y permanecía con la boca abierta, lo que contribuyó á la hilaridad de todos.

—¡Qué ganso! Reparen ustedes. ¿Por qué se le habrá invitado?—dijo Catalina Ivanovna á Raskolnikoff.— En cuanto á Pedro Petrovitch, he contado siempre con él; cierto—prosiguió dirigiéndose á Amalia—, cierto, no se parece á las majaderas endomingadas de usted; lo que es á esas mi padre no las hubiera querido ni para cocineras; y si mi difunto marido les hubiese hecho el honor de recibirlas, sólo hubiese sido merced á su excesiva bondad.

—Sí, le gustaba beber; tenía debilidad por el vino—gritó de repente el oficial, vaciando su duodécimo vaso de aguardiente.

Catalina Ivanovna recogió con aspereza esta frase inoportuna.

—En efecto, mi difunto marido tenía esa falta; pero era un hombre bueno y noble, que amaba y veneraba á su familia. Sólo podía reprochársele su excesiva bondad. Aceptaba con demasiada facilidad por amigos á toda clase de personas disipadas y, ¡Dios sabe con qué clase de gente se reunía para beber! Tales amigotes no le llegaban á la suela del zapato. Figúrese usted, señor Raskolnikoff, que en cierta ocasión se le encontró en el bolsillo un gallito de pasta. En lo más fuerte de la embriaguez no se olvidaba de sus hijos.

—¿Un gallito? ¿Ha dicho usted un gallito?—gritó el ranchero.

Catalina Ivanovna no se dignó responder. Se puso pensativa y lanzó un suspiro.

—Creerá usted sin duda, como todo el mundo, que yo he sido demasiado dura con él—dijo, dirigiéndose á Raskolnikoff.— Mi marido me estimaba, me tenía mucho respeto; era muy bueno, y algunas veces ¡me daba tanta lastima!... Cuando sentado en un rincón levantaba hasta mí su mirada, me enternecía tanto, que me costaba trabajo disimular mi emoción; pero pensaba: «Si te ablandas volverá otra vez á las andadas.» Sólo se le dominaba algo con la severidad.

—Sí, se le tiraba de los pelos. Más de una vez ha ocurrido esto—murmuró el militar, y se echó al coleto otro vaso de aguardiente.

—Hay algunos imbéciles á quienes no solamente se les debe tirar de los pelos, sino barrerlos con la escoba. No

Biblioteca Nacional de España

habló ahora de mi marido--replicó con vehemencia Catalina Ivanovna.

Las mejillas se le enrojecieron y respiraba fatigosamente. Un momento más, y daba el gran escándalo. Muchos se reían, encontrando aquello muy divertido. Se excitaba al patatero; se le hablaba bajo, lo que era como echar leña al fuego.

—Permítame usted que la pregunte á quién se refiere—dijo el militar con voz amenazadora.—¡No, la cosa no tiene importancia! ¡Una viuda! ¡Una pobre viuda! ¡La perdono! Pase—y se bebió un nuevo vaso de aguardiente.

Raskolnikoff escuchaba en silencio. Se encontraba á disgusto. Solamente por cortesía y consideración á Catalina Ivanovna, probaba la comida. Catalina le llenaba el plato.

El joven tenía los ojos fijos en Sonia. Esta, cada vez más pensativa, seguía con inquietud los progresos de la exasperación de Catalina Ivanovna, presintiendo que la comida acabaría mal, porque, entre otras cosas, Sonia sabía que ella era la causa principal de que las dos provincianas no hubieran aceptado la invitación. De los propios labios de Amalia Ivanovna sabía que cuando se invitó á las dos señoras, la madre, muy resentida, había dicho que ¿cómo ella había de permitir que su hija se sentase al lado de aquella *señorita*? La joven sospechaba que su madrastra tendría ya noticia de aquel insulto. Esta injuria á Sonia era para Catalina Ivanovna peor que una afrenta dirigida á ella, á sus hijos, ó á la memoria de su padre; era un mortal ultraje. Sonia adivinaba que Catalina Ivanovna no tenía entonces más que una cosa en el corazón; probar á aquellas imbéciles que ambas eran... Precisamente un convidado, sentado en el otro extremo

de la mesa, dió á Sonia un plato, con dos corazones de miga de pan, atrevesados por una flecha. Catalina Ivanovna declaró en seguida, con voz sonora, que el autor de aquella burla era, de seguro, un «asno borracho».

Acto seguido anunció su designio de retirarse en cuanto hubiera obtenido una pensión, á fundar en *T*... su ciudad natal, una casa de educación para niñas nobles. De repente se encontró entre las manos aquel certificado del cual Marmeladoff había hablado cuando su encuentro con Raskolnikoff en la taberna. En las circunstancias presentes, tal documento debía establecer el derecho de Catalina Ivanovna á abrir un colegio; lo tenía en la mano con el objeto de confundir á las dos tontas, y si éstas hubiesen aceptado su invitación les hubiera demostrado, con pruebas convincentes, que «la hija de un coronel, la descendiente de una familia noble, por no decir aristocrática, valía mucho más que las buscadoras de aventuras, cuyo número, aumentando de día en día, ha venido á ser tan grande en estos últimos tiempos». El certificado dió pronto la vuelta en derredor de la mesa; los convidados, ya chispos, se lo pasaban de mano en mano, sin que Catalina Ivanovna se opusiese á ello, porque este papel la designaba, con todas sus letras, como hija de un consejero de Estado, lo que la autorizaba, aproximadamente, á considerarse como hija de un coronel.

Extendióse después la viuda en enumerar los encantos de la existencia feliz y tranquila que se prometía pasar en *T*... Buscaría el concurso de los profesores de gimnasia, entre los cuales se encontraba un viejo respetable, e señor Mangot, que le había enseñado en tiempos el francés; este señor no vacilaría en dar lecciones en su casa, y no se mostraría exigente en punto á honorarios. Por último, anunció la intención de llevarse á Sonia á *T*... y d

Biblioteca Nacional de España

confiarle la alta inspección de su establecimiento. Al oir estas palabras, uno de los comensales se echó á reir. Catalina Ivanovna fingió no haberle oído; pero levantando, la voz dijo que Sofía Marmeladoff poseía cuantas cualidades son menester para secundarla en su tarea. Después de haber elogiado la dulzura de la joven, su paciencia, su abnegación, su cultura intelectual y su nobleza de sentimientos, le dió suavemente dos golpecitos en la mejilla y la besó dos veces seguidas con efusión. Sonia se ruborizó, y Catalina Ivanovna se echó á llorar de repente.

—Tengo los nervios muy agitados—dijo como para excusarse—, y estoy muy fatigada. La comida ha acabado, se va á servir el te.

Amalia Ivanovna, muy contrariada por no haber podido meter cucharada en la conversación precedente, eligió este momento para aventurar una nueva tentativa, é hizo observar muy juiciosamente á la futura directora de colegio, que «debería conceder mucha atención á la ropa interior de sus discípulas é impedir que leyeran novelas durante la noche». La fatiga y las molestias del día hacían á Catalina Ivanovna poco tolerante; así es que tomó muy á mal aquellos sabios consejos; á creerla á ella, la patrona no entendía una palabra de lo que estaba hablando. «En un colegio de señoritas nobles, el cuidado de la ropa blanca correspondía á la mujer encargada de ese servicio, y no á la directora del establecimiento. En cuanto á la observación relativa á la lectura de las novelas, era sencillamente una inconveniencia». Catalina Ivanovna suplicaba á la patrona que se callase.

En lugar de acceder á esta súplica, Amalia Ivanovna respondió agriamente que «no había hablado más que «por su bien»; que había tenido siempre las mejores intenciones, y que, desde hacía largo tiempo, Catalina Ivanovna

no le pagaba un céntimo». «¡Miente usted! hablando de buenas intenciones»—replicó la viuda.—«Ayer, sin ir más lejos, cuando el difunto estaba de cuerpo presente, vino usted á armarme un escándalo». Al oir esto la patrona, observó con mucha lógica que ella «había invitado á aquellas señoras; pero no habían venido, porque eran nobles y no podían ir á la casa de una señora que no lo era». A lo cual su interlocutora contestó «que una cocinera no tenía criterio para juzgar de la verdadera nobleza».

Herida Amalia Ivanovna en lo vivo, replicó «que su *vater* era un hombre muy importante en Berlín, que se paseaba con las manos en los bolsillos y hacía constantemente ¡puff! puff!» Para dar una idea más exacta de su *vater*, la señora Lippevechzel se levantó, se metió las manos en los bolsillos, é hinchando las mejillas se puso á imitar el ruido de un fuelle de fragua. Aquello produjo una risa general entre todos los inquilinos, que con la esperanza de una batalla entre las dos mujeres, se complacían en azuzar á Amalia Ivanovna. Catalina Ivanovna, perdiendo entonces los estribos, declaró en voz muy alta que «Amalia Ivanovna quizá no había tenido nunca *vater*, que era sencillamente una *finesa* de San Petersburgo, que había debido ser en otro tiempo cocinera, ó quizás algo peor». Respuesta furiosa de Amalia Ivanovna: «Acaso era Catalina Ivanovna la que no había tenido *vater*. En cuanto á ella, su *vater* era un berlinés que usaba levitas muy largas y que hacía constantemente ¡puff! ¡puff!» Catalina Ivanovna respondió con tono despreciativo que «su nacimiento era conocido de todo el mundo y que aquel mismo certificado honorífico, en caracteres impresos, la designaba como hija de un coronel, y que, en cambio, Amalia Ivanovna (en el supuesto de que hubiese tenido padre) debía

Biblioteca Nacional de España

ser hija de algún vendedor de leche *finés;* pero, según todas las apariencias, no debía de haber tenido padre conocido, puesto que no se sabía aún cuál era su nombre patronímico, si se llamaba Amalia Ivanovna ó Amalia Ludvigovna». La patrona fuera de sí, gritó, dando puñetazos sobre la mesa, que «ella era Ivanovna y no Ludvigovna. La patrona, fuera de sí, gritó dando puñetazos sobre la mesa, que ella era «Ivanovna y no Ludvigovna, que su *vater* se llamaba Johann y que había sido alcalde, cosa que no fué nunca el *vater* de Catalina Ivanovna». Al oir tales palabras se levantó ésta, y con voz tranquila, desmentida por la palidez de su rostro y por la agitación de su pecho, dijo:

—Si usted se atreve otra vez á poner en parangón á su miserable *vater* con mi papá, le arranco el gorro y lo pisoteo.

Amalia Ivanovna, ante esta amenaza, empezó á correr por la habitación, gritando con todas sus fuerzas que «ella era la propietaria y que Catalina Ivanovna se marcharía de su casa al instante». Después se apresuró á recoger los cubiertos de plata que estaban sobre la mesa. A esto siguió una confusión y un barullo indescriptibles; los chiquillos se echaron á llorar. Sonia se abalanzó á su madrastra para impedir que hiciese un disparate; pero como Amalia Ivanovna hubiese lanzado en alta voz una alusión á la *cartilla amarilla*, Catalina Ivanovna rechazó á la joven y se fué derecha á la patrona, decidida á arrancarle el gorro. En aquel momento se abrió la puerta y apareció Lujin. El funcionario dirigió una mirada severa á todos los presentes, y Catalina Ivanovna corrió hacia él.

III

—¡Pedro Petrovitch!—gritó—¡protéjame usted! Haga usted comprender á esta estúpida que no tiene derecho para hablar así á una señora noble y desgraciada; que eso no está en lo justo. Me quejaré al gobernador general... y esa mujer tendrá que dar cuenta ante él. En nombre de la hospitalidad que usted recibió de mi padre, venga usted en ayuda de mis huérfanos.

—Permítame usted, señora... permítame usted señora —dijo Pedro Petrovitch apartando con un ademán á la solicitante—; yo no he tenido jamás el honor, como usted sabe muy bien... de conocer á su papá... Permítame usted, señora... (uno de los comensales se echó á reir ruidosamente). No tengo la menor intención de tomar parte en las continuas reyertas de usted con Amalia Ivanovna... vengo aquí para un asunto personal... Deseo tener una explicación inmediata con su hijastra de usted, Sofía... Ivanovna... ¿no es ese su nombre? Permítame usted que entre...

Y apartándose de Catalina Ivanovna, Pedro Petrovitch se dirigió al rincón de la sala en que se encontraba Sonia.

Catalina Ivanovna se quedó como clavada en su sitio. No podía comprender que Pedro Petrovitch negase haber sido el huésped de su padre. Aquella hospitalidad, que no existía más que en su imaginación, se había convertido

Biblioteca Nacional de España

para ella en artículo de fe. Lo que principalmente la hirió, fué el tono seco, altanero y hasta amenazador de Lujin. Al aparecer este último se restableció el silencio poco á poco. El correcto traje del hombre de ley, formaba gran contraste con la sordidez de los demás inquilinos de la señora Lippebechzel. Cada uno de ellos se daba cuenta de que solamente un motivo de gravedad excepcional podía explicar la presencia de aquel personaje en semejante sitio; todos, pues, esperaban que pasase algo. Raskolnikoff, que se encontraba al lado de Sonia, se apartó para dejar pasar á Pedro Petrovitch, y éste pareció no fijarse en el joven. Un instante después apareció Lebeziatnikoff; pero en lugar de entrar en la habitación, permaneció en el umbral escuchando con curiosidad, sin acertar á comprender al pronto de qué se trataba.

—Perdónenme ustedes que turbe su reunión; pero me veo obligado á ello por un asunto de bastante importancia—dijo, sin dirigirse á ninguna persona en particular—; en cuanto á mí, me agrada poderme explicar delante de una reunión numerosa. Amalia Ivanovna, suplico á usted humildemente que, en su calidad de propietaria, preste atención á la conferencia que voy á celebrar con Sofía Ivanovna.

Después, dirigiéndose á la joven, que estaba extremadamente pálida y bastante sorprendida, añadió:

—Sofía Ivanovna, inmediatamente después de la visita de usted, he advertido la desaparición de un billete de Banco de cien rublos, que se encontraba sobre una mesa de la habitación de mi amigo Andrés Semenovitch Lebeziatnikoff. Si usted sabe lo que ha sido de ese billete y si usted me lo dice, doy á usted, en presencia de todas estas personas, mi palabra de honor de que este asunto no tendrá consecuencias. En caso contrario, me veré obligado á

recurrir á medidas muy serias, y entonces... no tendrá usted que echar la culpa á nadie, sino á sí misma.

A estas palabras siguió un profundo silencio. Hasta dejaron de llorar los niños. Sonia, pálida como una muerta, miraba á Lujin sin acertar á responder. Parecía no haber comprendido aún. Así pasaron algunos segundos.

—Vamos, ¿qué responde usted?—preguntó Pedro Petrovitch mirando atentamente á la joven.

—Yo no sé... no sé nada—dijo al cabo con voz débil.

—¿No? ¿Usted no sabe nada?—preguntó Lujin, y dejó pasar nuevamente algunos segundos.

En seguida añadió con tono severo:

—Piense usted en lo que la digo, señorita; reflexione usted, quiero darle tiempo bastante. Si no estuviese completamente seguro de mi afirmación, me guardaría muy bien de lanzar contra usted una acusación tan formal: tengo demasiada experiencia en los negocios para exponerme á una querella por difamación. Esta mañana he ido á negociar varios títulos, que representaban un valor nominal de 3.000 rublos. De vuelta á mi casa, me he puesto á contar el dinero; Andrés Semenovitch es de ello testigo. Después de haber contado 2.300 rublos, los he guardado en una cartera que he metido en el bolsillo del pecho de la levita. Quedaban sobre la mesa unos quinientos rublos en billetes de Banco, entre los cuales había tres de cien rublos cada uno. Entonces fué cuando, á invitación mía, vino usted á nuestro cuarto y, durante todo el tiempo de su visita, ha estado usted extraordinariamente agitada. Por tres veces se ha levantado usted para salir, aun cuando nuestra conversación no había terminado. Andrés Semenovitch puede dar fe de todo esto.

Usted no negará, así por o menos lo creo, que la he hecho llamar por Andrés Semenovitch, con objeto de ocu-

Biblioteca Nacional de España

parme con usted de la situación desgraciada de su madrastra Catalina Ivanovna (á cuya casa no podía yo ir á comer), y de la forma de socorrerla por medio de suscripción, lotería, ó cosa semejante. Usted me dió las gracias con las lágrimas en los ojos. (Entro en todos estos pormenores, para probarle que ni la más pequeña circunstancia se ha borrado de mi memoria.) Inmediatamente he tomado de encima de la mesa un billete de diez rublos, y se lo he entregado á usted como primer recurso para su pariente. Andrés Semenovitch lo ha visto todo. Después la he acompañado hasta la puerta y usted se ha retirado con la misma agitación de antes.

Cuando usted salió del cuarto he estado hablando, durante diez minutos próximamente, con Andrés Semenovitch. Por último él se marchó, y yo me acerqué á la mesa para guardar el resto del dinero, viendo con gran sorpresa que me faltaba un billete de cien rublos. Ahora juzge usted. Yo no puedo sospechar de Andrés Semenovitch, ni siquiera concebir semejante idea. No puedo tampoco engañarme en mis cuentas, porque un momento antes acababa de comprobarlas. Usted comprenderá que acordándome de la agitación de usted, de su prontitud en salir y de que tuvo usted, durante algún tiempo, las manos sobre la mesa, y considerando, en fin, la posición social de usted y las costumbres que ella implica, he debido, á pesar mío, y á despecho de mi propia voluntad, dar acogida á una sospecha, cruel sin duda, pero legítima.

Por convencido que me halle de la culpabilidad de usted, la repito que sé á lo que me expongo dirigiéndole esta acusación. Sin embargo, no vacilo en formularla y le diré á usted por qué: es, únicamente, señorita, á causa de su negra ingratitud. ¿Cómo? La mando á usted llamar por que me intereso por su infortunada pariente; le doy un billete de diez rublos y ¡me recompensa usted de esa manera! ¡No! ¡Eso no está bien! Le hace falta una lección, reflexione usted, recójase en sí misma; se lo propongo como un buen amigo, porque en este momento es lo mejor que puede hacer usted. De lo contrario seré inflexible. Vamos, confiese usted.

—Yo nada he cogido—murmuró Sonia espantada—; usted me ha dado diez rublos; helos aquí; tómelos usted.

La joven sacó el pañuelo del bolsillo, deshizo un nudo, cogió el billete de diez rublos, que estaba allí guardado, y se lo alargó á Lujin.

—¿De modo que insiste usted en negar el robo de esos cien rublos?—dijo con tono de reproche Lujin, sin tomar el billete.

Sonia dirigió una mirada en torno suyo, y en todos los ojos de las personas que la rodeaban, sorprendió una expresión severa, irritada ó burlona. La joven miró á Raskolnikoff... éste, en pie, apoyado contra el muro, tenía los brazos cruzados y fijaba en ella ardientes miradas.

—¡Señor, señor!—gimió la muchacha.

—Amalia Ivanovna, será menester llamar á la policía; por lo tanto, suplico á usted humildemente que haga subir al dvornik—dijo Lujin con voz dulce y hasta cariñosa.

—*¡Gott der barmherzig!* ¡Bien sabía yo que esta era una ladrona!—exclamó la señora Lippebechzel palmoteando.

—¿Usted lo sabía?—repuso Pedro Petrovitch—; eso quiere decir que ya ciertos hechos anteriores autorizan á usted á deducir esta consecuencia. Suplico á usted, dignísima señora Amalia Ivanovna, que no olvide las palabras que acaba de pronunciar. Por lo demás, hay testigos.

De todos lados se hablaba ruidosamente. La gente estaba muy agitada.

Biblioteca Nacional de España

—¿Cómo?—exclamó Catalina Ivanovna, saliendo de repente de su estupor, y con un rápido movimiento se lanzó hacia Lujin.— ¿Cómo? ¿La acusa usted de robo? ¿A ella? ¿A Sonia? ¡Oh, cobarde, cobarde!

Después se aproximó vivamente á la joven y la estrechó entre sus brazos descarnados.

—¿Cómo, Sonia, has podido aceptar diez rublos de él? ¡Oh, tonta! ¡Dámelos! ¡Dame en seguida ese dinero! ¡Así!

Catalina cogió el billete de manos de Sonia, lo arrugó entre sus dedos y se lo tiró á Lujin á la cara. El papel, hecho una pelota, alcanzó á Pedro Petrovitch y rodó en seguida por el suelo. Amalia Ivanovna se apresuró á levantarlo. El hombre de negocios se incomodó.

—Contengan ustedes á esa loca. En aquel momento acudieron muchas personas, que se colocaron en el umbral, al lado de Lebeziatnikoff. Entre ellas estaban las dos señoras de provincias.

—¿Loca dices? ¿Me tratas de loca, imbécil?—vociferó Catalina Ivanovna.— ¡Tú, tú eres un imbécil, un vil agente de negocios, un hombre bajo! ¡Sonia! ¿Sonia haber cogido dinero? ¿Sonia una ladrona? ¡Pero si ella te daría más que vale ese dinero, imbécil!—y Catalina Ivanovna rompió á reír de un modo nervioso.— ¿Han visto ustedes á este miserable?—añadió, yendo de uno á otro inquilino y mostrando á Lujin á cada uno de ellos. De repente vió á Amalia Ivanovna, y su cólera no tuvo límites.

—¿Cómo, tú también, choricera? ¿Tú también, infame prusiana, dices que Sonia es una ladrona? ¡Ah! ¿Pero esto es posible? Si no ha salido de la habitación. Al venir de tu casa, ¡pillo! se puso á la mesa con nosotros; todos la han visto. Se sentó al lado del señor Raskolnikoff... registradla. Puesto que no ha ido á ninguna parte, tendrá el dinero encima. ¡Busca, busca, busca! ¡Pero si no lo encuentras, querido, tendrás que responder de tu conducta! ¡Me quejaré al emperador, al zar misericordioso! ¡Hoy mismo iré á arrojarme á sus pies! ¡Soy huérfana; me dejarán entrar! ¿Crees que no me recibirá? ¡Te engañas! Obtendré una audiencia. ¿Porque Sonia es dulce pensabas que no tenías nada que temer? Tú contabas con su timidez, ¿no es verdad? ¡Pero si ella es tímida, yo, amigo mío, yo no tengo miedo á nada, y así tus cálculos caen por tierra! ¡Busca, busca! ¡Vamos, despáchate!

Y al decir esto, Catalina Ivanovna agarraba á Lujin por un brazo y le empujaba hacia donde estaba Sonia.

—Si estoy pronto, si no deseo otra cosa... pero, tranquilícese usted, señora, tranquilícese usted—balbuceaba el funcionario.— Ya veo que no tiene usted miedo. Esto debería hacerse en la oficina de policía. Afortunadamente hay aquí un número más que suficiente de testigos... Si, yo estoy pronto... sin embargo, es muy delicado para un hombre... á causa de su sexo... Si Amalia Ivanovna quisiese prestar su concurso... Sin embargo, no es así como se hacen estas cosas.

—¡Hágala usted registrar por quien quiera!—gritó Catalina Ivanovna.— Sonia, enséñale los bolsillos. ¡Mira, mira monstruo, ve cómo están vacíos! Aquí no hay más que un pañuelo, mira, nada más, puedes convencerte de ello. Ahora el otro bolsillo. ¿Ves? ¿Ves?

No contenta con vaciar los bolsillos de Sonia, Catalina los volvió, uno después del otro, de dentro á fuera. Pero en el momento en que ponía al descubierto el forro del bolsillo derecho, se escapó de él un papelillo, que describiendo una parábola en el aire, fué á caer á los pies de Lujin. Todos lo vieron; muchos lanzaron un grito. Pedro Petrovitch se bajó, cogió el billete con los dedos y lo desplegó *coram pópulo*. Era un billete de cien rublos, dobla-

Biblioteca Nacional de España

do en ocho partes. Pedro Petrovitch lo enseñó á todos para que no existiese ninguna duda sobre la culpabilidad de Sonia.

—¡Ladrona, fuera de aquí! ¡La policía, la policía!—aulló la señora Lippebechzel.—¡Es preciso que la lleven á Siberia! ¡A la calle!

De todas partes brotaban exclamaciones. Raskolnikoff, silencioso, no cesaba de mirar á Sonia más que para echar de tiempo en tiempo una mirada rápida sobre Lujin. La joven, inmóvil en su sitio, parecía más bien atontada que sorprendida; de repente enrojeció y se cubrió el rostro con las manos.

—¡No! ¡Yo no soy! ¡Yo no he cogido nada! ¡Yo no sé nada!—gritó con voz desgarradora y se precipitó hacia Catalina Ivanovna, que abrió los brazos como un anillo inviolable para la desgraciada criatura.

—¡Sonia, Sonia! ¡No lo creo; te digo que no lo creo!—repetía Catalina Ivanovna, rebelde á la evidencia; estas palabras iban acompañadas de mil caricias; prodigaba los besos á la joven, le cogía las manos, la mecía en sus brazos como un niño.—¡Tú haber cogido nada! ¡Pero qué personas tan estúpidas! ¡Oh, señor! ¡Sois tontos, tontos!—gritaba á todas las personas presentes.—¡No sabéis lo que es esta criatura! ¡Robar ella! ¡Ella, que vendería su último vestido; ella, que iría descalza antes que dejaros sin recursos, antes que tuviérais necesidad de ellos! Así, así es...

¡Ha llegado hasta tomar cartilla, porque mis hijos se morían de hambre! ¡Ah, mi pobre difunto; mi pobre difunto! ¡Dios mío, Dios mío! Pero, ¡defendedla vosotros todos, en vez de estar impasibles! Usted, Raskolnikoff, ¿por qué no la defiende? ¿Usted también la cree culpable? ¡Todos vosotros juntos, no valéis lo que el dedo pequeño de ella! ¡Dios mío, defiéndela tú!

Las lagrimas, las súplicas, la desesperación de la pobre Catalina Ivanovna, parecieron causar una gran impresión en el público. Aquel rostro de tísica, aquellos labios secos, aquella voz ahogada, expresaban un sentimiento tan doloroso, que era difícil no sentirse conmovido ante tanta desolación. Pedro Petrovitch volvió en seguida á expresar los más dulces sentimientos.

—¡Señora, señora!—dijo con solemnidad.—Este negocio no concierne á usted en lo más mínimo. Nadie piensa en acusarla de complicidad; usted misma es la que ha sacado los bolsillos y ha descubierto el objeto robado; basta esto para demostrar la completa inocencia de usted. Estoy dispuesto á mostrarme indulgente con un acto al que Sofía Marmeladoff ha podido ser impulsada por la miseria. Pero, ¿por qué se niega usted á confesar, señorita? ¿Usted teme la deshonra? ¿Era este su primer paso de usted? ¿Quizás ha perdido usted la cabeza? La cosa se comprende, se comprende muy bien; vea usted, sin embargo, á lo que se exponía. Señores—dijo dirigiéndose á todos los presentes, mudos por un sentimiento de piedad: —Estoy pronto á perdonar, á pesar de las injurias que se me han dirigido.

Después añadió, dirigiéndose de nuevo á Sonia:

—Señorita, que la humillación de hoy le sirva á usted de lección para lo porvenir; no daré parte; las cosas no pasarán de aquí.

—Pedro Petrovitch dirigió una mirada de reojo á Raskolnikoff; sus ojos se encontraron; los del joven despedían llamas. En cuanto á Catalina Ivanovna, parecía no haber oído nada y continuaba abrazando á Sonia con una especie de frenesí. A ejemplo de su madre, los niños estrechaban entre sus bracitos á la joven; Poletchka, sin comprender lo que pasaba, sollozaba á más no poder, con su lin-

Biblioteca Nacional de España

do rostro apoyado en el hombro de Sonia. De repente, en el umbral, una voz sonora exclamó:

—¡Qué bajo es todo esto!

Pedro Petrovitch se volvió vivamente.

—¡Qué bajeza!—repitió Lebeziatnikoff mirando fijamente á Lujin.

Este último se estremeció. Todos lo advirtieron (luego se acordaron de esta circunstancia). Lebeziatnikoff entró en la sala.

—¿Y usted se ha atrevido á invocar mi testimonio?—dijo aproximándose al hombre de negocios.

—¿Qué significa esto? ¿De qué habla usted, Andrés Semenovitch?—preguntó Lujin.

—Esto significa que usted es un... calumniador. Eso es lo que quieren decir mis palabras—replicó arrebatadamente Lebeziatnikoff. Estaba extremadamente colérico y fijaba en Pedro Petrovitch sus ojillos enfermizos, que tenían dura é indignada expresión. Raskolnikoff escuchaba ávidamente, con la mirada fija en el rostro del joven socialista.

Hubo una pausa. En el primer momento Pedro Petrovitch quedó casi desconcertado.

—¿Es á mí á quien...—murmuró—; ¿pero qué dice usted? ¿Está usted en su juicio?

—Sí. Estoy en mi juicio, y usted es un... trapacero. ¡Ah! ¡Qué bajo es esto! Lo he oído todo, y si no he hablado antes es porque quería comprender bien; hay algunas cosas que... lo confieso, no me las explico... Me pregunto por qué ha hecho usted todo esto.

—¿Pero qué es lo que yo he hecho? ¿Acabará usted de hablar enigmáticamente? Usted debe de haber bebido.

—¡Hombre bajo! Si uno de nosotros dos ha bebido, es usted. Yo jamás bebo aguardiente, porque esto es contrario á mis principios. Figúrense ustedes que es él, él mismo quien, con sus propias manos, ha dejado ese billete de cien rublos á Sofía Marmeladoff; yo lo he visto; yo he sido testigo de ello; yo lo declararé bajo la fe de mi juramento. Es él, él—repetía Lebeziatnikoff dirigiéndose á todos y á cada uno.

—¿Está usted loco? ¿Sí, ó no? ¡Mentecato!—replicó violentamente Lujin.— Ella misma aquí, hace un instante, ha afirmado, delante de usted y delante de todo el mundo, que no había recibido más que diez rublos. ¿Cómo es, pues, posible, que yo la haya dado más dinero?

—Yo lo he visto—repitió enérgicamente Andrés Semenovitch; y aunque esto pugna con mis principios, estoy pronto á prestar juramento ante la justicia; le he visto á usted deslizar ese dinero disimuladamente. Sólo que he sido tan tonto, que he creído que obraba usted así por generosidad. Cuando usted le decía adiós en el umbral de la puerta y cuando le ofrecía usted la mano derecha, le introdujo usted suavemente en el bolsillo un papel que tenía en la izquierda. Yo lo he visto, yo lo he visto.

Lujin palideció.

—¿Qué es lo que está usted contando?—replicó insolentemente—; estando al lado de la ventana, ¿cómo podía usted ver eso del billete? Como tiene usted malos los ojos, ha sido usted objeto de una ilusión. Ha visto usted visiones.

—No, yo no he visto visiones. A pesar de la distancia, me he enterado perfectamente de todo. Desde la ventana, en efecto, era difícil distinguir el billete; en lo que á eso toca, tiene usted razón; mas á causa de esa misma circunstancia, sé que era precisamente, un billete de cien rublos. Cuando usted dió diez á Sofía, yo estaba cerca de la mesa y le vi á usted coger, al mismo tiempo, un billete

Biblioteca Nacional de España

de cien rublos. No he olvidado este detalle, porque en aquel momento se me ocurrió una idea. Después de haber plegado el billete, lo guardó usted en el hueco de la mano. Me olvidé de esa circunstancia; pero cuando se levantó usted hizo pasar el papel de la mano derecha á la izquierda, y estuvo usted á punto de dejarlo caer. Me he acordado porque se me ocurrió la misma idea, á saber: que usted quería obligar á Sofía, sin que yo me enterara; pero no puede usted figurarse con qué atención he observado los gestos y ademanes de usted. Así es que le he visto meter el billete en el bolsillo de la joven. Lo he visto, lo he visto. Yo lo atestiguaré bajo la fe del juramento.

Lebeziatnikoff estaba casi sofocado por la indignación. De todos lados se entrecruzaban exclamaciones diversas. La mayor parte se expresaban con asombro; pero algunas eran proferidas en son de amenaza. Los presentes se agruparon en derredor de Pedro Petrovitch. Catalina Ivanovna se lanzó hacia Lebeziatnikoff.

—¡Andrés Semenovitch! ¡Yo no le conocía á usted! ¡Usted la defiende; solamente usted se pone de parte de ella! ¡Dios le envía á usted en socorro de la huérfana! ¡Andrés Semenovitch, mi querido amigo, batuchka!

Y Catalina Ivanovna, sin casi tener conciencia de lo que hacía, cayó de rodillas delante del joven.

—Esas son tonterías—vociferó Lujin arrebatado por la cólera.— ¡No dice usted más que estupideces! «Yo he olvidado; yo me he acordado; yo me acuerdo; yo me olvido». ¿Qué significa todo esto? De modo que si fuera verdad lo que usted dice, yo le habría deslizado á propósito esos cien rublos en el bolsillo. ¿Con qué objeto? ¿Qué tengo yo de común con esa...?

—¿Por qué? Eso es lo que no comprendo; me limito á contar el hecho tal como ha pasado, sin pretender explicarlo, y dentro de estos límites yo garantizo su exactitud. Tampoco yo me engaño, vil criminal, como que me acuerdo de haberme hecho esta misma pregunta en el momento en que felicitaba á usted estrechándole la mano. Yo me preguntaba por qué razón hacía usted ese regalo en forma clandestina. Quizá, me dije, ha querido ocultarme su buena acción, sabiendo que yo, en virtud de mis principios, soy enemigo de la caridad privada y que la considero como un vano paliativo. He pensado después que trataba usted de sorprender á Sofía Marmeladoff. Hay, en efecto, personas que se complacen en dar á sus beneficios el sabor de lo imprevisto. En seguida se me ocurrió otra idea: que la intención de usted era quizá la de experimentar á la joven; que usted quería saber, si cuando ella encontrara en el bolsillo esos cien rublos, vendría á darle á usted las gracias, ó acaso quería usted sustraerse á su reconocimiento, siguiendo el precepto de que la mano derecha debe ignorar... En una palabra, Dios sabe las suposiciones que se han ofrecido á mi entendimiento. La conducta de usted me preocupaba de tal modo, que me proponía reflexionar más tarde sobre ella detenidamente. Además, hubiera creído faltar á la delicadeza, dando á entender que conocía su secreto. Pensando en estas cosas me asaltó un temor. Sofía, ignorando la generosidad de usted, podía perder el billete de Banco. Ahí tiene usted por qué me he decidido á venir á aquí; porque dudé decirle que usted le había puesto cien rublos en el bolsillo; pero antes he entrado en casa de las señoras Kobyliatnikoff, para entregarles *Una ojeada general sobre el método positivo*, y recomendarles el artículo de Piderit (el de Wagner no carece de valor). Un momento después he llegado aquí y he sido testigo de esta escena. Dígame usted si hubiera podido tener todas estas ideas y hacerme todos es-

Biblioteca Nacional de España

tos razonamientos, si no le hubiera visto á usted deslizar los cien rublos en el bolsillo de Sofía Marmeladoff.

Cuando Andrés Semenovitch terminó su discurso, no podía ya más y su rostro estaba empapado en sudor. ¡Ah! Aun en ruso le costaba trabajo expresarse convenientemente, aunque, por lo demás, no conocía ningún otro idioma. Este esfuerzo oratorio le había agotado. Sus palabras produjeron, sin embargo, extraordinario efecto. El acento de sinceridad con que las había pronunciado, llevó el convencimiento al alma de todos los oyentes. Pedro Petrovitch comprendió que su situación era muy difícil.

—¡Qué me importan á mí las tonterías que se le han ocurrido á usted!—exclamó—; eso no es una prueba. Usted ha podido soñar cuantas necedades quiera. Yo le digo á usted que miente. Usted miente y además me calumnia para satisfacer sus rencores. La verdad es que usted me odia porque me he puesto enfrente del radicalismo impío de las doctrinas sociales que usted sostiene.

Pero, lejos de redundar en favor de Pedro Petrovitch este ataque, provocó violentos murmullos en su derredor

—¡Ah! ¿Eso, eso es todo lo que se te ocurre responder? No es muy fuerte tu argumento—replicó Lebeziatnikoff.—¡Llama á la policía: prestaré mi juramento! Una sola cosa queda obscura para mí: el motivo que le ha impulsado á cometer una acción tan baja. ¡Oh, miserable, cobarde!

Raskolnikoff avanzó, separándose del grupo.

—Yo puedo explicar su conducta, y si es menester yo también prestaré juramento—dijo con voz firme.

A primera vista, la tranquila seguridad del joven probó al público que conocía á fondo el asunto, y que aquel embrollo estaba ya á punto de llegar á su desenlace.

—Ahora lo comprendo todo—prosiguió Raskolnikoff dirigiéndose á Lebeziatnikoff.— Desde el principio había

sospechado yo tras de esto alguna innoble intriga. Se fundaban mis sospechas en ciertas circunstancias solamente de mí conocidas, y que voy á revelar, porque presentan las cosas en su verdadero aspecto. Usted, Andrés Semenovitch, ha iluminado perfectamente mi espíritu. Suplico á todos que me escuchen. Ese señor—continuó, designando con un gesto á Pedro Petrovitch—, ha pedido recientemente la mano de mi hermana Advotia. Llegado hace poco á San Petersburgo, vino á verme anteayer; pero ya en nuestra primera entrevista tuvimos una querella, y yo le eché á la calle, como pueden declarar dos personas que estaban presentes. Este hombre es muy malo... Anteayer ignoraba yo que viviese con usted, Andrés Semenovitch. Gracias á esta circunstancia, anteayer, es decir, el día mismo de nuestra riña, se encontró presente aquí en el momento en que, como amigo del difunto Marmeladoff, le di un poco de dinero á su viuda para atender á los gastos de los funerales de su marido. Inmediatamente escribió á mi madre que yo había dado ese dinero, no á Catalina Ivanovna, sino á Sofía Marmeladoff, calificando al mismo tiempo á esta joven con los más ultrajantes adjetivos, y dando á entender que yo tenía con ella relaciones íntimas. Su objeto era, ¿ustedes lo comprenden? enemistarme con mi familia, insinuándole que yo gasto en disipaciones el dinero de que ella se priva para atender á mis necesidades. Ayer noche, en una entrevista con mi madre y mi hermana, entrevista á la cual asistía él, he restablecido la verdad de los hechos que este señor había desnaturalizado. «El dinero—dije—se lo di á Catalina Ivanovna para pagar el entierro de su marido, y no á Sofía, á quien aquel día había hablado por primera vez.» Furioso al ver que sus calumnias no obtenían el resultado apetecido, insultó groseramente á mi madre y á

Biblioteca Nacional de España

mi hermana. Siguióse un rompimiento definitivo y se le echó á la calle. Todo ello pasó anoche. Reflexionen ustedes ahora y comprenderán qué interés le guiaba, en las circunstancias presentes, á inculpar á Sofía Marmeladoff. Si lograba achacar á esta joven el robo, yo resultaba culpable á los ojos de mi madre y de mi hermana, puesto que no tenía temor en comprometer á ésta poniéndola en relaciones con una ladrona; él, por el contrario, al atacarme á mí, salía á la defensa de mi hermana, su futura esposa. En una palabra, este era para él un medio de enemistarme con los míos y de congraciarse con ellos. Con el mismo golpe se vengaba también de mí, pensando que me intereso vivamente por el honor y la tranquilidad de Sofía Marmeladoff. Tal es el cálculo que ha hecho, y de este modo es como me explico yo su proceder. Tal es también la clave de su conducta y no puede ser otra».

Raskolnikoff terminó con estas palabras su discurso, frecuentemente interrumpido por las exclamaciones del público, que no perdía una sola frase. Pero á despecho de las interrupciones, su palabra conservó hasta el fin una calma, una seguridad y una claridad imperturbables. Su voz vibrante, su acento convencido y su rostro severo, conmovieron profundamente al auditorio.

—Sí, sí; eso es—se apresuró á reconocer Lebeziatnikoff—, debe usted tener razón, porque en el momento mismo en que entró Sofía en nuestro cuarto me preguntó si le había visto y si estaba usted entre los convidados de Catalina Ivanovna, llevándome para preguntármelo en voz baja, al hueco de la ventana. Tenía, pues, necesidad de que estuviese usted aquí. Sí, eso es.

Lujin, muy pálido, permanecía silencioso y se sonreía desdeñosamente. Parecía buscar en su cabeza un medio de salir de este paso. Quizá de buena gana hubiera hurtado el cuerpo inmediatamente. Pero en aquel momento la retirada era casi imposible; irse equivalía á reconocer implícitamente lo bien fundado de las acusaciones que se le dirigían y confesar que había calumniado á Sofía Marmeladoff.

Por otra parte, la actitud del público, excitado por copiosas libaciones, no era nada tranquilizadora. El militar, aunque no tenía una idea muy clara del negocio, gritaba más alto que todos y proponía ciertas medidas muy desagradables para Lujin. Además, allí sólo había borrachos. Esta escena atrajo á la habitación un número considerable de inquilinos que no habían comido en casa de Catalina Ivanovna. Los tres polacos, muy excitados, no cesaban de proferir en su lengua mil amenazas contra Pedro Petrovitch.

Sonia escuchaba con constante atención; pero no daba señales de haber recobrado toda su presencia de ánimo; parecía que acababa de volver de un desmayo. No apartaba los ojos de Raskolnikoff, comprendiendo que en él estaba todo su apoyo.

Catalina Ivanovna sufría mucho; cada vez que respiraba se escapaba de su pecho un ronco sonido.

La figura más tonta era la de Amalia Ivanovna. La patrona tenía aspecto de no comprender nada, y con la boca abierta miraba estúpidamente. Tan sólo se hacía cargo de que Pedro Petrovitch estaba en un mal paso. Raskolnikoff quiso de nuevo tomar la palabra; pero tuvo que renunciar á ello, no pudiendo hacerse oir. De todas partes llovían injurias y amenazas sobre Lujin, en derredor del cual se había formado un grupo tan hostil como compacto. El hombre de negocios sacó fuerzas de flaqueza. Comprendiendo que la partida estaba definitivamente perdida, buscó recursos en el descaro.

Biblioteca Nacional de España

—Permítanme ustedes, señores, permítanme; no me cerquen de este modo; déjenme ustedes pasar—dijo, tratando de abrirse camino al través de la gente.— Aseguro á ustedes que es inútil intimidarme con sus amenazas. Yo no me asusto por tan poco. Ustedes, por el contrario, son los que responderán ante la justicia del amparo que prestan á un acto criminal. El robo está más que probado, y yo acudiré á los tribunales. Los jueces son personas ilustradas, y no borrachos; y recusarán el testimonio de dos impíos, de dos revolucionarios declarados, que me acusan por un acto de venganza personal, como ellos mismos han tenido la tontería de reconocer. Sí, permítanme ustedes.

—Yo no quiero respirar el mismo aire que usted, y le suplico que deje mi cuarto; todo ha acabado entre nosotros. ¡Cuando pienso que desde hace quince días vengo sudando sangre para enseñarle!...

—Antes de ahora, Andrés Semenovitch, le he anunciado yo mismo mi partida, cuando hacía usted instancias para retenerme; ahora me limito á decirle á usted que es un imbécil. Le deseo que se cure de los ojos y del entendimiento.

Logró abrirse paso; pero el ranchero, creyendo que las injurias no eran castigo suficiente, cogió un vaso de la mesa y lo lanzó con todas sus fuerzas contra Pedro Petrovitch. Por desgracia, el proyectil destinado al hombre de negocios alcanzó á Amalia Ivanovna, que se puso á dar gritos horribles. Al lanzar el vaso, el militar perdió el equilibrio y cayó pesadamente bajo la mesa. Lujin entró en el cuarto de Lebeziatnikoff, y una hora después dejó la casa.

Naturalmente tímida Sonia, sabía ya antes de esta aventura que su situación la exponía á todo género de ataques, y que cualquiera podía ultrajarla casi impunemente.

Sin embargo, hasta entonces había esperado desarmar la malevolencia de los demás á fuerza de circunspección, de humildad y de dulzura con todos y cada uno; pero en este momento su ilusión se disipaba. Tenía, sin duda, bastante paciencia para sufrir aún esto con resignación, y casi sin murmurar; pero en aquel momento la decepción era demasiado cruel. Aunque su inocencia hubiese triunfado de la calumnia, y aun cuando su primer terror había pasado, cuando se dió cuenta de las cosas se le oprimió dolorosamente el corazón, ante el pensamiento de su abandono y de su soledad en la vida. A la joven le dió un ataque de nervios, y, al fin, no pudiendo contenerse más, salió apresuradamente de la sala y echó á correr á su casa. Su partida fué poco después de la de Lujin.

El vasazo recibido por Amalia Ivanovna produjo hilaridad general; pero la patrona tomó muy á mal la cosa y revolvió su cólera contra Catalina Ivanovna, la cual, vencida por el sufrimiento, había tenido que echarse en su cama.

—¡Fuera de aquí! ¡En seguida! ¡Ea! ¡A la calle!

Mientras pronunciaba estas palabras con voz irritada la señora Lippebechzel, cogía todos los objetos pertenecientes á su inquilina y los arrojaba en montón en medio de la sala. Quebrantada, casi desfallecida, la pobre Catalina Ivanovna, saltó de la cama y se lanzó sobre la patrona. Pero la lucha era muy desigual, y á Amalia Ivanovna no le costó gran trabajo rechazar este asalto.

—¿Cómo? ¿No es bastante haber calumniado á Sonia? ¿Aún esta mujer se revuelve ahora contra mí? ¿El día en que han enterrado á mi marido me expulsa, y después de haber recibido mi hospitalidad, me arroja á la calle con mis hijos? Pero, ¿á dónde voy á ir yo?—sollozaba la infeliz mujer.— ¡Señor!—exclamó de repente con los ojos

Biblioteca Nacional de España

centelleantes.— ¿Es posible que no haya justicia? ¿A quién defenderás Tú, Dios mío, si no nos defiendes á nosotras, pobres huérfanas? Pero ya veremos. Jueces y tribunales hay en la tierra; yo me dirigiré á ellos; espera un poco, criatura impía. Poletchka, quédate con los niños; yo volveré pronto. Si os echan, esperadme en la calle; hemos de ver si hay justicia en el mundo.

Catalina Ivanovna se puso en la cabeza aquel mismo pañuelo verde de que habló Marmeladoff en la taberna, y después, hendiendo la multitud animada y ruidosa de los inquilinos, que continuaban llenando la sala, con el rostro inundado de lágrimas, bajó á la calle resuelta á ir, costase lo que costase, á buscar justicia en cualquier parte. Poletchka, espantada, estrechó entre sus brazos á su hermano y á su hermana, y los tres niños, acurrucados en el rincón inmediato al cofre, esperaron temblando la vuelta de su madre.

Amalia Ivanovna, semejante á una furia, iba y venía por la habitación aullando de rabia y arrojando al suelo cuanto le venía á las manos. Entre los inquilinos, unos comentaban el acontecimiento, otros disputaban, otros entonaban canciones...

«Ya es tiempo de que me vaya»—pensó Raskolnikoff.—«Veremos, Sonia, qué es lo que piensas ahora»—y se fué á casa de la joven.

IV

Raskolnikoff había defendido valientemente la causa de la joven contra Lujin, aunque tenía buena parte de personales disgustos. Independientemente del interés que le inspiraba la hija de Marmeladoff, había aprovechado con gusto, después de los tormentos de por la mañana, la ocasión de sacudir impresiones que se le hacían insoportables. De otra parte, su próxima entrevista con Sonia le preocupaba y aun le aterraba por momentos. *Debía* revelarle que había matado á Isabel, y presintiendo todo lo que esta confesión tendría de penosa, se esforzaba por apartar de ella el pensamiento.

Cuando al salir de casa de Catalina Ivanovna, había exclamado: «Veremos ahora lo que piensas, Sonia», era el combatiente animado por la lucha; excitado aún por su victoria sobre Lujin, el que había pronunciado aquella frase de desafío; pero, cosa singular, cuando llegó á la casa de Kapernumoff, su seguridad le abandonó de repente, dejando el puesto al temor. Se detuvo indeciso ante la puerta, y se preguntó: «¿Será preciso decir que yo he matado á Isabel?» La pregunta era extraña, porque en el momento en que él se la hacía comprendía la imposibilidad, no solamente de no hacer esta confesión, sino aun la de diferirla un minuto.

No sabía por qué era imposible; solamente lo sentía y

Biblioteca Nacional de España

estaba como aplastado por esta dolorosa conciencia de su debilidad; ante la necesidad se apresuró á abrir la puerta, y antes de franquear el umbral miró á Sonia. La joven estaba sentada, con los codos apoyados en una mesita y el rostro oculto entre las manos. Al ver á Raskolnikoff se levantó en seguida y fué á su encuentro, como si lo hubiese esperado.

—¿Qué habría sido de mí sin usted?—dijo vivamente, en tanto que le hacía pasar á la sala.

Según todas las apariencias, no pensaba entonces más que en el servicio que le había prestado el joven, y tenía prisa de darle las gracias. Después esperó.

Raskolnikoff se aproximó á la mesa y se sentó en la silla que la joven acababa de dejar. Sonia permaneció en pie, á dos pasos de él, exactamente como el día anterior.

—¿Habrá usted visto—dijo, advirtiendo que le temblaba la voz—que la acusación tenía por fundamento la posición social de usted y las costumbres que ella implica? ¿Lo ha comprendido usted así?

El rostro de Sonia se entristeció.

—No me hable usted como ayer, le suplico que no vuelva á empezar. He sufrido ya bastante...— Se apresuró á sonreir, temiendo que su reproche hiriese al visitante.— Hace un momento he venido á casa como una loca. ¿Qué pasa allí ahora? Yo quería volver; pero suponía que vendría usted.

Raskolnikoff le contó que Amalia Ivanovna acababa de echar de casa á los Marmeladoff, y que Catalina Ivanovna había ido á buscar justicia á cualquiera parte.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó Sonia.— ¡Vamos en seguida!—y cogió apresuradamente su manteleta.

—¡Siempre lo mismo!—replicó Raskolnikoff herido.—

Usted no piensa más que en ellos. Quédese usted un momento conmigo.

—Pero... Catalina Ivanovna...

—Catalina Ivanovna vendrá á su casa de usted. No tenga usted duda—respondió con tono de enfado el joven.— Falta de usted será si no la encuentra.

Sentóse Sonia, presa de cruel perplejidad. Raskolnikoff, con los ojos bajos, reflexionaba.

—Hoy Lujin quería, simplemente, desacreditarla á usted; lo concedo—dijo sin mirar á Sonia—; sí, le hubiera convenido meterla á usted en la cárcel, y si no hubiéramos estado allí ni Lebeziatnikoff ni yo, lo habría hecho. ¿No es así?

—Sí—dijo la joven con voz débil.— Sí—repitió maquinalmente, distraída de la conversación á causa de la inquietud que sentía.

—Podía, en efecto, no haber estado yo allí, y por casualidad también fué á casa de su madrastra de usted Lebeziatnikoff.

Sonia guardó silencio.

—Si la hubieran llevado á usted á la cárcel, ¿qué habría sucedido? ¿Se acuerda usted de lo que le dije ayer?

Sonia continuó callada, y el joven esperó un momento su respuesta.

—Pensaba que iba usted á exclamar otra vez: «¡Ah, no hable usted de eso! ¡No siga usted!»—repuso Raskolnikoff con risa un poco forzada.

—Vamos. ¿No dice usted nada?—preguntó al cabo de un minuto.— Será preciso que sostenga yo solo la conversación. Ahí tiene usted; tendría curiosidad por saber cómo resolvería usted una «cuestión», según dice Lebeziatnikoff (comenzaba á ser visible su cortedad). No; hablo seriamente. Suponga usted, Sonia, que estuviese enterada

Biblioteca Nacional de España

de antemano de todos los proyectos de Lujin; que usted supiese á dónde esos proyectos iban enderezados, á asegurar la pérdida de Catalina Ivanovna y de sus hijos, sin contar la de usted (porque usted no hace caso de sí misma para nada). Suponga usted, por consiguiente, que Poletchka fuese condenada á una existencia como la de usted; siendo esto así, si dependiese de usted hacer que pereciese Lujin, ó, lo que es lo mismo, salvar á Catalina Ivanovna y su familia, ó dejar vivo á Lujin para que cumpliese sus infames designios; contéstemе, ¿por cuál de las dos cosas se decidiría usted?

Sonia le miró con inquietud; bajo estas palabras pronunciadas con voz vacilante, adivinaba algún pensamiento lejano.

—Esperaba alguna pregunta por el estilo—dijo la joven, interrogándole con los ojos.

—Es posible; pero no importa; ¿por quién se decidiría usted.

—¿Qué intetés tiene usted en saber lo que haría en un caso que no puede presentarse?—exclamó Sonia con repugnancia.

—¿De modo que dejaría vivir á Lujin y que cometiese crímenes? Sin embargo, usted no tiene valor para optar por esa solución.

—Yo no conozco los secretos de la divina Providencia... ¿por qué me pregunta usted lo que haría en un caso imposible? ¿Cómo la existencia de un hombre puede depender de mi voluntad? ¿Quién me erige á mí en árbitro de la vida y la muerte de las personas?

—En el momento en que se hace intervenir á la divina Providencia, no hay más que hablar—replicó con tono agrio Raskolnikoff.

—¡Dígame usted lo que tenga que decirme!—exclamó Sonia angustiada.— ¿Otra vez con fuegos fatuos?... Usted ha venido sólo á atormentarme.

No pudo contenerse y se echó á llorar. Durante cinco minutos el joven la contempló con expresión sombría.

—Tienes razón, Sonia—dijo en voz baja.

Se había operado en él un brusco cambio; su aplomo fingido, el tono áspero que afectaba hacía un momento, habían desaparecido de pronto. Ahora, apenas se le oía.

—Te dije ayer que no vendría á pedir perdón, y casi con excusas he comenzado mi entrevista. Al hablarte de Lujin, me excusaba, Sonia.

Quiso sonreir; pero por más que hizo su fisonomía, permaneció triste. Bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos. De repente creyó advertir que detestaba á Sonia. Sorprendido y hasta aterrado por tan extraño descubrimiento, levantó súbitamente la cabeza y contempló fijamente á la joven. Esta fijaba en él una mirada ansiosa, en la cual había amor. El odio desapareció instantáneamente del corazón de Raskolnikoff. No era eso, se engañaba. Significaba solamente que había llegado el minuto fatal.

De nuevo ocultó su rostro entre las manos y bajó la cabeza. Palideció, se levantó, y después de haber mirado á Sonia, fué maquinalmente á sentarse en el lecho sin proferir una palabra. La impresión de Raskolnikoff era entonces exactamente la misma que había experimentado cuando en pie, detrás de la vieja, había sacado el hacha del nudo corredizo, diciendo: «No hay un instante que perder».

—¿Qué tiene usted?—preguntó Sonia sobrecogida.

El joven no pudo responder. Había contado con explicarse en muy otras condiciones, y no comprendía lo que pasaba por él. Sonia se aproximó suavemente á Raskolnikoff; se sentó á su lado en la cama, y esperó sin quitar-

Biblioteca Nacional de España

le los ojos; el corazón le latía como si fuera á romperse. La situación se hacía insoportable. Raskolnikoff volvió hacia la joven su rostro, mortalmente pálido, y movió los labios con esfuerzo como para hablar. Sonia estaba aterrada.

—¿Qué tiene usted?—replicó, apartándose un poco de él.

—Nada, Sonia; no te asustes; esto no vale la pena. Verdaderamente, es una tontería—murmuró, como hombre cuyo espíritu está ausente.— ¿Por qué he venido á atormentarte?—añadió de repente mirando á su interlocutora.— Sí, ¿por qué? No ceso de hacerme esta pregunta.

Se la había hecho quizá un cuarto de hora antes; pero en aquel momento era tal su debilidad, que apenas tenía conciencia de sí mismo; un temblor continuo agitaba su cuerpo.

—¡Cuánto sufre usted!—dijo la joven emocionada, fijando los ojos en él.

—Esto no es nada. Ve de lo que se trata, Sonia. (Durante dos segundos sonrió tristemente.) ¿Te acuerdas de lo que quería decirte ayer?

Sonia esperaba inquieta.

Te dije al separarme de ti, que quizá te decía adiós para siempre; pero que si venía hoy, te diría quién fué el que mató á Isabel.

La joven se echó á temblar.

—Pues bien; ahí tienes á lo que he venido.

—En efecto—dijo Sonia con voz temblorosa—; eso fué lo que me dijo usted ayer. ¿Cómo sabe usted eso?—añadió vivamente.

Sonia respiraba trabajosamente, y el rostro se le ponía cada vez más pálido.

—Yo lo sé.

—¿Se *le* ha encontrado?—preguntó tímidamente después de un minuto de silencio.

—No, no se *le* ha encontrado.

Durante otro minuto la joven permaneció silenciosa.

—Entonces, ¿cómo lo sabe usted?—preguntó con voz casi ininteligible.

Raskolnikoff se volvió hacia la joven y la miró con una fijeza singular.

—Adivina—dijo.

Sonia se sintió como presa de una convulsión.

—¿Por qué me asusta usted de ese modo?—preguntó con sonrisa de niño.

—Porque yo lo sé; porque estoy íntimamente relacionado con *él*—repuso Raskolnikoff, cuya mirada seguía fija en la joven, como si no tuviese fuerza para volver los ojos.— A esa Isabel no quería matarla; la mató sin premeditación... quería asesinar á la vieja cuando estuviese sola... fué á su casa; pero, cuando estaba en ella, entró Isabel y la mató.

A estas palabras siguió un silencio lúgubre; durante un minuto continuaron mirándose.

—¿De modo que no adivinas?—preguntó bruscamente, con la sensación de un hombre que se arrojase de lo alto de un campanario.

—No—balbuceó Sonia con voz apenas distinta.

—Piénsalo bien.

Al pronunciar estas palabras, Raskolnikoff experimentó en el fondo de sí mismo la impresión de frío glacial que le era tan conocida; miraba á Sonia, y acababa de encontrar en ella la expresión que ofrecía el rostro de Isabel cuando la desventurada se echó atrás ante el asesino, que avanzaba hacia ella con el hacha levantada. En aquel momento supremo Isabel levantó el brazo, como

Biblioteca Nacional de España

hacen los niños pequeños cuando tienen miedo, y, prontos á echarse á llorar, fijan una mirada aterrada é inmóvil en el objeto que les espanta. Del mismo modo el rostro de Sonia expresaba un terror indecible; también ella extendió el brazo hacia adelante, rechazando ligeramente á Raskolnikoff, y tocándole el pecho con la mano se apartó poco á poco de él, sin cesar de mirarle fijamente. Su terror se comunicó al joven, que se puso á mirarla asustado.

—¿Lo has adivinado?—murmuró por último.

—¡Dios mío!—exclamó Sonia.

Después se dejó caer sin fuerzas sobre el lecho y hundió el rostro en la almohada. Pero al cabo de un instante se levantó con rápido movimiento, se aproximó á él, y cogiéndole con las dos manos, que sus deditos estrecharon como tenazas, le dirigió una larga mirada. ¿No se había engañado? Lo esperaba todavía; pero no habría fijado los ojos en el rostro de Raskolnikoff, hasta que la sospecha, que había atravesado su alma, se cambió en certidumbre.

—¡Basta, Sonia; basta! Evítame más explicaciones—suplicó él con voz plañidera.

Lo que había pasado contrariaba todas sus previsiones, porque no era ciertamente de ese modo como pensaba él hacer la confesión de su crimen.

Sonia parecía que estaba fuera de sí. Saltó de su lecho y se fué al centro de la habitación retorciéndose las manos. Después volvió bruscamente sobre sus pasos, y se sentó, hombro con hombro, con el joven. De repente se echó á temblar, lanzó un grito, y sin saber lo que hacía cayó de rodillas delante de Raskolnikoff.

—¡Está usted perdido!—dijo la joven con acento desesperado, y levantándose de repente se arrojó á su cuello, le besó y le acarició.

Raskolnikoff se separó de ella, y contemplándola con triste sonrisa, dijo:

—No te comprendo, Sonia. Me abrazas después de haberte contado eso... No tienes conciencia de lo que haces.

La joven no oyó esta observación.

—No. No hay ahora en la tierra un hombre más desgraciado que tú—exclamó en un arrebato de piedad, y de pronto prorrumpió en sollozos.

Raskolnikoff sintió que su alma se doblegaba bajo la influencia de un sentimiento que desde hacía largo tiempo no había experimentado. No trató de luchar contra esta impresión; dos lágrimas brotaron de sus ojos y se suspendieron del borde de sus pestañas.

—¿De modo que tú no me abandonarás, Sonia?—preguntó con mirada casi suplicante.

—¡No, no! ¡Jamás, jamás!—gritó.— ¡Te seguiré, te seguiré á todas partes! ¡Oh, Dios mío!... ¡Oh, que desgraciada soy!... ¿Por qué? ¿Por qué no te he conocido más pronto? ¿Por qué no has venido antes? ¡Dios mío, Dios mío!

—Ya ves que he venido.

—¡Ahora! ¡Oh! ¿Y qué hacer ahora?... —¡Juntos, juntos!—repitió con una especie de exaltación, y se puso a abrazar al joven.— ¡Iré contigo á Siberia!

Estas palabras produjeron en Raskolnikoff una sensación penosa, y apareció en sus labios una sonrisa amarga y casi altanera.

—Es que yo no tengo deseos de ir á presidio—dijo Raskolnikoff.

Sonia volvió rápidamente hacia él los ojos.

Hasta entonces había sentido una inmensa piedad por aquel hombre desgraciado. Lo que acababa de decir el joven y el tono con que fué pronunciado, recordaron brus-

Biblioteca Nacional de España

camente á Sonia que este desgraciado era un asesino. La joven le dirigió una mirada de asombro. No sabía aún cómo, ni por qué, había llegado á convertirse en criminal. En aquel momento todas estas cuestiones se presentaban ante su espíritu, y de nuevo dudó:

«¿El, él un asesino? ¿Es posible?

—Pero esto no es verdad, ¿dónde estoy yo?—dijo, como si se hubiese creído presa de un sueño. ¿Cómo, siendo usted lo que es, ha podido resolverse á hacer eso?... ¿Pero por qué?

—Para robar. Cesa ya, Sonia—respondió con aire fatigado y algo contrariado el joven.

Sonia se quedó estupefacta; pero de repente se le escapó un grito.

—¿Tenías hambre?... ¿Era para socorrer á tu madre?... ¿Sí?

—No, Sonia, no—balbuceó bajando la cabeza.— Mi miseria no era tan grande... quería, en efecto, ayudar á mi madre... pero no es esta la verdadera razón... No me atormentes, Sonia.

—¿Pero es posible que todo esto sea real? ¡Dios mío! ¿Es esto posible? ¿Hay medio de creerlo? ¿Usted ha matado para robar? ¿Usted, que se despoja de todo en favor de los demás? ¡Ah!—exclamó Sonia de repente.— ¿El dinero que usted dió á Catalina Ivanovna?... ¿Ese dinero?... ¿Es posible que ese dinero?...

—¡No, Sonia, no!—interrumpió Raskolnikoff con viveza.— Ese dinero no procede de *aquéllo*, te lo aseguro; me lo envió mi madre cuando estaba yo malo, por medio de un comerciante, y acababa de recibirlo cuando lo di... Razumikhin lo vió. Ese dinero me pertenecía.

Sonia escuchaba perpleja y esforzándose por comprender.

—Por lo demás, en cuanto al dinero de la vieja... yo no sé lo que había—dijo vacilando—; le quité del cuello una bolsa de piel, que parecía bien repleta... pero no me enteré del contenido, sin duda porque me faltó tiempo... Me apoderé de diferentes cosas; gemelos, cadenas de reloj... Estos objetos, lo mismo que la bolsa, los oculté al día siguiente, bajo una piedra grande, en un corral situado en la perspectiva *V.* Todo ello está todavía allí.

Sonia escuchaba ávidamente.

—Pero, ¿por qué no ha tomado usted nada, puesto que mató para robar?—replicó como agarrándose á una última y muy vaga esperanza.

—No sé... no he decidido aún si tomaría ó no ese dinero—respondió Raskolnikoff con la misma voz vacilante; después se sonrió.— ¡Que historia tan tonta te acabo de contar!

«¿Estará loco?»—se preguntó Sonia.— Pero rechazó inmediatamente esta idea; no, allí había alguna otra cosa, para ella inexplicable. Decididamente no comprendía nada.

—¿Sabes lo que quiero decirte, Sonia?—repuso él con tono penetrante—; si únicamente la necesidad me hubiese conducido al asesinato—prosiguió recalcando cada una de sus palabras, y su mirada tenía algo de enigmática—, yo sería ahora *feliz*. Sábelo.

¿Qué te importa el motivo, puesto que acabo de confesarte que he obrado mal—, exclamó con desesperación un momento después.— ¿Para qué este triunfo sobre mí? ¡Ah, Sonia! ¿Es para esto para lo que yo he venido á tu casa?

La joven quiso hablar; pero se calló.

—Ayer te propuse marchar juntos, porque yo no tengo á nadie más que á ti.

Biblioteca Nacional de España

—¿Por qué querías tenerme contigo?

—No para robar ni para matar. Puedes estar tranquila—respondió Raskolnikoff con cáustica sonrisa—; nosotros no somos de la misma cepa... y mira, acabo de comprender ahora por qué te invité ayer á venir conmigo. Cuando te dirigía esta petición, no comprendía cuál era su objeto. Lo veo ahora. No tengo más que un deseo. Que tú no me dejes. ¿No me dejarás, Sonia?

La joven le apretó la mano.

—¿Y por qué? ¿Por qué le he dicho yo esto? ¿Por que le he hecho esta confesión?—exclamó él al cabo de un minuto, y la miraba con infinita compasión y su voz expresaba la desesperación más profunda—; veo que esperas mis explicaciones, Sonia; pero, ¿qué he de decirte? Nada comprenderías, y yo no haría otra cosa que afligirte cada vez más. Vamos, veo que lloras y que empiezas de nuevo á besarme; ¿por qué me besas? ¿Es porque falto de valor para llevar mi cruz, me libro así de este peso, cargando con él á otra persona? ¿Es porque he buscado en el sufrimiento ajeno un alivio á mis penas? ¿Y puedes amar á semejante cobarde?

—¿Pero no sufres tú también?—exclamó Sonia.—Hubo de nuevo un acceso de sensibilidad.

—Sonia, tengo el corazón enfermo; préstame atención: esto puede explicar multitud de cosas. Porque soy malo he venido. Hay muchos que no lo hubiesen hecho; pero yo soy cobarde é infame. ¿Por qué he venido yo? Jamás me lo perdonaré.

—No, no; has hecho bien en venir—exclamó Sonia.—Vale más que lo sepa todo; es mucho mejor.

Raskolnikoff la miró dolorosamente.

—Yo he querido ser un Napoleón... ahí tienes por qué he matado. ¿Te lo explicas ahora?

—No—respondió cándidamente Sonia con voz tímida—; pero habla, habla, yo lo comprenderé todo.

—¿Que lo comprenderás? Está bien; ya veremos.

Durante algún tiempo Raskolnikoff recogió sus ideas.

—El hecho es que me he planteado esta cuestión: Si Napoleon, por ejemplo, hubiese estado en mi lugar; si no hubiese tenido para comenzar su carrera ni Tolón, ni Egipto, ni el paso del Mont Blanc, sino que, en lugar de todas esas brillantes empresas, se hubiese encontrado en presencia de un asesinato que cometer para asegurar su porvenir, ¿hubiera renunciado á la idea de asesinar á una vieja y de robarle 3.000 rublos? ¿Hubiera pensado que tal acción era demasiado innoble y demasiado criminal? Yo me he devanado durante largo tiempo los sesos con esta pregunta y no he podido menos de experimentar un sentimiento de vergüenza, cuando he reconocido por fin, que no solamente no hubiera vacilado, sino que no hubiera comprendido la posibilidad de una vacilación. No teniendo ninguna otra salida, no se hubiera andado con escrúpulos y hubiera ido á su objeto sin el menor reparo. Desde que me hice esta reflexión ya no tenía que vacilar; me sentía cubierto por la autoridad de Napoleón... ¿Encuentras esto risible? Tienes razón, Sonia.

La joven no tenía el menor deseo de reir.

—Háblame francamente, sin ejemplos—dijo con voz tímida y apenas distinta.

Se volvió hacia ella, la miró con tristeza y la cogió las manos.

—Tienes razón, Sonia. Todo esto es absurdo, no es más que charlatanería. Mira, mi madre, como sabes, está casi sin recursos. La casualidad ha permitido que mi hermana recibiese educación y que estuviese condenada al oficio de institutriz. Todas sus esperanzas reposaban exclusiva-

Biblioteca Nacional de España

mente sobre mí. Entré en la Universidad; pero falto de medios de existencia, me vi obligado á interrumpir mis estudios. Supongamos que los hubiese continuado; pongámonos en lo mejor; hubiera podido, en diez ó quince años, ser nombrado profesor de Gimnasia ú obtener una plaza de empleado con 1.000 rublos. (Parecía que estaba recitando una lección.) Pero de aquí á entonces, los cuidados y los disgustos habrían destruído la salud de mi madre y de mi hermana... Quizá les hubiera ocurrido algo peor. Privarse de todo; dejar á mi madre en la miseria; sufrir el deshonor de mi hermana. ¿Es esto vivir? Y todo ello para llegar, ¿á qué? Después de haber enterrado á los míos, podría fundar una familia, dejando al morir, á mi mujer y á mis hijos, sin un pedazo de pan. Pues bien, yo me dije que con el dinero de la vieja cesaría de vivir á expensas de mi madre; que podría volver á entrar en la Universidad y asegurar mis comienzos en la vida. Ahí lo tienes explicado todo. Claro que he hecho mal en matar á la vieja; no hay más que hablar.

Raskolnikoff no tenía ya fuerzas, y bajó la cabeza como agobiado.

—¡Oh, no es eso; no es eso!—gritó Sonia con voz de lamento.— ¡Eso no es posible!... ¡No, no; hay alguna otra causa!...

—¡Supones que hay otra causa! Te equivocas; he dicho la verdad.

—¡La verdad! ¡Oh, Dios mío!

—Después de todo, Sonia, yo no he matado más que un gusano innoble y malo.

—Ese gusano era una criatura humana...

—Ya lo sé que no era un gusano en el sentido literal de la palabra—replicó Raskolnikoff mirándola con singular expresión.— En rigor, lo que digo no tiene sentido común—añadió—; tienes razón, Sonia; no es eso, son otros motivos los que me han impulsado. Desde hace largo tiempo no he hablado con nadie. Esta conversación me ha dado dolor de cabeza.

Los ojos le brillaban á causa de la fiebre; el delirio se había casi apoderado de él y sonreía inquietamente. Bajo su aparente animación se adivinaba verdadero cansancio. Sonia comprendió cuánto sufría. También ella comenzaba á perder la cabeza. «¡Qué lenguaje tan extraño! ¡Presentar como posibles semejantes explicaciones!» No acertaba á comprender, y se retorcía las manos en el exceso de su desesperación.

—No, Sonia, no es eso—prosiguió el joven, levantando de repente la cabeza; sus ideas habían tomado súbitamente nuevo rumbo, y había adquirido súbitamente como un renuevo de vivacidad.— No, no es eso. Cree más bien que estoy lleno de amor propio, que soy envidioso, malo, vengativo, y, además, propenso á locura. Te he dicho hace un momento que tuve que dejar la Universidad. Pues bien; quizá hubiera podido seguir asistiendo á ella. Mi madre habría pagado mis inscripciones; yo hubiera ganado con mi trabajo para vestir y sostenerme, y habría quizás llegado... Tenía lecciones retribuídas á cincuenta kopeks. Razumikhin trabaja bien; pero yo estaba exasperado y no he querido. Sí, estaba *exasperado*, esa es la palabra. Entonces me metí en mi casa como la araña en su rincón. Ya conoces mi chiribitil, has estado en él... ¿sabes tú, Sonia, que el alma se ahoga en las habitaciones bajas y estrechas? ¡Oh, lo que yo odiaba ese cuartucho! y, sin embargo, no quería salir de él; me pasaba allí días enteros, sin querer trabajar, no cuidándome ni de comer. «Si Anastasia me trae alguna cosa, comeré»—me decía.— «Si no, me pasaré sin comer.» Estaba muy irritado para

Biblioteca Nacional de España

pedir nada. Renuncié al estudio y vendí todos mis libros; una pulgada de polvo hay sobre mis notas y cuadernos. Por la noche no tenía luz. Para comprar una vela me hubiera sido forzoso trabajar, y no quería; prefería fantasear acostado en mi sofá. Inútil es decirte cuáles eran mis sueños. Entonces comencé á pensar... No, no es esto; no cuento las cosas como son. Yo me preguntaba siempre: «Puesto que los demás son tontos, ¿por qué no procurar ser más inteligente que ellos?» Entonces he reconocido, Sonia, que si se esperaba el momento en que todo el mundo fuese inteligente, sería forzoso armarse de muy larga paciencia. Más tarde me convencí de que aquel momento no llegaría jamás; de que los hombres no cambiarían, y de que se perdía el tiempo tratando de modificarlos. Sí, así es. Es su ley... Yo sé ahora, Sonia, que el amo entre ellos es el que posee una inteligencia poderosa. Quien se atreve á mucho, tiene razón á sus ojos. Quien los desafía y los desprecia, se impone á su respeto. Es lo que se ha visto y se verá siempre. Es preciso estar ciego para no admitirlo.

Mientras hablaba Raskolnikoff miraba á Sonia; pero no se inquietaba de saber si ella le comprendía. Estaba súbitamente exaltado. Desde largo tiempo no había hablado con nadie. La joven comprendió que aquel feroz catecismo eran su fe y su ley.

—Yo estoy convencido, Sonia—continuó, exaltándose cada vez más—, que el poder no se coge más que bajándose. Todo estriba en esto. Desde el día en que se me presentó esa verdad clara como el sol, he querido *atreverme*, y he matado. He tratado de hacer un acto de audacia, Sonia; tal ha sido el móvil de mi acción.

—¡Cállese usted! ¡Cállese usted!—exclamó la joven fuera de sí.— Se ha alejado usted de Dios, y Dios le ha herido y le ha entregado al demonio.

—De modo, Sonia, que cuando todas estas ideas venían á visitarme en la obscuridad de mi cuarto, era el demonio quien me tentaba, ¿no es eso?

—Cállese usted, no se ría usted, impío. No se ría; usted nada comprende. ¡Oh, Dios mío, no comprende nada!

—Cállate, Sonia. Yo no me río. Estoy seguro de que el demonio me ha impulsado. Cállate, Sonia, cállate—repetía con sombría insistencia.— Lo sé, lo sé todo. Cuanto tú pudieras decirme, me lo he dicho yo mil veces cuando estaba acostado en la obscuridad. ¡Qué de luchas interiores he sufrido! ¡Cuán insoportables me eran estos sueños, y cómo hubiera querido desembarazarme de ellos para siempre! ¿Crees tú que fuí allí como un aturdido, como un hombre sin seso? No hay tal cosa; no hay tal cosa. Procedí del modo que sabes, después de madura reflexión, y eso es precisamente lo que me ha perdido. ¿Piensas tú que yo me hago ilusiones? Cuando me interrogaba acerca de si tenía ó no derecho yo al poder, comprendía perfectamente que mi derecho era nulo, por lo mismo que lo ponía en tela de juicio. Cuando me preguntaba si una criatura humana era un gusano, me daba cuenta exacta de que no lo era para mí, sino para el audaz que no se lo hubiese preguntado y hubiese seguido su camino sin atormentarse el espíritu con semejante reflexión. En fin; el hecho solamente de plantearme este problema: «¿hubiera Napoleón matado á esa vieja?», bastaba para probarme que yo no era un Napoleón. Por último, he renunciado á buscar justificaciones sutiles. He querido matar dejándome de toda casuística; matar para mí, para mí solo. Aun en un caso como éste, he desdeñado emplear astucias con mi conciencia. ¡Si he matado, no ha sido para aliviar el infortunio de mi madre, ni para consagrar al bien de la humanidad la potencia y la riqueza que en mi pensamien-

Biblioteca Nacional de España

to debía ayudarme á conquistar este asesinato! No, no. Todo eso estaba lejos de mi espíritu en aquel momento; es lo cierto que no me inquietaba en lo más mínimo por saber si haría bien á alguno, ó si sería toda mi vida un parásito social... El dinero no ha sido para mí el principal móvil del asesinato; otra razón me determinó á ello... lo veo ahora claramente. Compréndeme; si *esto* estuviese por hacer, quizá no lo intentaría; pero entonces me corría prisa saber si era yo un gusano como los otros, ó un hombre en la verdadera acepción de la palabra. Si tenía ó no la fuerza de franquear el obstáculo. Si era yo una criatura tímida ó si tenía el *derecho*...

—¿El derecho de matar? — exclamó Sonia estupefacta.

—¡Sonia!—dijo el joven con cierta irritación. Tenía una respuesta en la punta de la lengua; pero se abstuvo desdeñosamente de formularla.

—No me interrumpas, Sonia. Quería solamente probarte una cosa: que el diablo me condujo á casa de la vieja, é inmediatamente me hizo comprender que yo no tenía el derecho de ir allí, puesto que soy un gusano, ni más ni menos que los demás. El demonio se ha burlado de mí, y por esa razón he venido á tu casa. Si yo no fuese un gusano, ¿te habría hecho esta visita? Oyeme: cuando fuí á casa de la vieja quería hacer solamente una *experiencia*, sábelo.

—¡Y ha matado usted!... ¡Y ha matado!

—Pero vamos á ver cómo he matado. ¿Es así como se mata? ¿Se hace lo que yo he hecho cuando se va á asesinar á alguien? Ya te contaré alguna vez los pormenores. ¿Acaso he matado yo á la vieja? No; es á mí á quien he matado, á quien he perdido sin remedio... En cuanto á la vieja, ha sido asesinada por el diablo, y no por mí... ¡Basta, basta, Sonia; basta! ¡Déjame!—exclamó con voz desgarradora.— ¡Déjame!

Raskolnikoff apoyó los codos sobre las rodillas y se oprimió convulsivamente la cabeza entre las manos.

—¡Qué sufrimiento!—gimió Sonia.

—¿Qué hacer ahora? dímelo—preguntó Raskolnikoff levantando repentinamente la cabeza.

Tenía las facciones terriblemente alteradas.

—¿Qué hacer?—exclamó la joven, y se lanzó hacia él con los ojos llenos de lágrimas, en los cuales brillaba extraño resplandor.—Levántate (al decir esto cogió á Raskolnikoff por el brazo; el joven se incorporó y miró á Sonia con extrañeza); ve en seguida á la próxima encrucijada; prostérnate y besa la tierra que has manchado. Después inclínate á un lado y á otro, diciendo en alta voz y á todo el mundo: «Yo he matado». Dios entonces te devolverá la vida. ¿Irás? ¿Irás? —le preguntó la joven temblando y apretándole las manos con fuerza centuplicada, mientras fijaba en él sus ojos ardientes.

La súbita exaltación de Sonia sumió á Raskolnikoff en un estupor profundo.

—¿Quieres que vaya á presidio, Sonia? ¿Es menester que me denuncie? ¿No es eso?—dijo sombríamente.

— Es menester que aceptes la expiación y que, mediante ella, te redimas.

—No, no iré á denunciarme, Sonia.

—¿Y vivir? ¿Cómo vivirás?—replicó la joven con fuerza.— ¿Ahora es eso posible? ¿Cómo podrás sostener la mirada de tu madre? ¡Oh! ¿qué será de ellas ahora? ¿Pero qué es lo que digo? Has dejado ya á tu madre y á tu hermana. Por esa razón has roto los lazos que te unían con tu familia. ¡Oh, Dios mío!—exclamó— ¡El comprende

Biblioteca Nacional de España

todo esto! ¿Cómo estar fuera de la sociedad humana? ¿Qué va á ser de ti ahora?

—Se razonable, Sonia—dijo dulcemente Raskolnikoff.—¿Por qué he de ir á presentarme á la policía? ¿Qué he de decir á esa gente? Todo esto no significa nada... Ellos mismos degüellan á millones de hombres y fundan en degollarlos su mérito. Son bribones y cobardes, Sonia... No iré. ¿Qué tendría que decirles? Que he cometido un asesinato y que, no atreviéndome á aprovecharme del dinero robado, lo he ocultado bajo una piedra—añadió con amarga sonrisa.— Se burlarán de mí; dirán que soy un imbécil por no haber hecho uso de lo robado; que soy un imbécil y un mandria. Ellos, Sonia, no me comprenderán. Son incapaces de comprenderme; ¿por qué he de ir á entregarme? No iré, no. Se razonable, Sonia.

—¡Soportar semejante peso! ¡Durante toda la vida, durante toda la vida!

—Ya me acostumbraré—respondió el joven con expresión huraña.— Escucha—dijo un momento después.—Basta de lloriqueos; tiempo es ya de que hablemos formalmente. He venido á decirte que en estos momentos se me busca y van á detenerme.

—¡Ah!—exclamó Sonia espantada.

—¿De qué te asustas? ¿No deseas que vaya á presidio? ¿De qué, pues, te espantas? Solamente que aún no me han cogido. Yo les daré que hacer y nada conseguirán. No tienen indicios positivos. Ayer corrí un gran peligro y llegué á creer que todo estaba terminado. Por hoy se ha evitado el mal. Sus pruebas tienen dos diferentes fines; es decir, que los cargos formulados contra mí, pueden ser explicados en favor mío. ¿Me comprendes? No me será difícil hacerlo, porque he adquirido experiencia. Pero de seguro van á meterme en la cárcel. Sin una circunstancia fortuita, es muy posible que se me hubiera encerrado ya, y corro peligro de estarlo antes de que termine el día. Esto no significa nada, Sonia; me detendrán; pero se verán obligados á soltarme, porque no tienen verdaderas pruebas, y te doy mi palabra de que no las tendrán. Con simples presunciones, como son las suyas, no se puede condenar á un hombre. ¡Ea, basta! Quería solamente prevenirte. En cuanto á mi madre y á mi hermana, me arreglaré de modo que no se inquietarán. Creo que mi hermana está ahora al abrigo de la miseria; puedo estar tranquilo en lo que se refiere á mi madre. Ya lo sabes todo. Se prudente. ¿Vendrás á verme cuando esté preso?

—¡Ah, sí, sí!

Estaban sentados uno al lado del otro; tristes y abatidos como dos náufragos arrojados por la tempestad en una playa desierta. Contemplando á Sonia Raskolnikoff, comprendió cuánto le amaba la joven, y, cosa extraña, aquella ternura inmensa de la cual se veía objeto, le causó de repente una impresión dolorosa. Había ido á casa de Sonia, pensando que su sola esperanza, su solo refugio, era ella; había cedido á la necesidad irresistible de desahogar su pena, y ahora que la joven le había dado todo su corazón, se confesaba que era infinitamente más desgraciado que antes.

—Sonia—dijo Raskolnikoff—, es mejor que no vengas á verme durante mi detención.

Sonia no respondió. Lloraba. Pasaron algunos minutos.

—¿Llevas alguna cruz encima?—preguntó inopinadamente, como herida de súbita idea. Al pronto el joven no comprendió la pregunta.

—No, no la tienes. Pues bien, toma ésta, es de madera de ciprés. Yo tengo otra de cobre que era de Isabel. Hici-

Biblioteca Nacional de España

mos un cambio, ella me dió una cruz y yo la di una imagen. Quiero llevar ahora la cruz de Isabel y que tú lleves ésta. Tómala... es la mía—insistió.— Juntos iremos por el camino de la expiación; juntos llevaremos la cruz.

—Tráela—dijo Raskolnikoff para no disgustarla, y extendió la mano; pero la retiró casi en seguida.— Ahora no, Sonia; más tarde será mejor—añadió á manera de concesión.

—Sí, sí, más tarde—respondió vivamente—; te la daré en el momento de la expiación. Vendrás á mi casa, te la pondré al cuello, diremos una oración y partiremos.

En el mismo instante sonaron tres golpes á la puerta.

—¿Puedo entrar, Sofía?—dijo una voz afable y muy conocida.

Sonia, inquieta, corrió á abrir. El que llamaba no era otro que el señor Lebeziatnikoff.

V

Andrés Semenovitch tenía el rostro alterado.

—Vengo á buscar á usted, Sofía... perdóneme usted... Esperaba encontrarle aquí—dijo bruscamente á Raskolnikoff.— Es decir, nada malo me imaginaba... No vaya usted á creer... pero precisamente pensaba... Catalina Ivanovna ha vuelto á su cuarto; está loca—dijo dirigiéndose de nuevo á Sonia.

—La joven lanzó un grito.

—Por lo menos está trastornada. No sabemos qué hacer con ella. La han echado del sitio adonde había ido, quizá dándola de golpes... Así por lo menos parece... Fué después á casa del jefe de Marmeladoff, y no lo encontró. Comía en casa de uno de sus colegas. En seguida, ¿querrá usted creerlo? se fué al domicilio del otro general, porfiando que quería ver al jefe de Marmeladoff, que estaba sentado á la mesa. Como era natural, la echaron á la calle. Cuentan que la llenaron de injurias y aun que le tiraron no sé qué cosa á la cabeza. Es raro que no la hayan llevado á la cárcel. Expone ahora sus proyectos á todo el mundo, incluso á Amalia Ivanovna; pero es tanta su agitación, que no se puede sacar gran cosa del flujo de sus palabras... ¡Ah, sí! Dice que como no le queda ningún recurso, va á dedicarse á tocar el organillo por las calles, y que sus hijos cantarán y baila-

Biblioteca Nacional de España

rán para solicitar la caridad de los transeuntes; que todos los días irá á colocarse bajo las ventanas de la casa del general... «Se verá—dice—á los hijos de una familia noble, pedir limosna por las calles.» Pega á los niños y les hace llorar. Enseña la *Petit ferme* á Alena, y al mismo tiempo da lecciones de baile al niño y á Poletchka... Deshace sus vestidos para improvisar trajes de saltimbanquis, y, á falta de organillo, quiere llevar una cubeta para dar golpes en ella... No tolera que se le haga ninguna observación... no puede usted imaginarse cosa semejante.

Lebeziatnikoff hubiese hablado mucho más; pero Sonia, que le había escuchado respirando apenas, cogió de repente el sombrero y la manteleta, y se lanzó fuera de la sala, poniéndose estas prendas conforme iba andando. Los dos jóvenes salieron detrás de ella.

—Está positivamente loca—dijo Andrés Semenovitch á Raskolnikoff.— Para no asustar á Sonia he dicho solamente que parecía trastornada; pero no hay duda, está loca rematada. Creo que suelen formarse tubérculos en el cerebro de los tísicos; es una lástima que yo no sepa Medicina. He tratado de convencer á Catalina Ivanovna, pero no hace caso de nada.

—¿Le ha hablado usted de tubérculos?

—No, precisamente de tubérculos, no; claro es que no me hubiera entendido. Pero vea usted lo que yo pienso. Si con el auxilio de la lógica usted persuade á uno que, en rigor, no tiene motivo para llorar, no llorará. Esto es claro; ¿por qué había de continuar llorando? ¿No le parece á usted?

—Si así fuese, la vida sería muy fácil—respondió Raskolnikoff.

Al llegar cerca de su casa saludó á Lebeziatnikoff con un movimiento de cabeza, y subió á su cuarto.

Cuando estuvo en el Raskolnikoff, se preguntó por qué había venido allí. Contemplaba la tapicería amarillenta y desgarrada; el polvo, el sofá que le servía de cama... Del patio llegaba sin cesar un ruido seco, semejante al de un martillo, estaban, sin duda, clavando clavos; se aproximó á la ventana, se empinó sobre la punta de los pies y miró largamente el patio con extraordinaria atención, pero no vió á nadie. A la izquierda había algunas ventanas abiertas. Veíanse varias macetas de geránios sobre los antepechos, en los cuales había ropa tendida... Había visto todo esto cien veces. Dejo su puesto de observación y se sentó en el sofá.

Jamás había experimentado tan terrible sensación de aislamiento. Sentía de nuevo que quizá, en efecto, detestaba á Sonia, y que la detestaba después de haber aumentado su desgracia. ¿Por qué había ido á hacerla llorar? ¿Qué necesidad tenía de emponzoñar su vida? ¡Oh, cobardía!

«Estaré solo—se dijo resueltamente—, y ella no vendrá á verme á la prisión.»

Cinco minutos después levantó la cabeza, y una idea que se le ocurrió de repente le hizo sonreir: «Quizá sea, en efecto, mejor que vaya á presidio»—pensaba.

¿Cuánto tiempo duró este sueño? No pudo jamás recordarlo. Súbitamente la puerta se abrió, dando paso á Advotia Romanovna La joven se detuvo en el umbral y le miró como poco antes había él mirado á Sonia. Después se le aproximó y se sentó en una silla frente á él, en el mismo sitio que la víspera. Raskolnikoff la miró en silencio, sin que en sus ojos se pudiese leer ninguna idea.

—No te incomodes, hermano mío. Sólo voy á estar un minuto—dijo Advotia.— Su fisonomía estaba seria, pero no severa, y su mirada era dulcemente límpida.

Biblioteca Nacional de España

Raskolnikoff comprendió que la mirada de su hermana era dictada por el afecto.

—Hermano mío, lo sé todo, todo. Demetrio Razumikhin me lo ha contado. Se te persigue, se te atormenta, eres objeto de sospechas tan insensatas como odiosas. Demetrio Razumikhin asegura que nada tienes que temer y que haces mal en afectarte hasta ese punto. No soy de su opinión; me explico perfectamente el desbordamiento de indignación que se ha producido en ti; que tu vida entera se resienta de este golpe, eso es lo que yo temo. Nos has dejado. No juzgo tu resolución, no me atrevo á juzgarla, y suplico que me perdones los reproches que te he dirigido. Comprendo que si estuviera en tu lugar haría lo que tú haces, me desterraría del mundo. Yo procuraré que mi madre lo ignore; pero la hablaré sin cesar de ti, y le diré de tu parte que no tardarás en venir á verla. No te inquietes por ella, yo la tranquilizaré; pero tú, por tu parte, no la causes pena. Ve, aunque no sea más que una vez. Considera que es tu madre. Mi solo objeto al hacerte esta visita, ha sido el de decirte—acabó Advotia, levantándose—, que si por casualidad tienes necesidad de mí, sea para lo que fuere, soy tuya en la vida y en la muerte. Llámame. Vendré. Adiós—volvió la espalda y se dirigió á la puerta.

—Advotia—dijo Raskolnikoff levantándose y acercándose á su hermana.—Razumikhin es un hombre excelente.

Advotia se ruborizó un poco.

—¿Y qué?—preguntó la joven después de un minuto de espera.

—Es un hombre activo, laborioso y capaz de grandes afectos... Adiós, hermana.

La joven se puso encendida como la grana; pero en seguida sintió súbito temor...

—¿Pero es que nos separamos para siempre? Tus palabras son una especie de testamento.

—No hagas caso. Adiós.

Se alejó de ella y se dirigió á la ventana. La joven esperó un momento; le miró con inquietud y se retiró conmovida.

No, no era indiferencia lo que experimentaba respecto de su hermana. Hubo un momento, el último, en que sintió violentos deseos de estrecharla entre sus brazos, de despedirse de ella y de decírselo todo; no se resolvió, sin embargo, ni aun á tenderle la mano.

«Más tarde se estremecería con este recuerdo y pensaría que le he robado un beso.»

«Y, además, ¿soportaría semejante confesión?»—añadió mentalmente algunos minutos después.—«No, no la soportaría; *estas mujeres* no saben soportar nada—y su pensamiento se fijó en Sonia.»

Por la ventana entraba agradable fresco. El día terminaba. Raskolnikoff cogió bruscamente la gorra y salió.

Sin duda no podía ni quería ocuparse de su salud. Pero aquellos terrores, aquellas angustias continuas, por fuerza habían de tener sus consecuencias, y si la fiebre no se había apoderado de él, era acaso merced á la fuerza ficticia que le prestaba momentáneamente su agitación moral.

Se puso a vagar sin objeto. Se había puesto el sol. Desde hacía algún tiempo, Raskolnikoff experimentaba un sufrimiento que, sin ser particularmente agudo, se presentaba, sobre todo, con carácter de continuidad. Entrevela largos años pasados con mortal angustia. La eternidad en el espacio de un pie cuadrado. De ordinario era por la noche cuando este pensamiento le preocupaba más. «Con el estúpido malestar físico que produce la puesta del sol, ¿cómo no hacer tonterías? Iré, no solamente á casa de

Biblioteca Nacional de España

Sonia, sino á casa de Dunia»—murmuraba con voz irritada.

Oyó que le llamaban y se volvió. Lebeziatnikoff corría detrás de él.

—He ido á su casa de usted; le buscaba. Ha puesto en ejecución su programa. Se ha echado á la calle con sus hijos: á Sofía y á mí nos ha costado mucho trabajo encontrarla. Va dando golpes en una sartén, haciendo bailar á los niños. Los pobrecillos lloran. Se detienen en las encrucijadas y á la puerta de las tiendas. Llevan detrás una caterva de imbéciles. Vamos de prisa.

—¿Y Sonia?...—preguntó con inquietud Raskolnikoff, que se apresuró á seguir á Andrés Semenovitch.

—Ha perdido la cabeza. Es decir, no es Sofía quien ha perdido la cabeza, sino Catalina Ivanovna. Por lo demás, puede decirse lo mismo de Sofía. En cuanto á Catalina Ivanovna, es la locura completa. Le aseguro á usted que está positivamente herida de enajenación mental. Van á llevarla á la prevención, y calcule usted el efecto que esto habrá de producirle. Están ahora cerca del canal; al lado del puente ***; no lejos de la casa de Sonia. Vamos á llegar en seguida.

En el canal, á poca distancia del puente, había un grupo, compuesto en gran parte de chiquillos y chiquillas. La voz ronca y rechinante de Catalina Ivanovna se oía ya en el puente.

La verdad es que el espectáculo era lo suficientemente extraño para llamar la atención. Tocada con un mal sombrero de paja, vestida con su viejo traje, se había echado sobre los hombros un chal de paño. Catalina Ivanovna justificaba plenamente las palabras de Lebeziatnikoff. Estaba quebrantada, jadeante. Su rostro de tísica manifestaba más sufrimiento que nunca; los tísicos, al sol y en la

calle, tienen siempre peor cara que en su casa; pero no obstante su debilidad, era presa de una excitación que iba en aumento de minuto en minuto. Se lanzaba sobre sus hijos y los traqueteaba con vivacidad. Se ocupaba allí, delante de todo el mundo, de su educación coreográfica y musical. Les recordaba por qué razón era preciso cantar y bailar, y después, indignada de verlos tan poco inteligentes, empezaba á pegarles. Interrumpía sus ejercicios para dirigirse al público; veía en el grupo un hombre vestido con alguna decencia, y se apresuraba á explicarle á qué extrema miseria estaban reducidos los hijos de una familia noble, y hasta podía decirse aristocrática. Si oía risas y frases burlonas, se encaraba al punto con el insolente y se ponía á querellarse con él. El caso es que muchos se burlaban, otros movían la cabeza. Todos, en general, miraban curiosamente á aquella loca rodeada de niños asustados. Lebeziatnikoff se había engañado al hablar de la sartén; por lo menos Raskolnikoff no la vió. Para hacer el acompañamiento, Catalina Ivanovna llevaría el compás con las manos, mientras que Poletchka cantaba y Alena y Kolia danzaban. Algunas veces trataba de cantar ella; pero regularmente desde la segunda nota era interrumpida por un acceso de tos; entonces se desesperaba, maldecía su enfermedad y no podía contener el llanto.

Lo que sobre todo la ponía fuera de sí, eran las lágrimas de Alena y Kolia. Según dijo Lebeziatnikoff, había tratado de vestir á sus hijos como se visten los cantadores de las calles. El muchachillo llevaba en la cabeza una especie de turbante rojo y blanco, á la turca. Faltándole tela para hacer un traje á Alena, su madre se había limitado á ponerla el gorro de dormir de Marmeladoff. Este gorrete estaba adornado con una pluma blan-

Biblioteca Nacional de España

ca de avestruz, que había pertenecido á la abuela de Catalina, y que ésta había conservado hasta entonces en su baúl como precioso recuerdo de familia. Poletchka llevaba la ropa de todos los días. No se separaba de su madre, cuya perturbación intelectual adivinaba, y mirándola tímidamente trataba de ocultarle sus lágrimas. La niña estaba espantada al verse allí, en la calle, en medio de aquella multitud. Sonia no se apartaba de Catalina Ivanovna y le suplicaba llorando que se volviese á su casa; pero Catalina Ivanovna permanecía inflexible.

—¡Cállate, Sonia!—vociferaba tosiendo.— No sabes lo que dices; eres lo mismo que una chiquilla. Ya te he dicho que no vuelvo á casa de esa borracha alemana. Que todo el mundo, que todo San Petersburgo, vea reducidos á la mendicidad á los hijos de un padre noble que ha servido lealmente toda su vida y que puede decirse que ha muerto en el servicio.

A Catalina Ivanovna se le había metido esta idea en la cabeza, y hubiera sido imposible sacársela.

—Que ese pillo de general sea testigo de nuestra desgracia. Pero tú eres tonta, Sonia; ¿y comer? Ya te hemos explotado bastante, y no quiero explotarte más. ¡Ah, señor Raskolnikoff, es usted?—gritó reparando en el joven, y se lanzó hacia él—; haga usted comprender, yo se lo suplico, á esta tontuela, que he tomado la más sabia determinación que podía tomar. ¿No se da limosna á los que tocan el organillo? No les costará trabajo diferenciarnos de ellos. Al primer golpe de vista se reconocerá en nosotros una familia noble caída en la miseria, y ese bribón de general perderá su puesto; ya lo verá usted. Iremos todos los días á ponernos bajo sus ventanas; pasará el emperador, y yo me pondré de rodillas delante de él y le mostraré á mis hijos. «¡Padre, protégenos!»—le diré. El es

el padre de los huérfanos; es misericordioso; nos protegerá, ya lo verá usted, y ese horrible general... Alena, ponte derecha; tú, Kolia, vas á empezar de nuevo este paso. ¿Por qué estás lloriqueando? ¿No va á terminar esto nunca? Vamos á ver: ¿de qué tienes tú miedo, imbecil? ¡Dios mío! ¿Qué hacer con ellos? ¡Si supiese usted qué cerrados son de mollera! No hay medio de que hagan nada.

Tenía casi las lágrimas en los ojos, lo que no la impedía hablar sin detenerse, mientras mostraba á Raskolnikoff los niños desconsolados. El joven trató de persuadirla de que se fuese á su casa, y creyendo interesar su amor propio, le hizo observar que no era conveniente andar rodando por las calles como los organilleros, siendo así que se proponía abrir un colegio para las señoritas nobles.

—¡Un colegio! ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene chiste!—exclamó Catalina Ivanovna, á quien después de reírse le dió un violento golpe de tos—; no, señor Raskolnikoff; ese sueño se ha desvanecido. Todo el mundo nos ha abandonado y, ¡ese general!... ¿Sabe usted lo que he hecho, señor Raskolnikoff? Le he tirado á la cara el tintero que estaba sobre una mesa de la antesala, al lado del papel en que los visitantes escriben sus nombres. Después de haber puesto el mío he tirado el tintero y me he escapado. ¡Oh, los cobardes; los cobardes! pero yo me burlo de ellos. Ahora yo mantendré á mis hijos y no tendré que humillarme ante nadie. Ya la hemos martirizado bastante—añadió mostrando á Sonia.— Poletchka, ¿cuánto dinero hemos recogido? Enséñame la colecta. ¿Cómo? ¿En junto dos kopeks? ¡Ladrones! Nada, nada, y se contentan con seguirnos sacándonos la lengua. ¡Oiga! ¿De qué se ríe ese animal? (Señalaba un hombre del grupo.) La culpa la tiene Kolia; su torpeza es causa de que se burlen de nosotros. ¿Qué quieres Poletchka? Háblame en francés. Te he dado leccio-

Biblioteca Nacional de España

nes; sabes algunas frases... Sin eso, ¿cómo habrá de reconocerse que pertenecéis á una familia noble, que sois niños bien educados y no vulgares músicos callejeros. Dejaremos á un lado las canciones triviales; cantaremos sólo nobles romances... ¡Ah, sí! Manos á la obra; ¿qué vamos á cantar? Ustedes me interrumpen siempre y nosotros... vea usted, señor Raskolnikoff, nos hemos detenido aquí para elegir nuestro repertorio; porque, como usted comprenderá, esto nos ha cogido desprevenidos, no teníamos nada preparado y nos hace falta un ensayo previo. Después nos dirigiremos á la perspectiva Neusky; hay allí muchas más personas de buena sociedad. Se nos echará de ver inmediatamente. Alena sabe *La petite ferme*, sólo que *La petite ferme* comienza á ser un martinete insoportable; por todas partes se oye. Es menester una cosa más distinguida. Pues bien, Poletchka, dame una idea, ven en ayuda de tu madre; yo no tengo memoria. ¿No podríamos cantar *El húsar apoyado en su sable?* No; será mejor que cantemos en francés *Cinco sueldos*, os lo he enseñado; lo sabéis. Como es una canción francesa, se verá en seguida que pertenecéis á la nobleza, y esto impresionará mucho al público. Podremos cantar también *Mambrú se fué á la guerra*, tanto más cuanto que esta canción es absolutamente infantil y se emplea en todas las casas aristocráticas para dormir á los niños. Y dicho esto comenzó á cantar:

«Mambrú se fué á la guerra,
no sé cuándo vendrá»;

pero no, es mejor *Cinco sueldos*. Vamos, Kolia, ponte la mano en la cadera; vamos, pronto. Tú, Alena, ponte enfrente de él. Poletchka y yo haremos el acompañamiento:

«Cinco sueldos, cinco sueldos
para poner nuestra casa».

Poletchka, levántate la ropa, que se te baja de los hombros—advirtió mientras tosía.— Ahora se trata de que os presentéis convenientemente y que mostréis la finura de vuestro pie, para que se vea que sois hijos de gentilhombre. ¡Otro soldado! ¡Eh! ¿Qué es lo que quieres?

Un guardia de Seguridad se abrió paso entre la gente, y al mismo tiempo un señor de unos cincuenta años y de aspecto grave, que llevaba bajo el abrigo un uniforme de funcionario, se aproximó también al grupo. El recién venido, cuyo rostro expresaba sincera compasión, llevaba una cruz, circunstancia que causó gran placer á Catalina Ivanovna, y no dejó de producir bastante buen efecto en el guardia de Seguridad. El señor condecorado alargó á Catalina Ivanovna un billete de tres rublos. Al recibir esta dádiva, la pobre loca se inclinó con la cortesía ceremoniosa de una mujer del gran mundo.

—Doy á usted las gracias, señor—empezó á decir con un tono lleno de dignidad.— Las causas que nos han conducido... Toma el dinero, Poletchka. ¿Lo ves? Hay hombres generosos y magnánimos, prontos á socorrer á una noble dama que ha caído en la desgracia. Los huérfanos que tiene usted delante, señor, son de raza noble. Puede decirse que están emparentados con la más elevada aristocracia... y ese general estaba ya disponiéndose á comer... Ha dado patadas en el suelo porque yo me permitía molestarle. Excelencia, le he dicho: Usted ha conocido á Marmeladoff. Ampare usted á sus huérfanos. El día de su entierro, su hija ha sido calumniada por un malvado... ¿Aún está ahí ese soldado? Protéjame usted—gritó, dirigiéndose al funcionario—; ¿por qué ese soldado se ensaña conmigo? Se nos ha echado ya de la calle de los Burgueses. ¿Qué es lo que quieres, imbécil?

Biblioteca Nacional de España

—Está prohibido dar escándalo en las calles. Suplico á usted que guarde más compostura.

—Tú si que no tienes compostura. Estoy en el mismo caso que los organilleros. Déjame en paz.

—Los organilleros tienen permiso. Usted no lo tiene, y es causa de que la gente forme grupos en las calles. ¿Dónde vive usted?

—¡Cómo! ¿Una autorización?—vociferó Catalina Ivanovna.— Acabo de enterrar á mi marido; ¿no es esta una autorización?

—Señora, señora; tranquilícese usted—dijo el funcionario—; venga usted conmigo. Yo la acompañaré. No es el sitio de usted entre esta gente... Está usted mala.

—¡Ah, señor, señor; si usted supiese!—exclamó Catalina Ivanovna.— Tenemos que ir á la perspectiva Neusky. ¿Por dónde andas, Sonia? También está llorando... ¿Pero qué les pasa á ustedes?... ¡Kolia, Alena! ¿Dónde estáis?—dijo con repentina inquietud—; ¡tontos de chiquillos! ¡Kolia, Alena! ¿En dónde se han metido?

Viendo á un soldado que trataba de detenerlos, Kolia y Alena, ya muy aterrados con la presencia de la multitud y las excentricidades de su madre, se habían sentido acometidas de un terror loco. La pobre Catalina Ivanovna, llorando y gimiendo, se lanzó en su persecución; Sonia y Poletchka corrieron detrás de ella.

—Hazlos volver, Sonia; llámalos. ¡Oh, qué hijos tan tontos y tan ingratos!... Poletchka, alcánzalos; es por vosotros por lo que yo...

Conforme corría tropezó en un obstáculo y cayó.

—¡Se ha herido! ¡Está bañada en sangre!—gritó Sonia inclinándose hacia su madrastra.

No tardó en formarse un gran grupo alrededor de las

mujeres, Raskolnikoff y Lebeziatnikoff, así como del funcionario y el guardia de Seguridad.

—Retírense ustedes, retírense ustedes—decía sin cesar este último, tratando de restablecer la circulación.

Examinando detenidamente á Catalina Ivanovna, se veía claramente que no estaba herida, como había temido Sonia, y que la sangre con que había manchado el suelo la había echado por la boca.

—Sé lo que es esto—murmuró el funcionario al oído de los dos jóvenes. Es efecto de la tisis; la sangre brota de este modo y produce la asfixia. No hace mucho tiempo he visto un caso parecido; una de mis parientes echó también cuartillo y medio de sangre... de repente... ¿Qué hacer? Esta señora se está muriendo.

—Aquí, aquí, á mi casa—suplicó Sonia—; vivo aquí al lado. La segunda casa; pronto, pronto. Vayan ustedes por un médico. ¡Oh, Dios mío!—repetía asustada, yendo de un lado para otro.

Gracias á la activa intervención del funcionario, se arregló este asunto. El guardia de Seguridad ayudó á transportar á Catalina Ivanovna. Esta estaba como muerta cuando se la depositó en la cama de Sonia. Continuó la hemorragia durante algún tiempo; pero poco á poco la enferma pareció volver en sí. En la habitación entraron, además de Sonia, Raskolnikoff, Lebeziatnikoff y el funcionario. El guardia de Seguridad se reunió á ellos después de haber dispersado á los curiosos, muchos de los cuales habían acompañado el triste cortejo hasta la puerta.

Poletchka llegó conduciendo á los dos fugitivos, que temblaban y lloraban. También acudieron los Kapernumoff, el sastre cojo y tuerto. Era un tipo extraño, con el pelo y las patillas de pelos tiesos, como cerdas de puerco; su mujer parecía asustada; pero este era su aspecto ordi-

Biblioteca Nacional de España

nario. El rostro de los chicos sólo expresaba estúpida sorpresa. Entre los presentes apareció rápidamente Svidrigailoff. Ignorando que vivía en esta casa y no acordándose de haberle visto en el grupo Raskolnikoff, se asustó mucho de verle allí.

Se habló de llamar á un clérigo y á un médico. El funcionario juzgaba, en las actuales circunstancias, inútiles los recursos de la ciencia, y así se lo dijo por lo bajo á Raskolnikoff; sin embargo, hizo todo lo necesario para procurárselos á la enferma. Kapernumoff en persona se encargó de ir á buscar un médico. En tanto Catalina Ivanovna estaba un poco más tranquila y la hemorragia había cesado momentáneamente. La infeliz fijó una mirada triste, pero penetrante, sobre la pobre Sonia, que pálida y temblorosa le enjugaba la frente con un pañuelo. La enferma pidió que se la incorporase, y la sentaron en el lecho, sosteniendola de uno y otro lado.

—¿En dónde están los niños?—preguntó con voz débil.— ¿Los ha traído Poletchka? ¡Oh, los imbéciles! Decid, ¿por qué habéis echado á correr?... ¡Oh!

La sangre cubría sus labios desecados. La enferma miró en derredor suyo.

—¿Es así como vives, Sonia? Ni una sola vez había venido á tu casa... Ha sido menester lo que ha sucedido para que me conduzcan aquí.

Al decir esto dirigió á la joven una mirada de conmiseración.

—Te hemos estrujado, Sonia... Poletchka, Alena, Kolia, venid aquí... ahí los tienes Sonia, cógelos á todos. Los pongo entre tus manos... yo, yo ya tengo bastante... el baile ha terminado ya... ¡Soltadme, dejadme morir tranquilamente!

Se la obedeció y la enferma se dejó caer sobre la almohada.

—¿Cómo un clérigo?... Yo no tengo necesidad de él. ¿Teneis acaso gana de tirar un rublo? No tengo pecados sobre mi conciencia... y aunque los tuviera, Dios debe perdonarme... Él sabe lo que yo he sufrido. Si no me perdona, tanto peor.

Cada vez se turbaban más sus ideas. De cuando en cuando temblaba, miraba en derredor suyo y reconocía durante un minuto á los que la rodeaban; pero en seguida volvía á apoderarse de ella el delirio. Respiraba penosamente y se oía como el ruido de un hervor en su garganta.

—Ya lo he dicho, excelencia—gritaba deteniéndose á cada palabra—; aquella Amalia Federovna... ¡Ah! Alena, Kolia... la mano en la cadera. ¡Vivo, vivo! ¡Deslizáos! Llevad el compás con los pies; así, con gracia.

«Tienes diamantes y perlas...»

¿Qué sigue? Eso, eso es lo que debe cantarse.

«Tienes hermosos los ojos.
¿Qué puedes pedir, oh, niña?»

¿Qué, puede pedir más esa imbécil?

«De Daghestan en un valle
que el sol con sus fuegos quema.»

—¡Oh! ¡Cómo me gustaba; cómo me gustaba este romance!... Deliraba por él...» Tu padre lo cantaba antes de nuestro matrimonio... ¡Qué días aquellos!... Eso es lo que deberíamos cantar... ¡Oh, sí! ¿Cómo era, cómo era? Se me ha olvidado. Recordármelo en seguida...

Presa de una agitación extraordinaria, pugnaba por incorporarse en el lecho; al cabo, con voz ronca, cascada, siniestra, comenzó tomando aliento después de cada palabra, en tanto que su rostro expresaba un terror creciente:

Biblioteca Nacional de España

«De Daghestan en un valle...
Que el sol... con sus rayos quema
con una bala en el pecho...»

De pronto, Catalina Ivanovna rompió á llorar, y, con angustia conmovedora, exclamó:

—Excelencia..., proteja usted á los huérfanos, aunque no sea más que recordando la hospitalidad que usted recibió en casa de Marmeladoff... hasta puede decirse aristocrática... ¡Ah!—exclamó temblando de repente, y como tratando de recordar en dónde se encontraba. Miró con angustia á todos los presentes, y, al reparar en Sonia, pareció sorprendida de verla allí. —¡Sonia! ¡Sonia!—dijo con voz dulce y tierna.—¡Sonia querida! ¿Estás aquí?—La incorporaron de nuevo. —¡Basta, todo ha terminado! ¡Ha reventado la bestia!—gritó la enferma con acento de horrible desesperación, y dejó caer la cabeza en la almohada.

Catalina Ivanovna se adormeció otra vez; pero no fué por mucho tiempo. Su rostro, amarillento y descarnado, se echó hacia atrás, abrió la boca, extendió convulsivamente las piernas, lanzó un suspiro profundo y murió.

Sonia, más muerta que viva, se precipitó sobre el cadáver, le estrechó entre sus brazos, y apoyó la cabeza en el consumido pecho de la difunta. Poletchka se puso sollozando á besar los pies de su madre. Kolia y Lena, demasiado pequeños para comprender lo que había ocurrido, no por eso dejaban de tener el sentimiento de una catástrofe. Se echaron mutuamente los brazos al cuello, y, después de haberse mirado fijamente, comenzaron á gritar. Los dos chiquillos estaban aún vestidos de saltimbanquis: el uno tenía puesto su turbante; la otra su gorro de dormir, adornado con la pluma de avestruz.

¿Por qué casualidad estaba sobre el lecho, al lado de Catalina Ivanovna, el certificado honorífico? Se hallaba allí, sobre la almohada; Raskolnikoff lo vió. El joven se dirigió á la ventana, y Lebeziatnikoff se apresuró á juntarse con él.

—¡Ha muerto!—dijo Andrés Semenovitch.

Svidrigailoff se aproximó á ellos.

—Señor Raskolnikoff, desearía decirle á usted dos palabras.

Lebeziatnikoff cedió el puesto, y se retiró discretamente. Sin embargo, Svidrigailoff creyó conveniente conducir á un rincón á Raskolnikoff, á quien preocupaban aquellas precauciones.

—De todos estos asuntos, es decir, del entierro y de lo demás, yo me encargo. Ya sabe usted que todo esto cuesta dinero, y, como ya le he dicho, el que tengo no me sirve para nada. A esta Poletchka y á estos dos pequeños los haré entrar en un colegio de huérfanos, en donde estarán bien, y entregaré una suma de mil quinientos rublos en nombre de cada uno de ellos, hasta su mayor edad, para que Sofía Marmeladoff no tenga que ocuparse de sus hermanos. En cuanto á esa joven, la retiraré del cenagal en que se halla, porque es una excelente muchacha, ¿no es verdad? Bueno, puede usted decir á Advotia Romanovna qué empleo he hecho de su dinero.

—¿Por qué es usted tan generoso?—preguntó Raskolnikoff.

—¡Qué escéptico es usted!—dijo Svidrigailoff.— Le dije que no necesitaba ese dinero. Pues bien: lo hago por humanidad. Después de todo—añadió señalando el rincón en que reposaba la muerta—, esta mujer no es un gusano, como cierta vieja usurera. ¿Conviene usted en que sería mejor que muriese ella y que Lujin viviese para cometer infamias? Sin mi ayuda, Poletchka sería condenada á la misma existencia de su hermana.

Biblioteca Nacional de España

Su tono, alegremente malicioso, estaba lleno de reticencias, y cuando hablaba no apartaba los ojos de Raskolnikoff.

Este último palideció, y empezó á temblar al oir las expresiones casi textuales que él mismo había empleado en su conversación con Sonia. Así es que se echó bruscamente hacia atrás, y miró á Svidrigailoff con expresión de asombro.

—¿Cómo sabe usted eso?—balbuceó.

—Porque habito aquí, del otro lado de la pared, en casa de la señora Roslich, mi antigua patrona. Soy el vecino de Sofía Marmeladoff.

—¿Usted?

—Yo—continuó Svidrigailoff, que se reía á mandíbula batiente.—Y le doy mi palabra, querido señor Raskolnikoff, de que me ha interesado usted extraordinariamente. Ya le dije que nos encontraríamos. Tenía el presentimiento de ello. Pues bien: ya nos hemos encontrado, y usted verá qué hombre soy de tan buena conformidad. Ya verá usted cómo se puede vivir conmigo.

SEXTA PARTE

I

La situación de Raskolnikoff era muy extraña. Cierta especie de niebla le envolvía y aislaba del resto de los hombres. Cuando, andando el tiempo, se acordaba de esta época de su vida, adivinaba que había debido de perder muchas veces la conciencia de sí mismo, y que tal estado de ánimo debió de prolongarse y durar, con ciertos intervalos lúcidos, hasta la catástrofe definitiva. Tenía el convencimiento de haber cometido muchos errores; por ejemplo, el de no haber advertido á menudo la sucesión cronológica de los acontecimientos. Por lo menos, cuando más adelante quiso reunir y poner en orden sus recuerdos, fuele forzoso recurrir á testimonios extraños para saber muchas particularidades acerca de sí mismo. Confundía marcadamente los hechos, ó consideraba tal incidente como la consecuencia de otro que sólo existía en su imaginación. Algunas veces se sentía dominado por un temor enfermizo que hasta degeneraba en terror pánico; pero se acordaba también de que había tenido momentos, horas y acaso días, en los cuales, por el contrario, estuvo sumido en una apatía triste, comparable tan sólo con la indiferencia de ciertos moribundos. En general, en este últi-

Biblioteca Nacional de España

mo tiempo, en vez de procurar darse cuenta exacta de su situación, hacía esfuerzos por no pensar en ella. Algunos hechos de la vida corriente, de los cuales no se puede prescindir, se imponían, á pesar suyo, á su atención; por el contrario, se complacía en desdeñar cuestiones cuyo olvido, en una posición como la suya, por fuerza había de serle fatal.

Tenía, sobre todo, miedo á Svidrigailoff. Desde que este último le había repetido las palabras pronunciadas en el cuarto de Sonia, los pensamientos de Raskolnikoff tomaron una dirección nueva. Pero aunque esta complicación imprevista le inquietaba mucho, el joven no se apresuraba á poner las cosas en claro. A veces, cuando vagaba por algún barrio lejano de la ciudad, ó cuando se veía solo, sentado á la mesa en un mal traktir, sin saber por qué se encontraba allí, pensaba en Svidrigailoff y se prometía tener lo más pronto posible una explicación decisiva con aquel hombre, cuya imagen no le dejaba en paz.

Un día que fué á pasearse por las afueras, se figuró que había dado cita á Svidrigailoff en aquel paraje. Otra vez, al despertarse antes de la aurora, se quedó muy asombrado al verse tendido en tierra, en medio de un soto. Por lo demás, durante los dos ó tres días que siguieron á la muerte de Catalina Ivanovna, Raskolnikoff encontró dos veces á Svidrigailoff, primero en la habitación de Sonia, y después en el vestíbulo, al lado de la escalera de la casa de la joven.

En ambas circunstancias los dos hombres se limitaron á cambiar algunas palabras muy breves, absteniéndose de tocar al punto capital, como si, mediante un acuerdo tácito, se hubiesen entendido para prescindir momentáneamente de esta cuestión.

El cadáver de Catalina Ivanovna estaba aún de cuerpo presente. Svidrigailoff tomaba las disposiciones relativas á los funerales. Sonia andaba también muy ocupada. En el último encuentro, Svidrigailoff contó á Raskolnikoff que sus gestiones en favor de los hijos de Catalina Ivanovna habían sido coronadas de éxito; gracias á ciertos personajes conocidos, pudo, según decía, obtener la admisión de los tres niños en muy buenos asilos. Los mil quinientos rublos, colocados á nombre de ellos, no habían contribuído poco á este resultado, porque se admitía con mucho más gusto á los huérfanos que poseían un capitalito que á aquellos otros que no tenían recursos. Añadió algunas palabras á propósito de Sonia, prometió pasar uno de aquellos días por casa de Raskolnikoff, y dió á entender que existían ciertos asuntos de los cuales deseaba vivamente hablar con él. Mientras hablaba Svidrigailoff, no cesaba de observar á su interlocutor. De repente se calló; pero después preguntó, bajando la voz:

—Pero, ¿qué le pasa á usted, señor Raskolnikoff? Parece que está usted distraído. No escucha, no mira, y cualquiera diría que no comprende usted lo que se le dice... Recobre usted ánimos. Será menester que echemos un párrafo. Desgraciadamente, estoy tan ocupado con mis asuntos como con los ajenos... ¡Eh, señor Raskolnikoff!—añadió bruscamente.— A todos los hombres les hace falta aire, aire, aire ante todo.

Se apartó vivamente para dejar pasar á un clérigo y á un sacristán, que se disponían á subir la escalera. Iban á celebrar el oficio de difuntos. Svidrigailoff había atendido á que esta ceremonia se verificase regularmente dos veces por día. Se alejó, y Raskolnikoff, después de un momento de reflexión, siguió al *pope* á la habitación de Sonia.

Biblioteca Nacional de España

Se quedó en el umbral. El oficio comenzó con la tranquila y triste solemnidad de costumbre. Desde su infancia, Raskolnikoff experimantaba una especie de terror místico ante el aparato de la muerte. Así es que evitaba siempre que podía asistir á los funerales. Además, éste tenía para él un carácter particularmente conmovedor. Miró á los niños. Los tres estaban arrodillados cerca del ataúd. Poletchka lloraba; detrás de ellos Sonia rezaba, procurando ocultar sus lágrimas. «Durante todos estos días no ha levantado una sola vez los ojos hasta mí, ni me ha dicho una sola palabra»—pensó Raskolnikoff. El sol inundaba de viva luz la habitación, y el humo del incienso subía en espesas espirales.

El clérigo leyó la oración de ritual: «Dale, Señor, el reposo eterno». Raskolnikoff permaneció allí hasta el fin. Al echar la bendición y al despedirse, el eclesiástico dirigió una mirada de extrañeza en derredor suyo. Después del oficio, Raskolnikoff se acercó á Sonia. La joven cogió las dos manos de Raskolnikoff, y reclinó la cabeza sobre su hombro. Aquella demostración de amistad causó profundo asombro al que era objeto de ella. ¿Cómo? Sonia no manifestaba la menor aversión ni el menor horror hacia él, y ni le temblaba en lo más mínimo la mano. Aquello era el colmo de la abnegación personal. Así por lo menos lo juzgó él. La joven no dijo ni una palabra. Raskolnikoff le estrechó la mano, y salió.

Sentía insoportable malestar. Si le hubiera sido posible en aquel momento encontrar en alguna parte la soledad, aunque esa soledad hubiese de durar toda la vida, se habría considerado feliz. ¡Ay! Desde hacía ya algún tiempo, aunque estuviese casi siempre solo, no podría decirse que lo estaba. Le ocurría pasearse fuera de la ciudad ó irse por una carretera adelante. Una vez se metió en los

más intrincado de un bosque; pero cuanto más solitario era el lugar, más de cerca sentía Raskolnikoff la presencia de un ser invisible, que le espantaba menos que le irritaba. Se apresuraba á volver á la ciudad, se mezclaba con la multitud, entraba en los *traktirs* y en las tabernas, iba al Tolkutchii ó á la Siennaia. Allí se encontraba más á gusto, y hasta más solo. A la caída de la noche se cantaban canciones en cierto bodegón. Pasó allí una hora entera, escuchándolas con gran placer; pero al cabo se apoderó de él nuevamente la inquietud; un pensamiento opresor como un remordimiento empezó á torturarle.

«¿Debo estarme aquí oyendo cantar?» Adivinaba que no era aquel su único cuidado. Había una cuestión que debía ser resuelta sin tardanza; pero aunque se imponía á su atención, no acertaba á darle una forma precisa. «No; era mejor la lucha, era mejor tener enfrente á Porfirio ó á Svidrigailoff. Sí, sí, es mejor un adversario cualquiera, un ataque que rechazar.»

Haciéndose estas reflexiones salió precipitadamente del figón. De repente, el pensamiento de su madre y de su hermana le sumió en una especie de terror pánico. Pasó aquella noche en el soto de Krestorevesky-Ostroff; se despertó antes de la aurora, temblando de fiebre, y tomó el camino de su casa, adonde llegó muy temprano. Después de algunas horas de sueño, desapareció la fiebre; pero se despertó tarde, á las dos.

Raskolnikoff se acordó de que aquel día era el señalado para las exequias de Catalina Ivanovna, y se felicitó de no haber asistido á ellas. Anastasia le trajo la comida; comió y bebió con mucho apetito, casi con avidez. Tenía la cabeza más fresca, y disfrutaba de una calma que le era desconocida desde tres días antes. Hubo un instante

Biblioteca Nacional de España

en que se asombró de los accesos de terror pánico de los días anteriores.

La puerta se abrió y entró Razumikhin.

—¡Ah! Come; por consiguiente, no está malo—dijo el visitante, tomando una silla y sentándose enfrente de Raskolnikoff. Estaba muy agitado, y no trataba de ocultarlo. Hablaba con cólera visible; pero sin apresurarse y sin levantar mucho la voz. Se comprendía que su venida era motivada por alguna causa grave. —Escucha—comenzó á decir con tono resuelto.— Pienso dejaros en paz á todos, porque veo ahora claramente que vuestro juego es indescifrable para mí. No vayas á creer que vengo á interrogarte. No trato de sacarte las palabras del cuerpo. Aunque tú mismo me dijeras todos tus secretos, es muy probable que no quisiera oirlos; escupiría y me iría. Vengo con el único objeto de informarme personalmente acerca de tu estado mental. Hay personas que te creen loco, ó en vísperas de estarlo. Te confieso que me sentía muy dispuesto á participar de esta opinión, en vista de que tu proceder es estúpido, bastante feo y perfectamente inexplicable. Además, ¿que pensar de tu reciente conducta con tu madre y con tu hermana? ¿Qué hombre, á menos de ser un malvado ó un loco, se hubiera portado con ellas como te has portado tú? Luego estás loco.

—¿Cuándo las has visto?

—Ahora mismo. Y tú, ¿no las ves? Dime, te lo suplico, ¿por dónde andas rodando todo el día? Tres veces he estado en tu casa. Desde ayer, tu madre se encuentra seriamente enferma. Ha querido venir á verte. Advotia Romanovna se ha esforzado por disuadirla; pero Pulkeria Alexandrovna no ha querido hacer caso de nada... Si está malo, si está perturbado—dijo,— ¿quién ha de cuidarle sino su madre? Para no dejarla venir sola, la hemos

acompañado, suplicándole sin cesar que se tranquilizase. Cuando llegamos, no estabas aquí. Ahí, en ese sitio, ha estado sentada por espacio de diez minutos. Nosotros en pie, al lado de ella, callábamos.— «Puesto que sale —dijo levantándose—, es señal de que no está enfermo y de que olvida á su madre; no está bien, por lo tanto, que venga yo á mendigar las caricias de mi hijo». Se volvió á su casa, y se metió en la cama. Ahora tiene fiebre. —«Lo comprendo perfectamente; le dedica á ella todo el tiempo». Supone que Sofía es tu novia ó tu querida. He ido en seguida á casa de esa joven, porque, amigo mío, me corría prisa de comprobar ese punto. Entro, y, ¿que es lo que veo? un ataúd, niños que lloran, y á Sofía que les prueba trajes de luto. Tú no estabas allí. Después de haberte buscado con los ojos, he dado mis excusas, he salido, y he ido á contar á Advotia Romanovna el resultado de mis pesquisas. Decididamente, todo esto nada significa. Aquí no se trata de ningún amorío; resta, pues, como lo más probable, la hipótesis de la locura. He aquí que ahora te encuentro con trazas de comerte un buey cocido, como si no hubieses tomado nada en veinticuatro horas. Sin duda, el estar loco no impide comer; pero aunque tú no me hayas dicho una palabra, no estás loco... pondría por ello la mano en el fuego. Para mí, este es un punto fuera de discusión. Os envío á todos al diablo, en vista de que hay aquí un misterio y de que no tengo la intención de romperme la cabeza con vuestros secretos. He venido solamente para decirte cuatro frescas y aliviarme el corazón. Por lo demás, yo sé lo que tengo que hacer.

—¿Qué vas á hacer?

—¿Qué te importa?

—¿Vas á dedicarte á la bebida?

—¿Cómo lo has adivinado?

Biblioteca Nacional de España

—No es muy difícil adivinarlo.

—Has sido siempre muy inteligente, y nunca, nunca, has estado loco—observó con vivacidad.— Has dicho la verdad; voy á dedicarme á la bebida. Adiós.

Y dió un paso hacia la puerta.

—Anteayer, si mal no recuerdo, he hablado de ti á mi hermana—dijo Raskolnikoff.

Razumikhin se detuvo de repente.

—¿De mí? ¿Dónde has podido verla anteayer?—preguntó, poniéndose un tanto pálido. La turbación que le agitaba no podía dejar lugar á duda.

—Vino aquí sola. Se ha sentado en ese sitio, y ha hablado conmigo.

—¿Ella?

—Sí; ella.

—¿Y qué le has dicho?... de mí, por supuesto.

—Le he dicho que eras un hombre excelente, honrado y laborioso. Nó le he dicho que tú la amabas, porque lo sabe.

—¿Que ella lo sabe?

—Claro que sí. Le he dicho también que, aunque yo me vaya, ocúrrame lo que me ocurra, tú debes ser siempre su Providencia. Yo las pongo, por decirlo así, en tus manos, Razumikhin. Te digo esto, porque sé perfectamente que la amas y estoy convencido de la pureza de tus sentimientos. Sé también que ella puede amarte, si es que ya no te ama. Decide ahora si debes ó no debes dedicarte á beber.

—Raskolnikoff... ¿Lo estás viendo?... pues bien... ¡demonio! Pero tú, ¿dónde vas á ir? Bueno. Desde el momento que todo esto es un secreto, no hay que hablar de ello; pero yo... yo sabré qué secreto es. Estoy convencido de que no se trata de una cosa seria, sino de tonterías con

las cuales forma monstruos tu imaginación. Por lo demás, tú eres un hombre excelente. Sí, un hombre excelente.

—Quería añadir, pero me has interrumpido, que tenías razón hace un momento, cuando declarabas que renunciabas á conocer estos secretos. No te preocupes. Las cosas se descubrirán á su tiempo, y lo sabrás todo cuando el momento llegue. Ayer me dijo una persona que al hombre le hacía falta aire, aire, aire. Voy á ir en seguida á preguntarle lo que quieren decir sus palabras.

Razumikhin reflexionaba, y, al cabo, se le ocurrió esta idea:

«Es, de seguro, un conspirador político y está en vísperas de una tentativa audaz; no puede ser de otra manera, y Advotia lo sabe»—pensó de repente.

—¿De modo que Advotia Romanovna viene á tu casa —repuso recalcando cada frase—, y tú mismo tratas de ver á alguno que dice que es menester más aire? Probable es que la carta haya sido enviada por ese hombre.

—¿Qué carta?

—Ha recibido una que la ha inquietado mucho. He tratado de hablarle de ti, y me ha suplicado que me callase. Después... después me dijo que era posible que nos separásemos dentro de breve plazo, y se ha mostrado muy reconocida conmigo, tras de lo cual se encerró en su cuarto.

—¿Ha recibido una carta?—preguntó Raskolnikoff.

—Sí. ¿No lo sabías?

Los dos permanecieron callados durante un minuto.

—Adiós, Raskolnikoff, amigo mío... de otro tiempo... Vamos, adiós. Tengo también que irme; por lo que hace á darme á la bebida, no haré tal cosa: es inútil.

Salió muy de prisa; pero apenas acababa de cerrar la

Biblioteca Nacional de España

puerta, cuando volvió á abrirla de repente, y dijo, mirando de través:

—A propósito. ¿Te acuerdas de aquel crimen? ¿del asesinato de aquella vieja? Pues has de saber que se ha descubierto al asesino; él mismo se ha reconocido culpable, y ha suministrado todas las pruebas necesarias en apoyo de sus afirmaciones. Es... pásmate, uno de aquellos pintores á los cuales defendía yo con tanto ardor. ¿Querrás creerlo? La persecución de los dos obreros, corriendo el uno trás del otro en la escalera, mientras subía el dvornik y los dos testigos, los cachetes que se daban riendo, todo ello no era más que una treta imaginada por el asesino para evitar sospechas. ¡Qué astucia! ¡Qué presencia de ánimo en ese tunante! Parece imposible; pero lo ha explicado todo; ha confesado por completo. ¡Qué despistado estaba yo! Ahora tengo á ese hombre por el genio del disimulo y de la astucia. Después de esto, no hay ya nada de qué asombrarse. ¿Por qué no ha de haber personas así en el mundo? Si no ha sostenido su papel hasta el fin, si ha entrado en el camino de las confesiones, casos son ambos que me obligan á admitir la verdad de lo que él dice. ¿Y yo he estado ciego hasta este punto? ¿Y he roto lanzas yo por esos dos hombres?

—Te suplico que me digas cómo lo has sabido, y por qué te interesa tanto ese asunto—preguntó Raskolnikoff visiblemente agitado.

—¿Que por qué me interesa? ¡Vaya una pregunta! En cuanto á la noticia, me la han dado muchas personas, y principalmente, Porfirio. El es quien me lo ha dicho casi todo.

—¿Porfirio?

—Sí.

—¿Y qué es lo que te ha dicho?—preguntó Raskolnikoff inquieto.

—Me lo ha explicado todo á maravilla, procediendo por el método psicológico, según su costumbre.

—¿Y te lo ha explicado él mismo?

—El mismo, el mismo: adiós. Algo te diré más adelante. Ahora tengo necesidad de dejarte... Hubo un tiempo en que llegué á creer... vamos, ya te lo contaré otro día... ¿Qué necesidad tengo de beber ahora? Tus palabras han bastado á embriagarme. En este momento estoy ebrio, ebrio, sin haber bebido una gota de vino. Adiós, hasta muy pronto.

Y salió.

«Es un conspirador político; sí, de seguro, de seguro —acabó definitivamente Razumikhin, mientras bajaba la escalera...— «Ha comprometido, sin duda, á su hermana en esta empresa; esta conjetura es muy probable, dado el carácter de Advotia Romanovna. Han celebrado entrevistas... Ya me lo habían hecho sospechar ciertas palabras suyas... Ahora comprendo á qué se referían esas palabras... esas alusiones.. Sí, eso es. De otro modo, ¿cómo encontrar una explicación á este misterio. ¿Y pudo ocurrírseme?... ¡Oh, Dios mío, qué cosa había imaginado! Sí, he padecido un desfallecimiento de juicio, y soy culpable respecto de él. La otra noche, en el corredor, al encontrar su rostro iluminado por la luz de la lámpara, tuve un minuto de alucinación. ¡Oh, qué idea tan horrible pude concebir! Mikolka ha hecho perfectamente en confesar. Sí; al presente se explica todo lo pasado. La enfermedad de Raskolnikoff, la extrañeza de su conducta, aquel humor sombrío ó feroz que manifestaba ya cuando era estudiante... Pero, ¿qué significa esa carta? ¿de dónde procede? Algo todavía hay ahí... Yo sospecho... No. Tendré al fin la clave de todo esto».

Al pensar en Advotia, sintió que se le helaba el co-

Biblioteca Nacional de España

razón, y se quedó como clavado en el suelo. Tuvo que hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo.

Inmediatamente después de la salida de Razumikhin, Raskolnikoff se levantó y se acercó á la ventana. Luego se paseó de un rincón al otro, como si hubiese olvidado las dimensiones exiguas de su cuartucho. Al fin, volvió á sentarse en el sofá. Tenía aún que luchar; era un recurso.

Sí, un recurso; un medio de escapar de su penosa situación y de la angustia que padecía desde que vió á Mikolka en el gabinete de Porfirio. Después de aquel dramático incidente, en el mismo día, ocurrió la escena en casa de Sonia, escena cuyas peripecias y desenlace habían engañado las previsiones de Raskolnikoff. Se había mostrado débil; había reconocido, de acuerdo con la joven, y reconocido sinceramente, que no podía llevar solo semejante fardo. ¿Y Svidrigailoff? Svidrigailoff era un enigma que le inquietaba; pero de otra manera. Existía quizá medio de desembarazarse de Svidrigailoff; pero de Porfirio era otra cosa.

«¿De modo que es el mismo Porfirio el que ha explicado á Razumikhin la culpabilidad de Mikolka, procediendo por el método *psicológico*?»—continuaba diciéndose Raskolnikoff. «De seguro hay aquí algo de esa maldita psicología. ¿Porfirio? ¿Cómo Porfirio ha podido creer durante un solo minuto culpable á Mikolka, después de la escena que acababa de pasar entre nosotros, y que no admite más que *una* solución? Durante aquella entrevista, sus palabras, sus gestos, sus miradas, el sonido de su voz, todo demostraba en él una convicción tan invencible, que no ha podido quebrantar ninguna de las pretendidas confesiones de Mikolka.»

«Hasta Razumikhin mismo comenzaba á dudar. El incidente del corredor le ha hecho reflexionar, sin duda.

Corrió á casa de Porfirio; pero, ¿por qué este último le ha engañado de ese modo? ¿Que objeto persigue al fingir con Razumikhin á propósito de Mikolka? Es evidente que no ha hecho tal cosa sin algún motivo; debe de tener sus intenciones; pero, ¿cuáles son? En verdad, ha pasado ya bastante tiempo desde esta mañana, y no tengo aún ni rastro ni noticia de Porfirio. Quién sabe, sin embargo, si éste no será un mal signo...» Raskolnikoff cogió su gorra, y, después de ligera reflexión, se decidió á salir. Aquel día, por primera vez, después de muy largo tiempo, se sentía en plena posesión de sus facultades intelectuales. «Es preciso acabar con Svidrigailoff—pensaba—, y, cueste lo que cueste, terminar este asunto lo más pronto posible. Además, parece que espera mi visita». En aquel instante se desbordó el odio de tal manera en su corazón, que, si hubiera podido matar al uno ó al otro de aquellos dos seres detestados, Svidrigailoff ó Porfirio, acaso no habría vacilado en hacerlo.

Pero apenas acabó de abrir la puerta, cuando se encontró cara á cara con Porfirio en persona. El juez de instrucción venía á su casa. Al pronto Raskolnikoff se quedó estupefacto; pero se repuso en seguida. Cosa extraña: aquella visita, ni le asombró demasiado, ni le causó casi ningún terror. «Esto es, acaso, el desenlace; mas, ¿por qué ha amortiguado el ruido de sus pasos? Nada he oído. Quizá estaba escuchando detrás de la puerta.»

—Usted no esperaba mi visita—dijo alegremente Porfirio Petrovitch.— Tenía desde hace mucho tiempo el propósito de ver á usted, y, al pasar delante de su casa, se me ha ocurrido venir á saludarle. ¿Iba usted á salir? No le detendré. Cinco minutos solamente, el tiempo de fumar un cigarrillo, si usted me lo permite.

—Siéntese usted, Porfirio Petrovich, siéntese usted

Biblioteca Nacional de España

—dijo Raskolnikoff, ofreciendo un asiento al visitante, con un aire tan afable y satisfecho, que él mismo se hubiera sorprendido si se hubiese visto. Habían desaparecido todas las huellas de sus impresiones precedentes. Acontece á veces que el hombre que por espacio de media hora ha estado luchando con un ladrón, y que durante este tiempo ha experimentado angustias mortales, no siente ningún temor cuando el puñal del bandido llega á su garganta. El joven se sentó enfrente de Porfirio, y fijó en él una mirada tranquila. El juez de instrucción guiñó los ojos, y comenzó por encender un cigarrillo.

«¡Ah! Vamos, habla, habla ya»—le gritaba mentalmente Raskolnikoff.

II

—¡Oh, estos cigarrillos—dijo por fin Porfirio—son mi muerte, y no puedo renunciar á ellos! Toso, tengo un principio de irritación en la garganta, y, además, soy asmático. Ultimamente he ido á conversar con Botkin. Lo menos que emplea en examinar á cada enfermo es media hora; después de haberme reconocido atentamente, y auscultado, etc., me dijo, entre otras cosas: —No le prueba á usted el tabaco; tiene usted los pulmones dilatados. —Está bien; pero, ¿cómo dejar de fumar? ¿cómo substituir esta costumbre? Yo no bebo. Ahí tiene usted la desgracia. Todo es relativo, señor Raskolnikoff.

«He aquí otra vez un preámbulo que transciende á procedimiento jurídico»—murmuró aparte Raskolnikoff. Se acordó de su reciente entrevista con el juez de instrucción, y aquel recuerdo aumentó la cólera en que su alma rebosaba.

—Estuve ayer aquí; ¿no lo sabía usted?—continuó Porfirio Petrovitch, paseando la mirada en derredor suyo—; me encontré, por casualidad, en la calle de usted, y se me ocurrió hacerle una visita. La puerta estaba abierta, entré, le esperé un momento, y me fuí después, sin decir mi nombre á la criada. ¿No cierra usted nunca?

La fisonomía de Raskolnikoff se obscurecía cada vez

Biblioteca Nacional de España

más. Porfirio Petrovitch adivinó, sin duda, en lo que Raskolnikoff estaba pensando.

—He venido á explicarme, querido señor Raskolnikoff. Debo á usted una explicación—prosiguió sonriendo y dando un golpecito en la rodilla del joven; pero casi al mismo instante tomó su cara una expresión seria, hasta triste, con gran asombro de Raskolnikoff, á quien el juez de instrucción se mostraba ahora bajo una fase inesperada.— La última vez que nos vimos pasó entre nosotros una extraña escena. Quizá he cometido con usted grandes errores, y lo siento. Usted recordará cómo nos hemos separado. Ambos teníamos los nervios muy excitados. Hemos faltado á las más elementales conveniencias, y, sin embargo, somos *gentlemen*.

«¿A dónde va á parar?»—se preguntaba Raskolnikoff, sin apartar los ojos de Porfirio con inquieta curiosidad.

—He pensado que haríamos mejor en adelante en obrar con sinceridad—repuso el juez de instrucción, bajando un poco los ojos, como si temiese turbar por esta vez con sus miradas á su antigua víctima—; no es preciso que se renueven semejantes escenas. El otro día, sin la entrada de Mikolka, no sé hasta dónde habrían llegado las cosas. Usted es muy irascible, señor Raskolnikoff, y ahí tiene usted el por qué me valí de aquel procedimiento. Un hombre acalorado deja muchas veces escapar sus secretos. ¡Si pudiese yo, me decía, arrancarle una prueba cualquiera, aunque fuese la más insignificante, pero real, tangible, palpable, otra cosa distinta, en fin, que todas esas inducciones psicológicas! Tal es el cálculo que había yo hecho. Se consigue algunas veces este resultado; pero eso no ocurre siempre, como he tenido ocasión de comprobar. Me hacía muchas ilusiones respecto del carácter de usted.

—Pero usted... ¿por qué me dice todo eso?—balbuceó Raskolnikoff, sin acabarse de dar cuenta de la cuestión que se le planteaba.— «¿Me creerá acaso inocente?»

—¿Por qué digo esto? Considero como un deber sagrado explicar á usted mi conducta, porque le he sometido, y lo reconozco, á una cruel tortura, y no quiero, señor Raskolnikoff, que me considere usted como un monstruo. Voy, pues, para justificarme, á exponer los antecedentes de este asunto. Al principio circularon rumores acerca de cuyo origen y naturaleza creo superfluo hablar; inútil creo también decirle á usted en qué ocasión se ha mezclado en este asunto la persona de usted. En cuanto á mí, lo que me ha despertado es una circunstancia, por otra parte, puramente fortuita, de la cual no he dicho una palabra. De esos rumores y de esas circunstancias accidentales se ha desprendido para mí la misma conclusión. Lo confieso francamente, porque, á decir verdad, yo he sido el primero que le ha metido á usted en este proceso. Dejo á un lado las anotaciones de los objetos encontrados en casa de la vieja. Tal indicio y otros muchos del mismo género nada significan. Estando en esto, tuve ocasión de conocer el incidente ocurrido en el despacho de policía. Esa escena me fué referida con todo género de pormenores por alguno que había desempeñado allí el principal papel, y que, en su opinión, lo había desempeñado superiormente. Pues bien; en tales condiciones, ¿cómo no inclinarse en cierta dirección? «Cien conejos no hacen un caballo; cien presunciones no hacen una prueba», dice el proverbio inglés; esto también es lo que aconseja la razón; pero, ¿quién puede luchar contra las pasiones? El juez de instrucción es hombre, y, por consiguiente, apasionado. Me acordé también del trabajo que publicó usted en una Revista. Me había gustado mucho, como *ama-*

Biblioteca Nacional de España

teur, por supuesto, aquel primer ensayo de la juvenil pluma de usted. Se veía allí una convicción sincera y un entusiasmo ardiente. Aquel artículo debió de ser escrito con mano febril durante una noche de insomnio. «El autor no se detendrá aquí», pensé yo al leerlo. ¿Cómo, dígamelo usted, no relacionar esto con lo que luego se siguió? ¡Ah, señor! ¿Digo algo? ¿Afirmo al presente lo que esto sea? Me limito á señalar una reflexión que me hice entonces. ¿Qué es lo que pienso ahora? Nada; es decir, poco menos que nada. Por el momento, tengo entre las manos á Mikolka, y hay hechos que le acusan. Si le descubro á usted al presente, todo es, se lo repito, porque no impute á crimen mi conducta del otro día. ¿Por qué, me preguntara usted, no se hizo un registro en mi casa? Estuve aquí. ¡Je, je! Estuve cuando se hallaba usted malo, no como magistrado, no con carácter oficial. El cuarto de usted, desde las primeras sospechas, fué registrado de arriba á abajo; pero *umsonst*. Me dije entonces: ahora ese hombre va á venir á mi casa, vendrá él mismo á buscarme, y dentro de muy poco tiempo; si es culpable, no puede dejar de venir. Otro no vendría; éste vendrá. ¿Se acuerda usted de las charlatanerías de Razumikhin? Le habíamos á propósito dado parte de nuestras conjeturas, con la esperanza de que le alzaprimaría á usted, porque sabíamos que su amigo no podría contener su indignación. El señor Zametoff estaba asombrado de la audacia de usted, y, en efecto, mucha se necesitaba para decir en pleno tractir: «yo he matado». Era eso verdaderamente cosa muy arriesgada. Yo le esperaba á usted con impaciencia confiada, y he aquí que Dios le envía. ¡La fuerza con que latía mi corazón cuando le vi á usted presentarse! Vamos á ver: ¿qué necesidad tenía usted de ir? Si usted se acuerda, recordará también que entró riéndose á carcajadas. Su risa

me dió mucho en que pensar; pero si no hubiese tenido el entendimiento preocupado en aquel momento, no hubiera fijado mi atención en ello. ¡Y Razumikhin! ¡Ah, la piedra, la piedra! ¿Se acuerda usted? La piedra bajo la cual están ocultos los objetos. Me parece estarla viendo desde aquí; está en un huerto. ¿No es un huerto de lo que usted habló á Zametoff? Después, cuando hablamos del artículo de la Revista, creímos ver una segunda intención detrás de cada una de las palabras de usted. He aquí cómo, señor Raskolnikoff, mi convicción se ha ido formando poco á poco. «Puede explicarse, sin duda, esto de otra manera», solía decirme yo, y aun podría ser que fuese más natural; convengo en ello. Mejor sería una prueba, por pequeña que fuese. Pero al saber la historia del cordón de la campanilla no he tenido ya duda; creí poseer la prueba deseada, y ya no he querido reflexionar más. En aquel momento hubiera dado de buena gana mil rublos de mi bolsillo por verle á usted con mis propios ojos, andando cien pasos, hombro con hombro con un burgués que le había á usted llamado asesino, sin que usted se atreviese á responderle. Cierto; no se debe dar gran importancia á los hechos y gestos de un enfermo que habla bajo una especie de delirio. Sin embargo, ¿cómo ha de asombrarse después de lo sucedido de la manera como me he portado con usted? ¿Y por qué, precisamente en aquel momento, vino usted á mi casa? El mismo diablo, sin duda, le impulsó á usted, en verdad. ¡Si Mikolka no nos hubiese separado!... ¿Se acuerda usted de la entrada de Mikolka? Aquello fué como un rayo. ¡Cómo le recibí! No hice el menor caso de sus palabras. Usted lo vió. Después que usted se marchó seguí interrogándole. Me respondió sobre ciertos puntos de una manera tan exacta, que me quedé asombrado; á pesar de esto, sus

Biblioteca Nacional de España

declaraciones no lograron destruir mi incredulidad, y me quedé tan inquebrantable como una roca.

Razumikhin acaba de decirme que estaba usted ya convencido de la culpabilidad de Mikolka; que usted mismo le había asegurado que... (Le faltó el habla, y no pudo acabar.)

—¡Ah, Razumikhin!—exclamó Porfirio Petrovitch, que parecía satisfecho de haber oído, al cabo, que salía una observación de labios de Raskolnikoff.— ¡Je, je, je! Trataba de verme libre de Razumikhin, que venía á mi casa con aires investigadores, y que nada tiene que ver en este negocio. Dejémosle á un lado, si á usted le parece. Respecto a Mikolka, ¿quiere usted saber la idea que tengo yo formada de él? Ante todo, es como un niño; aún no ha llegado á su mayor edad. Sin ser precisamente una naturaleza pusilánime, es impresionable como un artista. No se ría usted si le caracterizo de este modo. Es cándido, sensible, fantástico. En su pueblo canta, baila y narra cuentos, que van á oir los campesinos de las aldeas vecinas. Le ocurre beber hasta perder la razón; no porque sea, propiamente hablando, lo que se dice un borracho, sino porque no sabe resistir á la influencia del ejemplo cuando se encuentra con amigos. No comprende que ha cometido un robo apropiándose el objeto encontrado por él. «Puesto que lo he encontrado en el suelo, dice, tenía perfecto derecho á cogerlo.» Según los habitantes de Zaraisk, sus paisanos, era devoto hasta la exaltación; pasaba las noches rezando y leía sin cesar libros religiosos (los viejos, los verdaderos). San Petersburgo ha influído mucho en él, y, una vez aquí, se ha dado al vino y á las mujeres, lo que le ha hecho olvidar la religión. Sé que uno de nuestros artistas ha comenzado á darle lecciones. En esto ocurre ese crimen. El pobre muchacho se asusta, y

se echa una cuerda al cuello. ¿Qué quiere usted? Nuestro pueblo no puede sacudir de su espíritu la idea de que todo hombre buscado por la policía es hombre condenado. En la prisión, Mikolka ha vuelto al misticismo de sus primeros años. Ahora tiene sed de expiación, y ese es el motivo por que se ha confesado culpable. Mi convicción en este punto está basada en ciertos hechos que él mismo no conoce. Por lo demás, acabará por confesarme toda la verdad. ¿Cree usted que sostendrá su papel hasta el fin? Espere usted un poco, y ya verá cómo rectifica sus confesiones. Además, si logra dar sobre ciertos puntos carácter de verosimilitud á su declaración, en cambio sobre otros se encuentra en completa contradicción con los hechos, y nada sabe de ellos. No, batuchka, no; el culpable no es Mikolka. Nos encontramos en presencia de un proceso fantástico y sombrío; este crimen tiene la marca contemporánea, y lleva hondamente grabado el sello de una época que hace consistir toda la vida en la busca del *confort*. El culpable es un teórico, una víctima del libro; ha desplegado en su ensayo mucha audacia; pero esta audacia es de un género particular. Es la de un hombre que se precipita desde lo alto de una montaña ó de un campanario. Ha olvidado cerrar la puerta detrás de él, y ha matado á dos personas para poner en práctica una teoría. Ha matado, y no ha sabido aprovecharse del dinero; lo que ha podido coger lo ha ocultado bajo una piedra. No bastándole las angustias pasadas en la antesala mientras oía los golpes dados á la puerta y el sonido repetido de la campanilla, cediendo á una irresistible necesidad de sentir la misma emoción, fué más tarde á visitar el cuarto vacío y á tirar del cordón de la campanilla. Atribuyamos esto á la enfermedad, á un semidelirio, bueno; pero he aquí un punto digno de notarse: ha

Biblioteca Nacional de España

matado, y no deja de considerarse como un hombre honrado. Desprecia á los demás, y se da aires de ángel pálido. No, no se trata aquí de Mikolka, señor Raskolnikoff. Mikolka no es el culpable.

Este golpe era tanto más inesperado, cuanto que llegaba después de la especie de honrosa disculpa dada por el juez de instrucción. Raskolnikoff se echó á temblar.

—Entonces, ¿quién es el que ha matado?—balbuceó con voz entrecortada.

El juez de instrucción se recostó en el respaldo de la silla, como asombrado de semejante pregunta.

—¿Cómo? ¿Que quién ha matado?—replicó, como si no hubiese dado crédito á sus oídos.—¿Quién ha de ser? ¡Usted, señor Raskolnikoff, usted es el que ha matado! ¡Sí, usted!...—añadió en voz muy baja y en tono de profundo convencimiento.

Raskolnikoff se levantó bruscamente, permaneció en pie algunos segundos, y después se sentó, sin decir una sola palabra. Ligeras convulsiones agitaban los músculos de su rostro.

—Ahí tiene usted que le tiembla el labio como el otro día—hizo notar con interés Porfirio.— Usted, por lo que veo, no se ha hecho cargo del objeto de mi visita, señor Raskolnikoff—prosiguió, después de una pausa.— De aquí el asombro de usted. He venido precisamente para decirlo todo y esclarecer la verdad.

—¡Yo no he matado!—murmuró el joven, defendiéndose como lo hace un niño pequeño cuando se le coge en falta.

—Sí ha sido usted, señor Raskolnikoff; ha sido usted, usted solo—replicó severamente el juez de instrucción.

Ambos se callaron, y, cosa extraña, este silencio duró diez minutos.

Apoyado de codos sobre la mesa, Raskolnikoff se metía los dedos entre el cabello. Porfirio Petrovitch esperaba, sin dar señal ninguna de impaciencia. De repente el joven miró despreciativamente al magistrado.

—Vuelve usted á sus antiguas prácticas, Porfirio Petrovitch. ¡Siempre los mismos procedimientos! ¿Cómo no le fastidian á usted ya?

—No se ocupe usted de mis procedimientos. Otra cosa sería si estuviésemos en presencia de testigos; pero aquí hablamos á solas. Ya lo ve usted: no he venido para cazarle y prenderle como se caza una libre. Que usted confiese ó no en este momento, me es igual. En un caso y en otro, mi convicción está formada.

—Si eso es así, ¿por qué ha venido usted?—preguntó con mal gesto Raskolnikoff.— Le repito la pregunta que ya en otra ocasión le hice: Si me cree usted culpable, ¿por qué no dicta un mandato de prisión contra mí?

—Es, en efecto, toda una pregunta. Le responderé á usted punto por punto: en primer lugar, la detención de usted no me serviría de nada.

—¿Cómo? ¿Que no le serviría á usted de nada? Puesto que está usted convencido, debería usted...

—¿Que importa mi convicción? Hasta el presente no descansa más que sobre nubes. ¿Y para qué había de ponerle á usted *en reposo*? Usted lo comprende, puesto que pide usted que se le detenga. Supongo que, careado con el burgués, usted diría: «Tú, de seguro, estás bebido. ¿Quién me ha visto contigo? Te tomé sencillamente por lo que eres, por un borracho». ¿Qué podría yo replicarle entonces, tanto más, cuanto que la respuesta de usted sería más verosímil que la declaración de él, que es de pura psicología, y porque, además, la apreciación de usted sería exacta, puesto que el hombre ese es conocido por sus borra

Biblioteca Nacional de España

cheras. Muchas veces le he confesado á usted con franqueza que toda esta psicología tiene dos fines, y que, aparte de ella, yo, por el momento, ninguna prueba tengo contra usted. Claro es que, al cabo, le detendré, y he venido aquí para avisárselo, y, sin embargo, no vacilo en manifestarle á usted que esto no me servirá de nada. El segundo objeto de mi venida...

—¿Cuál es?—preguntó Raskolnikoff anhelante.

—... Ya se lo he dicho. Tenía que explicarle mi conducta, porque no quiero pasar á los ojos de usted por un monstruo, y además, porque, créalo ó no, mis intenciones son muy favorables á usted. En vista, pues, del interés que yo siento por usted, le propongo francamente que vaya á denunciarse. He venido aquí para darle este consejo. Es el partido más ventajoso que puede tomar para usted y para mí, que me vería desembarazado de este negocio. ¿Qué le parece á usted? ¿Soy bastante franco?

Raskolnikoff reflexionó durante un minuto.

—Escuche usted, Porfirio Petrovitch: según sus propias palabras, no tiene contra mí más que inducciones psicológicas y aspira usted á la evidencia matemática. ¿Quién le dice que no se engaña?

—No, señor Raskolnikoff; no me engaño. Tengo una prueba, que encontré el otro día; Dios me la ha enviado.

—¿Qué prueba es esa?

—No se lo diré á usted; pero, en todo caso, yo no tengo el derecho de contemporizar ahora; voy á hacerle detener. Juzgue usted. Cualquier resolución que tome actualmente, poco me importa; cuanto le he dicho es únicamente en interés suyo. La mejor solución es la que yo le indico; créalo usted, señor Raskolnikoff.

El joven se sonrió con expresión colérica.

—El lenguaje de usted es más que ridículo: es imprudente; supongamos que soy culpable (lo que en modo alguno reconozco): ¿por qué he de ir á denunciarme, puesto que, como dice usted mismo, allí, en la cárcel, estaría en *reposo*?

—¡Oh, señor Raskolnikoff! No tome usted estas palabras literalmente. Puede usted encontrar allí reposo, y puede no encontrarlo. Tengo, es cierto, la creencia de que la prisión tranquiliza al culpable; pero esto no es más que una teoría, y una teoría que me es personal. Así, pues, ¿soy yo una autoridad para usted? ¡Quién sabe si en este momento mismo no le oculto alguna cosa! No puede usted exigir que le entregue todos mis secretos, ¡je, je! Lo que es incontestable es el provecho que sacará usted haciendo lo que yo le propongo. Usted irá ganando, puesto que su condena disminuirá notablemente. Piense usted un poco en qué momento vendría á denunciarse: en el momento en que otra persona ha asumido sobre sí la responsabilidad del crimen, embrollando en cierto modo la instrucción. Por lo que á mí toca, prometo formalmente ante Dios dejarle á usted en el tribunal todas las ventajas de su iniciativa. Los jueces ignorarán, se lo prometo, toda esa psicología. Estas sospechas y la conducta de usted tendrán á sus ojos un carácter absolutamente espontáneo. En el crimen de usted no se verá más que el resultado de una impulsión fatal, y no otra cosa. Soy un hombre honrado, y mantendré mi palabra.

Raskolnikoff bajó la cabeza y reflexionó durante largo tiempo; al cabo, sonrióse de nuevo; pero esta vez su sonrisa era dulce y melancólica.

—¿Qué me importa?—dijo, sin parecer que se daba cuenta de que su lenguaje equivalía casi á una confe-

Biblioteca Nacional de España

sión—, ¿qué me importa la disminución de pena de que usted me habla? No tengo necesidad de ella.

—Vamos, lo que yo temía—exclamó, como á pesar suyo, Porfirio.— Ya me temía yo que desdeñaría usted nuestra indulgencia.

Raskolnikoff le miró con expresión grave y triste.

—No desprecie usted la vida—continuó el juez de instrucción.— Todavía es muy larga para usted. ¿Cómo? ¿No quiere usted una disminución de pena?

—¿Qué tendría yo en edelante en perspectiva?

—La vida. ¿Acaso es usted profeta, para saber lo que la vida le reserva? Busque usted, y encontrará. Quizá Dios esperaba á usted. Por otra parte, su condena no será perpetua.

—¡Obtendré circunstancias atenuantes!...—dijo riendo Raskolnikoff.

—¿Es, quizá, vergüenza burguesa lo que le impide á usted confesarse culpable? Es preciso sobreponerse á eso.

—¡Oh! ¡Yo me burlo de esa preocupación!—murmuró con tono despreciativo el joven. Hizo ademán de levantarse; pero se quedó sentado, presa de visible abatimiento.

—Es usted desconfiado, y piensa, sin duda, que trato de embaucarle groseramente; pero, ¿acaso ha vivido usted mucho? ¿qué sabe usted de la existencia? Usted ha imaginado una teoría que ha venido á producir en la práctica consecuencias que le dan ahora vergüenza. Usted ha cometido un crimen, es verdad; pero no es usted, ni con mucho, un criminal sin redención. ¿Cuál es mi opinión acerca de usted? Le considero como uno de esos hombres que se dejarían arrancar las entrañas sonriendo á sus verdugos, con tal solamente de haber encontrado una fe ó un Dios. Pues bien: encuéntrelos usted, y se reirá. En primer lugar, tiene usted necesidad,

desde hace tiempo, de cambiar de aire. Además, el sufrimiento es una buena cosa. Quizá Mikolka tiene razón al querer sufrir. Ya sé yo que es usted un escéptico, pero sin razonar; abandónese usted á la corriente de la vida; esa corriente le llevará á alguna parte. ¿A dónde? No se preocupe usted; ya llegará á alguna orilla. ¿Cuál? Lo ignoro. Creo solamente que tiene usted todavía mucho tiempo que vivir. Sin duda, piensa usted ahora que estoy representando el papel de juez; pero acaso más tarde se acuerde usted de mis palabras y saque provecho de ellas. Ahí tiene usted por qué empleo este lenguaje. Todavía es una ventaja que no haya usted matado más que á una mala vieja. Con otra teoría, habría usted cometido una acción cien mil veces peor. Puede usted aún dar gracias á Dios. ¿Quién sabe? Quizá Él tenga designios acerca de usted. Recobre usted su valor, y no retroceda por pusilanimidad ante lo que exige la justicia. Yo sé que usted no me cree; pero con el tiempo volverá á tomar gusto á la vida. Ahora lo que le hace falta solamente es aire, aire, aire.

Raskolnikoff se estremeció.

—¿Quién es usted—gritó—para hacerme esas profecías? ¿Qué suprema sabiduría le permite adivinar mi porvenir?

—¿Que quién soy yo? Un hombre acabado, y nada más. Un hombre sensible y compasivo, á quien la experiencia ha enseñado quizás algo; pero un hombre completamente acabado. Usted es otra cosa; usted se halla al principio de la existencia, y esta aventura, ¿quién sabe? quizá no dejará ninguna huella en la vida de usted. ¿Por qué aborrecer tanto el cambio que va á experimentarse en su situación? ¿Es posible que el bienestar sea lo que usted ha de echar de menos? ¿Se aflige usted pensando

Biblioteca Nacional de España

que ha de estar largo tiempo confinado en la obscuridad? De usted depende que esta obscuridad no sea eterna. Sea usted un sol, y todo el mundo le verá. ¿Por qué se sonríe usted? ¿Piensa que éstas son maniobras del juez de instrucción? Es muy posible, ¡je, je, je! No le pido que me crea bajo mi palabra, señor Raskolnikoff; hago mi negocio, convengo en ello; pero acuérdese de lo que le digo. Los acontecimientos le demostrarán si soy un trapacero ó un hombre honrado.

—¿Cuándo piensa usted detenerme?

—Puedo dejarle á usted aún día y medio ó dos días en libertad. Haga usted sus reflexiones, amigo mío; ruegue usted á Dios que le inspire. El consejo que le doy es bueno, créalo usted.

—¿Y si yo pusiese pies en polvorosa?—preguntó Raskolnikoff con equívoca sonrisa.

—Usted no los pondrá. Un mujik huiría. Un revolucionario de ahora, criado del pensamiento ajeno, huiría también, porque tiene un *credo* ciegamente aceptado para toda la vida; pero usted no cree en su teoría. ¿Qué quedaría de ella si huyera usted? Y, por otra parte, ¿puede darse una existencia más innoble y penosa que la de un fugitivo? ¡Si huyese usted!... *Usted no puede pasarse sin nosotros*. Cuando yo le detuviese al cabo de un mes ó dos, pongamos tres, si á usted le parece, se acordaría de mis palabras y confesaría. Vendría usted á parar á esto insensiblemente, casi sin darse cuenta de ello; hasta persuadido estoy de que, después de haberlo reflexionado usted bien, se decidirá á aceptar la expiación. En este momento no lo cree; pero ya verá. En efecto, señor Raskolnikoff, el sufrimiento es una gran cosa. En boca de un hombre grueso que no se priva de nada, este lenguaje puede parecer ridículo. No importa; hay una idea en el

sufrimiento. Mikolka tiene razón. Usted no emprenderá la fuga, señor Raskolnikoff.

Dicho esto, el juez se levantó y cogió la gorra.

—¿Va usted á pasearse? La tarde será buena; sólo que no hay tormenta. Sería conveniente, porque refrescaría la temperatura.

—Porfirio Petrovitch—dijo el joven con tono seco y breve—, le ruego que no vaya á figurarse que le he hecho á usted hoy confesiones. Es usted un hombre extraño, y le he escuchado por pura curiosidad; pero no he confesado nada... no lo olvide usted.

—Basta, no lo olvidaré. ¡Oh, cómo tiembla! No se inquiete usted, querido. Tomo nota de su recomendación. Pasée usted un poco; pero no traspase usted ciertos límites. En todo caso, tengo un pequeño encargo que hacer á usted—dijo bajando la voz—; es algo delicado; pero tiene su importancia: en el caso, poco probable, según mi creencia, en que durante estas cuarenta y ocho horas le dé á usted la humorada de acabar con la vida (perdóneme usted esta absurda suposición), deje usted un papelito, nada más que dos líneas, indicando el sitio en donde está la piedra; eso será más noble. Ea, hasta la vista; que Dios le conceda buenos pensamientos.

Porfirio se retiró, evitando mirar á Raskolnikoff, y éste esperó con impaciencia el momento en que, según sus cálculos, el juez de instrucción debía estar lejos de la casa. En seguida salió de ella apresuradamente.

Biblioteca Nacional de España

III

Tenía prisa de ver á Svidrigailoff. Ignoraba qué era lo que podía esperar de tal persona; pero este hombre ejercía sobre él un poder misterioso. Desde que Raskolnikoff se hubo convencido de éllo, le devoraba la inquietud, y al présente no había ya espacio para retrasar el momento de una explicación.

Conforme iba andando, le preocupaba, sobre todo, la idea de si Svidrigailoff habría ido á casa de Porfirio.

Por lo que á él se le alcanzaba, Svidrigailoff no debía de haber ido. Raskolnikoff lo habría jurado. Dando vueltas en su imaginación á todas las circunstancias de las visitas de Porfirio, llegaba siempre á la misma conclusión negativa. Pero el que Svidrigailoff no hubiese ido aún á casa del juez de instrucción, ¿quería decir que no habría de ir después? En este punto también el joven se inclinaba á responder negativamente. ¿Por qué? No habría podido dar las razones en que se fundaba, y, aunque hubiera podido explicárselo, no se había calentado los cascos pensando en ello. Todas estas cosas le atormentaban, y al propio tiempo le eran casi indiferentes. Cosa extraña, casi increíble: por crítica que fuese su situación actual, Raskolnikoff no tenía, á causa de ella, más que un débil cuidado. Lo que le atormentaba era una cuestión mucho más importante, una cuestión que le interesaba, pero que

Biblioteca Nacional de España

no era aquélla. Experimentaba, además, un inmenso cansancio moral, aunque se hallaba en mucho mejor estado para razonar que los días precedentes.

Después de tantos combates librados, era menester aún nueva lucha para triunfar de aquellas miserables dificultades. Era una de éstas, por ejemplo, la de ir á poner sitio á Svidrigailoff, tratando de cercarle ante el temor de que no fuese á casa del juez de instrucción. ¡Oh, cuánto le enervaba todo aquello! Sin embargo, tenía prisa de ver á Svidrigailoff. ¿Esperaba de él algo nuevo, un consejo, un medio de salir de su situación? Los ahogados se agarran á una paja. ¿Era el destino, ó el instinto, lo que empujaba á estos hombres uno hacia el otro? Quizá Raskolnikoff daba este paso sencillamente porque no sabía á qué santo encomendarse; quizá tenía necesidad de alguien que no fuese Svidrigailoff, y tomaba á este último á falta de otro mejor. ¿Sonia? ¿Para qué había de ir á casa de Sofía? ¿Para hacerla llorar de miedo? Por otra parte, Sonia le aterraba. Esta joven era para él el decreto irrevocable, la decisión sin remedio. En aquel momento no se sentía con fuerzas para afrontar la vista de la joven. No; era mejor hacer una tentativa cerca de Svidrigailoff. Se confesaba interiormente que desde hacía largo tiempo este extraño sujeto le era en cierto modo necesario. Sin embargo, ¿qué podía haber de común entre ambos? Su criminalidad misma no era motivo para aproximarlos. Este hombre le desagradaba mucho. Era evidentemente muy disipado, y quizá muy malo. Acerca de él corrían siniestras leyendas. Cierto que se ocupaba de los hijos de Catalina Ivanovna; pero, ¿se sabía por qué obraba de este modo? Tratándose de un hombre semejante, había que temer siempre algún tenebroso designio.

Desde muchos días antes no cesaba de inquietarle otro pensamiento, aunque el joven, por lo penoso que le era, se esforzase en desecharlo. «Svidrigailoff anda siempre dando vueltas en derredor mío», solía decirse á menudo; «ha descubierto mi secreto; tuvo intenciones acerca de mi hermana. Acaso es más que probable que las tenga todavía. ¿Tratará, ahora que posee mi secreto, de emplearlo como arma contra mi hermana?»

Este pensamiento, que solía preocuparle hasta en sueños, no se había presentado jamás ante él con tanta claridad como en aquel momento en que se dirigía á casa de Svidrigailoff. Se le ocurrió la idea de decírselo todo á su hermana, lo que cambiaría singularmente su situación. Pensó después que haría bien en denunciarse, para prevenir un paso imprudente por parte de Advotia. ¿Y la carta? Aquella mañana Advotia había recibido una. ¿Quién en San Petersburgo podría escribirle? ¿Acaso Lujin? En verdad, Razumikhin era buen guardián; pero no sabía nada. «¿No debería yo contárselo todo á Razumikhin?»—se preguntó Raskolnikoff con alivio de corazón. En todo caso, es preciso ver cuanto antes á Svidrigailoff. Gracias á Dios, los pormenores importan aquí menos que el fondo de la cuestión; pero si Svidrigailoff tiene la audacia de intentar alguna cosa contra mi hermana, le mataré. Tenía el alma oprimida por un penoso pensamiento. Se detuvo en medio de la calle, y miró en derredor suyo. ¿Qué camino había tomado? ¿en dónde estaba? Se encontraba en la perspectiva ***, á treinta ó cuarenta pasos del Mercado del Heno, que acababa de atravesar. El piso segundo de la casa á la izquierda estaba ocupado totalmente por un *traktir*; todas las ventanas estaban abiertas. A juzgar por las cabezas que allí se veían, debía estar aquello lleno de gente. En la sala se cantaba, se tocaba el violín, el clarinete y el tambor turco. Se oían también

Biblioteca Nacional de España

gritos de mujeres. Sorprendido de verse en aquel sitio el joven, iba á desandar el camino, cuando de repente, en una de las ventanas del traktir, vió á Svidrigailoff con la pipa en la boca, sentado delante de una mesa de tomar te. Causóle aquella vista asombro mezclado de terror. Svidrigailoff le contemplaba en silencio, y, cosa que asombró aún más á Raskolnikoff, hizo un movimiento como si tratase de ocultarse suavemente antes que se hubiese advertido su presencia. Por su parte Raskolnikoff fingió no verle y se puso á mirar hacia otro lado; pero continuaba atisbándole con el rabillo del ojo. La inquietud le hacía latir el corazón. Evidentemente Svidrigailoff trataba de no ser visto. Se quitó la pipa de la boca y quiso esquivar las miradas de Raskolnikoff. Pero al levantarse reconoció, sin duda, que era demasiado tarde, medió entre ellos, sobre poco más ó menos, la misma escena que al principio de la entrevista en la habitación de Raskolnikoff; cada uno de ellos sabía que era observado por el otro. Una maliciosa sonrisa, cada vez más acentuada, se mostraba en el rostro de Svidrigailoff.

—¡Pues bien, entre usted si quiere; aquí estoy!—gritó desde la ventana.

El joven subió. Encontró á Svidrigailoff en un gabinete pequeño que daba á una gran sala, en la cual muchos consumidores, comerciantes, funcionarios y otros, estaban tomando te y oyendo á los coristas, que hacían un estruendo espantoso. En una habitación inmediata se jugaba al billar.

Svidrigailoff tenía delante una botella de Champagne empezada y un vaso medio lleno. Estaba en compañía de dos músicos callejeros: un organillero y una cantante. Esta, muchacha de dieciocho años, fresca y bien portada, llevaba un traje á rayas y un sombrero tirolés adornado

de cintas. Acompañada por el organillero cantaba con voz de contralto, bastante fuerte, una canción provenzal en medio del ruido que llegaba de la otra sala.

—¡Ea, bastal—dijo Svidrigailoff cuando entró Raskolnikoff.

La joven se detuvo en seguida y esperó en actitud respetuosa. Antes también, mientras dejaba oir sus vulgaridades melódicas, mostraba en su fisonomía cierta seria expresión de respeto.

—¡Eh, Felipe, un vaso!—gritó Svidrigailoff.

—No bebo vino—dijo Raskolnikoff.

—Como usted quiera. Bebe, Katia. Ahora no tengo necesidad de ti; puedes irte.

Sirvió un gran vaso de vino á la joven, y le dió un billetito de color amarillento. Katia bebió el vaso á pequeños tragos, como las mujeres beben el vino, y después de haber tomado el billete besó la mano de Svidrigailoff, que aceptó con aire grave el testimonio de aquel respeto servil. La cantante se retiró seguida del muchacho que tocaba el organillo.

Aún no hacía ocho días que Svidrigailoff había llegado á San Petersburgo, y ya se le tenía por un antiguo parroquiano de la casa; el mozo Felipe le conocía y le guardaba muchas consideraciones. La puerta que comunicaba con la sala estaba cerrada. Svidrigailoff se encontraba como en su casa en aquel gabinete, en que quizá pasaba los días enteros. El traktir era sucio é innoble; no pertenecía siquiera á la categoría media de los establecimientos de su género.

—Iba á casa de usted—dijo Raskolnikoff—; pero, ¿en qué consiste, que dejando el Mercado del Heno he tomado por la perspectiva ***? Jamás paso por aquí. Tomo siempre la derecha al salir del Mercado del Heno. Este

Biblioteca Nacional de España

no es el camino para ir á casa de usted. Apenas he asomado por esta parte, cuando le he visto á usted. Es extraño.

—¿Por qué no añade usted que es un milagro?

—Porque quizá no es más que una casualidad.

—Es este un achaque que tiene todo el mundo aquí. Aunque en el fondo se crea en el milagro, no se atreve á confesarlo nadie. Usted mismo acaba de decir que esto quizá no es más que una casualidad. No puede usted figurarse, señor Raskolnikoff, cuán poco valor hay aquí para sostener una opinión. No digo esto por usted. Usted tiene una opinión personal y no teme afirmarla; por eso precisamente ha atraído usted mi curiosidad.

—¿Por eso solamente?

—Y es bastante...

Svidrigailoff se hallaba en un visible estado de excitación, aunque no había bebido más que un vaso de Champagne.

—Me parece que cuando usted vino á mi casa ignoraba todavía si yo tenía ó no eso que llama usted opinión personal—observó Raskolnikoff.

—Entonces era otra cosa. Cada cual tiene sus negocios; pero en cuanto al milagro, diré que usted, aparentemente, ha estado durmiendo durante todos estos días. Yo mismo le dí á usted las señas de este traktir, y no es asombroso que haya usted venido directamente á él. Le he indicado á usted el camino que se debe seguir para encontrarme. ¿No se acuerda usted?

—Lo he olvidado—respondió sorprendido Raskolnikoff.

—Lo creo; por dos veces le he dado estas indicaciones. La dirección se ha grabado maquinalmente en la memoria de usted, y ella le ha guiado á su pesar; pero he

aquí que se me ocurre una cosa: estoy seguro de que en San Petersburgo muchas personas andan hablando consigo mismos. Es una ciudad de semilocos. Si hubiese en ella sabios, médicos, jurisconsultos y filósofos, podrían hacer curiosísimos estudios, cada cual en su especialidad. Puede que no exista otro lugar en el mundo en que el alma humana esté sometida, como aquí, á influencias tan sombrías y tan extrañas; la acción solamente del clima es ya funesta. Desgraciadamente, San Petersburgo es el centro administrativo de la nación, y su carácter debe reflejarse en toda Rusia. No se trata de esto ahora; quería decirle á usted que le he visto pasar muchas veces por la calle. Al salir de su casa de usted llevaba la cabeza alta. Después de andar veinte pasos la baja usted y cruza los brazos detrás de la espalda. Mira usted; pero es evidente que ni delante ni á los lados, ve cosa alguna. Por último, se pone usted á mover los labios y á conversar consigo mismo; unas veces gesticula, otras declama, otras se detiene en medio de la vía pública, durante más ó menos tiempo. Esto, en rigor, nada significa. Sin embargo, se fijan en usted varias personas, como yo, y tal cosa no carece de peligros. A mí, ¿qué me importa? No tengo la pretensión de curarle; pero usted, sin duda, me comprende.

—¿Sabe usted que se me sigue?—preguntó Raskolnikoff fijando en Svidrigailoff una mirada investigadora.

—No—respondió éste asombrado—; no sé nada.

—Bueno, no hablemos de mí—murmuró Raskolnikoff frunciendo las cejas.

—Está bien. No hablaremos de usted.

—Respóndame usted ahora: Si es verdad que por dos veces me ha indicado este traktir como sitio en que podía encontrar á usted, ¿por qué hace un momento, cuan-

Biblioteca Nacional de España

do he levantado los ojos á la ventana, se ha ocultado usted, tratando de que yo no le viera? Lo he advertido muy bien.

—¡Je, je! ¿Y por qué el otro día, cuando hube entrado en el cuarto de usted, se fingió dormido, aunque estaba perfectamente despierto? Lo advertí muy bien.

—Podía tener... razones... usted lo sabe.

—Y yo, ¿no podia tener también razones, aunque usted no las conociese?

Hacía un minuto que Raskolnikoff contemplaba atentamente el rostro de su interlocutor. Aquella cara le causaba siempre un nuevo asombro. Aunque bella, tenía algo que la hacía perfectamente antipática. Parecía una máscara; el color era demasiado fresco, los labios demasiado rojos, la barba demasiado rubia, los cabellos demasiado espesos, los ojos demasiado azules y la mirada demasiado fija.

Svidrigailoff vestía un elegante traje de verano y eran irreprochables la blancura y finura de su camisa. Llevaba en uno de los dedos un gran anillo con una piedra de valor.

—Entre nosotros á nada vienen las tergiversaciones: aunque esté usted en capacidad de hacerme mucho mal, si tiene usted deseos de molestarme, quiero hablarle á usted franca y claramente. Sepa usted, pues, que si sigue usted con los mismos proyectos acerca de mi hermana, y si cuenta usted para realizarlos con el secreto que ha sorprendido últimamente, le mataré á usted antes de que haya logrado meterme en la cárcel. Le doy á usted mi palabra de honor. En segundo lugar, he creído advertir estos días que deseaba usted tener una entrevista conmigo. Si algo tiene que comunicarme, despáchese, porque el tiempo es precioso, y quizá bien pronto sea demasiado tarde.

—¿Qué es lo que le corre á usted tanta prisa?—preguntó Svidrigailoff, mirándole con curiosidad.

—Cada cual tiene sus negocios—dijo Raskolnikoff con aire sombrío.

—Acaba usted de invitarme á que sea franco, y á la primera pregunta rehusa usted responderme—observó Svidrigailoff.— Usted me supone siempre algunos proyectos. En la posición de usted tal cosa se comprende perfectamente; pero aunque tengo el deseo de vivir en buena armonía con usted, no me tomaré la pena de desengañarle. Verdaderamente, valen más las puntas que el manto. Yo no tengo nada que decirle.

—¿Por qué está usted siempre dando vueltas en derredor mío?

—Porque es usted un sujeto muy digno de ser observado. Ha excitado usted mi curiosidad por lo fantástico de su situación. Además, es usted el hermano de una persona que me interesa mucho. Me ha hablado de usted muchas veces, y su lenguaje me ha hecho pensar que tiene usted una gran influencia sobre ella. ¿No son bastantes razones éstas? ¡Je, je, je! Por lo demás, lo confieso, la pregunta es para mí muy compleja, y me es muy difícil responder á ella. Si usted, por ejemplo, ha venido á buscarme ahora, es, no solamente por un negocio, sino en la esperanza de que yo le diga á usted algo de nuevo. ¿No es verdad—repitió con sonrisa equívoca Svidrigailoff.— Pues bien, figúrese usted que yo mismo, al volver á San Petersburgo, pensaba también que me diría usted algo de nuevo y esperaba poderle prestar á usted alguna cosa. Vea usted cómo somos nosotros los ricos.

—¿Prestarme qué?

—¿Acaso lo sé yo? Ya ve usted en qué miserable traktir me paso todo el día—repuso Svidrigailoff—; no crea

Biblioteca Nacional de España

usted que me divierto; pero en alguna parte he de pasar el tiempo. Me distraigo con esa pobre Katia que acaba de salir... si tuviese la suerte de ser un comilón, un gastrónomo de club; pero nada de eso; ahí tiene usted todo lo que yo puedo comer (señaló con el dedo una mesita colocada en un rincón, y en ella un plato de hierro blanco, que contenía los restos de un mal *beefsteak* con patatas). A propósito; ¿ha comido usted? En cuanto al vino, sólo bebo Champagne, y un vaso me basta para toda la *soirée*. Si he pedido esta botella hoy, es porque tengo que ir á cierta parte y he querido de antemano preparar un poco la cabeza. Hace poco me ocultaba como un colegial, porque temía que la visita de usted fuera un trastorno para mí; pero creo que puedo pasar una hora con usted. Ahora son las cuatro y media—añadió mirando el reloj.— ¿Querrá usted creer que hay momentos en que me disgusta no ser nada: ni propietario, ni padre de familia, ni hulano, ni fotógrafo, ni periodista... Suele ser muy fastidioso no tener ninguna especialidad. Ciertamente, pensaba que me diría usted algo de nuevo.

—¿Quién es usted y por qué ha venido aquí?

—¿Que quién soy? Lo sabe usted; un gentilhombre; he servido dos años en Caballería, después de lo cual me he paseado por San Petersburgo; más tarde me casé con Marfa Petrovna, y luego me fuí á vivir al campo. Ahí tiene usted mi biografía.

—Según parece, es usted jugador.

—¿Jugador yo? No diga usted eso; diga usted más bien que soy un griego.

—¡Ah! ¿Usted hace trampas en el juego?

—Sí.

Habrá recibido usted alguna vez bofetadas.

—En efecto, también las he recibido. ¿Por qué me pregunta usted eso?

—Pues bien; podría usted batirse en duelo. Eso produce sensaciones.

—No tengo ninguna objeción que hacer á usted. Además, yo estoy poco fuerte en discusiones filosóficas. Confieso que si he venido aquí es sólo por las mujeres.

—¿Al día siguiente de haber enterrado á Marfa Petrovna?

Svidrigailoff se sonrió.

—Pues bien, sí—respondió con una franqueza desconcertante.— Parece que le escandaliza lo que le digo.

—¿Se asombra usted de que me escandalice la disipación?

—¿Por qué he de fastidiarme? ¿Por qué he de renunciar á las mujeres, puesto que las amo? Eso es una ocupación.

Raskolnikoff se sentía á disgusto y se arrepentía de haber venido.

Svidrigailoff le parecía el criminal más depravado del mundo.

—¡Eh! Quédese usted un momento; que le traigan á usted te. Vamos, siéntese. Le contaré alguna cosa. ¿Quiere que le refiera cómo una mujer emprendió la tarea de convertirme, y esto será una respuesta á su primera pregunta, puesto que se trata de la hermana de usted? ¿Puedo contarlo? Mataremos el tiempo.

—Sea; pero espero que usted...

—No tenga usted miedo. Aun siendo un hombre tan vicioso como yo, Advotia Romanovna no puede inspirar más que profunda estimación. Creo haberla comprendido, y lo considero como un honor. ¿Pero sabe usted que cuando no se conoce á las personas está uno propenso á engañarse? Pues eso es lo que me ha pasado con su hermana de usted. ¿Por qué la ha hecho Dios tan guapa? Yo

Biblioteca Nacional de España

no tengo la culpa. En una palabra, esto empezó por un capricho de los más violentos. Es preciso decirle á usted que Marfa Petrovna me concedía cierta libertad con las campesinas. Acababa de venir á nuestra casa como camarera, una muchacha de una aldea vecina, llamada (aquélla) Paracha. Era muy linda, pero tonta hasta lo increíble. Sus lágrimas y sus gritos, que alborotaban toda la casa, ocasionaron un escándalo. Cierto día, después de comer, Advotia Romanovna me llamó aparte, y mirándome con ojos relampagueantes, exigió de mí que dejase en paz á la pobre Paracha. Es claro, me apresuré á deferir á su demanda. Traté de parecer emocionado, confundido; en una palabra, representé mi papel á conciencia. A partir de este momento tuvimos conferencias secretas, en las cuales me predicaba moral, me suplicaba, con las lágrimas en los ojos, que cambiase de vida. Vea usted hasta dónde llega, en algunas jóvenes, la pasión por la propaganda. Por supuesto, yo imputaba todos mis errores al destino; me consideraba como un hombre privado de luz, y, por último, puse en práctica un medio que no falla jamás con las mujeres: la vanidad. Espero que no se incomodará usted porque le diga que Advotia Romanovna no fué en un principio insensible á los elogios que yo la tributaba. Por desgracia, eché á perder todo el negocio por mi impaciencia y por mi tontería. Al hablar con la hermana de usted, hubiera debido moderar el brillo de mis ojos. Su llama la inquietó, y acabó por parecerle odiosa. Sin entrar en detalles, bastará con que le diga á usted que hubo entre nosotros un rompimiento. A continuación hice nuevas tonterías. Me extendí en groseros sarcasmos á propósito de las propagandistas. Paracha entró en escena y fué seguida de otras muchas. ¡Oh, si hubiese usted visto entonces, señor Raskolnikoff, qué relámpagos lanzaban los ojos

de su hermana! Le aseguro á usted que hasta en sueños me perseguían sus miradas. Llegué á no poder soportar el ruido de sus ropas. Jamás hubiera supuesto que la locura podía apoderarse de mí hasta ese extremo. Era de todo punto preciso que me reconciliase con Advotia Romanovna, y la reconciliación era imposible. Imagínese usted lo que hice entonces. ¡A qué grado de estupidez puede llegar el hombre! No emprenda usted nada en ese estado, señor Raskolnikoff. Pensando que Advotia Romanovna era una pobre muchacha (perdón, no quería decir eso; pero la palabra importa poco), que, en fin, vivía de su trabajo y que tenía á su cargo á su madre y á usted (¡Ah, caramba! ¡Vuelve usted á fruncir el entrecejo!), me decidí á ofrecerla toda mi fortuna (podía reunir entonces unos 30.000 rublos), y proponerla que huyese conmigo a San Petersburgo. Una vez allí, por supuesto, la habría jurado amor eterno, etc., etc. ¿Querrá usted creerlo? De tal modo estaba enamorado de ella en esa época, que si su hermana de usted me hubiese dicho: «Asesina ó envenena á Marfa Petrovna, y cásate conmigo», lo hubiera hecho inmediatamente. Pero todo esto acabó por la catástrofe que usted ya conoce, y ya comprenderá cómo me irritaría el saber que mi mujer había negociado el matrimonio entre Advotia y ese miserable embrollón de Lujin; porque, bien mirado, tanto hubiera valido para su hermana de usted aceptar mis ofrecimientos, como dar su mano á un hombre como ese. ¿No es verdad? ¿No es verdad? Advierto que me escucha usted con mucha atención... interesante joven...

Svidrigailoff dió un violento puñetazo sobre la mesa. Estaba muy sofocado, y aunque apenas había bebido dos vasos de Champagne, empezaba á dar señales de embriaguez.

Biblioteca Nacional de España

Raskolnikoff lo advirtió y resolvió aprovecharse de esta circunstancia para descubrir las intenciones secretas de aquel á quien consideraba como su más peligroso enemigo.

—Pues bien, después de esto no tengo la menor duda de que usted ha venido aquí por mi hermana—declaró el joven, con tanto más atrevimiento, cuanto que quería que Svidrigailoff lo dijese todo. Este último trató de borrar el efecto producido por sus palabras.

—¡Eh, deje usted! ¿No le he dicho... que su hermana de usted no puede sufrirme?

—Estoy persuadido; pero no se trata de eso.

—¿Está usted persuadido de que ella no puede sufrirme?—replicó Svidrigailoff guiñando los ojos y sonriéndose con aire burlón.— Dice usted bien, no me ama. Pero no responda usted jamás de lo que pasa entre un marido y su mujer, ó entre un amante y su querida. Hay siempre un rinconcillo que queda oculto para todo el mundo y sólo es conocido de los interesados. ¿Se atrevería usted á afirmar que Advotia Romanovna me miraba con repugnancia?

—Ciertas palabras del relato de usted me prueban que todavía tiene usted infames propósitos acerca de Advotia, y que se propone ejecutarlos en breve plazo.

—¿Cómo han podido escapársele semejantes palabras?—dijo Svidrigailoff poniéndose de repente muy inquieto; pero sin molestarse en lo más mínimo por el epíteto con que se calificaban sus propósitos.

—Pero en este momento mismo se manifiestan los pensamientos ocultos de usted. ¿Por qué tiene usted miedo? ¿De qué nace ese súbito temor que ahora se manifiesta en usted?

—¿Yo miedo? ¿Miedo de usted? ¿Qué me importa á mí

de usted? Usted sí, amigo, que debe tenerme miedo... Por lo demás, estoy borracho, ya lo veo; un poco más, y hubiera cometido una tontería. ¡Váyase al diablo el vino! ¡mozo, agua!

Cogió la botella del Champagne, y sin andarse con chiquitas, la tiró por la ventana. Felipe trajo agua.

—Todo esto es absurdo—dijo Svidrigailoff humedeciendo una toalla y pasándosela por la cara.— Yo puedo, con una palabra, reducir á la nada todas las sospechas de usted. ¿Sabe usted que voy á casarme?

—Ya me lo ha dicho usted.

—¿Que se lo he dicho? pues me había olvidado; pero de todas maneras, cuando le anuncié mi próximo matrimonio, podía hablar de él en forma dubitativa, pues aún no había nada de cierto. Ahora es cosa hecha, y si en este momento no tuviese que hacer, le conduciría á usted á casa de mi futura. Me gustaría saber si usted aprueba mi decisión. ¡Ah, caramba, no cuento más que con diez minutos! Sin embargo, quiero contarle á usted la histori de mi matrimonio; es bastante curiosa. Bueno... ¿quiere usted irse aún?

—No, ahora no le dejo á usted.

—¿No? Pues adelante. Ya lo veremos. Sin duda yo le enseñaré á usted mi futura; pero no ahora, porque tenemos que decirnos muy pronto adiós. Usted va por la izquierda y yo por la derecha. ¿Ha oído usted hablar de cierta señora Reslich, en cuya casa estoy actualmente á pupilo? Pues ella es la que anda ahora en todo esto. «Tú te aburres—me decía—, y esto será para ti una distracción momentánea.» Yo soy, en efecto, un hombre disgustado y huraño. ¿Usted cree que soy alegre? Desengáñese usted, yo tengo el humor sombrío. No hago mal á nadie; pero me paso algunas veces tres días seguidos en

Biblioteca Nacional de España

un rincón, sin hablar una palabra; por otra parte, esa bribona de Reslich tiene su idea; cuenta con que me disgustaré pronto con mi mujer, que la echaré de mi lado y que ella la lanzará á la circulación. Sé por ella, que el padre, antiguo funcionario, está enfermo. Desde hace tres años no puede valerse de las piernas y no deja la butaca. La madre es una señora muy inteligente; el hijo está empleado en provincias y no ayuda en lo más mínimo á sus padres. La hija mayor está casada y no da señales de vida. Esta pobre gente tiene sobre sus costillas dos sobrinos de corta edad. La hija menor ha sido retirada del colegio antes de haber acabado sus estudios; cumplirá dieciséis años dentro de un mes. De esa es de quien yo me ocupo. Provisto de estos datos, me presento á la familia como un propietario viudo, de buen nacimiento, que está bien relacionado y que además tiene fortuna. Mis cincuenta años no suscitan la más ligera objeción. Había que verme hablando con el papá y la mamá. ¡Fué aquello lo más gracioso! Llega la muchacha, vestida con traje corto, y me saluda, ruborizándose como una amapola (sin duda había aprendido la lección). No conozco el gusto de usted en punto á rostros femeninos, mas para mí, esos dieciséis años, esos ojos todavía infantiles, esa timidez, esas lagrimitas púdicas, todo ello tiene más encanto que la belleza; por otra parte, la muchacha es muy linda, con sus cabellos claros, sus ricitos caprichosos, sus labios purpurinos y ligeramente gruesos, lindos piececillos... Hemos entablado conocimiento. Dije que asuntos de familia me obligaban á apresurar mi matrimonio, y al día siguiente, es decir, anteayer, quedó acordado el casamiento. Desde entonces, cuando voy á verla, la tengo sentada sobre mis rodillas durante todo el tiempo que dura mi visita, y á cada minuto la beso. La chiquilla se pone encarnada,

pero se deja. Su mamá la ha dado sin duda á entender que un futuro esposo puede permitirse estas libertades. De esta manera comprendidos los derechos de prometido, no son menos agradables que los de marido. Puede decirse que la naturaleza y la verdad hablan por boca de esta joven. He conversado dos veces con ella; la muchacha no es tonta del todo; tiene una manera de mirarme disimuladamente, que incendia todo mi ser. Su fisonomía se parece algo á la de la madona Sixtina. ¿Ha reparado usted en la expresión fantástica que Rafael supo dar á esa cabeza de Virgen? Pues algo de esa expresión hay en el rostro de la joven. Desde el día siguiente al que nos tomamos los dichos, la he llevado á mi futura regalos por valor de 1.500 rublos: diamantes, perlas, un neceser de *toilette* de plata; la carita de la madona resplandecía. Ayer no me privé de sentarla sobre mis rodillas, y vi en sus ojos lágrimas que trataba de ocultar. Nos dejaron solos. Entonces me echó un brazo al cuello, y besándome, me juró que sería para mí una esposa buena, obediente y fiel; que me haría feliz, que me consagraría todos los instantes de su vida y que, en cambio, no quería de mí más que *mi estimación*, nada más: «No tengo necesidad de regalos» — me ha dicho.— Oir á un ángel de dieciséis años, con las mejillas coloreadas de un pudor virginal, que le hace á usted esta declaración con lágrimas de entusiasmo en los ojos... Esto es delicioso. Vamos, escúcheme usted; le llevaré á casa de mi prometida; pero no puedo enseñársela á usted en seguida.

—¿De modo que esa diferencia tan grande de edad aguijonea la sensualidad de usted? ¿Es posible que piense usted seriamente en contraer semejante matrimonio?

—¡Vaya un moralista austero!—dijo burlándose Svidrigailoff.— ¡Dónde va anidar la virtud! Sabe usted que me

Biblioteca Nacional de España

hacen mucha gracia sus exclamaciones de indignación.

Llamó á Felipe, pagó lo que había tomado y se levantó.

—Siento mucho—continuó—no poder detenerme más tiempo con usted; pero ya volveremos á vernos. Tenga usted un poco de paciencia.

Salió del traktir. Raskolnikoff le siguió. La embriaguez de Svidrigailoff se disipaba visiblemente. Fruncía el ceño y parecía muy preocupado, como hombre que está en vísperas de emprender una cosa muy importante. Desde hacía algunos momentos se revelaba en sus modales cierta impaciencia, mientras que su lenguaje se hacía cáustico y agresivo. Todo ello parecía justificar cada vez más las aprensiones de Raskolnikoff, el cual resolvió seguir los pasos del extraño personaje.

Cuando estuvieron en la calle, Svidrigailoff dijo:

—Aquí nos separamos. Usted se va por la derecha y yo por la izquierda, ó al contrario. Adiós, amigo mío, hasta la vista, y se dirigió hacia el Mercado del Heno.

IV

Raskolnikoff se puso á seguirle.

—¿Qué significa esto?—preguntó volviéndose Svidrigailoff. Creo haberle dicho á usted...

—Esto significa que estoy decidido á acompañarle.

—¿Qué?

Los dos se detuvieron y durante un minuto se midieron con la vista.

—En la semiembriaguez de usted—replicó Raskolnikoff—me ha dicho lo bastante para convencerme de que, lejos de haber renunciado á sus odiosos proyectos contra mi hermana, se ocupa usted de ellos más que nunca. Sé que esta mañana mi hermana ha recibido una carta. No ha perdido usted el tiempo desde su llegada á San Petersburgo. Que en el curso de las idas y venidas de usted se haya encontrado una mujer, es cosa posible; pero esto nada significa, y deseo convencerme por mí mismo...

Es muy posible que Raskolnikoff no hubiera sabido decir de qué cosa quería convencerse.

—¿Por lo visto usted quiere que yo llame á la policía?

—Llámela usted—dijo Raskolnikoff.

Se detuvieron de nuevo el uno frente al otro. Al cabo, el rostro de Svidrigailoff cambió de expresión. Viendo que su amenaza no intimidaba en lo más mínimo á Raskolnikoff, tomó de repente un tono más alegre y amistoso.

Biblioteca Nacional de España

—¡Qué chusco es usted! A propósito; no he querido hablarle de su asunto, á pesar de la curiosidad bien natural que ha despertado en mí. Quería dejarlo para otra ocasión; pero, en verdad, es usted capaz de hacer perder la paciencia á un muerto... Bueno, venga usted conmigo; pero le advierto que sólo entro para coger dinero; en seguida saldré, tomaré un coche y me iré á pasar el resto del día á las Islas. ¿Qué necesidad tiene usted de seguirme?

—Tengo que hacer en la casa en que usted vive; pero no es á la de usted adonde voy, sino á la de Sofía Marmeladoff; tengo que disculparme de no haber asistido á las exequias de su madrastra.

—Como usted quiera; pero Sofía está ausente. Há ido á llevar á los tres niños á casa de una señora anciana á quien yo conozco hace mucho tiempo y que se halla al frente de muchos establecimientos benéficos. He causado un gran placer á esta señora remitiéndola el dinero para los chiquillos de Catalina Ivanovna, además de un donativo pecuniario para sus establecimientos; le he contado, por último, la historia de Sonia, ó por nombrarla más respetuosamente, de Sofía Marmeladoff, sin omitir ningún detalle. Mi relato ha producido un efecto indescriptible, y ahí tiene usted por qué ha sido invitada Sofía á dirigirse hoy mismo al hotel ***, en el cual la señora en cuestión reside provisionalmente desde su regreso del campo.

—No importa; de todos modos entraré en su casa.

—Libre es usted de hacer lo que quiera; pero yo no he de acompañarle. ¿Para qué? Dígame usted ahora; cierto estoy de que desconfía de mí, porque he tenido hasta este momento la discreción de evitarle preguntas escabrosas. ¿Sabe usted á lo que aludo? Apostaría cualquier cosa á que mi discreción le ha parecido extraordinaria. ¡Sea usted delicado para que se le recompense de este modo!...

—¿Encuentra usted delicado escuchar detrás de las puertas?

—¡Ja, ja! Ya me sorprendía á mí que no me hubiese usted hecho esa observación—respondió riendo Svidrigailoff.— Usted cree que no está permitido escuchar detrás de las puertas; pero en cambio supone que se puede asesinar á mujeres indefensas! Como podría acontecer que los magistrados no fuesen de esa opinión, haría usted muy bien en marcharse cuanto antes á América. Parta usted en seguida, joven. Quizá sea todavía tiempo. Le hablo con toda sinceridad. Si necesita usted dinero para el viaje, yo se lo daré.

—No pienso en tal cosa—replicó desdeñosamente Raskolnikoff.

—Lo comprendo. Usted se pregunta si ha obrado con arreglo á la moral, como buen hombre y como buen ciudadano. Debiera haberse planteado esa cuestión antes. Ahora es intempestiva. Si usted cree haber cometido un crimen, levántese usted la tapa de los sesos; ¿no es eso lo que usted tiene el propósito de hacer?

—Por lo visto trata usted de molestarme para que me vaya.

—¡Qué original es usted! Pero hemos llegado; tómese el trabajo de subir la escalera. Ahí tiene usted la puerta del cuarto de Sofía Marmeladoff. ¿Ve usted? No hay nadie. ¿No lo cree usted? Pregúnteselo á los Kapernumoff, ellos tienen la llave. Aquí está precisamente la señora Kapernumoff. ¡Eh! (es un poco sorda). ¿Sofía ha salido? ¿A dónde ha ido? ¿Está usted en lo que le digo? No está aquí, y acaso no vendrá hasta muy entrada la noche. Vamos, ahora venga usted á mi casa. ¿No tenía usted intención de hacerme una visita? Henos aquí en mi cuarto. La señora Reslich está ausente. Esta mujer tiene

Biblioteca Nacional de España

siempre mil negocios entre manos; pero es una excelente persona, se lo aseguro; quizá le sería útil si fuese usted algo más razonable. ¿Ve usted? Cojo de mi secreter un título del 5 por 100 (mire usted cuántos me quedan todavía). Este va á convertirse hoy en dinero ¿Se ha enterado usted? Nada tengo que hacer aquí; cierro el secreter, cierro el cuarto y hétenos en la escalera. Si á usted le parece, tomaremos un coche. Voy á las Islas; ¿no le gusta á usted un paseíto en carruaje? ¿Lo ve usted? Ordeno al cochero que me conduzca á la punta de Elaguin. ¿Rehusa usted? Se ha cansado usted de acompañarme; vamos, déjese usted tentar. Va á llover; pero ¿qué importa? Levantaremos la capota.

Svidrigailoff estaba ya en el coche; por muy desconfiado que fuese Raskolnikoff, pensó que no había peligro en dejarle marchar solo; así es que sin responder una palabra, volvió la espalda y tomó la dirección del Mercado del Heno. Si hubiese vuelto la cabeza habría podido ver que Svidrigailoff, después de haber andado cien pasos en coche, se apeaba y pagaba al cochero. Muy pronto volvió el joven la esquina, y, como siempre, cuando se encontraba solo, no tardó en caer en profunda distracción. Llegado al puente se detuvo ante la balaustrada y fijó los ojos en el canal. En pie, á poca distancia de Raskolnikoff, le observaba Advotia Romanovna. Al llegar al puente pasó cerca de ella, pero sin verla. A la vista de su hermano Advotia experimentó un sentimiento de sorpresa y aun de inquietud. Durante un momento dudó si se acercaría á él ó no. De repente echó de ver que por la parte del Mercado del Heno, Svidrigailoff se dirigía rápidamente hacia ella.

Este parecía avanzar con prudencia y misterio. No subió al puente, se quedó en la acera, esforzándose por no

ser visto de Raskolnikoff. Hacía un rato que había reparado en Advotia y que la hacía señas. La joven creyó comprender que la llamaba, indicándola que procurase no ser vista por su hermano. Dócil á esta invitación muda, Advotia se alejó, sin ruido, de Raskolnikoff, y se juntó con Svidrigailoff.

—Vamos más de prisa —la dijo por lo bajo este último.— Deseo que Raskolnikoff ignore nuestra entrevista. Advierto á usted que ha venido á buscarme, hace poco, á un traktir que está cerca de aquí, y que me ha costado trabajo separarme de él. Sabe que he escrito á usted una carta y sospecha algo. De seguro que no es usted quien le ha hablado de esto. Pero si no es usted, ¿quién ha sido entonces?

—Ya hemos dado vuelta á la esquina—interrumpió Advotia.— Ahora mi hermano no puede vernos. Declaro á usted que no pasaré de aquí. Dígame lo que quiera, que todo puede decirse en plena calle.

—En primer lugar, no es en la vía pública donde pueden ni deben hacerse ciertas confidencias. Además, usted debe oir también á Sofía Marmeladoff, y en tercer lugar, es preciso que yo le enseñe ciertos documentos. En fin, si usted no consiente en venir á mi casa, renuncio á toda explicación y me retiro en este mismo instante. No olvide usted tampoco que cierto secreto muy curioso que interesa á su querido hermano, se encuentra en mis manos.

Advotia se detuvo indecisa y dirigió una mirada penetrante á Svidrigailoff.

—¿Qué teme usted?—observó tranquilamente éste.— La ciudad no es el campo, y aun en el campo mismo me ha hecho usted más daño que yo á usted.

—¿Sofía Marmeladoff está avisada?

—No, no la he dicho una palabra; ni siquiera sé si está

Biblioteca Nacional de España

en su casa. Creo, sin embargo, que debe de estar, porque hoy es el entierro de su madrastra y en un día así no es cosa de hacer visitas. Por el momento no quiero hablar de eso á nadie, y hasta siento, en cierto modo, haberme clareado con usted. En semejante caso, la menor palabra pronunciada á la ligera equivale á una denuncia. Yo vivo cerca, en esta casa; he aquí nuestro dvornik; me conoce muy bien. ¿Ve usted? me saluda. Ve que vengo con una señora, y sin duda se ha fijado ya en la cara de usted. Esta circunstancia debe tranquilizarla si desconfía de mí. Perdóneme usted si la hablo tan crudamente. Vivo aquí, en un cuarto amueblado. No hay más que un tabique entre el cuarto de Sofía y el mío. Todo el piso está habitado por diferentes vecinos. ¿Por qué, pues, tiene usted tanto miedo como un niño? ¿Qué tengo yo de terrible?

Svidrigailoff trató de sonreirse bondadosamente. Latíale el corazón con fuerza y tenía oprimido el pecho. Afectaba levantar la voz para ocultar la agitación que experimentaba. Precaución superflua, porque Advotia no advertía en él nada de particular; las últimas palabras de Svidrigailoff habían irritado demasiado á la orgullosa joven, para que pensase en otra cosa que en la herida de su amor propio.

—Aunque sé que es usted un hombre sin honor, no le tengo á usted temor alguno. Condúzcame usted—dijo con tono tranquilo que desmentía, es verdad, la extrema palidez de su semblante.

Svidrigailoff se detuvo delante del cuarto de Sonia.

—Permítame usted que vea si está en su habitación. No, no está; es una contrariedad; pero sé que vendrá dentro de poco. No ha podido salir más que para ver á una señora que se interesa por los huérfanos. Me he ocupado de este asunto. Si Sonia no ha vuelto dentro de diez minutos y usted tiene necesidad de hablarla, yo la enviaré á casa de usted hoy mismo. Este es mi alojamiento; se compone de estas dos habitaciones. Detrás de esa puerta habita mi propietaria, la señora Reslich. Ahora, fíjese usted, voy á mostrarle mis principales documentos; mi alcoba tiene esta puerta que conduce á un alojamiento de dos piezas, el cual está enteramente vacío. Entérese usted; es menester que tenga un conocimiento exacto de todos los lugares.

Svidrigailoff ocupaba dos habitaciones bastante grandes. Advotia miraba en derredor de sí con desconfianza; pero no descubría nada sospechoso ni en los muebles ni en la disposición del local. Sin embargo, pudo advertir que Svidrigailoff habitaba entre dos departamentos en cierto modo inhabitados. Para llegar hasta el suyo había que atravesar dos piezas, puede decirse que vacías, que formaban parte de la habitación de su propietaria. Abriendo la puerta que ponía en comunicación su alcoba con el departamento no alquilado, Svidrigailoff mostró este último á Advotia. La joven se detuvo en el umbral, sin comprender por qué se la invitaba á mirar; pero en seguida la dió Svidrigailoff la explicación.

—¿Ve usted esta habitación grande, la segunda? Fíjese usted en esa puerta cerrada con llave. A su lado se encuentra una silla, la única que hay en las dos habitaciones. Yo la llevé de mi cuarto para escuchar más cómodamente. La mesa de Sofía está colocada precisamente detrás de esta puerta. La joven estaba sentada ahí y hablaba con Raskolnikoff, mientras que aquí, en una silla, prestaba yo oído á su conversación. He estado sentado en este sitio dos tardes seguidas, y cada vez dos horas. He podido enterarme de alguna cosa; ¿qué le parece á usted?

—¿Ha estado usted escuchando?

Biblioteca Nacional de España

—Sí. Ahora entraremos en mi cuarto. Aquí no puede uno ni sentarse.

Condujo á Advotia á la habitación que le servía de sala, y ofreció á la joven un asiento cerca de la mesa. El se sentó á distancia respetuosa; pero le brillaban los ojos probablemente con el mismo fuego que en otro tiempo había asustado tanto á Advotia. Esta estaba temblando, á pesar de la tranquilidad que procuraba demostrar, y dirigió en torno suyo otra mirada de desconfianza.

La situación aislada del alojamiento de Svidrigailoff, acabó por atraer su atención. Quiso preguntar si, por lo menos, estaba en casa la propietaria; pero su orgullo no le permitió hacer esta pregunta.

Por otra parte, la inquietud relativa á su seguridad personal, no era nada en comparación de la otra ansiedad que torturaba su corazón.

—Aquí tiene usted su carta—comenzó á decir, depositándola encima de la mesa. Lo que usted me ha escrito, ¿es posible? Usted me da á entender que mi hermano ha cometido un crimen; las insinuaciones de usted son bien claras. No trate usted ahora de recurrir á subterfugios. Sepa usted que antes de sus pretendidas revelaciones he oído hablar de ese cuento absurdo, del cual no creo una palabra; eso es aún más ridículo que odioso. Conozco esas sospechas y no ignoro la causa que las ha hecho nacer. Usted no puede tener pruebas. Usted ha prometido darlas; hable usted; pero le advierto que no le creo.

Advotia pronunció estas palabras con extrema rapidez, y por un instante la emoción que experimentaba coloreó de rojo sus mejillas.

—Si usted no me creyese, ¿hubiese usted podido resolverse á venir sola á mi casa? ¿Por qué, pues, ha venido usted? ¿Por pura curiosidad?

—No me atormente más y hable, hable usted.

—Hay que convenir en que es usted una joven valiente. Creía verdaderamente que habría usted suplicado al señor Razumikin que la acompañase. Pero he podido convencerme de que no sólo no ha venido con usted, sino de que no la ha seguido á distancia. Esto prueba el talento de usted. Ha querido usted, sin duda, no molestar á Razumikin. Por lo demás, en usted todo es divino. En lo que concierne á su hermano, ¿qué he de decirle á usted, si acaba de verle? ¿Cómo le encuentra usted?

—¿Y es en eso solamente en lo que funda usted su acusación?

—No; no es en eso precisamente, sino en las propias palabras de Raskolnikoff. Ha venido dos días seguidos á hablar con Sofía Marmeladoff. Ya he indicado á usted dónde estuvieron sentados. Lo confesó todo á la joven: es un asesino. Mató á una vieja usurera, en cuya casa había empeñado algunos objetos. Pocos momentos después del asesinato, la hermana de la víctima, una vendedora llamada Isabel, entró por casualidad y también la mató. Se sirvió para asesinar á las dos mujeres de un hacha que llevaba á prevención. Su intención era robar, y ha robado: ha cogido dinero y diversos objetos; eso es lo que, palabra por palabra, ha contado á Sofía Marmeladoff. Ella sola conoce el secreto; pero no ha tomado parte alguna en el asesinato; todo al contrario, al oirlo referir se quedó tan espantada como lo está usted ahora. Puede usted tranquilizarse; no será ella la que denuncie á su hermano de usted.

—¡Eso es imposible!—balbucearon los pálidos labios de Advotia, á quien la emoción apenas dejaba respirar; no tenía la menor razón, ni el más pequeño motivo para cometer ese crimen... Eso es una mentira.

—El robo revela la causa del asesinato. Su hermano de

Biblioteca Nacional de España

usted cogió dinero y joyas. Es verdad que, según su propia confesión, ni del uno ni de las otras ha sacado el menor provecho, y que hubo de ocultarlo todo bajo una piedra, en donde está todavía; pero esto es porque no se ha atrevido á utilizarlo.

—¿Es verosímil que haya robado? ¿Ha podido tener siquiera ese pensamiento?—exclamó Advotia levantándose vivamente.— ¿Usted le conoce? ¿Le hace á usted el efecto de un ladrón?

—Esa categoría, Advotia, comprende infinito número de variedades. En general, los rateros tienen conciencia de su infamia; he oído hablar, sin embargo, de un hombre muy noble que desvalijó á un correo. ¿Quién sabe si su hermano de usted pensaba quizá cumplir una acción laudable? También yo, como usted, habría rehusado dar crédito á esa historia si la hubiese sabido por un medio indirecto; pero forzoso me es dar crédito al testimonio de mis oídos... ¿A dónde va usted, Advotia?

—Voy á ver á Sofía—respondió con voz débil la joven.— ¿Dónde está la entrada de su cuarto? Puede que ya haya vuelto; quiero verla en seguida. Es menester que ella...

Advotia Romanovna no pudo acabar; se ahogaba materalmente.

—Según todas las apariencias, Sofía no estará de vuelta hasta la noche. Su ausencia debía ser muy corta; pero puesto que no ha vuelto aún, no regresará hasta muy tarde.

—¡Ah! ¿De ese modo mientes? Ya lo veo, has mentido... no dices más que mentiras... no te creo... no te creo —exclamó Advotia en un arranque de cólera que le quitaba la posesión de sí misma.

Casi desfallecida, se dejó caer sobre una silla que Svidrigailoff se apresuró á acercarla.

—¿Qué tiene usted, Advotia? Tranquilícese usted; aquí hay agua; beba usted un poco.

Le echó agua en la cara; la joven tembló y volvió en sí.

«Esto ha producido efecto»—murmuraba Svidrigailoff para sí frunciendo el entrecejo.— Cálmese usted, Advotia; sepa usted que Raskolnikoff tiene amigos; le salvaremos; le sacaremos de este mal paso. ¿Quiere usted que le lleve yo mismo al extranjero? Tengo dinero. De aquí á algunos días habré realizado todo mi haber. En cuanto al crimen, su hermano de usted hará un montón de buenas acciones que borrarán su delito. Quizá llegue á ser todavía un grande hombre. Vamos, ¿cómo está usted? ¿Cómo se siente usted?

—¡El infame! ¡Todavía se burla! ¡Déjeme usted!

—¿A dónde quiere usted ir?

—A su lado. ¿En dónde está? Usted lo sabe; ¿por qué está cerrada esa puerta? Por ella hemos entrado y ahora está cerrada con llave. ¿Cuándo la ha cerrado usted?

—No era necesario que toda la casa se enterase de lo que hablábamos aquí. En el estado en que usted se encuentra, ¿para qué ir á buscar á su hermano? ¿Quiere usted causar su perdición? La conducta de usted le pondrá furioso, y él mismo irá á denunciarse. Sepa usted también que se le vigila, y que la menor imprudencia por parte de usted, le será funesta. Espere usted un poco. Le he visto, le he hablado hace un momento; todavía puede salvársele. Siéntese usted, vamos á examinar juntos lo que hay que hacer. Para tratar con usted de esta cuestión frente á frente, la he invitado á venir á mi casa; pero siéntese usted.

—¿Cómo podría usted salvarle? ¿Acaso es eso posible?

Advotia se sentó. Svidrigailoff tomó asiento cerca de ella.

Biblioteca Nacional de España

—Todo depende de usted, de usted únicamente.

Brillábanle los ojos, y su emoción era tal, que no podía hablar.

Advotia, aterrada, se retiró á alguna distancia de él.

—Una sola palabra de usted y se salva—continuó él todo tembloroso.— Yo, yo le salvaré; tengo dinero y amigos. Le haré partir inmediatamente para el extranjero; le proporcionaré un pasaporte. Buscaré dos: uno para él y otro para mí. Tengo amigos con cuya fidelidad é inteligencia puedo contar... ¿Quiere usted? Tomaré un pasaporte para usted y para su madre... ¿Qué le importa á usted de Razumikhin?... Mi amor vale tanto como el suyo. La amo á usted con toda mi alma; déjeme usted besar el borde de su vestido... se lo ruego á usted. El ruido que hace su falda me pone fuera de mí. Mande usted; ejecutaré todas sus órdenes, cualesquiera que sean; haré lo imposible; las creencias de usted serán las mías. ¡Oh, no me mire usted de ese modo! ¡Me mata usted!

Comenzaba á delirar. Se hubiera dicho que tenía un ataque de enajenación mental.

Advotia dió un salto hacia la puerta, y empezó á sacudirla con todas sus fuerzas.

—¡Abrid, abrid!—gritó, creyendo que la oirían fuera.— ¡Abrid! ¿No hay nadie en esta casa?

Svidrigailoff se levantó; había recobrado en parte ya su sangre fría, y una sonrisa amarga cerraba sus labios temblorosos.

—No hay nadie aquí—dijo lentamente.— La patrona ha salido y usted se equivoca al gritar de ese modo; se toma usted un trabajo inútil.

—¿Dónde esta la llave? ¡Abre la puerta en seguida, en seguida, infame!

—La he perdido y no puedo encontrarla.

—¿De modo que esto era un lazo?—gritó Advotia pálida como una muerta, y se lanzó á un rincón, en donde se parapetó, colocando ante ella una mesita que la casualidad puso al alcance de su mano.— Después se calló; pero sin apartar los ojos de su enemigo, espiando hasta sus más pequeños movimientos.

En pie, frente á ella, en el otro extremo de la habitación, Svidrigailoff no se movía de su sitio. Exteriormente, por lo menos, había logrado dominarse. Sin embargo, su rostro estaba pálido y su sonrisa continuaba mortificando á la joven.

—Ha pronunciado usted la palabra lazo. En efecto, la he preparado á usted un lazo, y mis medidas están bien tomadas. Sofía no está en su casa; nos separan cinco piezas del cuarto de los Kapernumoff. Por último, soy, cuando menos, dos veces más fuerte que usted, é independientemente de esto nada tengo que temer, porque si usted se querella contra mí, su hermano de usted está perdido. Por otra parte, nadie la creerá; todas las apariencias arguyen contra una joven que va sola á la casa de un hombre. De modo que, aunque usted se decidiese á sacrificar á su hermano, nada podría usted probar; son muy difíciles las pruebas de una violación, Advotia.

—¡Miserable!—dijo la joven en voz baja, pero vibrante, de indignación.

—Sí, miserable; pero advierta usted que yo he razonado sencillamente desde el punto de vista de su hipótesis. Personalmente opino como usted, que la violación es una acción abominable: cuanto he dicho ha sido para tranquilizar la conciencia de usted en el caso en que usted... en que usted consintiese, de buen grado, en salvar á su hermano como yo se lo he propuesto. Usted podrá decir que no ha cedido más que á las circunstancias, á la fuer-

Biblioteca Nacional de España

za, si es que es preciso emplear esta palabra. Piense que la suerte de su madre y de su hermano está en sus manos. Seré esclavo de usted durante toda mi vida... Voy á esperar aquí.

Se sentó en el diván á ocho pasos de Advotia. La joven no tenía la menor duda de que era inquebrantable la resolución de Svidrigailoff. Además le conocía.

De repente sacó del bolsillo un revólver, lo montó y lo colocó sobre la mesa, al alcance de su mano.

Svidrigailoff lanzó un grito de sorpresa é hizo un brusco movimiento hacia adelante.

—¿Esas tenemos?—dijo con maligna sonrisa.— La situación cambia por completo; usted me simplifica singularmente la tarea; pero, ¿dónde se ha procurado usted ese revólver? ¿Se lo ha prestado á usted Razumikhin? ¡Calle, si es el mío, lo reconozco! Lo había buscado sin encontrarlo... Las lecciones de tiro que yo tuve el honor de darla en el campo, no habrán sido inútiles.

—Ese revólver no era tuyo, sino de María Petrovna, á quien has matado tú. ¡Asesino! ¡Nada te pertenecía en su casa! Yo me apoderé de él cuando comencé á sospechar de lo que eras capaz. ¡Si das un solo paso, te juro que te mato!

Advotia, exasperada, se disponía á poner en práctica, si llegaba el caso, su amenaza.

—Bueno, ¿y su hermano de usted? Por curiosidad le hago á usted esta pregunta—dijo Svidrigailoff, que continuaba en pie en el mismo sitio.

—Denúnciale si quieres. No te acerques, ó tiro. Has envenenado á tu mujer, lo sé; tú también eres un asesino.

—¿Está usted bien segura de que yo he emponzoñado á María Petrovna?

—Sí, tú mismo me lo diste á entender; tú me hablaste de veneno... Sé que te lo procuraste... tú, tú ciertamente fuiste, infame.

—Aun cuando eso fuese cierto, yo lo habría hecho por ti... tú habrías sido la causa.

—¡Mientes; yo te he detestado siempre, siempre!

—Parece que usted ha olvidado, Advotia, que su afán de convertirme se inclinaba hacia mí con lánguidas miradas... yo leía en los ojos de usted, ¿no se acuerda? por la noche, al resplandor de la luna, mientras cantaba el ruiseñor.

—¡Mientes! (la rabia hacía brillar las pupilas de Advotia). ¡Mientes, calumniador!

—¿Que miento? Está bien. Miento; he mentido; las mujeres no gustan que se les recuerden ciertas cosillas—repuso sonriendo.— ¡Sé que tirarás, precioso monstruo; pues bien, anda!

Advotia le apuntó, no esperando más que un movimiento de él para hacer fuego; el rostro de la joven estaba cubierto de mortal palidez. Agitábasele el labio inferior, movido por la cólera, y llameábanle sus grandes y negros ojos. Jamás la había visto tan hermosa Svidrigailoff. Este avanzó un paso, sonó una detonación, la bala le pasó rozando los cabellos y fué á clavarse en la pared, detrás de él. Svidrigailoff se detuvo.

—Una picadura de abeja—dijo riéndose.— Apunta á la cabeza... ¿Qué es esto? Tengo sangre.

Sacó un pañuelo del bolsillo para enjugarse la sangre que le corría á lo largo de la sien derecha. La bala le había rozado la piel del cráneo. Advotia bajó el arma y miró á Svidrigailoff con una especie de estupor. Parecía no darse cuenta de lo que acababa de hacer.

—Pues bien; ha errado usted el tiro. Dispare otra vez; espero—prosiguió Svidrigailoff, cuya alegría tenía algo de

Biblioteca Nacional de España

siniestro—; si tarda usted en disparar, tendré tiempo de cogerla antes de que usted pueda defenderse.

Temblorosa Advotia, armó rápidamente el revólver y amenazó de nuevo á su perseguidor.

—¡Déjeme usted!—dijo con desesperación—; ¡le juro que voy á disparar otra vez! ¡Le mataré!

—A tres pasos, en efecto, es imposible que usted no me acierte; pero si no me mata, entonces...—en los brillantes ojos de Svidrigailoff se podía leer el resto de su pensamiento. Dió dos pasos hacia adelante. Advotia tiró, pero falló el tiro.

—No está bien cargada el arma, no importa, eso puede repararse. Tiene usted aún una cápsula; espero.

En pie, á dos pasos de la joven, fijaba sobre ella una mirada ardiente, que expresaba indomable resolución.

Advotia comprendió que Svidrigailoff moriría antes que renunciar á su designio.

Sin duda le mataría ahora, que estaba solamente á dos pasos de ella.

De repente la joven tiró el revólver.

—¿No quiere usted hacer fuego?—dijo Svidrigailoff asombrado, y respiró libremente.

No era quiza el temor de la muerte el peso más grave de que sentía aliviada su alma. Sin embargo, le hubiera sido difícil explicarse á sí mismo la naturaleza del alivio que experimentó. Se acercó á Advotia y la cogió suavemente por el talle. No resistió la joven; pero toda temblorosa, le miró con ojos suplicantes. Quiso hablar él; pero no pudo proferir ningún sonido.

—¡Suéltame!—suplicó Advotia.

Al oirse tutear con una voz que no era la de un momento antes, Svidrigailoff se echó á temblar.

—¿De modo que no me amas?—preguntó en voz baja.

Advotia hizo con la cabeza un signo negativo.

—¿Y no podrás amarme... nunca...?—continuó él con acento desesperado.

—¡Nunca!—murmuró la joven.

Durante pocos instantes se libró una lucha terrible en el alma de Svidrigailoff. Tenía fijos los ojos en la joven con una expresión indecible. De repente apartó el brazo que había pasado en derredor del talle de Advotia, y alejándose rápidamente de ésta, fué á colocarse delante de la ventana.

—Ahí está la llave—dijo después de una pausa (la sacó del bolsillo izquierdo del abrigo, la colocó detrás de él en la mesa, sin volverse hacia Advotia).— Tómela usted, y váyase pronto.

Seguía mirando obstinadamente por la ventana. Advotia se aproximó á la mesa para coger la llave.

—¡Pronto, pronto! —repitió Svidrigailoff.

No había cambiado de posición, no la miraba; pero aquella palabra «pronto» había sido pronunciada de modo tal, que su significación no dejaba lugar á dudas.

Advotia cogió la llave, se dirigió apresuradamente á la puerta y salió rápidamente de la habitación; un instante después corría como loca á lo largo del canal, en la dirección del puente ***.

Svidrigailoff permaneció todavía tres minutos cerca de la ventana. Al cabo se volvió con lentitud, dirigió una mirada en derredor suyo y se pasó la mano por la frente. Sus facciones, desfiguradas por una extraña sonrisa, expresaban tremenda desesperación. Al advertir que tenía sangre en la mano, la miró con cólera, y luego mojó un paño y se lavó la herida. El revólver arrojado por Advo-

Biblioteca Nacional de España

tia, había rodado hasta la puerta. Lo levantó y se puso á examinarlo. Era un revólver pequeño de tres tiros, de antiguo sistema. Tenía aún dos cápsulas cargadas y una descargada. Después de un momento reflexionó, guardó el arma en el bolsillo, cogió el sombrero y salió.

V

Hasta las diez de la noche Arcadio Ivanovitch Svidrigailoff estuvo recorriendo cafetines y traktirs. Habiendo encontrado á Katia lo pagó cuanto quiso tomar, y lo mismo al organillero, á los mozos y á dos clerigüillos, con los cuales tenía extraña simpatía. Había notado que estos dos jóvenes tenían la nariz ladeada, y que la del uno miraba á la derecha y la del otro á la izquierda. Por último se dejó llevar por ellos á un «jardín de recreo», donde pagó la entrada de todos. Este establecimiento, decorado con el nombre Waus-Hall, era un café cantante de ínfima clase. Los clérigos encontraron allí algunos «colegas» y empezaron á reñir con ellos; poco faltó para que vinieran á las manos. Svidrigailoff fué elegido como árbitro. Después de haber escuchado, durante un cuarto de hora, las recriminaciones confusas de ambas partes, creyó comprender que uno de los clérigos había robado una cosa, pero sin querer dar parte á sus camaradas del producto de aquella operación comercial. Por último, se averiguó que el objeto robado era una cucharilla de te perteneciente al Waus-Hall.

La cuchara fué reconocida por los dependientes del establecimiento, y la cosa amenazaba con tomar un mal aspecto, pero Svidrigailoff indemnizó a los que se quejaban. Se levantó y salió del jardín. Eran las diez. Duran-

Biblioteca Nacional de España

te toda la noche no había bebido ni una gota de vino. En el Waus-Hall se había limitado á pedir te, y eso porque las conveniencias le obligaban á hacerse servir alguna cosa. La temperatura era sofocante y negras nubes se amontonaban en el cielo. Próximamente á las diez estalló una violenta tempestad. Svidrigailoff llegó á su casa empapado hasta los huesos. Se encerró en su cuarto, abrió su secreter, sacó de él dinero y desgarró dos ó tres papeles. Después de haberse guardado el dinero, pensó en mudarse de ropa; pero como continuaba lloviendo, juzgó que no valía la pena de mudarse; cogió el sombrero, salió sin cerrar la puerta de su habitación y se dirigió al domicilio de Sonia, á quien encontró en su casa.

La joven no estaba sola; tenía en derredor suyo cuatro niños pertenecientes á la familia de Kapernumoff. Sofía estaba dándoles te. Acogió respetuosamente al visitante, miró con sorpresa sus vestidos mojados, pero no dijo una palabra. A la vista de un extraño todos los chiquillos huyeron, acometidos de un terror indescriptible.

Svidrigailoff se sentó cerca de la mesa é invitó á Sonia á que se sentase cerca de él. La joven se preparó tímidamente á escuchar lo que su visitante iba á comunicarle.

—Sofía—empezó á decir—, quizá me vaya á América, y, como según todas las probabilidades, nos vemos por última vez, he venido á fin de arreglar algunos asuntos. ¿Ha ido usted esta tarde á casa de esa señora? Sé lo que le ha dicho á usted; es inútil que me lo cuente. Por lo que hace á las hermanas de usted y á su hermano, su suerte está asegurada. El dinero que destinaba yo á cada uno de ellos, ha sido depositado por mí en manos seguras. Ahí tiene usted los recibos. Tómelos usted. Ahora, para usted, estos tres títulos del 5 por 100, que representan una suma

de 3.000 rublos. Deseo que esto quede entre nosotros y que nadie tenga conocimiento de ello. El dinero le es necesario, porque no puede usted continuar viviendo de este modo.

—Ha tenido usted tantas bondades con los huérfanos, con la difunta y conmigo—balbuceó Sonia—, que aunque apenas le haya dado á usted las gracias, no crea usted que...

—Bueno, basta; basta...

—En cuanto á este dinero, yo se lo agradezco mucho; pero no lo necesito ahora. No teniendo que pensar más que en mí, me las compondré bien; no me considere usted ingrata porque rehuse su ofrecimiento. Puesto que es usted tan caritativo, este dinero...

—Tómelo usted, Sofía; yo se lo suplico; no me haga usted observaciones; no tengo tiempo de oirlas. Raskolnikoff se encuentra entre dos alternativas: ó pegarse un tiro ó ir á Siberia.

Al oir estas palabras Sonia se echó á temblar y miró aterrada á su interlocutor.

—No se inquiete usted—prosiguió Svidrigailoff.— Lo he oído todo de sus propios labios; no soy hablador, y por mí nadie sabrá una palabra. Ha estado usted inspirada aconsejándole que vaya á denunciarse. Es el mejor partido que puede tomar. Cuando vaya á Siberia, usted le acompañará, ¿no es eso? En tal caso, tendrá usted necesidad de dinero. Le hará á usted falta para él; ¿comprende usted? La cantidad que le ofrezco se la doy á él por mediación de usted. Además, usted ha prometido á Amalia Ivanovna pagarle lo que se le debe. ¿Por qué asume usted siempre, tan ligeramente, semejantes compromisos? La deudora de esa alemana no era usted sino Catalina Ivanovna; ha debido usted enviarla al diablo. Hace falta

Biblioteca Nacional de España

más cálculo en la vida... Si mañana, ó pasado mañana, se interrogase á usted respecto de mí, no hable de mi visita ni diga á nadie que la he dado este dinero. Y, ahora, hasta la vista (se levantó). Salude usted, de mi parte, á Raskolnikoff. A propósito: hará usted muy bien, por de pronto, confiando el dinero al señor Razumikhin. ¿Conoce usted al señor Razumikhin? Es un buen muchacho. Llévese lo usted mañana ó... cuando tenga usted ocasión. Pero, de aquí á entonces, tenga cuidado de que no se lo quiten.

Sonia se había levantado y fijaba una mirada inquieta en el visitante. Tenía grandes deseos de decir alguna cosa, de hacer alguna pregunta; pero estaba tan intimidada, que no sabía por dónde empezar.

—¿De modo... de modo... que va usted á ponerse en camino con un tiempo tan malo?

—Cuando se va á América no se preocupa uno de la lluvia. Adiós, mi querida Sofía; viva usted, viva usted largo tiempo; sea usted útil á sus semejantes... dé usted mis recuerdos al señor Razumikhin; dígale usted que Svidrigailoff le saluda. No se olvide usted.

Cuando hubo salido Svidrigailoff, Sofía quedóse oprimida por un sentimiento de temor.

La misma noche Svidrigailoff hizo una visita muy singular y muy inesperada. La lluvia seguía cayendo. A las once y veinte minutos se presentó, todo calado, en casa de los padres de su futura, que ocupaban un cuartito en Wasili-Ostroff. Le costó mucho trabajo que le abriesen, y su llegada á una hora tan intempestiva, causó en el primer momento gran sorpresa. Creyóse al principio que aquello sería una humorada de hombre ebrio; pero esta suposición no duró más que un instante, porque, cuando se lo proponía, Svidrigailoff tenía modales por extremo seductores. La inteligente madre acercó la butaca del padre enfermo y entabló la conversación por medio de diferentes preguntas. Esta mujer no iba nunca derecha al asunto; quería, por ejemplo, saber cuándo le agradaría á Svidrigailoff celebrar el matrimonio, y comenzaba interrogándole curiosamente acerca de París y sobre la *high-life* parisiense, para conducirle poco á poco á Wasili-Ostroff.

Otras veces, esta maniobra resultaba bastante bien; pero en las circunstancias presentes, Svidrigailoff se mostró más impaciente que de costumbre, y quiso ver inmediatamente á su futura, á pesar de que se le dijo que estaba ya acostada. Claro es que se apresuraron á complacerle. Svidrigailoff dijo á la joven que un negocio urgente le obligaba á ausentarse por algún tiempo de San Petersburgo, y que la traía 15.000 rublos, suplicándole que aceptase aquella bagatela, que desde largo tiempo antes había tenido intención de regalársela en vísperas del matrimonio. Apenas si había relación lógica entre este regalo y el anunciado viaje; no parecía que fuese necesaria absolutamente para ello una visita nocturna en medio de la lluvia. Sin embargo, por torpes que pudieran parecer estas explicaciones, fueron perfectamente acogidas; apenas si manifestaron los padres alguna sorpresa ante tan extraño proceder. Muy sobrios en preguntas y explicaciones, se deshicieron, por el contrario, en muestras de gratitud sumamente calurosas, á las cuales mezcló sus lágrimas la inteligente madre. Svidrigailoff se levantó, besó á su prometida, le dió suaves golpecitos en la mejilla y aseguró que estaría muy pronto de vuelta. La muchacha le miraba con aire preocupado; se leía en sus ojos algo más que una simple curiosidad infantil. Svidrigailoff se hizo cargo de esta mirada, besó de nuevo á su futura y se retiró, pensando con verdadero despecho que

Biblioteca Nacional de España

su regalo sería, de seguro, conservado bajo llave por la más inteligente de las madres.

A media noche volvía á entrar en la ciudad por el puente de ***. Había cesado la lluvia; pero el viento soplaba con fuerza. Durante cerca de media hora Svidrigailoff anduvo por la inmensa perspectiva *** como si buscase alguna cosa. Poco tiempo antes reparó que al lado derecho de la pespectiva había un hotel que se llamaba, si la memoria no le era infiel, hotel de Andrinópolis. Al fin lo encontró. Era una gran construcción de madera, en la cual, á pesar de lo avanzado de la noche, se veía luz. Entró y pidió una habitación á un criado harapiento que encontró en el corredor. Después de echar una mirada sobre Svidrigailoff, el criado le condujo á un cuartito situado al extremo del corredor, junto á la escalera; era el único disponible.

—¿Hay te?—preguntó Svidrigailoff.

—Puede hacerse.

—¿Qué hay además?

—Carne, aguardiente, entremeses.

—Tráeme carne y te.

—¿No quiere usted nada más?—preguntó con algo de vacilación el camarero.

—No.

El hombre harapiento se alejó muy contrariado.

«Esta casa debe ser alguna otra cosa que un hotel —pensó Svidrigailoff—; yo también debo tener el aspecto de un hombre que vuelve de un café cantante y que ha tenido una aventura en el camino. Siento, sin embargo, curiosidad por saber qué especie de gente viene aquí.»

Encendió la vela y empezó á examinar detenidamente la habitación. Era muy estrecha, y tan baja, que un hombre de la estatura de Svidrigailoff podía apenas estar de pie. El mobiliario se componía de una cama muy sucia, de una mesa de madera barnizada y de una silla. La tapicería destrozada estaba tan polvorienta, que con dificultad se descubría su primitivo color. La escalera cortaba diagonalmente el techo, lo que daba á esta habitación el aspecto de una guardilla. Svidrigailoff puso la bujía sobre la mesa, se sentó en la cama y se quedó pensativo; pero un incesante ruido de voces que se oía en el cuarto inmediato, acabó por atraer su atención. Se levantó, cogió la vela, y fué á mirar por una hendidura del muro.

En una habitación un poco mayor que la suya, vió dos individuos, uno en pie y otro sentado en una silla. El primero estaba en mangas de camisa, era rojo, y tenía el cabello rizado. Reprendía á su compañero con lágrimas en la voz:

—Tú no tenías posición, estabas en la última miseria, te he sacado del fango, y depende de mí el dejarte caer otra vez en él.

El amigo á quien se dirigían estas palabras tenía el aspecto de un hombre que quisiese estornudar y que no pudiese; de tiempo en tiempo fijaba una mirada estúpida en el orador; no comprendía una palabra de lo que se le decía; quizá tampoco la entendía el que hablaba. Sobre la mesa en que la bujía estaba á punto de consumirse, había un jarro de aguardiente casi vacío, vasos de diversos tamaños, pan, cohombros y servicio de te. Después de haber contemplado atentamente este cuadro Svidrigailoff, dejó su observatorio y volvió á sentarse en la cama. Al traer el te y la carne, el mozo no pudo menos de preguntar de nuevo «si el señor quería otra cosa». Al oir una respuesta negativa, se retiró definitivamente. Svidrigailoff se apresuró á beber una taza de te para entonarse; pero le fué imposible comer. La fiebre, que comenzaba á inva-

Biblioteca Nacional de España

dirle, le privaba de apetito. Se quitó el paletó y la americana, se envolvió en la colcha y se acostó. Estaba quebrantado.

«Mejor sería, por esta vez, estar bien»—se dijo sonriendo.

La atmósfera era sofocante. La vela alumbraba débilmente. El viento zumbaba fuera, se oía el ruido de un ratón y llenaba todo el cuarto olor de ratones y de cuero. Tendido en el lecho, Svidrigailoff soñaba más bien que pensaba. Sus ideas se sucedían confusamente, y hubiera querido fijar en algo su imaginación.

«Debe de haber un jardín bajo la ventana; el viento agita los árboles. ¡Cuánto detesto este ruido de los árboles por la noche, en medio de la tempestad y de las tinieblas!»

Se acordó de que un momento antes, al pasar junto al parque Petrowski, había experimentado la misma penosa impresión. En seguida pensó en el pequeño Newa, y se estremeció del mismo modo que antes, cuando de pie sobre el puente contemplaba el río.

«En mi vida me ha gustado el agua, ni aun en los paisajes»—pensó, y de repente una idea extraña le hizo sonreir.

«Me parece que ahora debería yo burlarme de la estética y del *confort*. Sin embargo, heme aquí tan vacilante como el animal que en parecido caso tiene cuidado de elegir su sitio. ¿Si yo hubiese ido hace poco á Petrowski-Ostroff? La verdad es que he tenido miedo al frío y á la obscuridad... ¡Je, jel Me hacen falta sensaciones agradables... Pero, ¿por qué no apagar la bujía?»—la sopló.—«Mis vecinos están acostados»—añadió al no ver luz por la hendidura del tabique.— «Ahora es, María Petrovna, cuando sería oportuna la visita de usted. Está obscuro, el

lugar es propicio, la situación excepcional, y precisamente por eso no vendrá usted...» El sueño continuaba sin acudir á él. Poco á poco se irguió ante su imaginación la figura de Advotia, y súbito temblor agitó sus nervios al recuerdo de la entrevista que pocas horas antes había tenido con la joven. «No, no pensemos en esto. Cosa extraña, yo no he odiado jamás á nadie; jamás tampoco he experimentado vivos deseos de vengarme de cualquiera que fuese. Esto es mal signo, mal signo. Jamás he sido tampoco ni pendenciero, ni violento; he aquí otro mal signo; pero qué de promesas he hecho hace poco. Esa joven me hubiera conducido muy lejos...» Se calló y apretó los dientes. Su imaginación le mostró de nuevo á Advotia tal como la había visto cuando, después de haber dejado el revólver, incapaz en adelante de resistencia, fijaba sobre él una mirada de espanto. Acordóse de la piedad que había sentido en aquel momento, y de lo oprimido que tenía el corazón. «¡Vayan al diablo tales ideas!... ¡No pensemos más en tal cosa!»

Iba ya adormeciéndose; su temblor nervioso había cesado. Le pareció de repente que por encima de la colcha corría alguna cosa á lo largo del brazo y de la pierna. Se estremeció. «¡Caramba! ¡Es sin duda un ratón! He dejado la carne sobre la mesa.» Temiendo coger frío no quería destaparse ni levantarse; pero, de repente, un contacto desagradable le rozó el pie. Arrojó la sábana, separó la colcha, encendió una vela, y temblando, se incorporó en el lecho y no vió nada. Sacudió la colcha y de repente saltó un ratón sobre la sábana. Trató en seguida de cogerlo, pero sin salir del lecho; el animalito describía ziczás por diversos lados y se deslizaba por entre los dedos que querían cogerlo. Finalmente el ratón, se metió debajo de la almohada. Svidrigailoff arrojó al suelo la almoha-

Biblioteca Nacional de España

da; pero en el mismo instante sintió que alguna cosa había saltado sobre él y que se le paseaba por el cuerpo debajo de la camisa. Un temblor nervioso se apoderó de él y se despabiló. Reinaba la obscuridad en la habitación. Seguía echado en la cama, envuelto en la colcha; el viento continuaba sonando en el exterior. «Esto es insoportable» —se dijo con cólera.— Se levantó y se sentó en el borde del lecho, con la espalda vuelta hacia la ventana. «Más vale no dormir.» Por la reja entraba un aire húmedo y frío. Svidrigailoff trajo hacia sí la colcha y se envolvió en ella. No encendió la luz; no pensaba ni quería pensar en nada; pero sueños é ideas incoherentes atravesaban confusos su cerebro. Estaba como sumido en semisueño. ¿Era aquello efecto del frío, de las tinieblas, ó del viento que agitaba los árboles? Lo cierto es que siempre que estos desvaríos tomaban un aspecto fantástico, se ofrecían multitud de flores ante su imaginación. Le parecía estar viendo un riente paisaje. Era un día de la Trinidad, y hacía un tiempo soberbio. En medio de floridas platabandas, aparecía una elegante quinta de gusto inglés; plantas trepadoras tapizaban el vestíbulo; á los lados de la escalera, cubierta de una rica alfombra, se erguían dos jarrones chinescos que contenían flores exóticas. En las ventanas, jarrones. En vasos medio llenos de agua, hundían sus tallos ramilletes de jacintos blancos, que se inclinaban esparciendo un perfume embriagador. Aquellos ramilletes atraían particularmente la atención de Svidrigailoff, tanto, que hubiera querido no alejarse de ellos; sin embargo, subió la escalera y entró en una sala grande y alta; allí, como en las ventanas, como cerca de la puerta, como sobre la misma terraza, había flores; por todas partes flores. Los parterres estaban cubiertos de hierba recientemente segada, y que exhalaba suave olor; por las ventanas abiertas penetraba en la habitación una brisa deliciosa, y los pájaros gorjeaban bajo las persianas; pero en medio de la sala, sobre una mesa cubierta de una sábana de raso blanco, estaba colocado un féretro. Le rodeaban guirnaldas de flores, y el interior estaba forrado de gro de Nápoles y de encajes blancos; en este ataúd reposaba, sobre un lecho de flores, una jovencita vestida de blanco. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, brazos que parecían los de una estatua de mármol. Sus cabellos, de color rubio claro, estaban despeinados y húmedos. Ceñíale la cabeza una corona de rosas. El perfil severo y ya rígido del rostro, parecía también de mármol; pero la sonrisa de sus labios pálidos expresaban tan amarga tristeza, una desolación tan grande, que no parecía propia de la infancia. Svidrigailoff conocía á aquella jovencita; cerca de su ataúd no había imágenes, ni cirios encendidos, ni oraciones. La difunta era una suicida; á los catorce años tenía el corazón herido por un ultraje que había destrozado su conciencia infantil, llenado su alma de una inmerecida vergüenza y arrancado de su pecho un grito de desesperación, grito ahogado por los mugidos del viento en medio de una húmeda y fría noche de deshielo.

Svidrigailoff se levantó, dejó el lecho y se aproximó á la ventana. Después de haber buscado á tientas la falleba, abrió los cristales, exponiendo la cara y el cuerpo, apenas protegido por la camisa, al rigor del viento glacial que penetraba en la estrecha habitación. Bajo la ventana debía haber, en efecto, un jardín de recreo; allí, sin duda, durante el día, se cantaban canciones y se servía te en mesitas; pero ahora todo estaba sumido en las tinieblas, y los objetos no se presentaban ante los ojos más que por manchas negras y apenas distintas. Durante cinco minutos, Svidrigailoff, apoyado de codos ante la ventana, miró

Biblioteca Nacional de España

debajo de él en la obscuridad. En el silencio de la noche retumbaron dos cañonazos..

«¡Ah, es una señal! ¡El Newa sube!—pensó.— Esta madrugada, los barrios bajos de la ciudad van á inundarse; las ratas se ahogarán en las cuevas; los inquilinos de los pisos bajos, chorreando de agua y renegando, tratarán, en medio de la lluvia y del viento, de salvar sus cachivaches, transportándolos á los pisos superiores... ¿pero qué hora es?» En el momento mismo que se hacía esta pregunta, un reloj vecino dió tres campanadas.

«¿Para qué esperar? Voy á salir en seguida y á dirigirme á la isla Petrovski.» Cerró la ventana, encendió la vela y se vistió; luego, con el candelero en la mano, salió de la habitación para ir á despertar al mozo, pagar la cuenta y dejar en seguida el hotel. «Es este el momento más favorable; no se puede esperar otro mejor.»

Anduvo mucho tiempo por el corredor largo y estrecho; no encontrando á nadie, fué á llamar en alta voz, cuando, de repente, en un rincón sombrío, entre un armario viejo y una puerta, descubrió un objeto extraño, una cosa que parecía viviente. Inclinándose con la luz, reconoció que aquello era una niña de cinco años; temblaba y lloraba. Su ropita estaba empapada como una esponja. La presencia de Svidrigailoff no pareció asustarla; pero fijó sobre él los ojos con expresión de insensata sorpresa. Sollozaba de tiempo en tiempo, como suelen hacerlo los niños que, después de haber estado llorando largo rato, comienzan á consolarse. Su rostro era pálido y demacrado; estaba transida de frío; mas, «¿por qué casualidad se encontraba allí?» Sin duda se había ocultado en aquel rincón y no había dormido en toda la noche. Svidrigailoff se puso á interrogarla. Animándose de repente la niña, comenzó, con voz intantil y tartajosa, un relato interminable, repitiendo no sabemos qué de su mamá y de una jícara rota. Creyó comprender Svidrigailoff que era aquella una niña poco amada. Su madre, probablemente una cocinera del hotel, se daba sin duda á la bebida y la maltrataba sin cesar. La niña había roto una jícara, y temiendo el castigo habría huído por la tarde del día anterior, en medio de la lluvia. Después de haber estado mucho tiempo fuera, habría acabado por entrar secretamente, ocultándose detrás del armario, pasando allí toda la noche temblorosa, llorando asustada de sentirse en la obscuridad. Más asustada aún, ante el temor de que sería cruelmente maltratada, tanto por la jícara rota, como por la escapatoria. Svidrigailoff la cogió en sus brazos, la llevó á su habitación, y habiéndola depositado en la cama, se puso á desnudarla. Tenía la niña los agujereados zapatos tan húmedos como si hubiesen estado metidos toda la noche en un charco. Después la desnudó, la acostó y la envolvió con cuidado en la colcha. Se durmió en seguida, y después que todo hubo terminado, Svidrigailoff volvió á caer otra vez en sus pensamientos morosos.

«¿Qué me importa á mí de esto?»—se dijo con un movimiento de cólera.— «¡Qué tontería!»—en su irritación cogió la vela y buscó al mozo para dejar cuanto antes el hotel.— «¡Bah, una granujilla!—dijo, lanzando un juramento en el instante en que la puerta se abría; pero se volvió para echar una última mirada sobre la niña, á fin de asegurarse de si dormía y cómo dormía. Levantó con precaución la colcha que ocultaba la cabeza. La niña dormía con un sueño profundo; había entrado en calor y sus pálidas mejillas se habían coloreado. Sin embargo, cosa extraña, el encarnado de su tez era mucho más vivo que el que se advierte en el estado normal de los niños.

«Es el color de la fiebre»—pensó Svidrigailoff. — Cual-

Biblioteca Nacional de España

quiera diría que ha bebido. Sus labios purpúreos parecían arder de repente; el hombre creyó advertir que se movían algo las largas pestañas negras de la pequeña durmiente; bajo los párpados medio cerrados se adivinaba un juego de pupilas malicioso, cínico, en modo alguno infantil. «¿Estará despierta esta chiquilla y fingirá dormir?» En efecto, sus labios sonreían, sus comisuras temblaban como cuando se hace esfuerzos para no reir. Pero he aquí que cesa de contenerse y se ríe francamente; algo desvergonzado, de provocativo, aparece en aquel rostro, que no tiene ya nada de infantil; es la cara de una prostituta, de una *cocotte* francesa; los ojos de la niña se abren; envuelven á Svidrigailoff en una mirada lasciva y apasionada; le llaman y ríen... Nada más repugnante que aquella cara de niña cuyas facciones respiran lujuria. «Cómo, ¿á los cinco años?»—murmuraba presa de un verdadero espanto.— «¿Es posible?» Pero he aquí que ahora vuelve hacia él la cara inflamada, le tiende los brazos. «¡Ah, maldita!»—exclamó con furor Svidrigailoff.— Levanta la mano sobre ella, y en el mismo instante se despierta.

Se encontró acostado en la cama, envuelto en la manta; la vela no estaba encendida; amanecía.

«He tenido una pesadilla.» Al incorporarse advirtió con cólera que estaba cansado y quebrantado. Fuera reinaba espesa niebla, al través de la cual nada se distinguía. Eran cerca de las cinco; Svidrigailoff había dormido demasiado rato. Se levantó; se puso la ropa, húmeda todavía, y notando que tenía el revólver en el bolsillo, lo sacó para asegurarse de si las cápsulas estaban bien colocadas. Después se sentó y sobre la primera página de su *carnet*, escribió algunas líneas en gruesos caracteres. Después de haber releído lo escrito, se apoyó de codos en la mesa y se absorbió en sus reflexiones. Las moscas se regalaban con la porción de carne que había quedado intacta. Las miró durante largo tiempo y se puso después á darles caza. Al fin se asombró de aquella ocupación, y recobrando de repente la conciencia de sus actos, salió apresurado de la habitación. Un instante después estaba en la calle.

Espesa niebla envolvía la ciudad. Svidrigailoff caminaba en dirección del pequeño Newa. Mientras andaba por el resbaladizo suelo de madera, veía con la imaginación la isla Petrowski, con sus senderos, sus céspedes, sus árboles y sus sotos... Ni un transeunte, ni un coche en toda la extensión de la perspectiva. Las casitas amarillas, con las ventanas cerradas, tenían triste y sucio aspecto. El frío y la humedad hacían estremecer al madrugador paseante. De tiempo en tiempo, cuando advertía la muestra de una tienda, la leía maquinalmente. Llegado al fin del piso de madera, á la altura de la gran casa de piedra, vió un perro muy feo que atravesaba la calzada apretando la cola entre las piernas. Un hombre ebrio yacía tendido en la acera. Svidrigailoff miró un instante al borracho y siguió adelante. A la izquierda se ofreció á su vista una torre. «¡Bah!—pensó—; he aquí un buen sitio; ¿para qué ir á la isla Petrowski? La cosa podrá ser aquí también oficialmente confirmada por un testigo. Sonriendo ante esta idea, tomó por la calle ***. Allí se encontraba el edificio al que estaba adosada la torre. Vió en la puerta apoyado un hombrecillo, envuelto en un capote de soldado y con un gorro turco. Al ver que se aproximaba Svidrigailoff, le echó de reojo una mirada huraña. Su fisonomía tenía esa expresión de arisca tristeza, que es la marca secular de los rostros israelitas. Durante algún tiempo, los dos hombres se examinaron en silencio. Al fin le pareció extraño al funcionario que un individuo que no estaba ebrio se

Biblioteca Nacional de España

detuviese así, á tres pasos de él, y le mirase sin decir una palabra.

—¿Qué quiere usted?—preguntó, siempre arrimado á la puerta.

—Nada, amigo mío—respondió Svidrigailoff.

—Siga usted su camino.

—Voy al extranjero.

—¿Cómo al extranjero?

—A América.

—¿A América?

Svidrigailoff sacó el revólver y lo montó. El soldado arqueó las cejas.

—¡Oiga usted! Este no es sitio de andarse con bromas.

—¿Por qué no?

—Porque este no es sitio.

—No importa, amigo mío; el lugar es á propósito. Si te preguntan, responderás que he partido para América.

Apoyó el cañón del revólver sobre la sien derecha.

—No se puede hacer eso aquí. Este no es sitio para eso—replicó el soldado, abriendo cuanto pudo los ojos.

Svidrigailoff oprimió el gatillo...

VI

Aquel mismo día, entre seis y siete de la tarde, Raskolnikoff se dirigió á casa de su madre y de su hermana. Las dos mujeres habitaban ahora en la casa Bakalaieff, en el cuarto de que les había hablado Razumikhin.

Al subir la escalera, Raskolnikoff parecía vacilar aún. Sin embargo, por nada del mundo hubiera desandado el camino. Estaba resuelto á hacer aquella visita. «Todavía no saben nada—pensó—, y están acostumbradas á ver en mí un ser original.» Tenía el vestido manchado de lodo y desgarrado; de otra parte, la fatiga física, juntamente con la lucha que se libraba en él desde hacía veinticuatro horas, le había puesto la cara casi desconocida. El joven había pasado la noche en vela, Dios sabe dónde; pero, por lo menos, su partido estaba tomado.

Llamó á la puerta. Advotia había salido, y la criada no estaba en aquel momento en la casa. Pulkeria Alexandrovna, se quedó muda de sorpresa y de alegría; después, cogiendo á su hijo por la mano, le llevó á la sala.

—¡Ah! ¿Estás aquí?—dijo con voz temblorosa á causa de la emoción. No te incomodes, Raskolnikoff, porque te recibo llorando. Es la felicidad la que me hace verter lágrimas. ¿Crees que estoy triste? No; estoy alegre, ya lo ves, me río, sólo que tengo la costumbre de llorar. Desde la muerte de tu padre lloro por cualquier cosa. Siénta-

Biblioteca Nacional de España

te, hijo mío; estás cansado; bien lo veo. ¡Ah, qué estropeado vienes!

—Me cayó ayer tanta lluvia encima—comenzó á decir Raskolnikoff.

—Deja eso—interrumpió vivamente Pulkeria Alexandrovna.— ¿Piensas que iba á preguntarte con curiosidad de anciana? Puedes estar tranquilo; lo comprendo todo; pues ahora estoy ya algo iniciada en las costumbres de San Petersburgo y, verdaderamente, veo que aquí la gente tiene más inteligencia que en nuestras ciudades. Yo me he dicho, una vez para todas, que no tenía necesidad de mezclarme en tus negocios y de pedirte cuentas; mientras tienes tú quizá el espíritu preocupado sabe Dios en qué pensamientos, ¿había de ir á distraerte con preguntas inoportunas?... ¡Ah, Dios mío!... Ahora estaba preparándome á leer, por tercera vez, el artículo que has publicado en una Revista. Demetrio Razumikhin me lo ha traído. Ha sido para mí una verdadera revelación; desde el primer momento lo he comprendido todo y he reconocido lo tonta que he sido. «He aquí lo que le preocupa, me he dicho; da vueltas en su cabeza á ideas nuevas y no gusta que se le aparte de sus reflexiones; todos los sabios son así.» A pesar de la atención con que yo te leo, hay en tu artículo, hijo mío, muchas cosas que no entiendo; pero, como soy ignorante, no me asombra el no comprenderlo todo.

—Enséñamelo, mamá.

Raskolnikoff cogió el número de la Revista y echó una rápida ojeada sobre su artículo. Todo autor experimenta siempre vivo placer al verse impreso por la primera vez, sobre todo cuando no tiene más que veintitrés años. Aunque preocupado con las más crueles cavilaciones nuestro héroe, no pudo sustraerse á esta impresión; pero sólo

le duró un instante. Después de haber leído algunas líneas, frunció el entrecejo y sintió que le oprimía el corazón terrible sufrimiento. Esta lectura le trajo de repente á la memoria todas las agitaciones morales de los últimos meses; así es que arrojó con violenta repulsión el cuaderno sobre la mesa.

—Pero, por tonta que yo sea—siguió la madre—, puedo, sin embargo, juzgar, que de aquí á poco tiempo ocuparás uno de los primeros puestos, si no el primero, en el mundo de la ciencia. ¡Y se han atrevido á decir que estabas loco! ¡Ah! ¿No sabes que se les había ocurrido esa idea? ¡Pobre gente! Por lo demás, cómo podrían comprender lo que es la inteligencia. ¡Decir, sin embargo, que Advotia, sí, la misma Advotia, no estaba muy distante de creerlo! ¿Es esto posible? Hace seis ó siete días, me acongojaba ver cómo estabas instalado, vestido y alimentado; pero ahora reconozco que esto era una tontería mía; en cuanto tú quieras, con tu ingenio y tu talento, llegarás al colmo de la fortuna. Por de pronto no tratas de eso, sino que te ocupas de cosas mucho más importantes...

—¿Advotia no está aquí, mamá?

—No, hijo; está fuera á menudo, y me deja sola. Demetrio Razumikhin tiene la bondad de venir á verme y me habla siempre de ti. Te ama y te estima, hijo mío. En cuanto á tu hermana, no me quejo de lo poco que se ocupa de mí; tiene su carácter, como yo tengo el mío. Le agrada que ignore sus cosas; allá ella. Yo, en cambio, no tengo nada oculto para mis hijos. Persuadida estoy de que Advotia es muy inteligente y de que, además, nos tiene mucho cariño á mí y á ti; pero yo no sé en qué irá á parar todo esto. Temo que no pueda aprovecharse de la visita que tú me haces. Cuando vuelva le diré: «En lo que tú has estado fuera ha venido tu hermano; ¿en dónde es-

Biblioteca Nacional de España

tabas tú en tanto?» Tú, hijo, no me mimes demasiado; ven aquí cuando puedas, sin desatender tus negocios; no eres libre; no te molestes; tendré paciencia; me contentaré con saber que tú me quieres. Leeré tus obras; oiré hablar de ti por todas partes, y de tiempo en tiempo recibiré tu visita; ¿qué más puedo desear? Ya veo que hoy has venido á consolar á tu madre.

Bruscamente Pulkeria Alexandrovna, se echó á llorar.

—¡Otra vez! ¡No me hagas caso; estoy loca! ¡Ah, Dios mío! ¡No pienso en nada!—gritó levantándose de pronto. Hay café, y no te he ofrecido una taza. ¿Ves qué grande es el egoísmo de los viejos? Voy en seguida...

—No vale la pena, mamá; voy á irme; no he venido para eso; escúchame, te lo suplico.

Pulkeria Alexandrovna se aproximó tímidamente á su hijo.

—Mamá, ocurra lo que quiera, oigáis lo que quiera de mí, ¿me amaréis como ahora?—preguntó de repente.

Estas palabras brotaron espontáneas del fondo de su corazón, aun antes que hubiera tenido tiempo de medir su alcance.

—¡Hijo mío! ¿Qué tienes? ¿Cómo puedes hacerme esa pregunta? ¿Quién se atreverá jamás á hablarme mal de ti? Si alguien se permitiese semejante cosa, me negaría á oirle y le arrojaría de mi presencia.

—El objeto de mi visita era aseguraros que os he querido siempre, y ahora me alegro mucho de que estemos tú y yo solos, y aun de que no esté aquí Advotia—prosiguió con el mismo ímpetu—; quizá seas desgraciada; has de saber que tu hijo te ama ahora más que á sí mismo, y que te equivocarías si pusieses en duda mi ternura. Jamás cesaré de quereros... ¡Ea, basta! He creído que debía, ante todo, daros esta seguridad.

Pulkeria Alexandrovna besó á su hijo, le estrechó contra su pecho y lloró silenciosamente.

—No sé lo que te pasa—dijo.— Hasta ahora, yo había creído sencillamente que nuestra presencia te fastidiaba. Pero al presente, veo que te amenaza una gran desgracia y que vives en la intranquilidad. Ya lo sospechaba. Perdóname que te hable de esto; pienso en ello constantemente y me quita el sueño. La noche pasada, tu hermana deliraba y repetía constantemente tu nombre. He oído algunas palabras; pero no he entendido nada. Desde esta mañana, hasta el momento de tu visita, he estado como el reo que espera la ejecución; tenía no sé qué presentimiento. ¡Hijo, hijo! ¿A dónde vas? Estás á punto de partir, ¿no es verdad?

—Sí.

—Lo había adivinado. Pero si tienes que partir, yo puedo ir contigo. Tu hermana te quiere, te quiere mucho. Si es menester, llevaremos también con nosotros á Sofía. Ya lo ves, estoy pronto á aceptarla por hija. Demetrio Razumikhin nos ayudará en nuestros preparativos para viaje... Pero... ¿á dónde vas?

—Adios, mamá.

—¿Cómo, ahora mismo?—exclamó, como si se tratase de una separación eterna.

—No puedo quedarme. Es absolutamente preciso que os deje.

—¡Y no puedo ir contigo!...

—No; pero ponte de rodillas y ruega á Dios por mí; Dios oirá acaso tu plegaria.

—¡Ojalá me oiga! Te echaré mi bendición. ¡Oh, Dios mío!

Sí. Ha convenido que su hermana no asistiese á esta entrevista, para expresarse con libertad; su ternura había

Biblioteca Nacional de España

tenido necesidad de una entrevista á solas, y un testigo cualquiera, aunque hubiese sido Advotia, habría estorbado. Cayó á los pies de su madre y los besó. Pulkeria Alexandrovna y su hijo, se abrazaron llorando; la madre no hizo ninguna pregunta; había comprendido que el joven atravesaba una crisis terrible y que su suerte iba á decidirse en seguida.

—¡Hijo, mi querido primogénito!—dijo la madre sollozando—; hete ahora como eras en tu infancia; de ese modo venías á hacerme caricias y á darme besos. En otro tiempo, cuando tu padre vivía, no teníamos, en medio de nuestra desgracia, otro consuelo que tu presencia, y después que hubo muerto, ¡cuántas veces tú y yo hemos llorado sobre su sepultura abrazados como ahora! Sí, si lloro desde hace tiempo, es porque mi corazón maternal tenía presentimientos siniestros. La tarde en que llegamos á San Petersburgo, desde nuestra primera entrevista tu cara me lo ha revelado todo; cuando te abrí la puerta pensé, al verte, que había llegado la hora fatal. ¿No te vas en seguida?

—No.

—¿Volverás?

—Sí, volveré.

—Hijo, no te incomodes; no me atrevo á preguntarte: ¿Te vas muy lejos?

—Muy lejos.

—Tendrás allí un empleo, una posición.

—Tendré lo que Dios quiera; ruega solamente por mí.

Raskolnikoff iba á salir; pero su madre se cogió á él y le miró con expresión desesperada.

—¡Basta, mamá!—dijo el joven, que ante este dolor angustioso sentía profundamente haber venido.

—¿No partes para siempre? ¿No vas á ponerte en camino en seguida? ¿Vendrás mañana?

—Sí, sí; adiós.

Al fin logró escapar.

La tarde era calurosa, aunque no sofocante. Por la mañana, el tiempo había aclarado; Raskolnikoff volvió apresuradamente á su casa. Quería haber acabado todo antes de ponerse el sol; por el momento, cualquier encuentro le hubiese sido muy desagradable. Al subir á su cuarto advirtió que Anastasia, ocupada en preparar el te, había dejado su tarea para mirarle con curiosidad.

«¿Habrá alguien en mi cuarto?» Y, á pesar suyo, pensó en el odioso Porfirio; pero, cuando abrió la puerta de la habitación, vió á Advotia. La joven, pensativa, estaba sentada en el sofá.

Sin duda esperaba á su hermano hacía mucho tiempo. Raskolnikoff se detuvo en el umbral. Su hermana se estremeció, se levantó y le miró fijamente. En los ojos de Advotia se leía inmensa tristeza; una sola mirada probó á Raskolnikoff que la joven lo sabía todo.

—¿Puedo acercarme á ti, ó retirarme? He pasado el día esperándote en casa de Sofía Marmeladoff; pensábamos verte allí.

Raskolnikoff entró en la habitación, y se dejó caer desfallecido en una silla.

—Me siento débil, Advotia; estoy muy fatigado, y en este momento, sobre todo, tendría necesidad de todas mis fuerzas.

Fijó en Advotia una mirada de desconfianza.

—¿Dónde has pasado la última noche?

—No me acuerdo bien; quería tomar un partido definitivo, y muchas veces me he aproximado al Newa; de esto sí me acuerdo. Mi intención era acabar así; pero... no he podido resolverme...—dijo en voz baja, tratando de leer en el rostro de Advotia la impresión producida por sus palabras.

Biblioteca Nacional de España

—¡Alabado sea Dios! Era precisamente lo que temíamos Sofía Marmeladoff y yo. ¿Crees en la vida? ¡Alabado sea Dios!

Raskolnikoff se sonrió amargamente.

—No creía en ella; pero hace un momento he estado en casa de nuestra madre, y nos hemos abrazado llorando; soy incrédulo, y, sin embargo, le he pedido que orase por mí. No comprendo estas contradicciones, Advotia. Yo mismo no sé qué pasa por mí.

—¿Que has estado en casa de nuestra madre? ¿La has hablado?—exclamó Advotia con espanto.— ¿Es posible que hayas tenido valor para decirle aquéllo?

—No, yo no se lo he dicho verbalmente; pero sospecha algo. Te ha oído soñar en voz alta la última noche; seguro estoy de que ha adivinado la mitad de ese secreto. He cometido un error al ir á verla; no sé por qué lo he hecho, Advotia. Soy un hombre bajo.

—Sí; pero un hombre dispuesto á aceptar la expiación. La aceptarás, ¿verdad?

—Al instante. Para huir de ese deshonor quería ahogarme, Advotia; pero en el momento en que iba á arrojarme al agua, me he dicho que un hombre fuerte no debe tener miedo al oprobio. ¿Es esto orgullo, Advotia?

—Sí.

Le brillaron los ojos á Raskolnikoff con una especie de relámpago. Se consideraba feliz al pensar que había conservado su orgullo.

—¿Verdad que no crees que he tenido simplemente miedo al agua?—preguntó con forzada sonrisa.

—¡Oh, hermano, basta!—respondió la joven, herida por tal suposición. Ambos guardaron silencio durante diez minutos. Raskolnikoff tenía los ojos bajos. Su hermana le miraba con expresión de sufrimiento. De repente el joven se levantó.

—La hora avanza. Hay tiempo de partir. Voy á entregarme; pero no sé por qué me entrego.

Por las mejillas de Advotia corrieron gruesas lágrimas.

—Lloras, hermana mía; pero, ¿puedes tenderme la mano?

—¿Lo dudabas?

La joven lo estrechó contra su pecho.

—¿Acaso aceptando la expiación no borras la mitad de tu crimen?—exclamó, al tiempo que abrazaba á su hermano.

—¡Mi crimen! ¿Qué crimen?—repitió en un acceso de cólera— ¿el de haber matado á un gusano sucio y malo? ¿á una vieja perversa y perjudicial á todo el mundo? Un vampiro que chupaba la sangre á los pobres. Tal asesinato debía servir de indulgencia para cuarenta pecados. No pienso en modo alguno en borrarlo, aunque me griten por todos lados: ¡crimen! ¡crimen! Ahora que me he decidido á afrontar gratuitamente ese deshonor, ahora solamente es cuando el absurdo de mi cobarde determinación se me presenta claramente. Es tan sólo por bajeza y por impotencia por lo que me resuelvo á este acto, á menos que no sea también por interés, como me lo aconsejaba Porfirio.

—¡Hermano, hermano! ¿qué estás diciendo? ¿No te haces cargo de que has vertido sangre?—respondió Advotia consternada.

—¿Y qué? Todo el mundo la vierte—prosiguió con vehemencia cada vez mayor. Siempre ha corrido á torrentes sobre la tierra; las personas que la derramaron como si fuera Champagne subieron en seguida al Capitolio y son declarados protectores de la humanidad. Examina las co-

Biblioteca Nacional de España

sas un poco más de cerca para juzgarlas. También trataba yo de hacer bien á los hombres; centenares, millares de buenas acciones hubiesen compensado ampliamente aquella única tontería, y cuando digo tontería debería decir torpeza, porque la idea no era tan tonta como lo parece ahora. Cuando el éxito falta, los designios mejor concertados parecen estúpidos. Yo tan sólo trataba de crearme, por medio de aquella tontería, una situación independiente, asegurar mis primeros pasos en la vida, procurarme recursos; después hubiera tomado mi rumbo... Pero he fracasado, y por eso soy un miserable. Si hubiese logrado mi objeto, se me hubieran dedicado coronas; al presente no sirvo más que para que se me arroje á los perros.

—No se trata de eso. ¿Qué estás diciendo, hermano mío?

—Es cierto que no he procedido según las reglas de la estética. No sé por qué ha de ser más glorioso lanzar bombas sobre una ciudad sitiada, que asesinar á una persona á hachazos. El temor de la estética es el primer signo de impotencia. Jamás lo he comprendido tan bien como al presente, ni nunca he comprendido menos cuál es mi crimen. Nunca he sido más fuerte ni he estado más convencido que en este momento.

Su pálido y abatido rostro se había de repente coloreado. Pero cuando acababa de proferir esta última exclamación, su mirada se encontró por casualidad con la de su hermana, y ésta le miraba con tanta tristeza, que su exaltación decayó de repente, no pudiendo menos de pensar que en rigor había hecho la desgracia de aquellas dos pobres mujeres.

—Advotia querida: si soy culpable, perdóname, aunque no merezca ningún perdón, si es que realmente soy culpable. Adiós; no disputemos, ya es tiempo de partir. No me sigas, te lo suplico; tengo aún una visita que hacer... Ve al instante á juntarte con nuestra madre, y no te separes de ella, te lo suplico. Es la última petición que te dirijo. No la dejes; cuando me he separado de ella estaba muy inquieta, y temo que no pueda soportar su pena: ó morirá, ó se volverá loca. Vela por ella. Razumikhin no os abandonará; ya le he hablado... No llores por mí; aunque asesino, trataré de ser toda mi vida valeroso y honrado. Quizá oigas hablar de mí alguna vez. No os deshonraré; ya verás; aún he de probar... Ahora, hasta la vista—se apresuró á añadir, advirtiendo, mientras hacía sus promesas, una extraña expresión en los ojos de Advotia.— ¿Por qué lloras de ese modo? No llores; no nos separamos para siempre... ¡Ah, sí... Espera; me olvidaba...

Cogió de la mesa un grueso libro cubierto de polvo. Lo abrió, y sacó una acuarela pequeña, pintada en marfil. Era el retrato de la hija de su patrona, la joven á quien había amado. Durante un instante contempló aquel rostro expresivo y triste. Después besó el retrato, y se lo dió á Advotia.

—Muchas veces he hablado de *aquéllo* con ella—dijo distraídamente—; hice depositario á su corazón del proyecto que debía tener tan lamentable resultado. Está tranquila—continuó, dirigiéndose á su hermana—; ella antes que tú se revolvió contra ese pensamiento; pero ahora me alegro de que haya muerto.

Después, volviendo al objeto principal de sus preocupaciones, dijo:

—Lo esencial al presente es saber si he calculado bien lo que voy á hacer, y si estoy pronto á acepfar todas las consecuencias. Se asegura que me es necesario esta prueba. ¿Es cierto? ¿Qué fuerza moral habré adquirido cuando

Biblioteca Nacional de España

salga del presidio, quebrantado por veinte años de sufrimiento? ¿Valdrá entonces la pena de vivir? ¡Y yo he consentido en sobrellevar el peso de semejante existencia! ¡Oh! Esta mañana, al irme á arrojar al Newa, he comprendido que era un cobarde.

Al cabo ambos salieron. Durante esta penosa entrevista, Advotia había estado solamente sostenida por el amor á su hermano. Se separaron en la calle. Después de haber andado cincuenta pasos, la joven se volvió para ver por última vez á Raskolnikoff. Cuando hubo llegado á la esquina, el joven se volvió también; las miradas de los dos hermanos se encontraron; pero, advirtiendo Raskolnikoff que la mirada de su hermana estaba fija en él, hizo un gesto de impaciencia, y aun de cólera, invitándola á que continuase su camino. En seguida dió vuelta á la esquina.

VII

Comenzaba á caer la noche cuando llegaba á casa de Sofía. Durante la mañana y la tarde, la joven le había esperado impaciente. Por la mañana había recibido la visita de Advotia. Esta fué á primera hora, habiendo sabido la víspera por Svidrigailoff que Sofía lo sabía todo. No recordaremos en detalle la conversación de las dos mujeres; limitémonos á decir que lloraron juntas y se hicieron muy amigas. De esta entrevista sacó Advotia, por lo menos, el consuelo de pensar que no estaría solo su hermano. Era Sofía la primera que había recibido su confesión. A ella se había dirigido cuando sintió la necesidad de confiarse á un ser humano y ella le acompañaría á donde quiera que se le enviase. Sin haber hecho preguntas acerca de tales propósitos, Advotia Romanovna estaba segura de ellos. Consideraba á Sofía con una especie de veneración que dejaba á la pobre muchacha toda confusa, porque se creía indigna de levantar los ojos hasta Advotia. Después de su visita á casa de Raskolnikoff, la imagen de la encantadora joven, que la había saludado tan graciosamente aquel día, quedó grabada en su alma como una de las imágenes más bellas y más imborrables de su vida.

Al fin, Advotia se decidió á ir á esperar á su hermano en casa de éste último, pensando que Raskolnikoff no

Biblioteca Nacional de España

podría menos de pasar por allí En cuanto Sofía se quedó sola, el pensamiento del suicidio probable de Raskolnikoff le quitó todo reposo. Este era también el temor de Advotia; pero al hablar las dos jóvenes se habían dado la una á la otra todo género de razones para tranquilizarse, y lo habían, en parte, conseguido.

Cuando se separaron volvió la inquietud á apoderarse de cada una de ellas. Sofía se acordó de lo que Svidrigailoff le había dicho: «Raskolnikoff sólo tiene la elección entre dos alternativas. O ir á Siberia, ó...» Además, conocía el orgullo del joven y su carencia de sentimientos religiosos. «¿Es posible que se resigne á vivir solamente por pusilanimidad, por temor á la muerte?»—pensaba con desesperación. No dudaba ya que el desgraciado hubiese puesto fin á sus días, cuando Raskolnikoff entró en su cuarto.

Del pecho de la joven se escapó un grito de alegría; pero cuando hubo observado atentamente el rostro de Raskolnikoff, palideció de pronto.

—Vamos, sí—dijo riendo Raskolnikoff.— Vengo á buscar tus cruces. Tú has sido quien me ha impulsado á ir á la encrucijada; ahora que voy á dirigirme á ella, ¿de qué tienes miedo?

Sonia le miró con asombro. Aquel tono le parecía extraño. Todo su cuerpo se estremeció; pero al cabo de un minuto comprendió que tal seguridad era fingida. Conforme la estaba hablando, Raskolnikoff miraba á un rincón, y parecía tener miedo de fijar los ojos en ella.

—Ya lo ves, Sofía; he pensado que eso es lo mejor. Hay una circunstancia... pero esto sería largo de contar, y no tengo tiempo. ¿Sabes lo que me irrita? Me pone furioso pensar que en un instante me van á rodear todos esos brutos; que todos me asestarán sus miradas, me dirigirán estúpidas preguntas, á las cuales tendré que responder; me señalarán con el dedo... No iré á casa de Porfirio; no puedo aguantar á ese hombre. Prefiero ir á buscar á mi amigo *Pólvora*. ¡Lo que va á sorprenderse éste! Puedo contar de antemano con un excelente éxito de asombro. Pero me convendría tener más sangre fría. En este último tiempo me he hecho muy irritable. ¿Lo creerás? Hace un momento ha faltado muy poco para que amenazase con el puño á mi hermana, porque se había vuelto para verme por última vez. Ya ves lo bajo que he caído. Bueno, ¿en dónde están las cruces?

El joven no parecía que se hallaba en su estado normal. Ni podía permanecer un minuto en su puesto, ni fijar sus pensamientos en un objeto. Sus ideas se sucedían sin transición; por mejor decir, deliraba. Le temblaban ligeramente las manos. Sofía guardaba silencio. Sacó de una caja dos cruces: una de madera de ciprés, otra de cobre; después se santiguó, y luego de repetir la misma ceremonia en la persona de Raskolnikoff, le puso al cuello la cruz de ciprés.

—¿Es esta una manera simbólica de expresar que yo cargo con la cruz? ¡Je, je! ¡Como si empezase á sufrir ahora! La cruz de ciprés es la de los humildes. La cruz de cobre perteneció á Isabel. Tú la guardas para ti. ¿De modo que la llevaba... en aquel momento? Conozco otros dos ó tres objetos de piedad: una cruz de plata y una imagen. Los eché *entonces* sobre el pecho de la vieja. Esos son los que debiera yo colgarme ahora al cuello. Pero no digo más que tonterías, y olvido mi asunto. Estoy distraído. He venido, sobre todo, para prevenirte, á fin de que sepas... Pues bien; esto es todo... no he venido más que para eso. (¡Hum! Creía, sin embargo, que tenía que decirte otra cosa!) Vamos á ver: tú misma me has exigido esta

Biblioteca Nacional de España

determinación. Voy á entregarme, y tu deseo será satisfecho. ¿Por qué lloras entonces? ¡Tú también! ¡Basta, basta! ¡Oh, qué penoso me es todo esto! Al ver llorar á Sofía, se angustió el corazón del joven. «¿Qué soy yo para ella?» —pensaba. «¿Por qué se interesa por mí tanto, como podría interesarse mi madre ó mi hermana?»

—Haz el signo de la cruz. Di una oración—suplicó con voz temblorosa la joven.

—Sea. Rezaré cuanto quieras y de buena voluntad; Sonia, de buena voluntad.

No era aquello todo lo que tenía deseo de decir.

El hizo muchos signos de cruz. Ella se puso á la cabeza un pañuelo verde. El mismo, probablemente, de que Marmeladoff había hablado en la taberna, y que servía entonces para toda la familia. Tal pensamiento atravesó el alma de Raskolnikoff; pero se abstuvo de preguntar nada á este propósito. Comenzaba á advertir que tenía distracciones continuas, y que estaba extremadamente turbado. Esto le inquietaba. De repente advirtió que Sofía se preparaba á salir con el.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas? ¡Quédate, quédate! ¡Quiero estar solo!—exclamó con risa irritada, y se dirigió á la puerta.— ¿Qué necesidad tengo de ir allí con acompañamiento?

Sofía no insistió. El, ni siquiera le dijo adiós; se había olvidado de ella. Le preocupaba tan sólo una idea.

«Realmente, ¿está ya hecho todo?»—se preguntaba al bajar por la escalera.— ¿No habrá medio de volverse atrás, de arreglarlo todo... y de no ir allí?

Sin embargo, siguió su camino, comprendiendo súbitamente que había pasado la hora de las vacilaciones. Se acordó en la calle de que no había dicho adiós á Sofía, que se había detenido en medio de la sala, y de que una

orden suya la había como clavado en su sitio. Se planteó entonces otra cuestión, que desde hacía algunos minutos flotaba en su espíritu sin formularse concretamente.

«¿Por qué le he hecho yo esta visita? Le he dicho que venía para un asunto; ¿qué asunto? Ninguno tenía con ella. ¿Para decirle que iba á allí? ¡Vaya una necesidad! ¿Para decirla que la quiero, y acabo de rechazarla como á un perro? En cuanto á su cruz, ¿que necesidad tenía yo de ella? ¡Oh, qué bajo he caído! No; lo que yo buscaba eran lágrimas; lo que yo quería era gozar de los desgarramientos de su corazón. ¡Acaso he buscado, yendo á verla, ganar tiempo, retardar un momento el instante fatal! ¡Y yo me he atrevido á soñar con altos destinos! ¡Y me he creído llamado á hacer grandes cosas! ¡Yo, tan vil, tan miserable, tan cobarde!»

Caminaba á lo largo del muelle, y no tenía que ir más lejos; pero cuando llegó al puente suspendió un instante su marcha, y se dirigió después bruscamente hacia el Mercado del Heno. Sus miradas se fijaban ávidamente en la derecha y en la izquierda. Se esforzaba en examinar cada objeto que encontraba; y en nada podía concentrar su atención. «Dentro de ocho días, dentro de un mes, volveré á pasar por este puente; un coche celular me llevará yo no sé á dónde. ¿Con qué ojos contemplaré este canal? ¿Me fijaré entonces en esa muestra? Ahí está escrita la palabra compañía. ¿La leeré yo entonces como la leo ahora? ¿Cuáles serán mis sensaciones y mis pensamientos?... ¡Dios mío, qué mezquinas son todas estas preocupaciones! Sin duda es curioso esto en su género. ¡Ja, ja, ja! ¡De qué cosas me preocupo! Yo hago como los niños: me engaño á mí mismo; porque, en efecto, debería sonrojarme de mis pensamientos. ¡Qué barullo! Ese hombre gordo, un alemán, según todas las apariencias, que

Biblioteca Nacional de España

acaba de empujarme, ¿sabe á quién ha dado con el codo? Esa mujer, que lleva un niño de la mano y que pide limosna, me cree, quizá, más feliz que ella. Sería chusco. Debería darle algo, siquiera por lo curioso del hecho. ¡Bah! por una casualidad me encuentro con cinco kopeks en el bolsillo. Tómalos, batuchka.

—Dios te lo pague—dijo la mendiga con tono plañidero.

El Mercado del Heno estaba lleno de gente. Esta circunstancia desagradó mucho á Raskolnikoff. Sin embargo, se dirigió al sitio en que la multitud era más compacta. Hubiera comprado la soledad á cualquier precio; pero se daba cuenta de que no podría gozar de ella ni un solo minuto. Al llegar en medio de la plaza, el joven se acordó de repente de las palabras de Sofía: «Ve á la encrucijada, besa la tierra que has manchado con tu delito, y di en voz alta á la faz del mundo: ¡Soy un asesino!»

Al recordarlo, todo su cuerpo se estremeció. Las angustias de los días anteriores de tal modo habían desecado su alma, que se consideró feliz al encontrarla accesible á otra sensación de otro orden, y se abandonó por completo á ella. Se apoderó de él un inmenso enternecimiento, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se puso de rodillas en medio de la plaza, se inclinó hasta el suelo, y besó con alegría la tierra fangosa. Después de haberse levantado, se arrodilló de nuevo.

—He ahí uno que no se ha contenido—dijo un chusco.

Esta observación provocó muchas carcajadas.

—Es un peregrino que va á Jerusalén. Se despide de sus hijos, de su patria; saluda á todo el mundo, y da el beso de despedida al suelo de la capital—añadió un burgués, ligeramente chispo.

—Es todavía muy joven—dijo un tercero.

—Es un noble—observó gravemente otro.

—En la actualidad no se distingue á los nobles de los que no lo son.

Viéndose objeto de la atención general, Raskolnikoff perdió un poco de su serenidad, y las palabras «Yo he matado», que iban quizá á salir de su boca, expiraron en los labios. Las exclamaciones y los gestos de la multitud le dejaron, por otra parte, indiferente, y con calma tomó la dirección de la comisaría de policía. Conforme iba andando, una sola visión atrajo sus miradas; por lo demás, había esperado encontrarla en la calle, y no se asombró.

En el momento en que acababa de prosternarse en el Mercado del Heno por segunda vez, vió á Sofía á una distancia de cincuenta pasos. La joven trató de evitar que Raskolnikoff la viera, ocultándose detrás de una de las barracas de madera que se encuentran en la plaza. ¡De modo que le acompañaba en lo que él subía este Calvario! Desde este instante, Raskolnikoff adquirió la convicción de que Sofía era suya para siempre, y de que le seguiría á todas partes, aunque su destino hubiera de conducirle al cabo del mundo. Hele aquí llegado al sitio fatal. Entró en el zaguán con paso bastante firme. La oficina de policía estaba situada en el tercer piso. «Antes que llegue arriba tengo tiempo de volverme»—pensaba el joven. En tanto que nada había confesado, se complacía en pensar en que podía cambiar de resolución. Como en su primera visita, encontró la escalera cubierta de suciedad, impregnada de las exhalaciones que vomitaban las cocinas, abiertas sobre cada descansillo. Se le doblaban las piernas al subir los peldaños. Se detuvo un instante para tomar aliento, recobrarse un poco y preparar su entrada.

Biblioteca Nacional de España

«Pero, ¿á qué eso? ¿Para qué?»—se preguntó de repente.— «Puesto que hay que vaciar el vaso, poco importa cómo he de beberlo. Más valdrá cuanto más amargo sea.»

Después se ofrecieron á su espíritu las imágenes de Ilia Petrovitch y del oficial *Pólvora*. «¿Es precisamente á éste á quien tengo que hablar? ¿No podría dirigirme á otro? ¿á Mikodem Fomitch, por ejemplo? ¿No sería mejor ir á buscar al comisario á su domicilio personal, y contárselo todo en una conversación privada?... No, no; hablaré á *Pólvora*, y esto se acabará más pronto.»

Temblando y teniendo apenas conciencia de sí mismo, Raskolnikoff abrió la puerta del comisariato. Esta vez no vió en la antesala más que á un dvornik y á un hombre del pueblo. El ujier ni siquiera fijó la atención en él. El joven pasó á la otra habitación, donde trabajaban dos escribientes. Zametoff no estaba allí, ni Mikodem Fromitch.

—¿No hay nadie?—dijo Raskolnikoff, dirigiéndose á uno de los empleados.

—¿Por quién pregunta usted?

—Al oir sus palabras, sin ver su rostro, he adivinado la presencia de un ruso... como se dice en no sé qué cuento. Mis respetos—gritó bruscamente una voz conocida.

Raskolnikoff tembló. *Pólvora* estaba delante de él; acababa de salir de una tercera habitación. «El destino lo ha querido»—pensó el joven.— «¿Cómo está aquí éste?»

—¿Usted en nuestra casa? ¿Con qué motivo?—exclamó Ilia Petrovitch, que parecía de muy buen humor y muy animado.— Si ha venido usted para algún asunto, es aún demasiado pronto. Por una casualidad me encuentro aquí

yo... En qué puedo... Confieso que no le... ¿Cómo, cómo es su nombre?... perdóneme usted.

—Raskolnikoff.

—¡Ah! Sí; Raskolnikoff. ¡Ha podido usted creer que le había olvidado! Le suplico no me crea tan... Rodión Ra... Radiovitch, ¿no es eso?

—Rodión Romanovitch.

—Sí, sí; Rodión Radiovitch, Raskolnikoff; lo tenía en la punta de la lengua. Confieso á usted que siento sinceramente la manera que tuvimos de portarnos con usted hace tiempo. Después se me explicó, y he sabido que era usted un escritor, un sabio... He tenido también noticia de que empezaba usted la carrera de las letras. ¡Oh, Dios mío! ¿Cuál es el literato, cuál es el sabio que en sus comienzos no ha hecho más ó menos la vida de bohemio? Tanto mi mujer como yo estimamos mucho la literatura; en mi mujer es una pasión. Es loca por las letras y las artes. Excepto el nacimiento, todo lo demás puede adquirirse. Un sombrero, por ejemplo, ¿qué significa? Es una torta. Lo compro en casa de Zimmermann; pero lo que abriga con el sombrero, eso no puedo comprarlo. Confieso que quería ir á casa de usted á darle explicaciones; pero he pensado que quizá usted... De todos modos, no le pregunto el objeto de su visita. Parece que la familia de usted está ahora en San Petersburgo.

—Sí, mi madre y mi hermana.

—He tenido el honor y el placer de encontrar á su hermana de usted. Es una persona tan encantadora como distinguida. Verdaderamente deploro con toda mi alma el altercado que tuvimos en otro tiempo. En cuanto á las conjeturas fundadas en el desmayo de usted, se ha reconocido su falsedad. Comprendo la indignación de usted.

Biblioteca Nacional de España

Ahora que su familia vive en San Petersburgo, ¿va usted, acaso, á cambiar de domicilio?

—No, no por el momento. Había venido á preguntar... Creí encontrar aquí á Zametoff.

—¡Ah! Es verdad. Usted tiene amistad con él; lo he oído decir. Pues bien: Zametoff no está con nosotros. Sí, lo hemos perdido; nos ha dejado ayer, y antes de su partida ha habido entre él y nosotros un cambio de palabras fuertes... Es un galopín sin consistencia, nada más. Había hecho concebir algunas esperanzas; pero ha tenido la desgracia de frecuentar el trato de nuestra brillante juventud, y se le ha metido en la cabeza sufrir exámenes, para poder darse tono y echárselas de sabio. Hay que advertir que Zametoff no tiene nada de común con ustedes, con usted y con el señor Razumikhin. Ustedes han abrazado la carrera de la ciencia, y las contrariedades no les asustan. Para ustedes, los atractivos de la vida no valen nada. Ustedes hacen existencia austera, ascética, monacal, del hombre de estudio. Un libro, una pluma detrás de la oreja, una investigación científica, son cosas que bastan para la felicidad de ustedes... Yo mismo, hasta cierto punto... ¿Ha leído usted la correspondencia de Livingstone?

—No.

—Yo sí la he leído. Ahora el número de los nihilistas ha aumentado considerablemente, lo cual no es asombroso en una época como la nuestra. De usted para mí... ¿no es usted nihilista? Respóndame francamente.

—No.

—No tenga usted temor de ser franco conmigo como lo sería consigo mismo. Una cosa es el servicio, y otra cosa... ¿Usted creería que iba á decir la amistad?, pues se engaña usted. No es la amistad, sino el sentimiento del

hombre y del ciudadano, el sentimiento de la humanidad y del amor hacia el Todopoderoso. Puedo ser un personaje oficial, un funcionario; no debo por eso dejar de sentir en mí el hombre y el ciudadano. ¿Hablaba usted de Zametoff? Es un muchacho que copia el *chic* francés, que da ruido en los sitios sospechosos cuando ha bebido un vaso de Champagne ó del vino del Don. Ahí tiene usted á Zametoff. Quizá yo haya sido un poco vivo con él; pero si mi indignación me ha llevado demasiado lejos, tuvo su origen en un sentimiento elevado: el celo por los intereses del servicio. Por otra parte, yo poseo un rango, una situación, una importancia social; soy casado y padre de familia. Lleno mi deber de hombre y de ciudadano; en tanto que él, ¿qué es él? permítame usted que se lo pregunte. Me dirijo á usted como á hombre favorecido por la educación. Ahí tiene usted; las profesoras de partos se han multiplicado de un modo extraordinario.

Raskolnikoff miró al polizonte con aire asombrado. Las palabras de Ilia Petrovitch, que violentamente acababa de levantarse de la mesa, produjeron en su ánimo una impresión que él no se explicaba. Sin embargo, comprendía bien ó mal que se trataba de una partida. En aquel momento preguntaba con los ojos á su interlocutor é ignoraba cómo acabaría todo aquello.

—Hablo de esas jóvenes que llevan el cabello cortado á lo Tito—continuó el inagotable Ilia Petrovitch.— Yo las llamo profesoras de partos, y el nombre me parece muy bien aplicado. ¡Je, je! Siguen cursos de anatomía. Dígame, si me pusiese enfermo, ¿cree usted que me dejaría tratar por una de esas señoritas?

Ilia Petrovitch se echó á reir, encantado de su ingenio.

—Admito la sed de instrucción; pero, ¿no se puede uno instruir sin dar en semejantes excesos? ¿Por qué ser inso

Biblioteca Nacional de España

lente? ¿Por qué insultar á nobles personalidades, como lo hace ese bribón de Zametoff? ¿Por qué me ha insultado, le pregunto á usted? Otra epidemia que hace terribles progresos, es la del suicidio. Se gasta uno todo lo que tiene, y en seguida se mata. Muchachas, jovenzuelos, viejos. Hemos sabido recientemente que un señor recién llegado aquí acaba de poner fin á sus días, Nil Pavlitch, eh, Nil Pavlitch! ¿Cómo se llamaba el *gentleman* que se ha matado esta mañana en la Petersburgskeria?

—Svidrigailoff—dijo uno que se encontraba en la habitación inmediata.

Raskolnikoff tembló.

—¡Svidrigailoff, Svidrigailoff se ha levantado la tapa de los sesos!

—¿Cómo? ¿Usted conocía á Svidrigailoff?

—Sí. Le conocía... Había venido aquí hace poco.

—Sí, en efecto; había venido hace poco. Acababa de perder á su esposa; era un disipador. Se ha pegado el tiro en condiciones muy escandalosas. Han encontrado sobre su cadáver un *carnet* en que estaban escritas estas palabras: «Muero en posesión de mis facultades; que no se acuse á nadie de mi muerte.» Este hombre tenía, según se dice, dinero. ¿De qué le conocía usted?

—¿Yo?... Había sido mi hermana institutriz en su casa.

—¡Ah, ah!... Entonces puede usted dar noticias acerca de él. ¿No tenía usted sospecha de su proyecto?

—Le vi ayer. Le encontré bebiendo vino... Nada sospeché.

A Raskolnikoff le parecía que tenía una montaña sobre el pecho.

—¿Qué es eso? Se pone usted pálido. ¡Está tan cargada la atmósfera de esta habitación!

—Sí; ya es tiempo de que me vaya—balbuceó el joven. Perdóneme usted si le he molestado.

—Nada de eso. Sigo siempre á su disposición. Me ha causado usted placer, y me complazco en declararlo.

Al pronunciar estas palabras, Ilia Petrovitch tendió la mano al joven.

—Quería solamente... Tenía que ver á Zametoff.

—Comprendo, comprendo. Tanto gusto en haberle visto.

—También yo lo he tenido... Hasta la vista—dijo Raskolnikoff sonriendo.

Salió con paso vacilante. Le daba vueltas la cabeza. Apenas podía tenerse en pie, y al bajar la escalera le fué forzoso apoyarse en la pared para no caerse. Le pareció que un dvornik, que se dirigía al despacho de policía, tropezaba con él al pasar; que un perro ladraba en una habitación del primer piso, y que una mujer gritaba para hacer callar al animal. Llegado á lo bajo de la escalera, entró en el patio. En pie, no lejos de la puerta, Sofía, pálida como la muerte, le miraba con asombro. Se detuvo frente á ella. La jóven chocó sus manos una contra otra; su fisonomía expresaba la más terrible desesperación. Al verla, Raskolnikoff sonrió; pero ¡con qué sonrisa!

Un instante después volvía á entrar en la oficina de policía.

Ilia Petrovitch estaba hojeando unos papeles. Delante de él se hallaba el mismo mujik que un momento antes había tropezado con Raskolnikoff en la escalera.

—¡Ah! ¿Usted aquí otra vez? ¿Se le ha olvidado á usted algo? ¿Qué le pasa á usted?

Con los labios descoloridos, fija la mirada, Raskolnikof, avanzó lentamente hacia Ilia Petrovitch. Apoyándose con la mano en la mesa ante la cual estaba sentado el

Biblioteca Nacional de España

polizonte, quiso hablar, pero no pudo pronunciar más que sonidos ininteligibles.

—Está usted malo. Una silla. Aquí está. Siéntese usted; agua.

Raskolnikoff se dejó caer en el asiento que se le ofrecía; pero sus ojos no se apartaban de Ilia Petrovitch, cuyo semblante expresaba una sorpresa muy desagradable. Durante un minuto ambos se miraron en silencio. Trajeron agua.

—Yo soy...—empezó á decir Raskolnikoff.

—Beba usted.

El jóven rechazó con un ademán el vaso que se le ofrecía, y en voz baja, pero distinta, dijo, interrumpiéndose muchas veces, la siguiente declaración:

—*Yo soy quien asesinó á hachazos, para robarlas, á la vieja prestamista sobre alhajas y á su hermana Isabel.*

Ilia Petrovitch llamó; acudieron de todas partes.

Raskolnikoff renovó sus declaraciones.

.....

EPÍLOGO

I

Siberia

A la orilla de un río ancho y desierto se levanta una ciudad, uno de los centros administrativos de Rusia. En la ciudad hay una fortaleza; en la fortaleza una prisión. En la prisión está, desde hace nueve meses, Rodión Romanovitch (Raskolnikoff), condenado á trabajos forzados (segunda categoría). Cerca de dieciocho meses han pasado desde el día que cometió su crimen.

En la instrucción de su proceso no hubo apenas dificultades. El culpable renovó sus confesiones con tanta fuerza como claridad y precisión, sin embrollar las circunstancias, sin suavizar el horror, sin falsear los hechos, sin olvidar el menor detalle. Hizo una relación completa del asesinato, esclareció el misterio del objeto encontrado en manos de la vieja (se recordará que era un trozo de madera, junto con un trozo de hierro). Contó cómo había cogido las llaves del bolsillo de la víctima, describió estas llaves, describió también el cofre, é indicó lo que en él se contenía. Explicó el asesinato de Isabel, que hasta

Biblioteca Nacional de España

entonces había sido un enigma. Contó cómo Koch había venido y llamado á la puerta; cómo, después de él, había llegado un estudiante. Refirió punto por punto la conversación habida entre los dos hombres; cómo enseguida el asesino se había lanzado á la escalera y había oído los gritos de Mikolka y de Mitcka, ocultándose en el cuarto vacío y dirigiéndose después á su casa. En fin, en cuanto á los objetos robados, manifestó que los había enterrado bajo una piedra en un corral que daba á la perspectiva de la Ascensión. Se encontraron allí, en efecto. En una palabra, todo se esclareció.

Lo que, entre otras cosas, asombraba mucho á los jueces, fué que, en lugar de aprovecharse de los despojos de la víctima, el asesino hubiera ido á ocultarlos bajo una piedra. Todavía comprendían menos que, no solamente no se acordase de los objetos robados por él, sino que hasta se engañase acerca de su número. Se encontraba, sobre todo, inverosímil que no hubiera abierto una sola vez la bolsa, y que ignorase el contenido de ella. Encerraba ésta trescientos diecisiete rublos. A consecuencia de su larga estancia bajo la piedra, los billetes de más valor, que estaban colocados encima de los otros, se habían deteriorado considerablemente. Durante algún tiempo se procuró adivinar por qué únicamente sobre este punto mentía el acusado, cuando en todo lo demás había dicho espontáneamente la verdad. En fin, algunos, principalmente entre los psicólogos, admitieron como posible que, en efecto, no hubiera abierto la bolsa, y que, por consiguiente, se hubiera desembarazado de ella sin saber lo que contenía. Pero sacaron asimismo la conclusión de que el crimen había sido necesariamente cometido bajo la influencia de una locura momentánea. El culpable —dijeron—ha cedido á la monomanía morbosa del asesinato y del robo, sin objeto ulterior, sin cálculo interesado. Era aquella ocasión excelente para sostener la teoría moderna de la alienación temporal, teoría con la que se busca actualmente tan á menudo explicar los actos de ciertos criminales. Además, numerosos testigos habían declarado que Raskolnikoff padecía hipocondría. Estos testigos eran: el doctor Zosimoff, los antiguos compañeros del acusado, su patrona, los criados, etc. Todo esto daba muchos fundamentos para pensar que Raskolnikoff no era un asesino ordinario, un criminal vulgar, sino que había alguna otra cosa en aquel proceso. Con gran despecho de los partidarios de esta opinión, el culpable no se cuidó de defenderse. Interrogado acerca de los motivos que habían podido inducirle al asesinato y al robo, declaró con brutal franqueza que había sido impulsado por la miseria. Esperaba—dijo—encontrar en casa de su víctima lo menos tres mil rublos, y contaba con esta suma asegurar sus comienzos en la vida; su carácter ligero y bajo, agriado por las privaciones y las contrariedades, había hecho de él un asesino. Cuando se le preguntó por qué había ido á denunciarse, respondió redondamente que había representado la farsa del arrepentimiento. Todo aquello era casi cínico...

Sin embargo, la sentencia fué menos severa en relación con el crimen cometido. Quizá favoreció al reo el que, lejos de disculparse, procuró, por el contrario, recargar más su crimen. Fueron tomadas en consideración todas las particularidades exteriores á la causa. El estado de enfermedad y estrechez en que se encontraba el acusado antes de la comisión de su delito no dejaba lugar á la menor duda. Como no se había aprovechado de los objetos robados, se supuso, ó que los remordimientos se lo habían impedido, ó que sus facultades intelectuales no

Biblioteca Nacional de España

estaban intactas cuando cometió el crimen. El asesinato, en modo alguno premeditado, de Isabel, suministró un argumento en apoyo de esta última conjetura: un hombre comete dos asesinatos, y se olvida al mismo tiempo de que la puerta está abierta. Por último, había ido á denunciarse precisamente en el momento en que las falsas confesiones de un fanático de espíritu desequilibrado (Nicolás), acababan de desviar completamente la instrucción, y cuando la justicia estaba á cien leguas de sospechar del verdadero culpable. (Porfirio Petrovitch cumplió fielmente su palabra.) Todas estas circunstancias contribuyeron á suavizar la severidad del veredicto.

Por otra parte, los debates dieron á conocer muchos hechos en favor del acusado. Documentos facilitados por el antiguo estudiante Razumikhin demostraron que, estando en la Universidad Raskolnikoff, había compartido sus escasos recursos con un compañero pobre y enfermo. Este último había muerto, dejando en la miseria á un padre enfermo, del cual era, desde la edad de trece años, único sostén. Raskolnikoff había hecho entrar al viejo en una casa de salud, y más tarde había costeado los gastos de su entierro. El testimonio de la viuda Zarnitzin, fué también muy favorable al acusado. Declaró que, en la época en que habitaba en los Cinco Rincones con su inquilino, habiéndose declarado un incendio una noche en una casa, Raskolnikoff, con riesgo de su vida, salvó de las llamas á dos niños pequeños, sufriendo graves quemaduras al realizar tal acto de valor. Se abrió una indagatoria á propósito de este hecho, y numerosos testigos certificaron la exactitud de él. En una palabra, el tribunal, teniendo en cuenta las confesiones del culpable, así como sus buenos antecedentes, le condenó tan sólo á ocho años de trabajos forzados (segunda categoría).

Desde la apertura de los debates, la madre de Raskolnikoff estaba mala. Advotia y Razumikhin encontraron medio para alejarla de San Petersburgo durante todo el tiempo del proceso. Razumikhin eligió una ciudad de la línea férrea y á poca distancia de la capital. Así podía seguir asiduamente las audiencias y ver á Advotia Romanovna. La enfermedad de Pulkeria Alexandrovna era una afección nerviosa bastante extraña, con desarreglo de las facultades mentales. De vuelta de su alejamiento, después de la última entrevista con su hermano, Advotia había encontrado á su madre con mucha fiebre y con delirio. Aquella misma noche convino con Razumikhin lo que había que responder cuando Pulkeria Alexandrovna preguntase noticias de Raskolnikoff; á tal fin inventaron una historia, como si éste hubiese sido enviado muy lejos, á los confines de Rusia, con una misión que debía reportarle mucho honor y provecho. Pero, con gran sorpresa de los jóvenes, ni entonces, ni después, la madre les preguntó nada acerca de este asunto. Ella misma se había forjado en la imaginación una novela, á fin de explicar la brusca desaparición de su hijo. Contaba llorando la visita de despedida que éste le había hecho, con cuyo motivo, daba á entender que ella solamente conocía muchas circunstancias misteriosas y muy graves; su hijo se veía obligado á ocultarse, porque tenía enemigos muy poderosos; por lo demás, no dudaba de que el porvenir de Raskolnikoff fuese muy brillante y de que ciertas dificultades serían vencidas. Aseguraba á Razumikhin que, con el tiempo, su hijo llegaría á ser un hombre de Estado. Tenía la prueba de ello en el artículo que el joven había escrito, y que denotaba un talento literario notable. Leía sin cesar este artículo, á veces hasta en alta voz; podía decirse que dormía con él. Apenas preguntaba por el sitio

Biblioteca Nacional de España

en que pudiera estar Raskolnikoff, aunque el cuidado mismo que se ponía para evitar esta conversación hubiese podido parecerle sospechoso. El extraño silencio de Pulkeria Alevandrovna sobre ciertos puntos, acabó por inquietar á Advotia Romanovna y á Razumikhin. Pulkeria no se quejaba de que su hijo no le escribiese, siendo así que, antes, en su aldea, esperaba con impaciencia suma las cartas de su querido Raskolnikoff. Tan inexplicable era esta última circunstancia, que Advotia llegó á alarmarse. A la joven le ocurrió la idea de que su madre tenía el presentimiento de una terrible desgracia ocurrida á Raskolnikoff, y de que no se atrevía á preguntar, temerosa de saber alguna cosa peor todavía. De todos modos, Advotia veía muy claramente que su madre tenía trastornado el cerebro.

Dos veces, sin embargo, condujo la conversación de tal manera, que fué imposible responderle sin indicar en dónde se encontraba al presente Raskolnikoff. A continuación de las respuestas necesariamente equívocas y difíciles que se le dieron, cayó en profunda tristeza; durante muy largo tiempo se la vió sombría y taciturna como nunca había estado.

Advotia, al cabo, llegó á advertir que las mentiras y las historias inventadas iban contra su propósito, y que lo mejor era encerrarse en un silencio absoluto sobre ciertos puntos; pero llegó á ser cada vez más evidente para ella que Pulkeria Alexandrovna sospechaba algo terrible. Advotia sabía fijamente (su hermano se lo había contado) que su madre la oyó hablar en sueños la noche siguiente á su entrevista con Svidrigailoff; las palabras que en el delirio se la escaparon á la joven, ¿no habrían derramado una luz siniestra en el espíritu de la pobre mujer? A menudo, después de días, y aun de semanas de sombrío

mutismo y de lágrimas silenciosas, se producía en la enferma una especie de exaltación histérica. Se ponía de repente á hablar alto, casi sin parar, de su hijo, de sus esperanzas y del porvenir... sus imaginaciones eran á veces muy extrañas. Se fingía ser de su opinión (quizá no era del todo engañoso este sentimiento); sin embargo, no cesaba de hablar.

El juicio se verificó cinco meses después de la confesión hecha por el criminal á Ilia Petrovitch. En cuanto fué posible, Razumikhin visitó al condenado en prisión. Sofía le visitó también. Llegó al fin el momento de la separación. Advotia juró á su hermano que esta separación no sería eterna. Razumikhin se expresó del mismo modo. El ardiente joven tenía un proyecto firmemente formado en su espíritu; cuando ahorrase algún dinero, durante tres ó cuatro años, se trasladaría á Siberia, país en que, tantas riquezas, no esperan otra cosa para ser puestas en circulación, que capitales y brazos. Allí se establecería, en la ciudad en que estuviese Raskolnikoff, y juntos comenzarían una nueva vida. Todos lloraban al decirse adiós. Desde hacía algunos días Raskolnikoff, como estaba muy preocupado, multiplicaba las preguntas acerca de su madre, inquietándose continuamente ella. Esta excesiva preocupación de su hermano daba pena á Advotia. Cuando el joven se hubo enterado con más detalles del estado enfermizo de Pulkeria Alexandrovna, se puso extremadamente sombrío. Con Sofía estaba siempre taciturno. Provista del dinero que Svidrigailoff le había entregado, la joven se hallaba, desde hacía mucho tiempo, decidida á acompañar el convoy de presos de que había de formar parte Raskolnikoff. Nunca había mediado una palabra sobre este particular entre ella y él; pero ambos sabían que sería así. En el momento de la última despe-

Biblioteca Nacional de España

dida, el condenado se sonrió de un modo extraño al oir á su hermana y á Razumikhin hablar del próspero porvenir que se abriría para ellos después de su salida de la prisión. Preveía que la enfermedad de su madre no tardaría en conducirla al sepulcro.

Dos meses después, Advotia se casó con Razumikhin. Sus bodas fueron tranquilas y tristes. Entre los invitados se encontraron Porfirio Petrovitch y Zosimoff. Algún tiempo después, todo denotaba en Razumikhin una resolución enérgica. Advotia creía ciegamente que realizaría todos sus designios, y no podía menos de creerlo, porque veía en él una voluntad de hierro. Comenzó por entrar de nuevo en la Universidad á fin de terminar sus estudios. Los dos esposos elaboraban sin cesar planes para lo porvenir; tenían uno y otro la firme intención de emigrar á Siberia en un plazo de cinco años. En tanto contaban con que Sofía los reemplazaría cerca del condenado...

Pulkeria Alexandrovna concedió, con alegría, la mano de su hija á Razumikhin; pero después de este matrimonio, pareció más triste y preocupada. Para proporcionarle un momento agradable, Razumikhin le contó la noble conducta de Raskolnikoff, á propósito del estudiante y de su anciano padre, y le refirió también cómo el año anterior Raskolnikoff expuso su vida por salvar á dos niños que estaban á punto de perecer en un incendio. Estos relatos exaltaron, hasta el más alto grado el ya turbado espíritu de Pulkeria Alexandrovna. No hablaba más que de ello, y hasta en la calle refería tales hechos á los transeuntes, aunque la acompañaba siempre Advotia. En los coches públicos, en los almacenes, en todas partes en donde encontraba un oyente benévolo, hablaba de su hijo, del artículo de su hijo, de la caridad de su hijo con un estudiante, de la valerosa abnegación de que había dado

pruebas su hijo en un incendio. Advotia no sabía cómo hacerla callar. Esta morbosa excitación no carecía de peligros; además de que agotaba las fuerzas de la pobre mujer, podía ocurrir que alguno, oyendo nombrar á Raskolnikoff, se pusiese á hablar del proceso.

Pulkeria Alexandrovna averiguó las señas de la mujer cuyos hijos habían sido salvados por el suyo, y quiso resueltamente ir á verlos. Por último, su agitación llegó á los últimos límites. A veces se echaba de repente á llorar, y á menudo tenía accesos de fiebre, durante los cuales deliraba. Una mañana declaró redondamente que, según sus cálculos, Raskolnikoff debía volver muy pronto, porque cuando se despidió de ella, le había anunciado su vuelta en un plazo de nueve meses. Comenzó entonces á prepararlo todo en la casa, en atención á la próxima llegada de su hijo, destinándole su propia habitación. Se puso á arreglar, quitó el polvo á los muebles, fregó el suelo, cambió las cortinas, etc. Advotia estaba entristecida; pero no decía nada, y hasta ayudaba á su madre en estas diversas ocupaciones. Después de un día, lleno todo él de locas visiones, de sueños gozosos y de lágrimas, Pulkeria Alexandrovna se vió acometida de una fiebre alta. Murió al cabo de quince días. Muchas palabras pronunciadas por Pulkeria durante su delirio, hicieron creer que había casi adivinado el terrible secreto que con tanto trabajo trataron de ocultarle cuantas personas la rodeaban.

Por mucho tiempo Raskolnikoff ignoró la muerte de su madre, aunque, por mediación de Sofía, recibiese regularmente noticias de su familia. Cada mes enviaba la joven una carta con la dirección á Razumikhin, y cada mes se le respondía de San Petersburgo. Las cartas de Sofía parecieron en un principio á Advotia y á Razumikhin algo secas é insuficientes; pero más tarde comprendieron

Biblioteca Nacional de España

que era imposible escribirlas mejores y que, en suma, encontraban en ellas datos completos y precisos acerca de la situación de su desgraciado hermano. Sofía describía, de una manera muy sencilla y muy clara, la existencia de Raskolnikoff en la prisión. No hablaba ni de sus propias esperanzas, ni de sus conjeturas respecto al porvenir, ni de sus sentimientos personales. En vez de explicar el estado moral, la vida interior del condenado, se limitaba á citar hechos, es decir, las mismas palabras pronunciadas por él. Daba noticias detalladas acerca de su salud, decía qué deseos le había manifestado él, qué preguntas le había dirigido, las comisiones que le había confiado durante sus entrevistas, etc.

Pero estos datos, por circunstanciados que fuesen, no eran apenas, en los primeros tiempos sobre todo, muy consoladores. Advotia y su marido supieron, por la correspondencia de Sonia, que su hermano seguía siempre sombrío y taciturno. Cuando la joven le comunicaba noticias recibidas de San Petersburgo, apenas si prestaba atención; algunas veces se informaba de su madre, y cuando Sofía, viendo que el preso adivinaba la verdad, le hizo saber la muerte de Pulkeria Alexandrovna, se quedó poco menos que impasible. «Aunque parezca absorto en sí mismo y como extraño á todo lo que le rodea—escribía, entre otras cosas, Sofía—, se hace cargo de su vida nueva, comprende muy bien su situación; ni espera nada mejor de aquí á largo tiempo, ni acaricia frívolas esperanzas, ni experimenta casi ningún asombro en este nuevo medio que tanto difiere del antiguo... Su salud es satisfactoria. Va al trabajo sin repugnancia y sin apresuramiento. Es casi indiferente á la comida; pero, excepto los domingos y los días de fiesta, esta nutrición es tan mala, ue ha consentido en aceptar de mí algún dinero para pro-

curarse te todos los días. En cuanto á lo demás, me suplica que no me inquiete, porque, según asegura, le es desagradable que se ocupen de él.» «En la prisión—se leía en otra carta—, está instalado con los otros presos; no he visitado el interior de la fortaleza; pero tengo motivos para pensar que se está allí muy mal, muy estrechamente y en condiciones insalubres. Duerme en una cama de campaña, cubierto con una alfombra de fieltro, y no quiere otro lecho. Si rehusa hacer todo lo que podría proporcionarle su existencia material menos dura y menos grosera, no es, en lo más mínimo, en virtud de sus principios ni de una idea preconcebida, sino, sencillamente, por apatía, por indiferencia.» Sofía confesaba que, al principio sobre todo, sus visitas, en vez de causar placer á Raskolnikoff, le producían una especie de irritación; no salía de su mutismo más que para decir groserías á la joven. Más tarde, es verdad, habían llegado á ser dichas entrevistas para él una costumbre, casi una necesidad; hasta el punto de que había estado muy triste cuando una indisposición de algunos días obligó á Sofía á interrumpir sus visitas. Los días de fiesta se veían, ya en la puerta de la prisión, ya en el cuerpo de guardia, adonde se enviaba algunos minutos al prisionero cuando la joven le hacía llamar. En tiempo ordinario iba á buscarle al trabajo en los talleres, en las tejerías, en los tinglados establecidos á las orillas del Irtih. En lo tocante á ella, Sonia decía que había logrado crearse relaciones en su nueva residencia; que se ocupaba en coser, y que, no habiendo en la ciudad casi ninguna modista, se había hecho una buena clientela. Lo que no decía era que había atraído sobre Raskolnikoff el interés de la autoridad, y que, gracias á ella, se le dispensaba de los trabajos más penosos, etc. En fin, Razumikhin y Advotia recibieron aviso de que Raskolnikoff esquivaba á

Biblioteca Nacional de España

todo el mundo; que sus compañeros de cautividad no le querían; que permanecía silencioso durante horas enteras, y que, de día en día, su palidez era cada vez mayor. Ya Advotia había notado cierta inquietud en las últimas cartas de Sofía. De repente, ésta escribió que el condenado había caído gravemente enfermo y que había sido llevado al hospital de la prisión...

II

Estaba enfermo desde hacía algún tiempo; pero lo que había quebrantado sus fuerzas no era ni el horror de la cautividad, ni el trabajo, ni la nutrición, ni la vergüenza de tener la cabeza rapada é ir vestido de harapos. ¡Oh! ¿Qué le importaban á él tales tribulaciones? Lejos de ello, estaba contento de tener que trabajar. La fatiga física le producía algunas horas de sueño agradable, y ¿qué significaba para él la nutrición, aquella mala sopa de coles en que se solía encontrar hasta arañas? En otro tiempo, siendo estudiante, se hubiera dado algunas veces por muy contento de tener tal comida. Sus vestidos eran de abrigo y á propósito para aquel género de vida; en cuanto á la cadena, apenas si sentía el peso. Quedaba la humillación de tener la cabeza afeitada y llevar el uniforme del presidio; pero ¿ante quién habría de ruborizarse? ¿Ante Sonia? La joven tenía miedo de él; ¿cómo había de ruborizarse ante ella?

Sin embargo, le daba vergüenza de la misma Sofía; por esta razón se mostraba grosero y despreciativo en sus relaciones con la joven. Pero no procedía esta vergüenza ni de su cabeza rapada, ni de sus hierros. Su orgullo había sido cruelmente herido, y Raskolnikoff estaba enfermo de esta herida. ¡Oh, qué feliz habría sido si hubiera podido acusarse á sí mismo! Lo hubiera soportado entonces todo,

Biblioteca Nacional de España

hasta la vergüenza y el deshonor. Le complacía examinarse severamente. Su conciencia endurecida no encontraba en su pasado ninguna falta particularmente terrible. Solamente se echaba en cara haber fracasado, cosa que podía ocurrir á todo el mundo. Lo que le humillaba, era verse él, Raskolnikoff, perdido tontamente, perdido sin remedio, por una sentencia del ciego destino, y debía someterse, resignarse al absurdo de esa sentencia, si quería encontrar algo de calma.

Una inquietud sin objeto y sin fin en el presente, un sacrificio continuo y estéril en el porvenir; esto es lo que le quedaba en la tierra. Vano consuelo para él decirse que, dentro de ocho años, no tendría más que treinta y dos, y que, en esta edad, podría aún recomenzar la vida. ¿Para qué vivir? ¿Con qué objeto? ¿Con qué fin? ¿Vivir para existir? En todo tiempo había estado pronto á dar su existencia por una idea, por una esperanza, por una quimera. Había hecho siempre poco caso de la existencia pura y sencilla. Siempre había querido algo más allá. Quizá la fuerza sólo de los deseos, le había hecho creer en otro tiempo que era uno de aquellos hombres á quienes les está permitido más que á los otros. Todavía si el destino le hubiese enviado el arrepentimiento, el arrepentimiento que rompe el corazón, que quita el sueño; el arrepentimiento cuyos tormentos son tales, que el hombre se ahoga ó se ahorca para librarse de ellos. ¡Oh! ¡Los hubiera acogido con felicidad! Sufrir y llorar es todavía vivir; pero no se arrepentía de su crimen. Por lo menos hubiera podido echarse en cara su tontería, como se había reprochado en otro tiempo las acciones estúpidas y odiosas que le habían conducido á la prisión. Pero ahora, que en el vagar de la prisión reflexionaba de nuevo sobre toda su conducta pasada, no la encontraba, ni mucho menos, tan

odiosa ni tan estúpida como le había parecido en otro tiempo.

«¿Es que—pensaba—mi idea era más tonta que las otras ideas y teorías que batallan en el mundo desde que el mundo existe? Basta considerar las cosas desde un punto de vista amplio, independiente, separado de los prejuicios del día y, entonces, ciertamente mi idea no parecerá tan extraña. ¡Oh, espíritus *soi dissant* libres! Filósofos de cinco kopeks, ¿por qué os detenéis á la mitad del camino?»

«¿Y por qué les parece tan fea mi conducta?—se preguntaba.— ¿Porque es un crimen? ¿Qué significa la palabra crimen? Mi conciencia está tranquila. Quizás he cometido un acto ilícito, he violado la letra de la ley y he vertido sangre. Pues bien, tomad mi cabeza. Cierto, en este caso muchos, aun de los bienhechores de la humanidad, de aquellos á quienes el poder no ha venido por herencia, pero que se han apoderado de él á viva fuerza, hubieran debido desde sus comienzos ser entregados al suplicio. Pero estas personas han ido hasta el fin, y esto es lo que las justifica, en tanto que yo no he sabido alcanzarlo; por consiguiente, no tenía el derecho de comenzar.» Únicamente se reconocía un error: el haber cometido la debilidad de irse á denunciar. Otro pensamiento le atormentaba también: ¿por qué no se había matado? ¿Por qué más bien que arrojarse al agua, había preferido entregarse á la policía? ¿Era el amor de la vida un sentimiento tan difícil de vencer? Svidrigailoff, sin embargo, había triunfado de él. Se planteaba dolorosamente esta cuestión y no podía comprender que, cuando enfrente del Newa, pensaba en el suicidio, quizá era que presentía en él y en sus convicciones un error profundo. No comprendía que este pensamiento pudiese contener en germen una nueva concepción de la vida, que pudiese ser el

Biblioteca Nacional de España

preludio de una revolución en su existencia, la prenda de su resurrección. Admitía más bien, que había cedido entonces por cobardía y defecto de carácter á la fuerza brutal del instinto. El espectáculo ofrecido por sus compañeros de cautividad le asombraba. ¡Cómo amaban todos ellos la vida! ¡Cómo la apreciaban! Parecía á Raskolnikoff que este sentimiento era más vivo en el preso que en el hombre libre. ¡Qué terribles sufrimientos padecían aquellos desgraciados, los vagabundos, por ejemplo! ¿Era posible que un rayo de sol, un bosque sombrío, una fuente fresca, tuviesen tanto precio á sus ojos? A medida que los fué estudiando, descubrió hechos aún más inexplicables. En la prisión, en el medio que le rodeaba, se le escapaban, sin duda, muchas cosas; además, no quería fijar su atención en nada; viyía, por decirlo así, con los ojos bajos, encontrando insoportable el mirar alrededor de él. Pero á la larga, muchas circunstancias le chocaron y, á pesar suyo, en cierto modo, comenzó á advertir lo que ni siquiera había sospechado antes. Lo que le asombraba más, era el abismo terrible, infranqueable, que existía entre él y toda aquella gente. Hubiérase dicho que pertenecían él y ellos á naciones diferentes. Se miraban con desconfianza y hostilidad recíprocas. Sabía y comprendía las causas generales de este fenómeno; pero nunca, hasta entonces, las había supuesto tan fuertes ni tan profundas. Independientemente de los criminales de derecho común, había en la fortaleza polacos enviados á Siberia. Estos últimos consideraban como brutos á sus compañeros de prisión, para los cuales no tenían más que desdén; pero Raskolnikoff no podía compartir con ellos esta manera de ver; advertíase muy bien que, bajo muchos aspectos, estos brutos eran más inteligentes que los mismos polacos. Había allí también rusos—un antiguo oficial y dos seminaristas—que despreciaban á la plebe de la prisión. Raskolnikoff advertía igualmente el error de ellos.

En cuanto á él, no se le amaba, se le esquivaba; hasta se acabó por odiarle; ¿por qué? Lo ignoraba. Los malhechores, cien veces más culpables que él, le despreciaban y se burlaban de él. Su crimen era objeto de sus sarcasmos.

—Tú, tú eres un borín—le decían.— ¿Por qué has asesinado á hachazos? Eso no es propio de un borín.

En la segunda semana de la gran Cuaresma tuvo que asistir á los oficios religiosos con todos los de su cuadra. Fué á la iglesia y oró como los otros. Un día, sin que se supiese por qué motivo, sus compañeros estuvieron á punto de hacerle una mala partida. De repente se vió asaltado por ellos.

—Tú eres un ateo. Tú no crees en Dios—gritaban los forzados.— Hay que matarte.

Jamás él les había hablado ni de Dios, ni de la religión, y, sin embargo, querían matarle como ateo. Raskolnikoff no les respondió ni una palabra. Un preso, en el colmo de la exasperación, se lanzó sobre él; el joven, tranquilo y silencioso, le esperó sin pestañear, sin que ningún músculo de su rostro temblase. Un vigilante se interpuso á tiempo entre él y el asesino. Un instante más, y hubiera corrido la sangre.

Existía otra cuestión que no acertaba á resolver: ¿por qué amaban todos tanto á Sofía? La joven no trataba de ganarse sus voluntades; no tenían á menudo ocasión de encontrarla. A veces sólo la veían en los patios ó en el taller, cuando venía á pasar algunos minutos al lado del preso. Sin embargo, todos la conocían. No ignoraban que le había seguido; sabían cómo vivía y dónde vivía. La joven no les daba dinero, apenas les prestaba, propiamente

Biblioteca Nacional de España

hablando, servicio alguno; solamente una vez, por Nochebuena, hizo un regalo á toda la prisión: pasteles y panecillos blancos; pero poco á poco, entre ellos y Sonia, se establecieron ciertas relaciones más íntimas. Escribía, por mandato de ellos, cartas á sus familias y las ponía en el correo. Cuando sus parientes venían á la ciudad, era en manos de Sofía en las que, por recomendación de los prisioneros, dejaban los objetos y hasta el dinero destinado á los presos. Las mujeres y las queridas de los detenidos la conocían é iban á su casa. Cuando visitaba á Raskolnikoff en el trabajo, ó en medio de sus compañeros, ó encontraba un grupo de presos que se dirigían á la obra, todos se quitaban los gorros y se inclinaban.

—Batuchka, Sofía Marmeladoff; tú eres nuestra tierna y bien amada madre—decían aquellos galeotes brutales á la pequeña y débil criatura.

Ella los saludaba sonriendo, y á todos les agradaba su sonrisa. Amaban hasta su manera de andar, y se volvían para seguirla con los ojos cuando se alejaba. ¡Y qué de alabanzas le dirigían! Hasta la elogiaban por ser baja; no sabían cómo ensalzarla. Hasta le consultaban en sus enfermedades.

Raskolnikoff pasó en el hospital todo el fin de la Cuaresma y la semana de Pascuas. Al recobrar la salud se acordó de los sueños que había tenido en su delirio. Le parecía ver el mundo entero asolado por un azote terrible y sin precedentes que, viniendo del fondo de Asia, había caído sobre Europa. Todos debían perecer, excepto un número escaso de privilegiados. Microbios de una nueva especie, seres microscópicos se introducían en los cuerpos de las personas. Pero estos seres estaban dotados de inteligencia y de voluntad. Los individuos atacados por ellos se ponían al instante locos furiosos. Sin embargo, ¡cosa

extraña! nunca hombre alguno se habría creído tan sabio, tan seguramente en posesión de la verdad, como se creían aquellos infortunados. Jamás nadie había tenido más confianza en la infabilidad de sus juicios, en la solidez de sus conclusiones científicas y de sus principios morales. Aldeas, ciudades, pueblos enteros, estaban atacados de este mal y perdían la razón. Estaban todos agitados y fuera de estado de comprenderse los unos á los otros. Cada cual creía poseer solo la verdad, y al considerar á sus semejantes se entristecía, se golpeaba el pecho, lloraba y se retorcía las manos. Nadie se entendía acerca del bien y del mal. No se sabía qué condenar, ni qué absolver. Las gentes se mataban entre sí, bajo la impulsión de una cólera absurda. Se reunían formando grandes ejércitos; pero una vez comenzada la campaña, la división aparecía bruscamente en las tropas, las filas se rompían, los guerreros se degollaban y se devoraban. En las ciudades sonaba á todas horas el toque de rebato; mas, ¿para qué esta alarma? ¿Con qué propósito? Nadie lo sabía y todo el mundo se agitaba. Se abandonaban los más ordinarios oficios, porque cada cual proponía sus ideas, sus reformas y nadie se ponía de acuerdo; la agricultura estaba abandonada. Aquí y allá, la gente se reunía en grupos, entendiéndose para una acción común y jurando no separarse; pero un instante después olvidaba la resolución que había tomado, y comenzaba á acusarse, á pegarse y á matarse. Los incendios y el hambre completaban este triste cuadro. Hombres y cosas, todo perecía. Aquella peste extendía más y más sus estragos. Solamente podían salvarse algunos hombres puros, predestinados á rehacer el género humano, á renovar la vida y á purificar la tierra; pero nadie veía á estos hombres por ninguna parte, nadie oía sus palabras ni su voz.

Biblioteca Nacional de España

Aquellos sueños absurdos dejaron en el espíritu de Raskolnikoff una impresión penosa, que tardó mucho en borrarse. Llegó la segunda semana después de Pascuas; el tiempo era templado, sereno, verdaderamente primaveral; se abrieron las ventanas del hospital. (Ventanas enrejadas, bajo las cuales se paseaba un centinela.) Durante toda la enfermedad de Raskolnikoff, Sofía no había podido hacerle más que dos visitas. Cada vez era preciso pedir una autorización difícil de obtener; pero, á menudo, sobre todo á la caída de la tarde, se dirigía al patio del hospital y durante un minuto estaba allí mirando las ventanas. Un día por la tarde, el prisionero, ya casi enteramente curado, se había dormido; al despertar se aproximó por casualidad á la reja, y vió á Sofía que, en pie, cerca de la puerta del hospital, parecía esperar algo. Al verla sintió como un golpe en el corazón, tembló y se alejó rápidamente de la ventana. Al día siguiente Sofía no vino, al otro tampoco. Raskolnikoff advirtió que la esperaba con ansiedad. Al fin salió del hospital. Cuando volvió á la prisión sus compañeros le dijeron que Sofía estaba mala y que no podía salir de casa. Se inquietó mucho y envió á buscar noticias de la joven. Supo en seguida que la enfermedad no era peligrosa. Por su parte Sofía, sabiendo que Raskolnikoff se preocupaba tanto de su salud, le escribió con lápiz una carta, en que le informaba que estaba mucho mejor, que había cogido un ligero enfriamiento y que no tardaría en ir á verle al trabajo. Leyendo esta carta, el corazón de Raskolnikoff latió con violencia.

El día era sereno y templado. A las seis de la mañana iba el joven á trabajar á la orilla del río, en donde se había establecido bajo tinglado un horno de cocer alabastro. Únicamente tres obreros fueron enviados allí. Uno de ellos, acompañado de un vigilante, fué á buscar un instrumento á la fortaleza, otro comenzó á calentar el horno. Raskolnikoff salió del tinglado, se sentó en un banco de madera y se puso á contemplar el río ancho y desierto. Desde la elevada orilla se descubría una gran extensión de terreno. A lo lejos del otro lado de Irtich, resonaban cantos cuyos vagos ecos llegaban á los oídos del prisionero. Allá, en la inmensa estepa inundada de sol, aparecían como puntitos negros las tiendas de los nómadas. Aquello era la libertad; allí vivían otros hombres, que no se parecían en nada á los de aquí; allá parecía que el tiempo no había marchado desde el tiempo de Abraham y sus rebaños. Raskolnikoff soñaba con los ojos fijos en aquella lejana visión; no pensaba en nada, pero le oprimía una especie de inquietud.

De repente se encontró en presencia de Sonia; la joven se le aproximó sin ruido y se sentó á su lado. Se sentía algo el fresco de la mañana. Sofía llevaba su pobre y viejo albornoz y su pañuelo verde. Su rostro delgado y pálido, daba testimonio de su reciente enfermedad. Al acercarse al preso se sonrió con expresión amable y alegre, y con la timidez de costumbre le tendió la mano.

Siempre se la ofrecía tímidamente y algunas veces ni se atrevía á dársela, como si temiese verla rechazada. El preso solía tomar la mano con repugnancia y siempre tenía el aire huraño cuando la joven se acercaba; á veces, ésta no podía obtener de él una palabra. Había días en que temblaba ante él y se retiraba profundamente afligida; pero esta vez se estrecharon durante largo rato las manos; Raskolnikoff miró rápidamente á Sofía. Nada dijo y bajó los ojos. Estaban solos. El vigilante se había alejado momentáneamente.

De repente, y sin que el prisionero supiese cómo había ocurrido aquello, una fuerza indecible le arrojó á los pies

Biblioteca Nacional de España

de la joven y lloró abrazándole las rodillas. En el primer momento Sofía se asustó mucho y su rostro se puso lívido. Se levantó vivamente y toda temblorosa miró á Raskolnikoff; pero á él le bastó esta mirada para comprenderlo todo. En los ojos de la joven parecía resplandecer una felicidad inmensa; no había para ella duda de que Raskolnikoff la amaba con amor infinito. Había llegado, en fin, este momento...

Quisieron hablar y no pudieron. Tenían lágrimas en los ojos. Ambos estaban pálidos y demacrados; pero sobre sus rostros enfermizos brillaba ya la aurora de una renovación, de un renacimiento completo. El amor les regeneraba; el corazón del uno encerraba una inagotable fuente de vida para el corazón del otro.

Resolvieron esperar, tener paciencia. Les quedaban siete años que pasar en Siberia; ¡qué sufrimientos intolerables y qué infinita felicidad habían de llenar para ellos aquel lapso de tiempo. Pero Raskolnikoff había resucitado, lo sabía y lo sentía en todo su ser, y Sofía no vivía más que de la vida de Raskolnikoff.

Por la noche, después que se hubo recogido á los prisioneros, el joven se acostó en su lecho de campaña y pensó en ella. Hasta le pareció que aquel día los presos, sus antiguos enemigos, le habían mirado con otros ojos. Les había dirigido primero la palabra y le habían respondido con afabilidad; se acordaba de esto ahora, mas en rigor debía ser así. ¿Acaso no debía cambiar todo?

Pensaba en ella. Se acordaba de los disgustos con que continuamente la había atormentado; veía con el pensamiento la carita delgada de Sonia; pero estos recuerdos eran un remordimiento para él. Comprendía con qué amor sin límites iba á rescatar en adelante lo que había sufrido Sonia.

Sí. ¿Qué significaban todas las miserias del pasado? En aquel primer día gozoso, de vuelta á la vida, todo, aun su crimen y su condenación y envió á Siberia, todo se le presentaba como un hecho exterior, ajeno; le parecía casi dudar que aquello había ocurrido aquella noche; le era imposible reflexionar detenidamente, concentrar su atención en un objeto cualquiera, resolver una cuestión con conocimiento de causa. Sólo tenía sensaciones. La vida había substituído en él al razonamiento. Tenía el *Evangelio* debajo de la almohada. Este libro pertenecía á Sonia. En el fué donde la joven le leyó en otro tiempo la resurrección de Lázaro. Al principio de su cautividad esperaba una verdadera persecución religiosa por parte de la joven. Creía que iba á arrojarle, sin cesar, el *Evangelio* á la cabeza; pero, con gran asombro suyo, ni una sola vez hizo Sonia recaer la conversación sobre este asunto, ni una sola vez le ofreció aquel santo libro; él mismo fué quien lo pidió poco antes de su enfermedad, y ella se lo trajo sin decir una palabra; hasta entonces no lo había abierto.

Ahora no lo abrió; pero un pensamiento atravesó rápidamente su espíritu: «Sus convicciones, ¿pueden ser, al presente, las mías? ¿Puedo yo, por lo menos, tener otros sentimientos, otras tendencias que ella?»

Durante todo este día Sonia estuvo también muy agitada, y por la noche tuvo una recaída en la enfermedad; pero era tan feliz y esta felicidad era tan sorprendente para ella, que casi la causaba terror. ¡Siete años solamente! ¡Siete años! En la embriaguez de las primeras horas faltó poco para que ambos no considerasen estos siete años como siete días. Raskolnikoff ignoraba que la nueva vida no le sería dada de balde y que tendría que alcanzarla al precio de largos y penosos esfuerzos.

Biblioteca Nacional de España

Pero comienza aquí una segunda historia. La historia de la lenta renovación de un hombre, de su regeneración progresiva, de su paso gradual de un mundo á otro; esto podria ser asunto de un nuevo relato; el que hemos querido ofrecer al lector, esta terminado.

FIN DE «EL CRIMEN Y EL CASTIGO»



Biblioteca Nacional de España

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

OBRAS DE FONDO

	Ptas.
Alas (Leopoldo). Solos de Clarín, nueva edición ilustrada por A. Pons; en 8.º.....	4
— ... Sermón perdido, crítica y sátira; idem.....	3,50
— Nueva campaña, crítica y sátira; idem.....	3,50
— Pipa (novelas cortas); idem..	4
— Su único hijo, novela; idem..	4
— Doña Berta.—Cuervo.—Supercherías, novelas; idem.....	3
— Ensayos y Revistas, 1888-1892; idem.....	3,50
— El Señor y los demás son cuentos; idem.....	3
Aretino (Pedro). Coloquio de las Damas del famoso y gran demostrador de vicios y virtudes Pedro Aretino. Agora nuevamente traducido de la lengua toscana en castellano por el beneficiado Fernan Svarez (reimpresión de la edición de Sevilla de 1607); en 8.º.....	5
Batlle (Carlos de). Fray Gabriel, novela; en 8.º.....	3
Blasco Ibáñez (Vicente). La barraca; en 8.º.....	2
— La condenada, cuentos; idem	2
— Entre naranjos, novela; idem	3
Dicenta (Joaquín). Spollarium, cuadros sociales; en 8.º con grabados..	3
— Tinta negra; en 8.º con dibujos de T. Muñoz Lucena y Angel Pons.....	3,50
— Crónicas; idem.....	2
Hugo (Victor). Los miserables, traducción de D. Nemesio Fernández Cuesta. Tercera edición, ilustrada con magníficos grabados; cinco volúmenes en 4.º.....	25
Mantegazza (Pablo). El arte de elegir mujer, traducción de Antonio Guerra y Alarcón, ilustraciones de Manuel Picolo; en 8.º.....	4
— Testa (Cabeza). Libro para los jóvenes, versión española de Antonio Salazar; idem	3,50
— Fisiología del Amor, traducción del mismo, con un prólogo del autor para la edición española y biografía del mismo por María Mantegazza; idem.....	4
Martínez Ruiz (J.). Los Hidalgos. (La vida en el siglo XVII); en 8.º.....	1,50
Menéndez y Pelayo (Marcelino). Estudios poéticos, con una carta-prólogo del excelentísimo señor marqués de Valmar, segunda edición; en 8.º.	3
Navarrete (José). En los montes de la Mancha, crónica de caza, seguida de una novela titulada El drama de Valle Alegre; en 8.º..... ..	3,50
Rodríguez Correa (Ramón). Agua pasada... (Prólogo.—Post Mortem.—Carta de D. Miguel de los Santos Alvarez.—¿Estaba loco?—El diamante artificial.—Un hombre... corrido.—El premio gordo.—Rosas y perros.—El suicidio.—Cuarteto carnívoro amoroso.—Pensamientos); en 8.º...	4
Unamuno (Miguel de). Paz en la guerra, novela; en 8.º.....	4
Utrilla y Calvo (Francisco). La fuerza de un librejo, novela; en 8.º.....	3
Valera (Juan). Genio y figura... novela; en 8.º.....	3
— A vuela pluma, artículos literarios y políticos; idem.....	4
— De varios colores. (Breves historias: Garuda ó la cigüeña blanca.—El cautivo de Doña Mencía.—El maestro Raimundico.—Cuentos japoneses.—Un drama trágico); idem....	3
— Juanita la larga, novela; tercera edición con ilustraciones de Alcalá Galiano; en 8.º mayor.	6
Zola (Emilio). Teresa Raquin, drama pasional, refundido y puesto en lengua castellana por Luis Ruiz y Contreras; en 8.º.....	2
Zozaya (Antonio). *C. Ch. F. Schiller*. Ripios clásicos, Lucubraciones de crítica barata, procedentes de un saldo de pailques; en 8.º.....	2

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
1103231242
6805385608 6